RUMBO A **STAR WARS: EL DESPERTAR DE LA FUERZA**

STAR WARS

ESTRELLAS PERDIDAS

DE LA EXITOSA AUTORA DE *THE NEW YORK TIMES*

CLAUDIA GRAY



EL REINADO DEL IMPERIO GALÁCTICO ha llegado a Jelucan, uno de los planetas del Borde Exterior, donde el aristócrata Thane Kyrell y la aldeana Ciena Ree comparten la misma pasión por el pilotaje. Años después, su sueño se hace realidad cuando ambos logran entrar a una de las más prestigiosas academias imperiales. Sin embargo, las ilusiones de Thane se acaban cuando se convierte en testigo de las terribles tácticas que el Imperio utiliza para demostrar su poderío Resentido y decepcionado se une a la aún joven Rebelión.

Ciena tendrá que enfrentarse a la insoportable realidad de tener que decidir entre su lealtad hacia el Imperio o el amor que siente por el hombre que conoce desde que era niña.

POR PRIMERA VEZ, CIENA Y THANE se encuentran en facciones opuestas de una misma guerra. Los grandes amigos ahora son enemigos. ¿Encontrarán la manera de estar juntos o su deber los separará, al igual que a la galaxia entera?

RUMBO A **STAR WARS: EL DESPERTAR DE LA FUERZA**



Estrellas Perdidas

Claudia Gray



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Lost Stars*
Autora: Claudia Gray
Arte de portada: Pilot Studio
Traducción: Paola Carola Gómez Lagunes y Gerardo Hernández Clark
Publicación del original: septiembre 2015

de 11 años antes a 5 años después de la batalla de Yavin

Digitalización: Fengrock
OCR: Bodo-Baas
Revisión: Satele88, Klorel
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.1
27.04.16
Base LSW v2.21

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Dedicado a la memoria de Karen Jones, extraordinaria fan y amiga.
Qué suerte la nuestra de haberte conocido.

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

Ocho años después de la caída de la Antigua República, el Imperio Galáctico aún mantiene el control de todos los rincones de la galaxia. Sin embargo, la resistencia no ha podido silenciarse. Unos cuantos líderes valientes, como Bail Organa, de Alderaan, aún se atreven a oponerse abiertamente al emperador Palpatine.

Después de tantos años de rebeldía, aquellos planetas que se encuentran en las orillas del Borde Exterior se han rendido. Tras la conquista de cada planeta, el poder del Emperador se fortalece aún más.

El último planeta en doblegarse ante el control del Emperador fue Jelucan, un desolado planeta montañoso, cuyos ciudadanos conservan la esperanza de un mejor futuro, a pesar de que la flota imperial ha comenzado a reunirse en las alturas…

PRÓLOGO

UNA NAVE ATRAVESÓ el grisáceo cielo que se imponía en lo alto, tan rápido que sólo pareció ser una línea de luz y un distante chirrido que casi se confundía con el viento.

—¡Es una nave espacial clase *Lambda*! —dijo Thane Kyrell, señalando hacia el cielo y saltando emocionado—. ¿Lo escucharon? ¿Lo escuchaste, Dalven?

Su hermano mayor le dio un empujón y lo miró con desdén.

—Tú no sabes cómo es una nave espacial. Eres muy pequeño para saberlo.

—No es cierto. Eso era una nave espacial clase *Lambda*. Lo puedes saber por el sonido de sus motores…

—Niños, ¡silencio! —La madre de los chicos ni siquiera volteó a verlos, pues estaba concentrada en alzar el dobladillo de sus vestiduras color azafrán, para evitar que se arrastraran en el polvo—. Les dije que debimos haber traído el deslizador, y en lugar de eso nos encontramos caminando hacia Valentia como si fuéramos basura del valle.

—Los hangares parecerán manicomios —insistió el padre de Thane, Oris Kyrell, con aire despectivo—. Cientos de personas intentando aterrizar, tengan o no una reservación. ¿Quieres desperdiciar todo nuestro día peleando por derechos de aterrizaje? Es mejor hacerlo de este modo. Además, los chicos nos aguantan muy bien el paso.

Dalven lo hacía muy bien; tenía doce años, sus extremidades eran largas y se sentía orgulloso de ser mucho más alto que su hermano menor. Para Thane el camino cuesta abajo por los irregulares senderos de las montañas era realmente difícil de aguantar. Él era más pequeño que la mayoría de los chicos de su edad; aunque tenía pies y manos enormes, que anticipaban su futura estatura, por el momento sólo lo hacían parecer extraño. Su cabello rojizo se pegó en su sudorosa frente, y Thane deseó que sus padres lo hubieran dejado usar sus botas favoritas en lugar de las que llevaba: unas nuevas y lustrosas que le apretaban todos los dedos con cada paso. Pero él habría, incluso, hecho un viaje aún más difícil con tal de ver los cazas TIE y otras naves espaciales reales, no como el feo y anticuado V-171.

—Sí fue una nave espacial clase *Lambda* —susurró, esperando que su hermano no lo escuchara.

Pero sí lo hizo. Su hermano mayor se puso tenso y Thane se preparó para lo que venía. Dalven nunca lo golpeaba muy fuerte cuando sus padres estaban cerca, pero esos pequeños empujones o puñetazos eran sólo una probadita de lo que venía después, que casi siempre era mucho peor. Sin embargo, esta vez, Dalven no hizo nada. Quizá sólo se encontraba distraído ante la promesa del espectáculo que vería ese día: una muestra del poderío aéreo y de las técnicas de combate de las naves de la flota imperial. O tal vez sólo estaba avergonzado porque Thane logró identificar una nave que él no pudo.

«Él dice que entrará a la academia imperial», pensó Thane. «Pero sólo porque cree que eso lo volverá importante. Dalven no conoce cada una de las naves que yo conozco.

Él no estudia los manuales ni practica con los planeadores. Dalven nunca será un verdadero piloto. Pero yo sí lo conseguiré».

—Hubiéramos dejado a Thane en casa con el droide doméstico. —La voz de Dalven ahora sonaba malhumorada—. Aún es muy chico para todo esto. En una hora seguro estará rogando por regresar a casa.

—No lo haré —insistió Thane—. Ya soy lo suficientemente grande, ¿verdad, mamá?

Ganaire Kyrell asintió distraídamente.

—Por supuesto que eres grande, naciste el mismo año que el Imperio, Thane. Nunca lo olvides.

¿Cómo podría olvidarlo, si ya se lo había recordado al menos cinco veces en el transcurso de ese día? Él quería decírselo, pero eso sólo habría hecho que Dalven le diera otro golpe, o peor aún, que su padre le soltara otra sarta de insultos, y sus palabras herían aún más profundo que cualquier cuchillo. En ese momento ya podía sentir sus miradas encima de él, esperando a que demostrara rebeldía o debilidad. Thane se dio la vuelta, como buscando el lugar de su destino: la ciudad de Valentia, de esa manera ni su padre ni Dalven podrían notar su expresión. Siempre era mejor cuando no sabían en qué estaba pensando.

Por la única por la que no se preocupaba era por su madre, ella rara vez le prestaba atención.

El viento hizo que su capa bordada de color azul y dorado ondeara, y Thane se estremeció por el frío. Tal vez otros planetas serían más cálidos. Mucho más iluminados, ajetreados e incluso más divertidos en todos los sentidos posibles. Él creía en eso, a pesar de nunca haber visitado ningún otro planeta en su vida; era imposible imaginar que en la enormidad de la galaxia no hubiera un lugar mucho mejor que ese.

En la historia galáctica, Jelucan había sido poblado tardíamente, tal vez porque nadie estaba tan desesperado como para ubicarse en una roca inhabitable en la orilla más lejana del Borde Exterior. Alrededor de quinientos años atrás, un grupo de pobladores fueron exiliados a Jelucan, provenientes de un planeta igual de oscuro. Parecía que habían peleado en el bando equivocado en una guerra civil o algo parecido. Thane no conocía los detalles. Sus padres sólo le dijeron que esos primeros pobladores habían quedado atrapados en los valles, en extrema pobreza, y apenas habían logrado mantenerse con vida.

La verdadera civilización se consolidó después, 150 años atrás, con la segunda oleada de pobladores, quienes habían llegado ahí con la esperanza de amasar una fortuna. Pretendían establecer minas, atraer al comercio galáctico y tener un estilo de vida moderno, a diferencia de los habitantes del valle, quienes se comportaban mucho más como nómadas previos a la tecnología que como personas modernas. Ellos también eran jelucanis, pero eran poco amigables, solitarios y orgullosos.

O tal vez los pobladores del valle aún estaban enojados por haber sido expulsados a esa accidentada montaña de hielo. Y si era así, Thane no los culpaba por nada.

—Es una lástima que el Emperador no haya podido estar presente —dijo su madre—. Hubiera sido bueno verlo en persona.

«Como si el Emperador quisiera venir aquí». Thane sabía que no podía decir esto en voz alta.

Se suponía que todos debían amar al Emperador Palpatine. Todos decían que él era el más valiente, la persona más inteligente de la galaxia, que él había sido el único que había conseguido el orden después del caos que representaron las Guerras Clones. Thane se preguntaba si todo eso era verdad. Lo cierto es que Palpatine había fortalecido al Imperio y se había convertido en el hombre más poderoso en él.

A Thane no le importaba si el Emperador era agradable o no. La llegada del Imperio le parecía algo bueno, porque traería a todas esas naves con él. Y lo único que él anhelaba era verlas. Después, aprender a pilotarlas.

Y, finalmente, volar lejos de ahí y nunca volver.

—¡Ciena, fíjate por dónde caminas o te caerás!

Ciena Ree no podía dejar de mirar el cielo grisáceo. Podía jurar que había escuchado una nave espacial clase *Lambda*, y también quería, más que nada, ver una.

—Pero mamá, estoy segura de que escuché una nave.

—Tu vida sólo gira en torno a las naves y a volar. —Su madre, Verine, se rio suavemente y levantó a su hija para sentarla en el amplio y peludo lomo del muunyak; ambas se dirigían cuesta arriba, hacia Valentia—. Listo. Conserva tu energía para el gran desfile.

Ciena hundió sus manos entre el enmarañado pelaje del muunyak. Olía a una combinación de almizcle y heno: a su hogar.

En cuanto volteó hacia el cielo vislumbró una delgada línea entre las nubes, que comenzaba a desaparecer, pero era la evidencia de que el transbordador había estado ahí. Se estremeció por la emoción, y después recordó asir el brazalete de piel trenzada que rodeaba su muñeca. Apretando la piel que se encontraba entre sus dedos, Ciena susurró:

—Mira a través de mis ojos.

Ahora su hermana, Wynnet, también podría verlo todo. Ciena vivía por las dos y eso nunca lo olvidaba.

Su padre debió haberla escuchado, porque tenía esa sonrisa triste que significaba que también estaba pensando en Wynnet; pero sólo colocó su mano sobre la cabeza de su hija y acomodó detrás de su oreja un rizo rebelde.

Finalmente, después de dos horas de camino cuesta arriba, por fin llegaron a Valentia. Ciena sólo había visto una verdadera ciudad en hologramas; sus padres difícilmente abandonaban su hogar en el valle y nunca la llevaban cuando lo hacían, hasta ese día. Su ojos se abrieron al ver los edificios tallados en la piedra blanca de los acantilados, algunos de ellos eran de alrededor de diez o quince pisos de altura. Se extendían a lo

largo de la montaña, tan lejos como la mirada de Ciena alcanzaba. Alrededor de las viviendas talladas en la piedra se erguían toldos y casas de campaña de una docena de brillantes colores y estaban cubiertos con flecos y abalorios. Las banderas imperiales ondeaban en algunos tubos recientemente enterrados en la tierra o montados sobre la piedra.

En las calles abarrotadas había más gente de la que había visto reunida en sus ocho años. Algunos anunciaban su comida o algunos *souvenirs* con motivo del gran evento: estandartes imperiales o pequeños hologramas del Emperador sonriendo con bondad y transparencia, por encima de un pequeño disco iridiscente. Sin embargo, al igual que ella y su familia, la mayoría de las personas caminaban por las mismas calles atestadas, dirigiéndose hacia la ceremonia. Incluso algunos droides rodaban, flotaban o se arrastraban entre la multitud, cada uno de ellos reluciente y evidentemente más moderno que el abollado droide cortador de su aldea.

Toda esa gente y esos droides habrían sido mucho más fascinantes si no hubieran estorbado en su camino.

—¿Llegaremos tarde? —preguntó Ciena—. No quiero perderme las naves.

—No llegaremos tarde —suspiró su madre. Ya se lo había dicho muchas veces ese día, así que Ciena supo que tenía que guardar silencio. De pronto, Verine Ree colocó sus manos sobre los hombros de su hija; por más suave que fue el gesto de la madre, el muunyak supo que debía detenerse. La desteñida capa negra de mamá voló alrededor de su delgadísimo cuerpo, al mismo tiempo que decía—: Sé que estás emocionada, corazón. Este es el día más importante de tu vida hasta ahora. ¿Por qué no habrías de estarlo? Pero ten fe. El Imperio nos esperará hasta que terminemos de subir por la montaña, cuando sea que eso vaya a pasar. ¿De acuerdo?

La sonrisa de mamá podía hacer que Ciena sintiera que acababa de llegar a una parcela soleada.

—De acuerdo.

No importaba cuándo terminara de subir la montaña. El Imperio siempre, siempre estaría esperándola.

Como mamá lo prometió, llegaron al prado con mucho tiempo de anticipación. Mientras sus padres pagaban por un día de corral y comida para el muunyak, Ciena escuchó una risa.

—Ellos se dirigen a la ceremonia imperial en ese mugroso muunyak —gritó un adolescente de segunda generación. El rojo encendido de su capa hacía que Ciena recordara el color de una herida abierta—. Van a apestar todo el lugar.

Ciena sintió cómo sus mejillas se tornaban rojas y calientes, pero no quiso seguir viendo a los chicos que la provocaban. En lugar de eso, acarició uno de los costados del muunyak; él le guiñó un ojo, con la paciencia de siempre.

—Volveremos por ti más tarde —le prometió—. No te sientas solo.

Ningún tipo de burla de algunos niños estúpidos la haría sentirse avergonzada de la bestia. Ella lo quería: a él y a su olor. Estúpidos chicos de segunda generación, ellos no entendían nada acerca de la cercanía con los animales, o incluso con la tierra.

Ahora que veía a cientos de personas de segunda generación con capas de seda y vestimenta acolchada, miró su vestido café claro y lo sintió usado y raído. Antes de ese momento, siempre le había gustado ese vestido, ya que la tela era sólo ligeramente más clara que su piel y le gustaba que combinaran. Ahora se daba cuenta de que el dobladillo estaba descosido y que las mangas tenían hilos sueltos.

—No les hagas caso. —El rostro de su padre se tensó con amargura—. Su momento ha llegado, y lo saben.

—Paron —susurró la madre de Ciena mientras sujetaba a su esposo del brazo—. Baja la voz.

Él continuó con un poco más de discreción, pero con mayor orgullo.

—El Imperio valora el trabajo arduo. La lealtad absoluta. Sus valores son como los nuestros. La gente de segunda generación no piensa en otra cosa más que en llenarse los bolsillos.

Eso quería decir ganar dinero. Ciena lo sabía porque su padre lo decía con frecuencia, casi siempre refiriéndose a aquellos de segunda generación que vivían en las montañas más altas. En realidad, ella no entendía qué era tan malo de querer hacer dinero. Pero otras cosas eran mucho más importantes… especialmente el honor.

Ciena y todos los habitantes de los valles de Jelucan eran descendientes de personas fieles a su rey que habían sido expulsadas de su hogar después del derrocamiento de aquel. Cada uno de ellos había preferido el exilio a traicionar la lealtad a su líder. Pese a lo difícil que era la vida en Jelucan, y a lo incesante que había sido el trabajo y la pobreza desde entonces, los habitantes de los valles aún se sentían orgullosos de la decisión de sus ancestros. Como cualquier niño de su aldea, Ciena había sido educada sabiendo que siempre debía cumplir su palabra y que el honor era la única posesión que en realidad importaba.

Así que había que dejar que los de segunda generación se pavonearan por todos lados con sus vestimentas nuevas y su brillante joyería. La sencilla capa de Ciena había sido tejida por su madre, la lana provenía del pelaje de su muunyak; su brazalete de piel había sido trenzado y sería expandido conforme creciera para que permaneciera en su muñeca por el resto de sus días. Tal vez tenía poco, pero todo lo que tenía y todo lo que hacía estaba cargado de significado y valor. La gente de las montañas no podía entender eso.

Como si pudiera leer los pensamientos de su hija, Paron Ree continuó:

—Tendremos diferentes oportunidades a partir de ahora. Mejores. Ya lo hemos visto, ¿no?

La madre de Ciena sonrió mientras ajustaba su pañuelo gris alrededor de su cabello. Justamente tres días antes le habían ofrecido el puesto de supervisora en una de las minas cercanas: el tipo de puesto que aquellos de segunda generación solían guardar para ellos mismos. Pero ahora el Imperio estaba a cargo. Todo estaba por cambiar.

—Tendrás más opciones, Ciena. Tienes la oportunidad de hacer más cosas. De ser algo más. —Paron Ree sonrió a su hija con severidad, pero también con un inconfundible orgullo—. La Fuerza está guiando esto.

Hasta donde Ciena sabía por los pocos hologramas que había podido ver, la mayoría de las personas en la galaxia ya no creían en la Fuerza: la energía que permitía convertirse en uno mismo con el universo. Aunque en ocasiones se preguntaba si los Caballeros Jedi en verdad habían existido. Las increíbles historias que los mayores contaban acerca de valientes héroes con sables de luz que podían cambiar la mente, hacer levitar objetos… seguramente sólo eran historias.

Pero la Fuerza debía de ser real, porque había hecho que el Imperio llegara a Jelucan para cambiar su futuro para siempre.

—Habitantes de Jelucan, el día de hoy representa un inicio y un final —dijo el oficial imperial mayor en la celebración, un hombre llamado Grand Moff Tarkin.

(Ciena sabía que esos eran su título y su nombre, pero no estaba tan segura de si su título era Grand Moff y su nombre Tarkin, o si su nombre era Moff Tarkin y en realidad era muy grande. Tal vez después lo preguntaría, cuando no hubiera personas de segunda generación alrededor para burlarse de ella por no saberlo).

Tarkin continuó:

—Este día termina su aislamiento de la gran galaxia. En lugar de eso, Jelucan comienza, a partir de hoy, ¡un nuevo y glorioso futuro al asumir el lugar que tiene por derecho en el Imperio!

Muchos aplausos y ovaciones llenaron el lugar, mientras Ciena se unía a los demás. Pero su aguda mirada se detuvo en algunas personas que permanecían en silencio, en su mayoría eran ancianos que probablemente habían nacido antes de las Guerras Clones. Estaban de pie, serios y tranquilos, más como quienes asisten a un funeral o como quienes son testigos de una deshonra pública. Una mujer con cabellos plateados y piel muy blanca inclinó la cabeza mientras una lágrima recorría su mejilla. Ciena se preguntó si acaso alguno de sus hijos o hijas habría muerto en la guerra, y todos aquellos soldados reunidos le habrían recordado su pérdida y la habrían puesto triste en un día tan feliz.

Porque realmente eran muchos soldados: oficiales con relucientes uniformes negros y grises, así como soldados de asalto con brillantes armaduras blancas. Y parecía haber tantas naves como tropas: cazas T1E tan negros como la obsidiana, cruceros de asalto del mismo color gris de las montañas de granito, y más arriba, orbitando, centelleando como la estrella del alba, algunas manchitas que ella sabía con certeza que eran Destructores Estelares. Algunos decían que todos y cada uno de los Destructores Estelares eran más grandes que la misma ciudad de Valentia, dos o tres veces más.

Con sólo pensarlo, el corazón de Ciena se henchía de orgullo. Ahora era parte del Imperio, no sólo su planeta, ella también. El Imperio gobernaba la galaxia entera. El

poder de la flota imperial era más grande que cualquier fuerza de combate que hubiera existido en la historia. Ver cómo las naves sobrevolaban por encima de su cabeza en una formación perfecta, sin salirse del camino trazado, le erizaba la piel.

Eso era fortaleza, magnificencia, majestuosidad. Ese era el tipo de honor y disciplina que le habían enseñado a valorar, pero llevado a un nivel que ni en sueños imaginó. Nada podía ser más hermoso que eso, pensó. A menos que un día pudiera pilotar alguna de esas naves por sí misma.

Grand Moff Tarkin seguía hablando, diciendo algo acerca de los planetas separatistas que pareció incomodar a todos los presentes por un momento, pero después continuó hablando acerca de la grandeza del Imperio y lo orgullosos que todos debían estar de eso. Ciena ovacionaba cuando todos lo hacían, pero su atención estaba concentrada en la nave más cercana: se parecía a la que creyó haber visto en el cielo. Si tan sólo pudiera acercarse más…

Quizá después de la ceremonia podría hacerlo.

Cuando los discursos y la música terminaron, los Kyrell tenían que asistir a una reunión privada con oficiales sumamente importantes, así que le pidieron a Dalven que cuidara a Thane. En cuanto terminaron la frase, Thane calculó en silencio cuánto le tomaría a Dalven abandonarlo para irse con sus amigos. «Cinco minutos», pensó. «Cinco o seis». Por primera vez había sobreestimado a Dalven, quien abandonó a su hermano menor después de tres minutos.

Pero Thane podía cuidarse solo. Y algo más importante: podría acercarse aún más al hangar imperial, por su propia cuenta.

Aunque algunas de las naves imperiales habían regresado a sus respectivos Destructores Estelares, o a alguna de las instalaciones que habían sido construidas en el altiplano sur, unas cuantas permanecían en el hangar imperial. La más cercana era una nave espacial clase *Lambda*, como la que Thane estaba seguro de haber visto un rato antes en el cielo.

Era evidente que todos los señalamientos indicaban mantenerse lejos. Pero algunas veces las personas asumían que los niños no sabían leerlos. Thane pensó que aún era lo suficientemente chico como para usar esa excusa si alguien lo descubría. Lo único que quería era ver la nave un poco más de cerca, quizá tocarla, sólo por una vez.

Así que caminó sigilosamente detrás del escenario que habían instalado para los discursos de la celebración y después se metió debajo de él. Aunque Thane tuvo que mantener la cabeza agachada, pudo correr por debajo del escenario hasta el hangar. Cuando salió, sonrió con orgullo, pero después, para su desconsuelo, se dio cuenta de que no había sido el único al que se le había ocurrido esa idea. Algunos otros chicos que conocía de la escuela se habían reunido en los alrededores, casi todos eran mayores y no le caían particularmente bien; además, había una delgada niña vestida con ropa muy

gastada que la identificaba como habitante del valle. Al lado de las capas rojas y doradas de los otros chicos, su vestido café parecía una hoja del otoño a punto de caer, o al menos eso pensaba Thane.

—¿Qué haces aquí, escoria del valle? —dijo Mothar Drik. La sonrisa de su rostro era más repugnante que de costumbre.

La sonrisa de admiración de la niña desapareció en cuanto apartó la vista de la nave y la dirigió hacia sus nuevos torturadores.

—Sólo quiero ver la nave, al igual que ustedes.

Mothar hizo un gesto obsceno.

—Regresa a tu chiquero a acarrear estiércol. Ahí es donde perteneces.

La niña no se movió. En lugar de eso cerró los puños.

—Si fuera a acarrear estiércol, tendría que comenzar contigo.

Thane soltó una carcajada. Fue entonces cuando algunos de los otros chicos se percataron de su presencia. Uno de ellos dijo:

—Oye, Thane, ¿nos ayudas a sacar la basura?

Eso significaba que iban a pelear con esa niña de los valles. Seis de ellos contra una: ese era el tipo de situaciones que sólo le gustaban a los bravucones.

Tener a Oris Kyrell como padre le había enseñado a Thane muchas cosas. *Entre* ellas, cómo las reglas podían ser impuestas con severidad y rigor. También le había enseñado cómo su hermano respondía a la crueldad de su padre siendo igual de cruel con Thane, si no es que peor. Había aprendido que no importaba quién estuviera bien o mal, las reglas las establecía aquel que llevaba el mando.

Pero más que nada, le había enseñado a odiar a los bravucones.

—Sí —dijo Thane—. Sacaré la basura. —Al terminar la frase, se lanzó contra Mothar.

El idiota nunca se lo esperó; el aire se le escapó sorpresivamente, mientras caía de espaldas al suelo. Thane le dio unos cuantos golpes más antes de que alguien lo alejara de Mothar, y cuando vio a otro de los chicos deteniéndolo del cuello, se preparó para un inevitable puñetazo que se dirigía a su rostro; pero la delgada niña se lanzó hacia su atacante, jalándolo del brazo.

—Déjalo ir —gritó.

Dos contra seis, aún no tenían grandes posibilidades, pero la chica era aguerrida. Thane sabía que él también lo era, en gran medida gracias a Dalven, ya que sabía cómo seguir peleando pese a los golpes recibidos. Sin embargo, los dos estaban siendo acorralados en una esquina, Thane tenía el labio sangrando y la situación no pintaba para terminar bien.

—¿Qué está pasando aquí?

Todos se quedaron quietos. A sólo cinco metros de ahí se encontraba Grand Moff Tarkin, rodeado de oficiales imperiales y soldados de asalto con armaduras blancas. Al verlos, Mothar escapó y sus secuaces detrás de él. Por lo tanto, Thane y la niña se quedaron ahí, de pie, solos.

—¿Y bien? —dijo Tarkin, acercándose. Su rostro parecía haber sido tallado en un cuarzo, debido a sus duras y pálidas líneas de expresión.

La niña dio un paso adelante.

—Es mi culpa —contestó—. Los otros chicos querían golpearme, y él intentó detenerlos.

—Eso fue muy tonto de tu parte —le dijo Tarkin a Thane. Parecía estar divirtiéndose—. ¿Engancharte en una pelea que habrías perdido? Nunca desafíes a las fuerzas superiores, muchacho. Eso no termina bien.

Thane pensó rápido.

—Hoy sí terminó bien, gracias a usted.

Tarkin se rio.

—¿Entonces presentiste que una fuerza mayor llegaría pronto? A eso le llamo un excelente pensamiento estratégico. Muy bien, muchacho.

Ahora ambos estaban a salvo, pero la niña de los valles parecía no haberse dado cuenta.

—No debía estar en el hangar —dijo cabizbaja—. Rompí una regla, pero no era mi intención hacer algo deshonroso. Sólo quería ver las naves.

—Y con razón —dijo Tarkin, acercándose un poco más a los chicos—. Eso me indica que sienten curiosidad acerca de la galaxia más allá de Jelucan. Y ambos se quedaron aquí cuando los otros chicos huyeron. Esa es una muestra de valentía. Ahora quiero ver si son inteligentes. ¿Qué tipo de nave tenemos aquí?

—¡Una nave espacial clase *Lambda*! —dijeron al unísono, y después se miraron entre ellos. Lentamente la niña comenzó a sonreír y lo mismo hizo Thane.

—Muy bien. —Tarkin acercó una mano hacia la nave—. ¿Les gustaría verla por dentro?

¿Hablaba en serio? Claro que lo hacía. Thane no podía creer lo afortunado que era cuando uno de los soldados imperiales abrió la escotilla para que pasaran. Él y la niña corrieron hacia el interior, donde todo era negro y resplandeciente, y estaba iluminado con cientos de pequeñas luces. Ambos fueron dirigidos hacia la cabina de mando e incluso los dejaron sentarse en los asientos del piloto. Grand Moff Tarkin estaba de pie detrás de ellos, rígido como un mástil, y sus botas brillaban tanto como el metal pulido que los rodeaba.

—Enséñenme el control de altitud —dijo. Ambos niños lo señalaron de inmediato—. Excelente. ¿Y la palanca de acoplamiento? También la conocen. Claro, ambos son brillantes. ¿Cómo se llaman?

—Yo soy Thane Kyrell. —Se preguntaba si Grand Moff Tarkin reconocería su apellido; sus padres siempre insistían en que las autoridades imperiales los conocían bien. Pero la expresión de Tarkin permaneció ligeramente curiosa.

La pequeña niña dijo:

—Yo soy Ciena Ree, señor.

«Señor». Él también debió haber llamado «señor» a Tarkin, pero parecía que a él no le importaba.

—¿No les gustaría algún día servir al Emperador y pilotar una nave como esta? Entonces podrían convertirse en el capitán Kyrell y la capitana Ree. ¿Qué piensan acerca de eso?

El pecho de Thane se hinchó de orgullo.

—Eso sería lo mejor de la galaxia… señor.

Tarkin rio suavemente al tiempo que volteaba a ver a uno de los oficiales menores que estaba a un lado de él.

—¿Lo ves, Piett? No debemos dudar en usar el látigo cuando sea necesario, pero existen momentos en los que usar un anzuelo es aún más efectivo.

Thane no tenía idea de qué había querido decir, y tampoco le importaba. Lo único que sabía era que no podía imaginar un destino más glorioso que el de convertirse en un oficial para la flota imperial. Y al ver la sonrisa en el rostro de Ciena, sabía que ella pensaba lo mismo.

—Tendremos que estudiar mucho —susurró ella.

—Y practicar el pilotaje.

Su respuesta hizo que sus ilusiones se desvanecieran.

—No tengo naves en las cuales practicar, y el único simulador que tenemos es viejo.

Era obvio que no tenían buenos simuladores en los valles y, probablemente, sólo una de cada cincuenta personas del valle tenía su propia nave. Thane se sintió mal por un momento, pero de pronto la inspiración llegó.

—Entonces puedes venir a practicar conmigo.

El rostro de Ciena se iluminó.

—¿En serio?

—Claro. —Muchas de las maniobras sólo podían ser llevadas a cabo con un copiloto. Él necesitaría un compañero si quería aprender a pilotar lo mejor posible como para algún día pertenecer a la flota imperial.

Además, Thane presintió desde ese momento que, a pesar de todas sus diferencias, él y Ciena Ree serían buenos amigos.

CAPÍTULO UNO

Cinco años después…

FALTABAN SOLO TREINTA minutos para las pruebas de pilotaje, apenas y había tiempo para llegar al hangar a partir de ese momento. Y Ciena aún tenía que permanecer sentada en esa estúpida banca…

«No», pensó. «No es estúpido. El honor de la familia Nierre ha sido cuestionado. Necesitan a sus amigos de su lado a la hora del juicio. Aunque eso signifique perderse la práctica de pilotaje.

»Aunque preferiría estar volando». La dura y pulida banca de granito se encontraba frente a la pequeña y abovedada casa de la familia Nierre, habitantes de los valles, cuyas tierras habían colindado con las de la familia Ree por generaciones. Frente a la banca había una trinchera con arena, la cual ahora tenía enterradas varias astas; cada bandera representaba una familia que había declarado su lealtad a los Nierre en estos momentos de adversidad. La tradición era vieja, se remontaba a los días del asentamiento de la población de Jelucan, pero aún estaba cargada de significado. Un miembro de cada familia leal permanecería, constantemente, del lado de los Nierre hasta que la nube de sospechas que recaía sobre su honor hubiera sido despejada.

La mayoría de las familias del valle habían llevado una bandera, pero no todos. Algunas creían que el padre de la familia Nierre abusaba de su poder como monitor de las comunicaciones imperiales, reportando reuniones y mensajes privados. Sin embargo, los padres de Ciena habían declarado que nadie tendría por qué ocultarle información relevante al Imperio, y que todos aquellos que acusaban a la familia Nierre carecían de honor. De cualquier modo, habían sido los Nierre quienes habían sido acusados, y ahora tenían que soportar el peso de las consecuencias.

La genética de la familia hacía que todos fueran rubios y de piel blanca como la leche. No obstante, sus rostros se habían tornado aún más pálidos, al punto en el que todos parecían estar enfermos. Si procedía la queja formal que se le había presentado al gobernador imperial y se nombraba a un nuevo monitor, los Nierre cargarían con el peso de esa desgracia para siempre, y eso sería algo difícil de sobrellevar. Así que los amigos debían permanecer cerca de ellos para brindarles el apoyo que pudieran.

«Yo querría que alguien hiciera eso por mí en caso de ser falsamente acusada», pensó Ciena. «Pero los Nierre sentirían aún más el apoyo de mi familia si mis padres estuvieran aquí, como dijeron que iban a estarlo… hace una hora».

Sus ojos recorrieron el cielo, intentando ver el viejo V-171 volando en lo alto. Desde esa banca, Ciena podía ver a lo lejos, hacia las profundidades del valle, hasta donde se podía ver un ligero resplandor de agua a cientos de metros de distancia. En ese momento se encontraba rodeada por una infinidad de montañas nevadas que parecían blancos colmillos rasgando el grisáceo cielo. Su capa azul oscuro era lo bastante pesada para que el viento no pudiera moverla, y casi ocultaba el hecho de que, en lugar del tradicional

vestido, llevaba un enorme traje de piloto que había logrado comprar en una tienda de excedentes al inicio del año.

De pronto escuchó a lo lejos el ruido de un tractor de montaña, el vehículo que los comerciantes del Imperio habían introducido cinco años atrás. Ciena apenas podía recordar cómo habían logrado sobrevivir sin él; aún adoraba a su viejo muunyak, pero ahora era más lento. Cuando el tractor rodeó la curva, quería saltar de la alegría. «¡Por fin!».

Pero permaneció en la banca, con el rostro sereno, hasta que su padre descendió del tractor y se acercó a ella. Venía solo.

—¿Dónde está mamá? —dijo Ciena, poniéndose de pie.

—Fue otra larga noche en la mina —dijo su padre, moviendo la cabeza—. Sabíamos que su puesto como supervisora requeriría de un arduo trabajo, y me siento orgulloso de ella, pero en ocasiones la extraño.

—Yo también. —Y Ciena lo decía absolutamente en serio, aunque no podía quitarle los ojos de encima al tractor de montaña. Si tan sólo papá se lo prestara, aún estaría a tiempo para llegar puntual al hangar.

Su padre percibió su prisa y presionó sus labios, formando una delgada línea que parecía que se convertiría en una mueca.

—¿Hoy también pilotarás?

—Papá, por favor, si no es así, ¿de qué otra manera podré entrar a una de esas academias imperiales?

—Debes practicar, y con frecuencia. Nada nos haría sentir más orgullosos a tu madre y a mí que verte convertida en una oficial del Imperio. —Paron Ree hizo una pausa. Algunos pájaros volaron en lo alto, trinando como de costumbre; Ciena dirigió su atención hacia ellos, porque cada vez que su padre retomaba el tema que estaba por tratar, le costaba trabajo mirarlo a los ojos. Como era de esperarse, él continuó—: Sólo quisiéramos que practicaras más en los nuevos simuladores de Valentia, en lugar de pasar tanto tiempo con ese chico.

—Thane es mi amigo —dijo, haciendo énfasis en la última palabra.

—No deberíamos aceptar nada de alguien de la segunda generación. Debemos sobresalir por nuestro propio poder, no por sus regalos.

En ocasiones, Ciena sentía un ataque de furia en ese punto de la discusión, pero si no lo controlaba ese día, definitivamente no iría a la práctica. Así que respiró profundo antes de continuar.

—Yo ayudo a Thane tanto como él a mí. Trabajamos juntos. Ninguno le debe nada al otro y él lo tiene muy claro, tanto como yo.

Su padre suspiró.

—Los de su clase son de memoria corta, pero ve. Toma el tractor, yo regresaré a casa en el muunyak. Tu madre y yo regresaremos más tarde. Para entonces deberás haber terminado tus lecciones y limpiado la cocina de cabo a rabo.

—Sí, señor. —Ciena se reanimó, al final de cuentas hoy también pilotaría.

—Conviértete en un mejor piloto que ese chico de la familia Kyrell —le dijo su padre, mientras se alisaba sus vestiduras y comenzaba a caminar hacia el hogar de los Nierre—. Si sólo hay una plaza para un cadete jelucani, quiero que esa sea la tuya.

Ciena rio.

—Los dos iremos. La flota imperial no sabría qué hacer sin nosotros.

Hasta su padre sonrió al escucharla.

Thane se preguntaba si en algún momento podría liberarse de la fuerza del cerrojo de seguridad del droide tutor CZ-1. De ser así, el droide lo dejaría ir aunque no hubiera terminado su estúpido examen de matemáticas.

—Está perdiendo la concentración —dijo CZ-1—. Eso no lo conducirá hacia un desempeño óptimo.

Thane señaló hacia el reloj más cercano.

—Se me hace tarde para mi práctica de pilotaje.

—Deberá completar sus lecciones para dominar la materia. ¿De qué otra manera podría ser admitido en una academia imperial? El más profundo deseo de sus padres es que siga los pasos de Dalven.

En ocasiones, Thane creía que CZ-1 era más astuto de lo que un droide debía ser. Nada enfurecía más a Thane que saber que Dalven había logrado, de algún modo, entrar a una de las academias, quizá una de las menores, pero de cualquier manera lo había logrado. Thane sospechaba que su padre había sobornado a uno de los reclutadores locales para que admitiera a su hijo mayor y así reafirmar el orgullo de la familia. Pero Oris Kyrell no haría el mismo esfuerzo por Thane, quien tenía que conseguir entrar a una academia por su propia cuenta.

Así que pensó rápido.

—No entraré a ninguna academia imperial si no sé pilotar bien —señaló Thane—. ¿Y cómo lo voy a hacer bien si no practico?

—Su familia tiene su propio hangar y sus naves. Entonces puede practicar ahí en cualquier momento.

Con su mejor sonrisa, Thane contestó:

—Pero también te tenemos a ti, CZ-1. Eso quiere decir que también me puedes dar clases de matemáticas en cualquier momento. Mientras que yo sólo puedo practicar con una compañera cuando Ciena está libre, y ella viene hoy, así que ¿no te parece que tengo que darle prioridad al tiempo para practicar el pilotaje?

CZ-1 ladeó la cabeza, y Thane pudo escuchar el apenas perceptible zumbido que indicaba que el droide estaba pensando.

Fingiendo naturalidad, Thane dijo:

—¿Sabes?, cuando regrese, realmente necesitaré darte un baño lubricante; una larga y relajante sumergida. Ya tiene tiempo que no lo hago, ¿no?

Sólo pasaron unos cuantos minutos de silencio para que CZ-1 dijera:

—Ahora que lo menciona, mis articulaciones han estado muy rígidas últimamente.

Con una sonrisa, Thane se liberó del holograma de matemáticas y tomó su chamarra de pilotaje.

—Regresaré antes de que mis padres lleguen de su estúpido banquete, ¿de acuerdo?

—¡Y mañana en la mañana hay clases de matemáticas! —gritó CZ-1 en cuanto Thane salió corriendo por la puerta.

Su familia tenía un hangar privado pero, como mucha gente de Jelucan, su propiedad era más vertical que horizontal. El techo dorado de su casa se extendía casi por todo lo ancho de su propiedad, debido a que sus padres habían insistido en que las personas de su nivel necesitaban una casa mucho más impresionante que la de sus vecinos. A Thane ese esnobismo le molestaba menos que el hecho de que el hangar estuviera a trescientos metros de distancia, cuesta abajo.

Pero al menos ya había ideado una solución para esto. Con una sonrisa, Thane se colocó las lentes de pilotaje y corrió hacia una lejana cresta de la montaña. Los manubrios estaban en posición y listos, así que lo único que tenía que hacer era sujetarlos con firmeza, soltar el freno y brincar.

Inmediatamente salió disparado por el cable que unía su casa con el hangar colgado de los manubrios, mientras descendía por la larga cresta de piedra. El helado viento de la montaña se sentía como un látigo sobre su cuerpo, mientras miraba cuesta abajo hacia el valle que aún estaba lejos. No era una sensación tan buena como pilotar, pero estaba muy cerca de serlo.

Volvió a activar el freno mientras se deslizaba hacia el fin del recorrido lentamente, porque le gustaba guardar un poco de velocidad para el final. Cuando estaba a punto de estrellarse contra el poste, Thane se soltó y brincó hacia la tierra, riéndose a carcajadas.

Se dio la vuelta para encontrarse con Ciena, a un lado del tosco y viejo tractor de montaña de su familia. Se veía aún más pequeña y delgada de lo que era con ese enorme traje de piloto, y su rostro se veía todavía más joven para la edad que tenía, con sus mejillas redondas y su respingada nariz. Sus brazos estaban cruzados frente a su pecho e intentaba verse seria, pero él podía notar la sonrisa que se escondía detrás de esos ojos cafés.

Se enderezó y dio una palmada para sacudir sus guantes.

—Estás celosa porque nunca te dejaré intentarlo.

Ciena le sacó la lengua.

—Podría hacerlo, y lo sabes.

Claro que podría; Thane nunca tuvo la menor duda de eso. Pero el cable comenzaba en su casa, y sus padres la odiaban más que los de ella a él. Las pocas veces que se habían encontrado, su familia había tratado a Ciena de una manera tan grosera que Thane se moría de la vergüenza. Ciena sentía tantas ganas de encontrarse a los Kyrell como ellos de verla.

Por su parte, ambos actuaban como si no hubiera razón para no pasar tiempo juntos. Eso era más fácil que hablar acerca de por qué sus familias no querían verlos juntos.

—Pensé que iba a llegar tarde —continuó Ciena—, pero te gané.

—Trigonometría —contestó Thane con una expresión de asco, la misma que Ciena compartió—. Vamos, comencemos. ¿Lagartija, rana o serpiente para ver a quién le toca ser piloto? —Ambos contaron hasta tres en silencio y extendieron sus manos. Thane había escogido serpiente y Ciena escogió lagartija: lagartija se come a serpiente. Ella sonrió encantada, y señaló en dirección a la escotilla del V-171—. Pilotos primero.

A él no le molestaba ser copiloto-artillero; los cadetes debían ser expertos en ambas posiciones si querían entrar a la academia. Pero sentarse mirando hacia atrás en la cabina de mando sí le restaba algo de diversión.

Técnicamente, el V-171 era de Dalven. Cuando se marchó a la academia, dio instrucciones estrictas de que nadie podría pilotarlo en su ausencia.

Sí, cómo no.

Thane nunca dejaba pasar la oportunidad de pilotar o de vengarse un poco de su hermano mayor.

(Dalven siempre fue más grosero con Ciena, más que cualquier otro integrante de la familia Kyrell. Poco tiempo antes de que se fuera a la academia, dijo en un tono despectivo que sólo había una razón para escoger a alguna chica de los valles, y si eso era lo que buscaba Thane, al menos debió de haber buscado a alguien que ya tuviera pechos. Thane le rompió el labio a Dalven antes de que sus padres pudieran separarlos).

—Oye —dijo Ciena. Thane se dio cuenta de que sólo estaba parado a un lado de la escalerilla en lugar de subirla y entrar a la cabina de mando—, ¿estás aquí?

—Sí. —Thane se deslizó al interior de la nave esforzándose por no mirar la parte de enfrente del traje de piloto de Ciena—. Lo siento, vámonos.

Ambos se pusieron los cascos, se abrocharon los arneses y bajaron la escotilla para encerrarse. El procedimiento se había convertido en algo tan natural que Thane podría hacerlo sin pensarlo a conciencia. Él conocía el momento preciso en el que Ciena comenzaría a levantar los interruptores para activar el motor e incluso el ritmo de sus dedos mientras lo hacía. Su consola se encendió en respuesta a todo eso.

—Todos los sistemas listos.

—Confirmado. Estamos listos para el despegue —dijo—. Propulsores llenos. ¡Dirijámonos hacia el cielo!

El viejo V-171 se levantó del suelo con una sacudida, los motores brillaban azules en cada uno de sus costados; después se dio la vuelta, se inclinó hacia un lado y remontó el vuelo.

Ciena los llevó más alto, hacia las cimas de las montañas, tan frías y desoladas que hacían imposible que alguien se asentara ahí. Había unos cuantos droides mineros esparcidos por el paisaje, brillando tenuemente entre la nieve y la pálida piedra, pero por lo demás el área permanecía intacta. Thane sentía como si él y Ciena tuvieran la galaxia para ellos solos.

Cuando volaron cerca de uno de los arcos al este de la cresta de la montaña, la voz de Ciena resonó a través de los altavoces del casco.

—Veo algunos carámbanos a los que podemos darles una lección.

—Entendido.

El arco apareció en la cuadrícula de su pantalla de visualización. Tres carámbanos colgaban de una roca como estalactitas, la mayoría de ellos eran tan gruesos como su brazo. Grandes para ser carámbanos, pequeños para ser un blanco para atacar.

Thane apuntó, disparó e hizo que los pedazos de hielo volaran por todas partes. Sonrió y escuchó a Ciena gritar victoriosa.

—¿Crees que puedas encontrarme otros blancos para disparar? —dijo. Ellos nunca disparaban sin pensarlo, porque tirar unas cuantas rocas o carámbanos en esas alturas podría provocar una avalancha que afectaría las zonas habitadas. Pero ambos conocían todos los sitios donde había hielo y era seguro para disparar.

—Sí, claro —contestó—. Espera.

Thane sabía exactamente cómo ella daría la vuelta para llevar la nave hacia abajo. Aún sin conocer su destino exacto, podía sentir, por el ligero cambio de las alas, cuál sería su siguiente movimiento. Él y Ciena habían pilotado como un equipo todas las veces que podían por los últimos cinco años. Ahora funcionaban como las dos manos del mismo piloto.

El V-171 bajó en picada hacia el desfiladero Stepson, un pasaje angosto y escarpado que siempre era un desafío para las naves. Ciena condujo hacia las profundidades, sin duda para darle una oportunidad a Thane de que practicara sus tiros hacia lo alto. Mientras descendían, pasaron por algunas cascadas que se encontraban desfiladero abajo. A pesar del inclemente frío, el agua de las cascadas fluía, aunque parecía más un hilito que una caída a borbotones. Al atardecer, la luz se reflejó en el agua, en un ángulo perfecto para formar un arcoíris. Un afloramiento de hielo cercano atrapó la luz prismática, reflejándola en muchas direcciones al mismo tiempo. Cada roca y cada pedacito de nieve brillaban. Era uno de esos momentos perfectos, aún más espectaculares porque en un instante desaparecería para siempre.

—Mira a través de mis ojos —dijo Ciena en un susurro.

Él sabía que diría eso.

Tal vez ese era el momento para descubrir por qué.

Después de la práctica de pilotaje, Ciena y Thane fueron hacia la Fortaleza. Así la llamaron cuando tenían ocho años y una clara tendencia al dramatismo. En realidad, el espacio era sólo una cueva, aunque una cueva que habían adaptado a su gusto durante varios años. Cada determinado número de semanas, uno de ellos aparecía con alguna cosa más para su colección. La mayoría de las cosas interesantes, como el calefactor de protones o los juegos holográficos, los había llevado Thane, pues eran desechos de su

familia, lujos de los que ya se habían aburrido o que nunca extrañarían. Lo que Ciena llevaba era más modesto, pero se consolaba pensando que era más importante. La Fortaleza habría sido terriblemente incómoda de no ser por las gruesas cobijas y los tapetes de cuero que había llevado. Esas también eran cosas que las familias del valle habían desechado al intentar modernizar sus viviendas y adaptarlas a los estándares imperiales. Pero eran calientitas y suaves, los enseres ideales para su refugio alejado del mundo.

En realidad, la cueva estaba ubicada a menos de cincuenta metros del hangar de la familia de Kyrell, pero la entrada estaba escondida bajo un afloramiento y ensombrecido por otro, volviéndolo un lugar tan secreto que, en ocasiones, Ciena pensaba que ella y Thane eran los primeros habitantes de la historia de Jelucan en entrar. En resumen, se volvió el lugar perfecto para encontrarse.

En algunas ocasiones, cada uno iba ahí por su cuenta; pero casi siempre visitaban la Fortaleza juntos, hablaban de todo lo que se les ocurría y soñaban con un futuro entre las estrellas.

—Mi padre dijo que cerca de tres docenas de senadores se retiraron en señal de protesta —dijo Ciena.

Thane se encogió de hombros. Él estaba mucho menos interesado en la política que Ciena, y continuó recostado en el tapete rojo mirando el atardecer.

—¿Qué diferencia hay entre si son veinte o treinta y seis? Hay cientos de senadores, así que no hacen la diferencia.

—Se negaron a emitir sus votos. Serán sustituidos por acuerdo imperial. Eso es algo muy importante, Thane.

—Sólo son otros viejos y ricos políticos haciéndose los importantes. Esa es su manera de divertirse.

—¿Cómo pudieron traicionar sus juramentos? ¿Su honor? —Ciena no lo podía creer—. Todos saben que fue el Senado el que condujo a la galaxia hacia la guerra civil antes de que el Emperador restableciera el orden. ¿Por qué alguien querría quitarnos la paz que ahora tenemos asegurada?

Thane se volvió a encoger de hombros.

—Tal vez están peleando por algo totalmente distinto y sólo estén diciendo que es por esos grandes ideales. Cuando se den cuenta de que ya no tienen poder, volverán rogándole al Emperador y olvidarán todas aquellas cosas por las que peleaban.

—A veces eres demasiado cínico.

—Pero estoy en lo cierto. Ya verás.

Ciena suspiró mientras se recostaba sobre la piel negra de gundark; su grueso pelaje era tan cómodo como cualquier cama. Desde donde estaba recostada, el atardecer resplandecía majestuosamente, justo detrás de las rugosas montañas. La luz que iluminaba la cueva hizo que el cabello de Thane se viera de un rojo vivo, dándole calidez a su pálida piel, y algo acerca de la manera en la que la luz descendía hizo que su rostro se viera sorprendentemente mayor.

«Será muy guapo», pensó ella. Aunque aquel era un pensamiento extraño, Ciena sintió que sólo estaba siendo objetiva. No era como si ella y Thane fueran… como si ellos fueran… Bueno, nunca lo serían. Si sus padres odiaban la idea de que tuviera a un chico de segunda generación como amigo, ¿cómo reaccionarían si se enamorara de uno? Y mientras que Thane nunca le había contado claramente acerca de la manera en la que su padre lo trataba, ella había visto los moretones y notado en sus silencios las cosas que no le contaba. El padre de Thane le haría cosas peores si llegara a pensar que ellos dos estaban juntos.

Además, ella y Thane eran demasiado cercanos el uno al otro como para enamorarse. A veces, Ciena sentía que eran dos partes de la misma persona.

—Oye —le dijo Thane en voz baja, con mucho cuidado—. ¿Puedo preguntarte algo que tal vez es… muy personal?

¿Acaso habría adivinado lo que ella estaba pensando? Ciena se sentó y llevó sus rodillas hacia su pecho.

—Puedes preguntar, sólo que no prometo contestar.

—De acuerdo. —Hizo una pausa antes de continuar—. De vez en cuando, cuando vemos algo realmente sorprendente, tú susurras: «Mira a través de mis ojos». ¿Es una costumbre del valle? ¿Qué significa?

En realidad era algo personal, pero a Ciena no le preocupaba que Thane lo supiera.

—Sí, es una de nuestras costumbres. Aunque una muy extraña. Mira… cuando yo nací, tuve una gemela.

—¿Una gemela? —Thane se sentó derecho. Hasta alguien de segunda generación sentiría curiosidad; la mayoría de los planetas tenían mitos y leyendas acerca de los gemelos—. ¿De verdad? Pero pensé que eras hija única.

—Ahora lo soy. Mi hermana, Wynnet, murió unas pocas horas después de que naciéramos.

—Oh, lo siento.

—No, está bien. No es como que la recuerde o algo parecido; pero trato de vivir mi vida por las dos. —Ciena estiró su brazo para enseñarle su pulsera de piel—. ¿Te has dado cuenta de que nunca me quito esto?

—Bueno, sí, pero pensé que sólo era porque te gustaba.

Ciena recorrió la pulsera con la punta de su dedo.

—Lo uso como símbolo de que sigo unida a Wynnet. Toda mi vida, todo lo que hago, todo lo que veo, es lo que ella vive de la galaxia, porque la compartimos. Así que cuando veo algo particularmente hermoso, algo asombroso o incluso cosas especialmente horribles, siempre digo esas palabras. Mi hermana mira a través de mis ojos y yo le muestro los momentos más importantes de mi vida.

Thane se volvió a recostar sobre el tapete.

—Eso es… realmente fantástico. Lo digo en serio.

Ciena asintió.

—A veces siento que es una enorme responsabilidad vivir también en nombre de Wynnet, pero la mayoría de las veces eso me recuerda que debo aspirar a momentos realmente especiales. Tal vez nunca los vería si no estuviera buscándolos para ella.

El sol finalmente se había escondido en el horizonte. A pesar de que algunos destellos de luz teñían la parte baja del cielo, en lo más alto el azul se había vuelto muy profundo, dejando ver pequeños puntos de luz resplandecientes.

Ciena dijo en voz baja:

—Algún día, una vez que hayamos entrado a la academia, le enseñaré las estrellas.

CAPÍTULO DOS

Cuando cumplieron catorce años…

—VAMOS —DIJO THANE, sentándose del lado opuesto a ella, con las piernas cruzadas, en las profundidades de la Fortaleza—. Lo sabes. —¿Lo sé?

—Este hombre inició una guerra.

Ciena sentía que la cabeza le daba vueltas. Llevaban tres horas estudiando la historia galáctica.

—Muy bien. La banda criminal que interfirió con una ejecución legal en Geonosis, lo que ocasionó las Guerras Clones, fue dirigida por… por… —Cerró los ojos, hizo una mueca y dijo—: ¿Mace Windu?

Después abrió los ojos y vio a Thane mirándola.

—¿Lo ves? Ya lo sabías.

A un lado de ellos, el droide CZ-1 hizo un chasquido aprobatorio.

—Su sentido de la historia es excelente, señorita Ree. En mi opinión, debería de estar más preocupada por cálculo.

Su rostro se ensombreció. Thane observó a CZ-1.

—Sabía que debimos haberte instalado la actualización de sensibilidad.

—¿De qué sirve la sensibilidad si lo aleja del aprendizaje? —CZ-1 se acercó arrastrándose, sus viejas articulaciones ya no eran fáciles de mover—. Cuando usted me trajo aquí de contrabando en ese tractor de montaña para sus sesiones de estudio, dijo que era para asegurarme de que ambos pasaran los exámenes. No puedo hacer eso si hago como que ustedes entienden muy bien ciertas materias, cuando en realidad no lo hacen.

Ciena hubiera deseado quejarse por el desconsuelo. Esos ni siquiera eran los exámenes de admisión para la academia, eran sólo para acceder al curso propedéutico.

—Si estos exámenes me están dejando sin vida, ¿cómo pasaré los verdaderos? —Ella intentó hacerlo sonar como una broma, pero su voz se quebró.

Thane la escuchó.

—Oye —dijo, acercándose—. Eres muy inteligente. Eres muy fuerte. Puedes pilotar cualquier nave de la flota imperial, y puedo asegurar que incluso podrías con un Destructor Estelar tú sola si te dieran la oportunidad.

A ella no le quedó más que reírse.

—Lo dudo.

—Yo no. —Sus palabras sonaron firmes y con mucha potencia—. Yo no dudo de ti, así que deja de dudar de ti, ¿de acuerdo? Podemos hacerlo.

Ciena se repitió aquellas palabras con la intención de creer en ellas.

—Podemos.

Cuando cumplieron quince años…

—¡Kyrell! —El entrenador de R&A (resistencia y agilidad) miró a Thane, quien jadeaba en el suelo—. Ponte de pie o márchate de una vez por todas.

Cada mes, en el curso propedéutico, tenían que correr un distinto trayecto con obstáculos. Poco a poco, los trayectos se volvían más difíciles, incluso más peligrosos. Si los futuros cadetes se rompían algo o se hacían alguna herida, era prueba de que no estaban listos para estar ahí en primer lugar.

No terminar el trayecto no te hacía ser expulsado de inmediato, pero te ponía en un lugar muy alto de la lista de chicos que serían los primeros en irse.

Pero su espalda y sus hombros le dolían tanto…

—Oye. —Ciena se agachó a su lado—. Vamos. Levántate.

Thane agitó su cabeza. Sus músculos temblaban del cansancio. Debajo de su amplio traje negro de R&A, había moretones y heridas que le ardían con cada movimiento que hacía. Sólo había dormido dos horas. Cada músculo le dolía; sus huesos pesaban más que la carbonita.

—No puedo.

—Con un demonio, claro que puedes.

Levantó su cabeza de la roja superficie ahulada del salón de R&A para verla de rodillas frente a él. En cuanto sus miradas se encontraron, Thane se dio cuenta de que no podría esconderle la verdad.

—Anoche… Mi padre.

Era común que Oris Kyrell regañara a sus hijos. Con frecuencia los azotaba, pero sólo eran unos cuantos golpes. Sin embargo, la noche anterior, su ira había explotado como nunca. Thane no se dio cuenta de que tenía que defenderse hasta que estaba demasiado lastimado como para hacerlo. Los golpes y patadas de su padre no se detuvieron hasta que Thane se encontró en el suelo sangrando. Ninguno de sus padres lo ayudó a levantarse ni prestó atención a sus heridas a la mañana siguiente. Aparentemente estaban decididos a hacer como que el incidente no había sucedido.

Lleno de moretones y adolorido, Thane tuvo que lidiar con la verdad por su cuenta, al menos hasta que Ciena abrió mucho los ojos al entender lo que había sucedido.

—Aún puedes hacerlo —susurró—. Ya llegaste muy lejos, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré —dijo, tragando saliva—. Pero tienes que regresar al trayecto, estás perdiendo tiempo.

—Soy la número uno en R&A. ¿Recuerdas? Me puedo dar el lujo de perder algunos minutos. Y te juro en este mismo instante, Thane Kyrell, que si tengo que levantarte y cargarte hasta el final del trayecto, lo haré.

—Agradezco la oferta, pero no creo que eso cuente.

Más estudiantes los rebasaron, saltando por encima de la siguiente gran barrera, con algunas quejas y gruñidos de aquellos que tocaron los duros bordes. Ellos eran los chicos más lentos. Ciena terminaría al último y Thane no esperaba terminar.

Él se giró para mirarla con la intención de que se diera cuenta de que hablaba muy en serio.

—Vete.

Ciena sólo se acercó aún más.

—Thane, no dejes que tu padre gane.

El odio hacia su padre hizo lo que la esperanza no pudo. Impulsado por el resentimiento, Thane se esforzó por ponerse de rodillas y luego de pie. Aunque se tambaleó en un inicio, logró mantenerse.

—¿Listo para correr? —Ciena comenzó a saltar, impaciente por comenzar a moverse.

—Sí. —Thane respiró profundo—. Estoy listo.

Como pudo, pasó por encima de la barrera. Aunque llegó a la meta en último lugar, lo logró.

Después, en la privacidad de los vestidores, se sentó en la banca, con cuidado se quitó la playera y le dejó a Ciena ver lo peor. La vergüenza hacía que su rostro le ardiera. Aunque sabía que él no era quien debía sentirse avergonzado, ahí estaba… enseñándole a Ciena cómo había dejado que lo golpearan hasta que la piel de su espalda se abrió.

Si ella sentía lástima por él o decía cuánto lo sentía, Thane sabía que tendría que salir de ahí. Pero Ciena no dijo nada. En silencio, abrió el botiquín de primeros auxilios y comenzó a aplicar el sellador curativo para piel, cerrando una herida a la vez, hasta que Thane se sintió completo de nuevo.

Cuando cumplieron dieciséis años…

Sólo un puñado de chicos del planeta de Jelucan lograría entrar a las academias imperiales. Mientras que los territorios del Borde Interior aceptaban a cientos de candidatos, las plazas para los ciudadanos de los planetas anteriormente separatistas seguían siendo estrictamente limitadas. Los propios instructores de las academias eran quienes seleccionaban a los estudiantes. Al mismo tiempo que los aspirantes se enteraban de si habían entrado, sabían a qué escuela habían sido asignados y en qué planeta estarían viviendo dos semanas después.

A Ciena no le importaba en qué academia quedaría. Cualquier planeta para ella estaba bien. Siempre y cuando fuera una cadete imperial.

Esa mañana se anunciarían los resultados, y todos los alumnos se reunieron en el patio de la escuela. Los padres no eran admitidos ahí, sólo había estudiantes y oficiales imperiales, pero las familias aguardaban fuera. Después de eso habría celebraciones o palabras de consuelo. Durante ese momento, Ciena, Thane y los demás estudiantes sólo se tenían a ellos mismos.

—No pude dormir —le confesó Ciena a Thane mientras se paraban juntos en la extrema izquierda del patio, observando hacia la puerta donde el supervisor aparecería con el anuncio—. Ni un poco.

—Yo tampoco. —Thane esbozó una sonrisa que parecía mueca—. Eso me hizo pensar en algunos planes alternativos para nosotros.

Ciena alzó las manos en señal de protesta. Ella se negaba a considerar cualquier plan alternativo porque eso podría traer mala suerte.

Thane se burló.

—¡Vamos, Ciena! Ya hicimos los exámenes. ¡Las decisiones están tomadas! Así que no podemos atraer mala suerte en este punto.

Eso era cierto. Más allá de eso, por el tono de voz de Thane, Ciena se imaginaba que esos «planes» no eran reales.

—Muy bien. Déjame escucharlos.

—Número uno: volvernos acróbatas famosos.

—¿Acróbatas?

—Acróbatas famosos. De nada vale ser acróbatas mediocres y desconocidos. Si vamos a hacerlo, tendremos que hacerlo bien.

El supervisor saldría en cualquier momento. El murmullo de la multitud incrementó y se volvió más tenso. El corazón de Ciena latía muy rápido, pero intentó hacerle segunda al tono juguetón de Thane.

—Paso. ¿Alguna otra brillante idea para nuestro futuro? Dijiste que esa era la número uno.

—Número dos: viajar por toda la galaxia con un tambor y haciendo bailes exóticos.

Ella alzó la ceja.

—Disculpa, pero yo no me convertiré en una bailarina exótica.

—¿Quién dijo que tú ibas a serlo? Yo bailaré, tú tocarás el tambor.

En ese momento, la risa fue genuina.

—Sólo si yo diseño tu vestuario.

—Mmmm… Tal vez debemos abordar el plan número tres…

Thane se enderezó, sus ojos se agrandaron mientras la puerta se abría y el supervisor aparecía. Su negro uniforme parecía robarle la luz al día. Ciena apretó los puños, pero al igual que los otros estudiantes, inmediatamente se puso en posición de firmes y guardó total silencio.

Los droides amplificadores flotaban cerca, aumentando la voz del supervisor mientras decía:

—La siguiente es una lista de los aspirantes aceptados en las distintas academias imperiales. Para la academia imperial en Arkanis…

Ciena en ese momento pudo haber soltado un lamento. ¿Irían en orden alfabético por escuela? No sabrían, sino hasta el final, si lo habían logrado o no. Ella podía imaginarse parada ahí, en posición de firmes, con los minutos pasando, mientras caía en cuenta de la terrible noticia de su fracaso. Después tendría que escabullirse, sintiéndose humillada. El fracaso no era lo mismo que la deshonra, pero en ese momento parecían ser lo mismo.

Después de unos minutos de haber comenzado la ceremonia, que ahora parecía haber durado para siempre, el supervisor se enderezó.

—Para la Academia Real de Coruscant…

Ninguna academia en la galaxia entera era más prestigiosa que esa. Ningún otro entrenamiento aseguraba una carrera de alto nivel en la flota imperial como ese.

Ciena había soñado con entrar ahí, por lo que estaba segura de haber imaginado que el supervisor decía su nombre.

Pero no. El realmente había dicho «Thane Kyrell y Ciena Ree». ¡Los dos! ¡Juntos!

Mantuvo la posición de firmes, pero miró de reojo a Thane. Si él también lo había escuchado, definitivamente era real. Ella estaba segura de que estaba sonriendo, pero era una sonrisa cansada, como cuando llegaba a la última barrera del curso de R&A. Thane cerró los ojos y susurró, aparentemente para él mismo:

—Me largo de aquí. Me voy.

Ciena sabía por qué su amigo quería salir de su planeta desesperadamente. Eran razones que ella no compartía. Ella amaba la escueta belleza de Jelucan, la camaradería entre las familias del valle, todo eso era hermoso para ella. Aun así, podía abandonar su hogar sin dudarlo.

Ella no huía de nada. Ella perseguía su sueño de convertirse en una oficial imperial, viajando con alegría por el espacio.

El día que Thane abandonó Jelucan se sintió… mejor que nunca. Como si no pudiera equivocarse, como si todas las constelaciones finalmente se hubieran alineado para guiarlo hacia el exterior. Sus padres se despidieron en la casa y no se molestaron en ir a dejarlo al puerto espacial. Eso era un alivio.

Abordar la nave hacia Coruscant era aún más satisfactorio porque Ciena estaba ahí también, aunque ella se había quedado en la rampa de abordaje abrazando a sus padres por tanto tiempo que el capitán la amenazó con dejarla ahí. Thane y ella habían trabajado en equipo para entrar a la academia; lo correcto era que llegaran ahí juntos. Lo mejor de todo fue el momento en el que la nave vibró al entrar al hiperespacio, su primer encuentro con la velocidad de la luz, y los dos se sonrieron sintiendo una profunda felicidad.

Después llegaron a Coruscant, y eso fue como un puñetazo directo al rostro.

Thane siempre supo que Jelucan era un planeta rezagado. Los hologramas le habían enseñado que la galaxia era aún más grande y sofisticada que todo lo que él había visto en su vida. Así que sintió que estaba preparado. Pero cuando dio un paso fuera de la nave y observó Coruscant por primera vez…

Los edificios eran tan altos como las montañas de Jelucan. Aunque la luz se colaba por los cristales de las estructuras arquitectónicas, la impresión le generaba una profunda claustrofobia. La tierra estaba infinitamente más abajo y el cielo parecía estar cortado en delgadas columnas. Cientos de pequeñas naves se elevaban y flotaban entre los rascacielos y podía escucharse el murmullo incesante de las negociaciones y el comercio. Cada persona parecía tener un camino trazado y un propósito, y sentirse perfectamente

cómoda en esa enorme caja de metal, en esa ciudad que parecía haberse tragado un planeta. Sin embargo, Thane intentaba no mirar hacia fuera de las ventanas, porque la vista lo hacía sentir muy pequeño.

Al principio creyó que Ciena se sentiría mucho más abrumada, pues había pasado su infancia en los valles abiertos, en casas apenas más sofisticadas que una tienda de campaña. Seguramente sería mucho más imponente para ella.

Pero en lugar de eso estaba eufórica.

—Aquí es donde todo sucede. —Parecía explotar de felicidad mientras los dos caminaban por los pasillos del puerto espacial; algunos droides boya flotaban delante, como guías que los llevaban hacia la nave de la academia—. Esta increíble energía que nos rodea es como… electricidad. ¿Puedes sentirla?

—Definitivamente —dijo Thane—. Totalmente eléctrica.

Ciena lo miró.

—Oye, ¿estás bien? —Pero llegaron a la nave junto con otro grupo de nuevos cadetes, y se dejaron llevar por el torbellino de actividad que implicaba el primer día: recoger los chips con la información que necesitarían, aprender acerca de la recepción de esa noche para todos los cadetes y presentarse con los de otros planetas. Los oficiales imperiales, firmes e impecables en sus uniformes, se movieron entre ellos mientras la nave despegaba y se unía al mareador y rapidísimo tráfico aéreo de Coruscant. Thane tuvo que hacer un esfuerzo para no estremecerse cada vez que otra nave se acercaba a menos de dos alas de distancia; pero al parecer, en una metrópolis del tamaño de un planeta, los pilotos estaban acostumbrados a tener un menor margen de error.

La intensidad sólo se acentuó cuando llegaron a la academia. Mientras los nuevos cadetes salían de la nave, Thane se dio cuenta de que cientos de estudiantes ya estaban ahí. Y muchos cientos más salían de las naves que llegaban detrás de ellos. Durante todo ese momento no pudo hacer otra cosa más que sentirse perdido. Cuando volteó a ver a Ciena, ella sonreía con mucha mayor felicidad. Después de un momento fueron separados el uno del otro por todo el mar de gente que deseaba saber en dónde debería estar.

El chip de información de Thane le proporcionó la ubicación de su dormitorio y le informó que tendría dos compañeros de habitación.

«No creo que sean peores que Dalven», pensó, decidido a sacar el máximo partido de la situación.

De cualquier manera, mientras levantaba su mano para tocar la puerta, Thane se sintió infinitamente pequeño.

La puerta se deslizó, abriéndose, y dejó ver a un delgado chico con cabello negro, rostro delgado y un comportamiento tan estricto que le costó trabajo darse cuenta de que no era uno de los administradores, sino uno de sus compañeros de cuarto.

—Así que tú eres el de… ¿cómo se llama? ¿Jelucan? —Cuando Thane asintió, el chico se burló—. ¿Por qué te molestas en tocar la puerta de tu propio cuarto? Eso es ridículo.

—¿No crees que es encantador? —dijo otro de los chicos, el más alto de los tres. Era exageradamente delgado, su rostro era alargado y su cabello era castaño y largo, entrelazado en la parte de atrás de su cabeza. Su acento sonaba aristocrático, pero su sonrisa era contagiosa—. El Señor Personalidad que acabas de conocer se llama Ved Foslo y es nativo de Coruscant…

—Por supuesto —lo interrumpió Ved, levantando su barbilla—. Mi padre, el general Foslo, trabaja en la central de inteligencia.

—… Y como puedes ver, se las ingenia para hacer una referencia a su padre al primer minuto de conocer a cualquiera. —Mientras Ved fruncía el ceño, el chico alto se acercó para estrechar la mano de Thane—. Yo soy Nash Windrider, de Alderaan, y mi padre hace alfombras. ¿Impresionado?

—Muy. —Thane se dio cuenta de que comenzaba a sonreír—. El mío es un contador ligeramente deshonesto.

—Siempre útil —dijo Nash—. Nunca sabes cuándo necesitarás un poco de maquillaje en tus estados financieros. Entra y ponte cómodo, tan cómodo como puedas estar en la litera de abajo. Ya apartamos las dos mejores literas.

Al parecer, Nash había viajado por más de doce planetas y había visitado Coruscant varias veces. Ni siquiera le preguntó a Thane si se había sentido intimidado la primera vez; asumía y juraba que todos se sentían así cuando aterrizaban en ese planeta por primera vez.

—Deberían dar inhaladores en los puertos espaciales —dijo Nash mientras se recostaban desparramados en sus respectivas camas, esperando la ceremonia de bienvenida y la cena de esa noche—. O tranquilizantes. Algo que ayude a las personas a lidiar con la impresión.

—Yo no sé qué les parece tan extraño de Coruscant. —Ved permaneció completamente rígido, pero en general no parecía tan malo—. ¿De verdad nunca antes habían visitado una verdadera ciudad? ¿O algún otro de los Planetas del Núcleo?

Thane ahora sabía que la honestidad le serviría mucho más.

—Nop. —Se estiró en la litera debajo de la de Ved. intentando acostumbrarse al duro colchón—. Nunca he estado en una ciudad más grande que Valentia, que está en mi planeta; y creo que la población total de Valentia llenaría sólo siete pisos de este edificio.

Nash entrelazó las manos detrás de su cabeza.

—Te acostumbrarás, Thane. Pronto todos seremos oficiales imperiales y tendrás que viajar a cientos de planetas y, cuando vuelvas a casa, te sentirás tan falto de entusiasmo como el señor Soy Hijo de un General, aquí presente.

Ved le dirigió una mirada de odio a Nash, pero Thane no pudo hacer otra cosa más que reírse.

Ciena confiaba en que le caerían bien sus nuevas compañeras de cuarto y disfrutaría de la recepción, pero hasta ese momento la tarde estaba superando las mejores de sus expectativas. Se paró frente al espejo y se asombró al verse con el uniforme de cadete puesto. Botas negras y pantalones y chamarra oscuros; era como un sueño hecho realidad.

—Odio estas botas —dijo su compañera Kendy Idele mirando las suyas con el ceño fruncido—. Bueno, en realidad odio los zapatos. Punto. Cuando creces en un planeta tropical, aprendes a amar andar descalza.

—Pronto te acostumbrarás —prometió la tercera compañera, Jude Edivon. Era alta, tanto como Kendy era bajita, y pálida, tanto como Kendy y Ciena eran morenas—. Caminar descalza puede ser increíble en Iloh, ¿pero en Coruscant? Tus pies rápidamente estarían sucios. Además, estarían rasposos, llenos de pequeñas cortadas y estarías altamente expuesta a infecciones. No es que los niveles de limpieza no sean buenos, pero sólo el tamaño de la población sugiere que…

—¿Vas a empezar con tus estadísticas una vez más? —se quejó Kendy.

—Está bien ser una *geek* de las ciencias —dijo Ciena—. Menciona cuantas estadísticas quieras, Jude. Ya nos acostumbraremos Kendy y yo.

El ligeramente pecoso rostro de Jude brilló al esbozar una sonrisa.

—Nuestras personalidades parecen ser compatibles. Creo que tú y yo nos llevaremos muy bien.

—Nosotras también —prometió Kendy—. Ignora mi mal humor. Sólo estoy cansada por el viaje e intento controlar estas malditas trenzas.

Ciena había usado su cabello recogido en apretadas trenzas desde años atrás, cuando se enteró que era una regla para todos aquellos cadetes con cabello largo.

—A ver, déjame ayudarte. —El cabello de Kendy era de color verde oscuro, liso y sedoso, a diferencia del de Ciena, que era de rizos apretados, pero pensaba que una trenza era una trenza—. ¿De verdad nunca practicaste tus peinados?

—Ni siquiera una vez. ¡Pensé que sería fácil! —suspiró Kendy—. Gracias por ayudarme, por cierto. —De nada.

Jude se inclinó para acercarse.

—Simplemente podrías llevar el cabello corto, como yo. Eso te proporcionará eficiencia óptima. Kendy hizo una mueca.

—En Iloh, sólo los niños pequeños llevan el cabello así de corto. Dejártelo largo significa que ya eres una verdadera adulta. De ninguna manera me lo cortaré ahora.

—Pronto te acostumbrarás a las trenzas —prometió Ciena—. Tendrás que hacerlo, porque no voy a peinarte todas las mañanas.

—¿Ni siquiera si prometo tender tu cama antes de las inspecciones?

—No.

De algún modo lograron llegar a la ceremonia a tiempo, con los uniformes a la perfección. Más de ochocientos estudiantes conformaban la generación de Ciena, para ella era un número sorprendente. Un escalofrío la recorrió al verlos a todos uniformados con las vestimentas imperiales, reunidos ahí con un propósito en común, con un sueño en

común. Cada uno de esos cadetes había viajado hasta ahí, desde cientos de planetas, para convertirse en los mejores oficiales que pudieran ser. Habían llegado para servir al Imperio y convertir la galaxia en un lugar mejor a partir de su servicio. Su corazón se sentía tan emocionado que Ciena tuvo que poner una mano sobre su pecho.

¿Acaso Thane ya se sentiría mejor? Tenía que ser así. Ciena lo buscó en la multitud, pero esa era una de las desventajas de usar uniforme: era difícil diferenciar a las personas.

Intentó localizarlo lo más rápido que pudo, pero después se distrajo con el discurso del presidente de la academia.

—No están aquí sólo para aprender tácticas militares o para aprender a pilotar cazas estelares —dijo el comandante Deenlark, y cada palabra era tajante—. Esas son habilidades importantes, sin duda. Pero pedimos más de ustedes. Nuestros estudiantes deben convertirse en ciudadanos del Imperio. Considerarse patriotas y soldados antes que nada. ¿Pueden dejar de pensar en ustedes como ciudadanos de sus planetas natales y comenzar a pensarse como imperiales antes que nada, y únicamente como imperiales? ¿Pueden aceptar que proteger y servirle al planeta del que provienen se lleva a cabo de mejor manera si fortalecen al Imperio al cual pertenece?

Ciena nunca había pensado que pertenecer al Imperio significaba renunciar a Jelucan. Para ella ambas identidades convivían en armonía. Pero tal vez algunos de los estudiantes que acababan de llegar provenían de planetas con senadores rebeldes, de lugares desleales al Emperador. Tal vez los tranquilizaría saber que, a pesar de eso, aún podían pertenecer a la academia.

Deenlark continuó:

—Algunos de ustedes llegaron aquí junto con algún amigo de su planeta natal o ya tienen hermanos en el servicio imperial. Es normal que quieran buscar a estas personas en cada oportunidad que tengan y depender de las amistades que ya tienen. Pero si eso es lo único que quieren hacer, bien pudieran haberse quedado en casa, ¿no lo creen?

Algunos rieron sumisamente. Ciena sintió una punzada. ¿Se suponía que ella y Thane no podrían pasar tiempo juntos? ¿En ningún momento?

Bueno, «en ningún momento» era algo muy exagerado, pensó. Los instructores simplemente no querían que dependieran el uno del otro por completo.

Aunque eso era lo que ella y Thane habían estado haciendo durante los últimos ocho años de sus vidas.

Después de que la ceremonia y la cena terminaron, los estudiantes se reunieron, presentándose entre ellos y, muchas veces y no de manera tan sutil, analizaron a la competencia. Ciena deseaba encontrar a Thane, aunque se dijo a sí misma que no debería. Pero, por fortuna, él la encontró.

—Ambos planeamos servir al Imperio por el resto de nuestras vidas —dijo Thane mientras se sentaba en una de las sillas que se encontraba frente al destellante paisaje urbano—. Nunca volveremos a Jelucan, no a vivir, por lo menos. Así que no nos tenemos que preocupar por «vivir en el pasado» o como sea que lo haya dicho Deenlark.

En ocasiones, Thane podía ser muy irreverente con las figuras de autoridad e incluso no le interesaban las reglas, pero Ciena pensó que en esa ocasión estaba más o menos en lo cierto.

—Parece que tomaremos algunas clases juntos y otras separados. Así que cada uno podrá trazar su propio camino aquí.

—Este lugar me asustó muchísimo al inicio —confesó Thane—. Y aunque tú vivías en un lugar más aislado que yo, no te desconcertó ni un segundo. ¿Cómo sucedió eso?

Él sólo estaba bromeando, pero Ciena le respondió con seriedad.

—Estaba lista para Coruscant porque siempre soñé con estar aquí. Tú no estabas listo porque… porque tú sólo soñabas con escapar de Jelucan.

Thane permaneció en silencio por un momento, y Ciena anheló poder tragarse sus palabras. Pero después, finalmente, sólo asintió.

—Tienes razón.

—Sin embargo, compartimos la parte más importante del sueño —agregó Ciena.

—Más que eso. Nos tenemos el uno al otro aquí. ¿Sabes?, no es una coincidencia que ambos hayamos sido admitidos en la Academia Real. Pilotar juntos, estudiar juntos; nos hicimos mucho mejores de lo que habríamos podido ser sin el otro.

Ciena sintió un nudo en la garganta.

—Sí, lo hicimos.

Thane sonrió al mismo tiempo que asentía con la cabeza, tal vez sorprendido por lo lejos que habían llegado hasta el momento, o por cuánto les faltaba por recorrer.

—Ahora es el turno de la academia de hacernos mejores.

—De convertirnos en oficiales. Por fin va a suceder.

—Tenlo por seguro.

La ventana que daba hacia la noche de Coruscant los reflejaba ligeramente, sobreponiendo sus reflejos a los edificios y aerodeslizadores inmediatos. Ciena se vio a sí misma sentada a un lado de Thane, ambos portaban las nuevas y rígidas chamarras y botas que les habían proporcionado ese día. Siempre se habían visto tan diferentes Thane alto y pálido, siempre portando la resplandeciente y elegante vestimenta de los de segunda generación; Ciena era morena y delgada, con las vestimentas artesanales de los habitantes de los valles. Ahora llevaban el mismo uniforme, y cualquiera podría percibir que ella y Thane eran semejantes en los aspectos más importantes.

Ambos se quedaron sentados ahí, lado a lado, por un largo rato, antes de ponerse de pie. Thane le sonrió susurró:

—Puedes hacer esto.

—Tú también —contestó Ciena.

Ya no necesitaban el uno del otro, estaban más que listos para emprender el vuelo.

Después se dieron la vuelta en direcciones opuestas, dirigiéndose hacia la multitud, para conocer a nuevas personas y convertirse en los ciudadanos imperiales que siempre estuvieron destinados a ser.

CAPÍTULO TRES

SI EL CURSO PROPEDÉUTICO de las academias imperiales había sido difícil, la carga de materias de la Academia Real de Coruscant era brutal. El ambiente amigable y sin complicaciones del primer día había durado exactamente eso: un día, ni uno más. Ciencias, matemáticas, pilotaje, entrenamiento físico: cada examen desafiaba los límites de los estudiantes una y otra vez. Los grupos se reducían a la mitad cada uno de los tres años que duraba el programa. Pocos se graduarían, y la competencia de estar entre aquellos que lo harían era feroz. Lejos había quedado aquello de quedarse dormido, saltarse clases o, incluso, hablar en voz baja a otros estudiantes durante las clases; si querías permanecer en la academia, convertirte algún día en oficial, nunca jamás podías reducir la velocidad. Tenías que llevarte al límite todos y cada uno de tus días.

Al cabo de los dos primeros meses de su primer año, Thane llegó a la conclusión de que nunca en su vida se había divertido tanto.

—Debes estar bromeando —jadeó Nash, mientras ambos corrían su novena vuelta alrededor de la pista aérea, una pista que se encontraba en el techo de la academia, mucho más arriba de todo el bullicio de Coruscant. Una nube fría se había instalado alrededor del edificio, envolviéndolo en una pálida neblina—. ¿Despertarte al amanecer, hacer tarea hasta la medianoche, ejercitarte hasta vomitar? ¿Eso es divertido?

Thane sonrió mientras se secaba el sudor de la frente.

—¡Claro que sí!

—Si así es como se divierten en Jelucan, creo que iré de vacaciones a otro lugar. —Cruzaron la línea de meta y comenzaron a bajar la velocidad, trotando hasta detenerse. Después de que Nash se inclinó con las manos sobre las rodillas y tomó aire, continuó—: Algún día tienes que ir conmigo a Alderaan. Confía en mí, podemos enseñarte algo más divertido que esto.

Nash no lo entendía. No podía. Mientras ambos caminaban hacia los vestidores, Thane intentó encontrar las palabras para explicarse.

—La mayor parte de mi vida mis padres se opusieron a todo lo que quería hacer, incluso mi preparación para entrar aquí. Tenía que escabullirme para practicar el pilotaje con Ciena. ¿Puedes creerlo?

—¿En serio? —Nash movió la cabeza de un lado a otro sin poder dar crédito. Su playera gris ahora era negra por el sudor—. Pero Ciena Ree es una de las mejores pilotos aquí. Podrías ir a veinte planetas distintos y nunca encontrarías a alguien mejor para pilotar.

¿Acaso era necesario explicar la división entre las familias jelucani que habitaban en el valle y los pobladores de segunda generación? Thane decidió omitirlo. Ese era el tipo de pensamiento «nativo» que los instructores de la academia rechazaban.

—El punto es que esta es la primera vez en mi vida que soy capaz de ir por algo sin que alguien se interponga en mi camino.

Nash suspiró.

—Suena difícil. En Alderaan a los habitantes se les motiva a aprender y crecer. La educación es gratuita y algunos hacen voluntariado para enseñar algunas habilidades y oficios sólo por diversión. Y por supuesto que algún día el Imperio en su totalidad será así. —Thane se rio, lo que hizo que Nash frunciera el ceño—. ¿Qué te parece tan divertido?

—Tú, creyendo que la galaxia entera puede convertirse en estrellitas y flores sólo gracias al Imperio.

—Para eso está el Imperio, ¿no? —Nash intentó limpiar el sudor de su rostro con la playera, pero la encontró aún más sudada; hizo una mueca de asco y la soltó—. Para tomar lo mejor de cada planeta, de cada cultura y llevarlo a todos los sistemas.

Thane se encogió de hombros.

—En eso también consistía la República Galáctica. O al menos eso era lo que pensaban al inicio, pero a veces todo se viene abajo.

—No dejes que otras personas te escuchen decir eso, ¿de acuerdo? —Nash miró a su alrededor, pero nadie caminaba tan cerca de ellos—. Podrían creer que eres desleal, mientras que yo, tu amigo, sé que sólo eres un gran cínico.

—Me confieso culpable. —Había aprendido esa lección la primera vez que sus padres le habían hecho la barba a alguien en público. A alguien de quien se burlaban en privado. Las apariencias engañaban.

—Bueno, algún día vendrás conmigo a Alderaan y verás con tus propios ojos lo increíble que es. Ni siquiera tú podrías decir algún comentario cínico acerca de mi planeta.

Thane pensaba que Nash extrañaba su casa, así que decidió creer al pie de la letra las palabras de su compañero de cuarto… por el momento.

—Suena como un gran lugar. Me gustaría ir algún día.

—Sólo tienes que esperar, amigo. Te encantará.

Ahora Thane anhelaba hacer un viaje a Alderaan. Para ese momento, cualquier planeta del que aprendía se convertía en un destino posible; si en un principio había estado ansioso por abandonar Jelucan, ahora ese deseo se había convertido en un anhelo infinito por conocer el universo. Una carrera en la flota imperial le permitiría recorrer las profundas nieves de los planetas helados, sumergirse en los infinitos océanos de algún planeta marino disfrutar del abrasador calor de alguna playa debajo de algún sistema estelar binario.

Y podría pilotar una nave todos los días; a veces, todo el día. Evidentemente en ese momento los cadetes casi siempre usaban simuladores, pero estos operaban en un nivel tan sofisticado que Thane nunca antes había visto. (Además, cualquier cosa superaba al viejo V-171). Desde el exterior, los simuladores eran austeras esferas de metal sin chiste; en el interior, los cadetes encontraban cabinas de mando idénticas a las reales, resplandecientes tableros de control y pantallas de visualización que mostraban imágenes

tridimensionales de cualquier paisaje estelar atmósfera planetaria de las que estuvieran aprendiendo ese día.

El vuelo se sentía absolutamente real, y los retos a los que se enfrentaban eran aún más inmediatos, atemorizantes y abundantes que los que se podrían encontrar en la vida real. Al menos hasta el momento. Algún día, Thane intentaría llevar un caza TIE de algún lugar del profundo espacio hacia la atmósfera de algún planeta con una gravedad tan intensa que incluso podría aplastar a un humano. Otro día, intentaría maniobrar un deslizador de nieve a través de una tormenta de nieve con vientos que amenazaban con arrancar el metal chapado del casco. Algunos estudiantes se ponían nerviosos, sintiendo pánico acerca de los resultados que obtendrían del entrenamiento o pensando en cómo sería cuando tuvieran que hacerlo en la vida real.

Thane se sentía aun más relajado cuando estaba pilotando. No podía esperar a hacerlo en la vida real. Estar en los controles de una nave seguía siendo para él el significado de la felicidad más pura que conocía.

Su combinación de entusiasmo y constancia también se reflejaba en sus resultados. En el *ranking* de la clase, Thane siempre figuraba entre los primeros lugares de pilotaje, y uno de los pocos nombres que estaban por encima de él siempre era el de Ciena Ree.

Ambos se reían de la situación juntos, y se felicitaban en caso de que el otro ganara y orgullosamente declaraban que retomarían el título en el siguiente vuelo. Ciena se había convertido en su rival, pero una amigable. Se veían más días de los que no lo hacían, así fuera en clases o en los desordenados pasillos de la academia. Aunque el equilibrio entre mantener su amistad y convertirse en «ciudadanos del Imperio» era complicado, ambos creían que lo habían encontrado. A pesar de que sus encuentros casi siempre eran breves, todavía se veían para pasar tiempo juntos un par de veces a la semana, horas en las cuales dejaban la competencia a un lado. Thane sabía que siempre habían mejorado al esmerarse por igualar las habilidades del otro; incluso en la academia, él y Ciena seguían motivándose para esforzarse al máximo.

—Es absurdo —dijo Ved Foslo con desdén una noche que Ciena había recuperado el lugar más alto—. Te quitó tu lugar. ¿Por qué estás tan emocionado de que la competencia la convierta en una mejor piloto? Deberías intentar desbancarla, no ayudarla a subir.

—Hay lugar para más de uno de nosotros en la generación que se graduará —contestó Thane, mientras se sentaba en el borde de su litera, lustrando las botas del uniforme—. Además, ¿acaso el objetivo no es preparar a los mejores oficiales imperiales? De ese modo, el Imperio tendrá a dos grandes pilotos, no sólo a uno.

Ved agitó la cabeza.

—Algún día lo entenderás.

Desde debajo de la delgada y grisácea sábana de su litera, Nash se rio.

—Admítelo, Ved. Sólo estás enojado porque Thane y Ciena siempre tienen calificaciones más altas que tú. A pesar de que tu padre es… ¿me recuerdas cuál es su puesto?

—Lo sabes perfectamente bien —contestó Ved. En su rostro se notaba el desagrado que le provocaba ser superado con frecuencia no por uno, sino por dos chicos de un pedazo de roca del Borde Exterior. Sin decir otra palabra, se abotonó su pijama hasta el cuello, como cada noche. Ese chico nunca se relajaba.

Por otro lado, Ved no era el peor compañero de cuarto. Era limpio, no roncaba y no le molestaba explicar los aspectos más precisos de la cultura militar de Coruscant. Entretanto, cuando no había inspecciones de cuarto, Nash tiraba sus cosas por todas partes, en un espectacular despliegue de desorden; pero más allá de algunas cuantas discusiones acerca de por qué era asqueroso que los calcetines sucios de Nash acabaran en el cepillo de dientes de alguien, él y Thane tenían una amistad inquebrantable.

Pero lo mejor de los primeros meses de Thane en la academia fue ver a Dalven de nuevo.

La mayor parte de su vida, Thane había tenido una estatura promedio entre los de su edad. A veces miraba con desconsuelo a sus altísimos padres y a su larguirucho hermano. Ahí, en la academia, también pensó que sucedería lo mismo. Sin embargo, unos meses antes de entrar, su cuerpo comenzó a recuperar el tiempo perdido. Los huesos de sus piernas le dolían por las noches y parecía que nunca comería lo suficiente como para dejar de sentirse hambriento; además, necesitó uniformes nuevos a los tres meses de haber llegado a la academia.

Mientras hacía fila en el almacén del sector, esperando su turno para obtener unas nuevas botas, escuchó la monótona voz de un droide:

—Alférez Kyrell, H-J-Dos-Nueve-Cero: paquete listo.

Thane frunció el ceño. Él aún era un cadete y su número de identificación era AV547, pero estaba seguro de haber escuchado el apellido Kyrell.

De pronto, Dalven apareció de entre la multitud de oficiales que esperaban, tomando rápidamente un paquete de uniforme. Parecía tener prisa, pero cuando volteó y vio a su hermano menor de pie frente a él, se congeló horrorizado.

—¿Dalven? —Thane no sabía qué decir. «Qué bueno verte» sería una frase falaz para ambos.

—Muy bien. Así que… no te han suspendido aún. Qué sorpresa. —Al terminar de decir eso, Dalven alzó el rostro, claramente listo para seguir con su camino, pero Thane se paró en medio de él y de la puerta, y no se movió.

—¿«Alférez»? Nos dijiste que habías conseguido ser teniente.

Las mejillas de Dalven se oscurecieron.

—Yo… Bueno… El ascenso va a llegar en cualquier momento.

Thane asintió.

—Claro. Seguramente. Por eso estás recogiendo un nuevo uniforme. Me imagino…

Su voz se apagó en cuanto vio la etiqueta del paquete que Dalven tenía en brazos: «PERSONAL DE OFICINA/TERCER RANGO».

—Adiós. —Dalven se apresuró a salir; obviamente tenía la firme intención de creer que Thane no había visto nada.

Tal vez era de mal gusto, incluso ruin, pero saber que su autoritario hermano mayor había sido considerado mucho más apto para estar detrás de un escritorio que para un Destructor Estelar le alegró el día.

Esa mañana, mientras se dirigía hacia la pista aérea para correr una vez más, se imaginó contándole a Ciena sobre el encuentro. Ella aborrecía a Dalven casi de la misma manera que él lo hacía; Thane incluso pudo escuchar su risa, ver sus oscuros ojos brillando con satisfacción por lo que había sucedido.

Después llegó a la pista y se encontró con otros cadetes, quienes también hacían un poco de ejercicio extra, y Ciena estaba entre ellos.

Ella llevaba la misma vestimenta que cualquier otro cadete: playera gris, *shorts* negros y los zapatos reglamentarios. Ciena sólo era una de las tantas personas que estaban ahí, en el lugar más lejano de la pista. A pesar de todo, la reconoció al instante: aun del otro lado de la pista aérea, aun con el sol que resplandecía con tanta intensidad. Thane reconocía la manera en la que corría, la forma de sus negros rizos que trenzados le llegaban al cuello…

«Es hermosa», dijo para sí. Un pensamiento que lo asustó y que después lo hizo sentirse como un tonto. ¿Cómo podría no haber notado esto en una chica que había visto casi todos los días en los últimos ocho años? Pero eso era lo que sucedía. Thane conocía a Ciena demasiado bien como para verla con objetividad. Su rostro era tan familiar como el suyo en un espejo… O lo había sido hasta ese momento.

Su evidente ceguera lo desconcertó. Era como si Ciena se hubiera transformado de alguna manera y no le hubiera dicho a él primero. Las remotas posibilidades que se había negado a considerar en el pasado ahora se asomaban en su mente. Posibilidades que eran tan emocionantes como aterradoras. Sintió un escalofrío recorrer su piel, que sólo había sentido cuando pilotaba una nave: ese preciso momento en el que abandonaba la tierra y alcanzaba el cielo.

Thane decidió no pensar en eso por más tiempo. En lugar de eso, correría, tan rápido como pudiera, hasta que se sintiera rendido y medio aturdido. Cuando viera a Ciena de nuevo, sería capaz de hablarle como siempre lo había hecho. Nada tenía que cambiar.

CAPÍTULO CUATRO

CIENA NUNCA HABÍA SOÑADO con disparar armas de mano o practicar con ellas, por lo que los resultados de su puntería inicial, aunque eran aceptables, la llevaron a los últimos lugares del *ranking*. Fue por ello que pasó gran parte de su tiempo en el campo de práctica con el simulador del rifle láser, concentrándose en mejorar su puntería.

O, como era el caso ese día, intentando concentrarse, pero sus compañeras de cuarto no ayudaban mucho.

—Sólo era una observación —dijo Kendy, intentando parecer inocente, aunque no le salía nada bien. Decidió pararse en la siguiente cabina, su overol blanco de práctica contrastaba con las superficies color negro metálico del campo de entrenamiento—. ¿Ni siquiera admitirás que Thane se ve muy bien últimamente?

Ciena se concentró en el blanco holográfico que se acercaba hacia ella y le disparó tres tiros a la cabeza. Sólo hasta que el blanco se deshizo en cientos de líneas de luz día, respondió:

—Él, mmm… está embarneciendo.

—Es un estado normal de desarrollo fisiológico. —Jude se sentó en una banca detrás de las cabinas de disparo, desarmando el rifle láser, para verificar qué tan rápido lo podría volver a armar—. Aunque tengo que aceptar que, en el caso de Thane, el desarrollo está teniendo muuuy buenos resultados.

—Vamos, chicas, no puedo disparar mientras me estoy riendo.

Pero Kendy no tenía intenciones de cambiar de tema.

—Con toda honestidad, ¿no estás para nada interesada en él?

—Las relaciones románticas o sexuales entre cadetes están prohibidas. —Jude podía llegar a ser muy mojigata—. Además, Ciena conoce a Thane desde que son niños. Sería muy racional concluir que, a estas alturas, su relación es como de hermanos, por lo que no puede surgir algún sentimiento sexual entre ellos.

«Thane no es mi hermano, ni nada parecido a eso». Ciena abrió la boca para decirlo, pero de inmediato la cerró. Era mejor que sus amigas asumieran que eso era lo que ella sentía, así dejarían de preguntar cosas acerca de Thane Kyrell.

La cuestión era que ella no sabía qué sentimientos le provocaba él ahora. Antes habían estado juntos constantemente, y no había tenido tiempo de tener un poco de distancia y pensar en si acaso las cosas podrían cambiar entre ellos, y si era así, cómo. Ahora sus vidas eran más paralelas y más separadas que nunca.

Cuando Thane la alcanzaba en los *rankings*, o al revés, se miraban el uno al otro fingiendo estar enojados, pero ahora ese sentimiento ya no era tan fingido. En algunos momentos, Ciena sentía que podría soportar ser derrotada por cualquiera, excepto por Thane. A pesar de eso, al otro día, cuando veía lo bien que él lo estaba haciendo, su rostro se iluminaba con una sonrisa. Ella lo había visto echándole porras en las carreras y ella

hacía lo mismo por él cuando era su turno. Su rivalidad generaba cierta electricidad que se podía convertir en algo incómodo o también en algo…

«Concéntrate», se recordó Ciena. «Estás aquí para dispararle a tus objetivos».

Después de los hologramas seguían los droides, una docena de pequeñas esferas que cruzaban el campo de tiro a toda velocidad, retándola a dispararles. Ciena tiró, proyectando unos rayos rojos con su rifle, y se rehusó a detenerse hasta que los derribó a todos.

—Mucho mejor —dijo Jude innecesariamente, mientras el resultado de Ciena aparecía en la pantalla de enfrente—. Tus resultados de precisión ahora están por encima del promedio de nuestra clase. Pronto estarás entre los primeros lugares.

—Después podrás tener un lugar entre los francotiradores, como yo. —Como un pirata de una nave de especias holográfica, Kendy hizo una maniobra con su bláster antes de enfundársela, lo que hizo que Ciena se riera.

Ella no tenía ni la menor duda de que se convertiría en una experta del tiro. Y eso no era arrogancia, las exigencias de la academia imperial la volvían mucho más consciente de sus limitaciones día a día. En lugar de eso, la esperanza de Ciena provenía de la alegría que vivía en la academia y de la vida en Coruscant. Aunque amaba y extrañaba su vida en los valles jelucanis, su universo se había expandido cien veces más y cada nueva parte que lo integraba parecía maravillarla. Caminar por los pasillos con integrantes de una docena de razas diferentes; escuchar sus diversos idiomas con sus sílabas poco familiares, silbidos y *clicks*; mirar hacia el cielo e identificar muchísimos tipos de naves diferentes cada día: eso precisamente era lo que la cautivaba.

Cada vez más, Ciena se encontraba susurrándole a su hermana. «Mira a través de mis ojos». Había una infinidad de maravillas que admirar, y finalmente tenía la oportunidad de verlas todas.

Sin embargo, en algunos momentos también se sentía culpable. En ocasiones, Ciena pensaba que su vida anterior había sido… simplona. Su vida en los valles siempre había sido feliz. Tal vez no tuvo los lujos de la segunda generación, pero nunca los quiso en realidad. Además, la complicada vida familiar de Thane le comprobó que la gente rica no es necesariamente la más feliz. Las posesiones materiales nunca habían significado y nunca significarían algo importante para ella.

Así que no era la grandeza de Coruscant la que la seducía. Era la enriquecedora experiencia que implicaba vivir ahí, la energía en el aire, la ausencia de rituales. Cada paso que daba la hacía preguntarse si estaba dejando atrás sus valores y tradiciones.

No del todo. Nunca del todo. Nunca haría a un lado el concepto de honor o la necesidad de siempre mantener su palabra sin importar qué. Eso era parte de Ciena, en igual medida que sus huesos. Además, siempre llevaría a su hermana a todas partes, permitiéndole a Wynnet mirar a través de sus ojos.

El panorama de Ciena se había expandido para siempre.

Ya no miraba todo desde la limitada perspectiva de los de segunda generación contra los del valle. La gran diferencia que alguna vez percibió entre ella y Thane ahora se había reducido a nada. Ya no existía.

Ciena había creído en esa división por tanto tiempo que ya no sabía qué pensar ahora que ya no existía.

Por fin pudieron pilotar realmente.

—Ya era hora —le dijo Ciena a Thane, quien acababa de llegar a la bahía de transbordadores de baja altitud, temprano, como ella. Ciena no podía dejar de notar cómo él podía acercarse mucho más a su espacio personal que cualquier otro cadete.

—¿De qué? —respondió rápidamente, alejándose de ella como si fuera a recibir una descarga eléctrica—. No es hora de nada.

—Ya era hora de que voláramos. —Ciena lo recriminó con la mirada.

Thane sonrió nerviosamente.

—Ah, claro. Por supuesto. Definitivamente era hora de eso. Quiero decir… No importa.

«¿Por qué estará actuando tan raro?». Entonces, Ciena se dio cuenta de que se estaba abrazando a sí misma como si fuera una mañana fría en Jelucan. Ella y Thane aún se llevaban bien, pero habían comenzado a tener esos momentos incómodos.

Quizás alguna de sus amigas le había dicho a alguien que en la práctica de tiro habían estado hablando de lo guapo que se había puesto. Ella sabía que ni Jude ni Kendy hablarían a sus espaldas, pero Jude en ocasiones podía ser «socialmente despistada» como para decir algo equivocado frente a Nash o Ved. Eso sería lo peor, especialmente porque Thane parecía alejarse de ella.

«Yo dije que no había nada entre los dos. Así que no tendría por qué comportarse de esta manera. A menos que él quiera que algo suceda entre nosotros. Pero él no quiere… ¿O sí? ¿Y yo?».

Ciena decidió dejar de pensar en eso. Su madre siempre le decía que no se inventara algo de la nada. No necesitaba llegar a conclusiones precipitadas. Lo que necesitaba era adentrarse en el aire.

—Ya han practicado muchas veces en el simulador de speeder bike —dijo el comandante que enseñaba pilotaje en naves pequeñas. Las decenas de pilotos en la sección de Ciena, entre los que estaban sus compañeras de cuarto, así como Thane y los compañeros de este, estaban de pie en la bahía de transbordadores dentro de la enorme estructura de la academia. Afuera, el anochecer había caído y las luces de la ciudad de Coruscant resplandecían—. Es el tipo básico de nave de baja altitud y, por ende, el primero que deben dominar. Todos los cadetes en esta clase deben ser capaces de manejarlo.

Ciena intentó disimular su emoción. Había pasado demasiado tiempo en los simuladores, estaba lista para comenzar, y hacerlo en speeder bikes parecía tan fácil.

Como si la hubiera escuchado, el comandante continuó:

—Para asegurarme de que su primer vuelo sea al mismo tiempo inolvidable y desafiante, lo convertí en una competencia. Una carrera.

—¿Hay algún premio? —preguntó Nash Windrider, lo que hizo que los demás se rieran.

A diferencia de otros instructores, el comandante de vuelo se permitía cierta ligereza de vez en vez. Decía que eso reafirmaba el espíritu marcial, que se suponía debían sembrar en los alumnos. El comandante de vuelo incluso sonrió levemente, mientras contestaba.

—Así es, cadete Windrider, pero primero deberás saber cuál es la tarea, antes de creer que puedes realizarla. —Un holograma apareció en el centro de la bahía, mostrando un mapa tridimensional del área que rodeaba la academia. Algunos pequeños y brillantes puntos de colores parpadeaban en diez lugares distintos, desde el nivel de la tierra hasta lo alto de la pista aérea—. Lo que ven señalado aquí son los aros de Reitgen; cada uno es lo suficientemente grande para que un speeder bike pase a través de él sin dificultad. Hemos dejado libre todo el espacio aéreo que los rodea, así que ustedes pueden escoger su propio recorrido y sólo tomar en cuenta las naves de sus compañeros.

«El más lejano primero», decidió Ciena de inmediato. «La mayoría va a intentar llegar primero al más cercano, así que tendrás el camino despejado. Después te deslizas entre los otros en tu camino de regreso».

El comandante concluyó:

—Quien atraviese primero los diez aros recibirá cincuenta puntos para el *ranking*.

Un escalofrío de incredulidad y emoción recorrió el cuerpo de los cadetes. ¡Cincuenta puntos! Eso era mejor que aprobar dos o, incluso, tres exámenes. Los cadetes que se encontraban abajo en el *ranking* sabían que eso podría ayudarlos a salir de la ruina. Mientras tanto, Ciena sólo podía pensar: «Con eso lo lograré. Eso me convertirá en la número uno, mucho más lejos que nadie más».

—¿Se sienten ansiosos? —dijo el comandante—. ¡Entonces súbanse a sus naves y esperen la señal!

Ciena corrió hacia su speeder bike y la encendió. Mientras los motores zumbaban como nunca, revisó la correa de su casco color gris oscuro y la armadura sujetada alrededor de sus antebrazos, pantorrillas y muslos. Lo más importante era el cinturón de repulsión, el cual se activaría en caso de que se cayera de la speeder bike. Pero no pretendía caerse.

«El premio será mío», se dijo a sí misma mientras se sujetaba al manubrio y sentía los controles debajo de sus guantes texturizados. El motor debajo de ella vibraba con lo que ella se imaginaba que era emoción, como si fuera un animal vivo en lugar de una simple máquina.

Las luces sobre su cabeza cambiaron, volviéndose lentamente más brillantes. Contuvo su aliento. Después llegó el destello brillante que indicaba la salida.

Ciena aceleró mientras todos los demás volaban de prisa, como un enjambre de langostas dardanelianas, pero en cuanto estuvo fuera del edificio, desaceleró, moderando su velocidad, para que la menor cantidad de personas se diera cuenta de la trayectoria de su vuelo y de su plan. Mientras que la mayoría de las speeder bikes se abalanzaban hacia el aro más cercano, Ciena dio la vuelta, en dirección hacia el aro más lejano, a máxima velocidad.

Sin embargo, no estaba completamente sola. Quizá media docena de cadetes habían adoptado la misma estrategia y por supuesto que uno de ellos era Thane. Mientras se agachaba hacia su manubrio, descubrió a Ciena mirándolo y sonrió nervioso antes de hacer una maniobra brusca.

Ciena se rio a carcajadas. Ahora eran los mismos de siempre, y eso sería muy divertido.

Lo complicado del trayecto no era manejar la speeder bike, una nave ligera que respondía muy bien a los movimientos del piloto. Más bien, el reto estaba en escoger la mejor trayectoria de vuelo. Para un mejor balance, las speeder bikes necesitaban estar a no más de veinte metros del suelo o, en su defecto, de cualquier superficie plana, como una nave más grande, una máquina o un edificio. Ciena se deslizó hacia el edificio grande más cercano y equilibró su speeder bike con la superficie resplandeciente, volando en dirección perpendicular al suelo a tal velocidad que parecía que la gravedad no tenía efecto alguno. Las radiantes ventanas pasaban rápidamente «debajo» de ella, como un rayo de luz sobre el agua.

«¡Vamos!». Ciena hizo una espiral con su speeder bike, elevándose sobre el abismo que estaba debajo de ella, hasta que estuvo a unos cuantos metros de otro gran edificio que usó, una vez más, para mantener el equilibrio. Eso le permitió volar aún más alto y rápido, con el viento golpeándole el rostro. «Gracias al cielo traigo los *goggles*», pensó, e inmediatamente después maldijo al ver otra speeder bike a un lado de ella, la cual, por supuesto, era la de Thane.

Él le gritó con una voz que apenas se podía escuchar por encima del fuerte viento y de los ruidosos motores.

—Esto va a estar un poco apretado.

—Apretado para ti —gritó y después se rio en cuanto pasó por el borde superior del edificio dando un giro brusco. El primer aro resplandecía frente a ella, con un amarillo brillante, levitando apenas por encima del techo. Ciena aceleró, intentando pasar justo en medio del centro del aro, y después soltó un grito en cuanto su speeder bike y la de Thane chocaron.

Él no había tenido la intención de hacer eso. Ni ella tampoco. Habían estado tan profundamente concentrados en su objetivo que se olvidaron de verse el uno al otro. El golpe no había sido un gran problema, pues las speeder bikes estaban hechas para recibir

ese tipo de castigo y mucho más, pero para su horror, Ciena se dio cuenta de que las veletas de dirección frontal de ambas estaban enganchadas.

—¡Jálala! —gritó Thane, sacudiendo desesperadamente su speeder bike hacia la derecha. Ella intentó jalar hacia la izquierda, pero lo único que logró fue que se tambalearan. Sus speeder bikes no podrían ser separadas mientras volaban. Tendrían que detenerse, aterrizar y renunciar a la carrera.

Ciena soltó un grito ahogado al darse cuenta de lo cerca que estaban del aro de Reitgen, tan cerca que ya era imposible esquivarlo. Estaban tan próximos a un choque que ni el escudo de repulsión los salvaría.

Instintivamente, se enfiló hacia el centro del aro; a un lado de ella, Thane hizo lo mismo en el mismo momento. Ambos atravesaron el aro con menos de medio metro de distancia a cada lado de ellos.

El primer pensamiento de Ciena fue que eran muy afortunados de estar vivos. Pero después se dio cuenta de que mientras las veletas de dirección de ambas speeder bikes hacían que fuera difícil dirigirlas, el balance y la velocidad no habían sido afectados.

Si hubiera estado en esa situación con algún otro cadete, Ciena se hubiera detenido y hubiera renunciado a la carrera. Sin embargo, con Thane, sabía el gran piloto que era y conocía la manera en que lo hacía. ¿Se atreverían a intentarlo?

Ella gritó:

—¡Hagámoslo!

—¿Cómo? ¿Así? —Thane puso una mano sobre los controles de encendido, pero después hizo una pausa para asimilar la propuesta. Una vez más, ella lo vio sonreír—. ¡Muy bien! ¡Aquí vamos!

Ciena se dirigió hacia el siguiente aro, al mismo tiempo que Thane lo hacía. Ambos aceleraban simultáneamente y cambiaban de dirección y altura al mismo tiempo. Tal vez si lo hubieran practicado no lo hubieran hecho de manera tan eficiente como en ese momento. Las dos speeder bikes parecían haberse convertido en una misma.

Para llegar al siguiente aro necesitaban deslizarse entre estrechos pasadizos por en medio de los edificios, que si de por sí hubieran sido difíciles para una speeder bike, más para dos. Ambos se inclinaron para que sus speeder bikes se equilibraran con el edificio de la izquierda (¡¿cómo sabían ellos que debía ser el de la izquierda?!), pasaron zumbando a un lado de un cadete que por un momento había tomado la delantera y después se introdujeron en el resplandeciente círculo amarillo.

Juntos, Ciena y Thane pasaron por el tercer aro, que estaba casi a nivel del suelo, serpentearon entre una serie de puentes peatonales con forma de arco hasta el cuarto aro, pasaron a toda velocidad por las zanjas de un rascacielos con forma espiral para llegar al quinto. Cada aro parecía aún más difícil que el anterior y, a pesar de eso, pilotar se había convertido en algo mucho más fácil, porque Thane y Ciena tenían el triunfo en el bolsillo.

Ella se dio cuenta de que sólo dos personas que han pasado tantos años pilotando juntos podían coordinarse sin complicaciones. La manera en la que ella respondía al pilotaje de Thane y él al de ella no requería pensamiento alguno. Era instinto, era parte de

ellos. Esos infinitos días que pasaron sobrevolando los valles de Jelucan les habían enseñado a entenderse el uno al otro sin palabras.

Los lazos que habían consolidado durante aquellos años no eran de esos que desaparecían de un día para otro.

Cuando pasaron por el décimo aro, que se encontraba en la cima de la academia, ella y Thane se enfilaron hacia abajo por la pared del edificio. Ciena miró por encima de su hombro y vio las luces intermitentes de las speeder bikes de otros cadetes dando vueltas en dirección hacia la bahía como una nube de libélulas. Estaban cerca, pero no lo suficiente. Thane y Ciena se lanzaron hacia la bahía de acoplamiento primero que nadie, llevando cuarenta segundos de ventaja de su competidor más cercano.

Aterrizar las speeder bikes atoradas fue la parte más difícil. Mientras ambas descendían tambaleándose hacia el suelo, otras comenzaban a llegar detrás y a un lado de ellos. Incluso escucharon a Ved Foslo gritar:

—¡Eso merece una descalificación!

—¡Claro que no! —gritó Ciena, quitándose el casco y colocándose los *goggles* en la frente—. ¡No había ninguna regla acerca de qué pasaría si dos speeder bikes se atoraban!

—De hecho, volar en esas condiciones hace todo más difícil —señaló Jude, quien aún vestía el uniforme completo de pilotaje. Ella había estado más cerca de ellos que Ved—. Por lo que me parece injusto penalizarlos.

El dorado rostro de Ved se había enrojecido por la furia.

—Se supone que íbamos a aprender cómo pilotar correctamente una speeder bike. Y que yo sepa, esa no es la manera correcta, ¿o sí?

—Situaciones como esa pueden suceder en una batalla. ¿No deberíamos aprender qué hacer en esos casos? —Ciena sentía que iba a vomitar. No había roto ninguna regla, o al menos no había tenido de ninguna manera esa intención, y ahí se encontraba Ved Foslo, cuestionando su honor. ¿Acaso la acusaba de haberlo hecho a propósito? ¿De haber hecho trampa?

En ese momento, un pequeño grupo ya se había reunido, y los cadetes se tuvieron que hacer a un lado para dejar pasar al instructor, quien sólo dijo:

—Eso fue… innovador.

Thane se reclinó en su speeder bike, como si estuviera perfectamente tranquilo.

—Nada más quiero señalar que usted nunca dijo que sólo una persona podía ganar. Usted dijo que los cincuenta puntos se le concederían a quien llegara en primer lugar. Y nosotros llegamos primero: juntos.

—Conque intentando encontrar lagunas en las instrucciones de un oficial superior… Ese es un mal hábito, Kyrell. —Lentamente, el comandante agitó la cabeza como si estuviera exasperado—. Pero estaría cometiendo una equivocación si penalizara un pilotaje de esa calidad.

Ustedes compartieron el reto, así que se dividirán el premio. Veinticinco puntos para Ree y veinticinco para Kyrell.

Ved Foslo aventó su casco en señal de disgusto, pero la mayoría de los cadetes celebraron. Thane tomó la mano de Ciena y la sujetó en lo alto. Ella rio llena de júbilo.

«El primer lugar de la generación. Logré entrar a la Academia Real de Coruscant y ¡soy el primer lugar de mi generación!». Veinticinco puntos fueron suficientes para lograrlo. Pero después, Ciena se encontró pensando en que tal vez la mitad del mérito le correspondía a Thane.

Aunque llegó a la conclusión de que no le importaba compartir el lugar. No con él.

Thane dejó caer las manos, pero no la soltó de inmediato.

Y ella tampoco lo hizo.

CAPÍTULO CINCO

NADA CAMBIÓ hasta el proyecto del cañón láser, unos meses después. Hasta los mejores planes de batalla representaban un riesgo para los soldados, y en cualquier momento podían encontrarse separados de los demás o en peligro, con su tropa acorralada o incapaces de ayudar por cualquier otra razón. Su bláster podría haberse dañado, y de todos modos sería insuficiente para defenderse de una nave enemiga. Sin embargo, si pudieran construir un arma más grande, podrían continuar peleando por su cuenta, quizá lo suficiente para ser rescatados, pero sin duda para hacer que su enemigo se las pagara. Un cañón láser podría construirse con piezas imperiales comunes y corrientes, siempre que se supiera cómo hacerlo.

A Thane no le gustaba el trabajo mecánico; pilotar y disparar eran más lo suyo. Pero estaba decidido a sobresalir en ese proyecto. Hasta ese momento, él y Ciena habían llegado a los lugares más altos del *ranking*; la pregunta que faltaba por contestar era cuál de los dos terminaría en primer lugar. Si Ciena lo derrotaba, él sería el primero en felicitarla, pero ojalá fuera ella la primera en felicitarlo.

—Mira esa sonrisa —dijo Nash, quien se encontraba bajo su cañón láser en construcción, unos metros debajo de la enorme bahía de reparaciones—. ¿Estás pensando en nuestro día libre? ¿Estás listo para explorar la vida nocturna de Coruscant?

Desde la banca en la que estaba sentado, Thane encogió los hombros sin mirar más allá del casco de soldado imperial que en ese momento estaba descuartizando para extraerle su celda de poder.

—Estoy trabajando en mi cañón y tú deberías estar haciendo lo mismo. Vamos, Nash, concéntrate.

—¿Cómo me voy a concentrar cuando tendré la oportunidad de ir a clubes, cantinas y a otros cien lugares más donde por fin podremos conocer chicas? —protestó Nash—. Chicas que no están prohibidas, a diferencia de nuestras compañeras cadetes. Chicas «tocables». Chicas «besables».

—Entiendo, ¿*okey*? Pero estoy intentando concentrarme para poder mantener mi lugar en el *ranking*. Mucha gente le ha dedicado mucho tiempo a esto. —Thane señaló enfáticamente hacia la bahía de reparación.

Muchos cañones láser los rodeaban, protegidos por pequeños y brillantes hemisferios con campos de fuerza de carga baja. Cada una de esas máquinas quizás había sido reparada con mucho más ingenio que la suya, y tal vez habían usado con más acierto los repuestos que habrían sido encontrados en puertos espaciales extranjeros. Cada uno de ellos contaba como competencia.

Nash se deslizó hacia fuera de su propia mesa de reparación, para dirigirle a Thane una mirada fulminante.

—Hemos estado trabajando desde hace unas horas. ¿No podemos hablar acerca del único día de verdadera diversión antes de que el próximo curso comience?

—Creo que sí.

—El otro día sonabas emocionado, cuando Ved nos dijo cuáles eran los mejores clubes que debíamos visitar.

—Lo estaba. Quiero decir, lo estoy. Estoy emocionado. Definitivamente.

Al terminar de escuchar eso, Nash se levantó y miró a Thane por encima de los repuestos que se encontraban extendidos en la mesa de trabajo.

—Y aún así no pareces emocionado, al menos no en cuanto a conocer chicas. Eso puede significar dos cosas: te interesan los hombres, aunque lo dudo, dado cómo reaccionaste ante el atrevido holograma de Ved…

La maldición de la blanca piel de Thane era que incluso un ligero sonrojo era demasiado notorio. Él intentó fingir que seguía observando el casco del soldado imperial.

—… o ya hay una chica en la cual estás interesado. Una chica que ya conoces. —Nash se recargó en la mesa, colocando la barbilla sobre sus manos, y abrió mucho los ojos, con fingida inocencia—. ¿Acaso el nombre de esta chica podría tener las sílabas: «cie-na-ree»?

—Nunca ha sido así entre nosotros —insistió Thane—. Nunca.

La sonrisa de Nash se volvió picara.

—Pero sospecho que eso cambiará.

El tema irritaba a Thane más de lo que debería. Aún no estaba muy seguro de cómo interpretar la manera en la que su relación con Ciena estaba cambiando, y no quería que Nash metiera su narizota en el tema. Además, aun cuando las intenciones de su amigo fueran buenas, su tono insinuador le recordaba a Thane la manera en la que Dalven lo había molestado acerca de la única razón por la cual su hermano menor quería llevarse con una chica de los valles.

Hablar de Ciena de ese modo era una falta de respeto hacia ella. Y eso hacía que Thane pensara en muchas cosas que no podría cambiar hasta el día de su graduación.

—En Jelucan nos tomamos estos asuntos muy en serio, mucho más que la mayoría de las personas —dijo, con mucha sinceridad—. Especular es impropio.

—¡Eso me lo dice el chico que miró aquel «impropio» holograma cinco veces! —Nash se rio a carcajadas—. Y se supone que debes dejar de ser jelucani y convertirte en un ciudadano del Imperio, ¿recuerdas? Además, especular es divertido.

—Necesito que me escuches. —Thane dejó sus herramientas y miró a Nash directamente a la cara—. Este tema queda completamente cerrado. No hay nada entre Ciena y yo. Sólo somos…

—Buenos amigos —dijo Ciena mientras se alejaba del salón de artes marciales, con los músculos completamente adoloridos—. Siempre lo hemos sido y siempre lo seremos. Eso es todo lo que hay que saber.

Jude asintió con aprobación, después hizo un geste de dolor; tal vez aún le dolía la cabeza por la última vez que Kendy la azotó contra el tapete.

—Eso es muy inteligente de tu parte. Debido a la prohibición que tenemos de salir con nuestros compañeros cadetes. No creo que ni tú ni Thane quieran poner en riesgo sus carreras al violar una regla tan importante.

Kendy, que estaba radiante y sudorosa, y se sentía triunfante, sólo se rio de las dos.

—Yo rompería las reglas por un chico tan guapo.

Por un momento, Ciena sintió una punzada de celos. Esa no era la manera en la que se quería sentir tratándose de Thane, y a pesar de eso, así se sentía: era una llama que se rehusaba a apagarse.

Pero Kendy siguió con otros temas:

—Bueno, ¿qué haremos con nuestro día libre?

—En lo personal, me da igual —agregó Ciena—. Siempre y cuando haya comida real.

En las naves imperiales, a los oficiales se les motivaba a tomar bebidas nutritivas en lugar de consumir comida, pues era más eficiente en cuanto a recursos: de la nave y del tiempo del oficial; y los médicos también insistían en que los nutrientes eran mucho más saludables. No sabían mal, pero definitivamente no sabían bien. El comedor de la academia servía las bebidas nutritivas, y como muchos estudiantes, Ciena, obedientemente, había comenzado a acostumbrarse a ellos. Pero en cuanto pudiera disfrutar de un poco de real, verdadera y deliciosa comida, sin culpas, estaría dispuesta a permitirse ese capricho.

—Estoy segura de que podríamos encontrar comida aceptable en cualquier destino en potencia —dijo Jude, y después dudó antes de hacer una sugerencia—. ¿Alguna de ustedes está interesada en visitar el Museo de Ciencias Multiespecie?

Kendy soltó un quejido, pero Ciena le dirigió una mirada severa. Su tercera compañera de cuarto tenía una voz Suave, era paciente y se adaptaba a todo; a veces merecía que se hicieran las cosas que quería.

—Tal vez lo primero que podríamos hacer en la mañana sería ir al museo, pero en la tarde podríamos hacer algo menos… —«¿totalmente aburrido?»— cerebral. ¿Saben? Aquí estudiamos arduamente, tal vez me gustaría intentar algo más… como… buceo.

—Buceo. Sí. —Kendy se emocionó. Al ser nativa del planeta tropical de Iloh, comenzó a nadar casi antes de aprender a caminar—. ¡No puedo creer que hayan pasado seis meses desde que me metí por última vez al mar! Y no, Jude, el entrenamiento de natación en la alberca de olas no cuenta.

Jude no dijo nada al respecto mientras se subían al elevador. Al parecer estaba absorta en sus pensamientos.

—Bucear sería un reto fascinante. Bespin es un gigante gaseoso, lo que quiere decir que no hay océanos o lagos. E incluso las albercas son un extraño lujo. Por ende, mi experiencia en el agua es limitada. La oportunidad de incrementar mis habilidades y de observar la vida marina sería en extremo deleitante.

En cuanto el elevador llegó a su piso, Ciena agitó su cabeza y esbozó una sonrisa.

—Todo es un proyecto de ciencias para ti, Jude.

—La ciencia es el estudio del universo material en su totalidad. Por lo tanto, «todo» es ciencia, seas consciente de ello o no. —Una ligera sonrisa en los delgados labios de Jude era la única prueba de que en realidad estaba bromeando con sus compañeras.

Ciena no mencionó lo que podrían hacer esa noche. En su interior, ella esperaba celebrar el fin de curso como la número uno de la clase, pero decir eso en voz alta sonaba presuntuoso. El otro posible candidato para ser el número uno era, por supuesto, Thane, y si él ganaba, ella pensaba que se podría sentir feliz por él.

Incluso celebrar con él, brindar por su triunfo. Aunque ella prefería que él brindara por el de ella, pero…

—¿Ciena? —Kendy volteó a verla mientras caminaban en dirección a su habitación—. Tu cerebro se salió de órbita por un segundo.

—Lo siento. Creo que mi cabeza está un poco revuelta desde que me tiraste. —Ciena comenzó a desatarse la cinta de su uniforme de artes marciales mientras la puerta de la habitación se deslizaba para dejarlas pasar—. ¿Crees que podrías enseñarme cómo lo haces?

—Claro que no —dijo Kendy, riéndose—. Es una de las pocas cosas en las que soy mejor que tú.

A la mañana siguiente llegó el momento de la inspección de los cañones láser.

Ciena se paró en posición de firmes frente a su cañón, el cual había armado a la perfección. Había intentado llamar la atención de los instructores utilizando las partes más inútiles pero rescatables, para que pudieran notar que ella podría construir uno aun en las circunstancias más desfavorables. Su intuición le indicaba que Thane no se complicaría tanto la tarea. Si ella tenía una ventaja sobre él, era esta.

El comandante Harn caminó a lo largo de las filas de cañones láser, cada uno con un cadete al lado en posición de firmes. Aunque la bahía de reparación era, por naturaleza, un lugar para trabajar arduamente y ensuciarse, el piso grisáceo y ahulado, así como sus paredes, permanecían impecables de grasa o quemaduras. La disciplina imperial exigía un perfecto sentido de la limpieza y la eliminación de cualquier indicio de que se había llevado a cabo cierta tarea. Sólo el cañón del cadete Windrider mostraba manchas en algunas partes, como siempre.

Harn asintió aprobatoriamente en cuanto el cañón de Kendy se encendió. Abrió su panel de control y después asintió satisfecho ante su elección de piezas nuevas. Sin embargo, no sonrió, ni en ese momento ni en las siguientes inspecciones, aunque sí dijo en voz baja: «Novedoso», cuando observó el trabajo de Ved. Eso hizo que Ved sonriera con tanta arrogancia que Ciena quiso soltar un quejido.

Esperó su turno, encendió el motor y vio cómo Harn revisaba los niveles de eficiencia y el rendimiento general del cañón. Aunque no dijo una sola palabra, la miró a los ojos como si hubiera cambiado el concepto que tenía de ella, para bien. Ciena lo había

impresionado. Por fortuna, ella logró mantener un rostro inexpresivo, aun cuando leyó en los labios de Kendy la frase: «Bien hecho», mientras el comandante pasaba a su lado.

Cuando Harn miró el cañón de Thane y lo encendió. Ciena contuvo el aliento…

… Pero el cañón láser no se encendió.

Para nada.

El color parecía desaparecer del rostro de Thane. Ciena tampoco se sentía muy bien. Ella quería derrotarlo, pero no verlo fracasar por completo.

«¿Cómo puede ser posible?», pensó, apretando con fuerza sus manos, que tenía entrelazadas en su espalda «Thane no es un mecánico nato, pero trabaja arduamente y es muy cuidadoso; además, debió haber revisado su cañón muchas veces. Esto no puede estar pasando».

—Esto es muy raro de su parte, Kyrell —dijo Harn, mientras hacía una anotación en el cuaderno digital que llevaba en una mano—. Veamos en dónde fallaste.

Harn abrió el panel de control del cañón láser de Thane y se quedó helado. Sus afiladas facciones se endurecieron, convirtiéndose en un gesto de desagrado, incluso de enojo.

Lo que sea que haya sido, Thane lo vio también, y lo hizo maldecir en voz alta, justo ahí, parado en posición de firmes, con un comandante justo frente a él. Algunas personas soltaron un grito.

Pero Harn no reprendió a Thane. En lugar de eso, con un gesto, les indicó a todos que abandonaran la posición de firmes. Los cadetes se amontonaron alrededor, impidiendo que Ciena pudiera ver algo, pero después comenzó a empujarlos hasta que pudo ver hacia el interior del panel abierto del cañón de Thane, y se dio cuenta de por qué todos habían comenzado a murmurar y a ver hacia todas partes con desconfianza.

Los cables en el interior habían sido cortados. Cortes limpios y precisos, las marcas dejaban en claro que no se había tratado de un mal cableado o de un accidente. Alguien había hecho eso a propósito.

«Sabotaje». La competencia académica podía ser despiadada, pero hasta ese momento, aparentemente todos habían jugado limpio. Un escalofrío recorrió la espalda de Ciena con sólo pensarlo. ¿Cómo podría alguien, y mucho más un cadete imperial, ser tan falto de honor? Estaba muy ofendida ante tal pensamiento y, además, sentía mucha lástima por Thane.

—Resolveremos esto de inmediato —prometió Harn, su voz era brusca y fría como un témpano de hielo—. Quienquiera que haya pensado en mejorar su lugar en el *ranking* con tal maniobra se arrepentirá. —Se dirigió dando grandes zancadas hacia el panel de la puerta principal, presionó su mano contra él y dijo—: ¿Cuántos cadetes entraron a este salón, solos, entre la última visita del cadete Kyrell y esta inspección?

Una voz sintética, plana y monocorde, contestó:

—Uno.

—¿Y quién fue? —gritó Harn.

—L-P-Ocho Ocho-Ocho.

Ciena creyó haber escuchado mal a la computadora. No podía ser de otra forma.

Pero la computadora continuó, concluyendo su respuesta:

—Cadete Ciena Ree.

—Nunca haría algo así —juró Ciena en la oficina del comandante Deenlark, en posición de firmes frente a su largo escritorio de obsidiana—. A nadie, pero mucho menos a Thane.

—¿Y por qué no? Él era su única competencia para conseguir el primer lugar de la generación. ¿No es así?

—Pero… él es mi amigo.

—La amistad raramente sobrevive a la ambición.

El estómago de Ciena se revolvió de manera tan violenta que tuvo que luchar para no vomitar sobre el suelo. Esa pesadilla la había tragado por completo. No sólo había visto la mirada sorprendida y abatida de Thane, no sólo la clase entera la había seguido con la mirada mientras la escoltaban fuera de la bahía de reparación, sino también, y era lo peor de todo, su honor estaba por los suelos, y no sabía cómo podría recuperarlo.

«¿Qué pasaría si me expulsan de la academia?». Mil pensamientos cruzaron su mente mientras se mantenía rígida y hacía sus mejores esfuerzos para mantener la compostura. «Nunca me convertiré en una oficial imperial. Tal vez podré conseguir trabajo como piloto, pero nunca podría volver a casa, a Jelucan. Nunca. Si mis padres me recibieran en la casa, todas las familias del valle nos rechazarían».

No. No podía exponer a su padre y a su madre a esa situación. Si fuera expulsada, Ciena tendría que viajar a un planeta desconocido y comenzar de nuevo: completamente sola.

Las puertas de la oficina de Deenlark se deslizaron, abriéndose, y el comandante gritó.

—¡Seguimos resolviendo esta situación!

—Señor, sí, señor. —Harn rápidamente se paró en posición de firmes—. Pero otra cadete nos ha ofrecido información de vital importancia.

La combinación de terror y esperanza invadiéndola hacía que Ciena se sintiera incapaz de hablar, aun cuando Jude entró por la puerta, con un cuaderno digital en sus manos. Una vez que el comandante Deenlark hizo un movimiento impaciente para que Jude comenzara, ella habló con tanta calma y uniformidad como si estuviera leyendo la lista de partes de una máquina:

—Señor. Aquí la cadete Jude Edivon de Bespin, T-I-Ocho-Cero-Tres, reportándose. Una revisión concienzuda de la información revela que en el momento en el que, supuestamente, la cadete Ree entró a la bahía de reparación para alterar la nave del cadete Kyrell, ella, en realidad, se encontraba conmigo y con nuestra otra compañera de habitación, la cadete Idele, en nuestra litera. He obtenido registros para demostrar que

ella abandonó el salón de artes marciales, entró al elevador y, posteriormente, entró a nuestra habitación; y no hay un registro que se relacione con la salida de esta.

Ciena casi se desmaya del alivio, pero Deenlark siguió frunciendo el ceño.

—Los registros pueden ser alterados, cadete Edivon.

Jude asintió.

—Estoy convencida de que alguien no sólo saboteó la nave del cadete Kyrell, sino también la computadora de la bahía de reparación, con tal de que la cadete Ree pareciera la única responsable. En pocas palabras, señor, creo que le tendieron una trampa para incriminarla.

—Sus convicciones no tienen significado alguno sin evidencia, cadete Edivon —dijo el comandante. Ciena no tenía la esperanza de que los testimonios de Jude y de Kendy pudieran ayudarla. Si fuera así, ¿no lo habría dicho el comandante ya?

—Señor, me resisto a mencionar el nombre de la persona que parece ser la responsable de este sabotaje, porque aunque la información es clara, no es una prueba absoluta. —Los dedos de Jude se tensaron alrededor del datapad, como si tuviera miedo de que la información le fuera arrebatada.

«¿Por qué no lo dices?». Ciena quería gritar. «¿Quién me hizo esto?».

El comandante Deenlark se puso de pie, y era lo suficientemente alto como para imponerse por encima de la esbelta Jude.

—Reporte sus hallazgos.

Jude le dirigió a Ciena una mirada de disculpa.

—Señor, al parecer la persona responsable de tenderle esta trampa a la cadete Ree fue… el mismo cadete Thane Kyrell.

«No». Ciena se rehusaba a creerlo. Tendría que haber alguna otra respuesta; Jude debió de haber interpretado mal la información.

Pero nadie era mejor que Jude en cuanto a adentrarse en el funcionamiento interno de las computadoras. Thane era su única competencia para alcanzar el primer lugar, y el trabajo mecánico era una de sus principales debilidades. En caso de que él no hubiera trabajado bien en su proyecto y hubiera temido fallar, podría haber cortado los cables de su propia máquina para disfrazar su inhabilidad para repararla. Al tenderle una trampa a Ciena y culparla de sabotaje, él no sería señalado por haber fallado en el proyecto; además, la habría arrastrado tan abajo en el *ranking* que nunca sería la número uno de la clase.

«Esto va más allá de bajarme de lugar en el *ranking* de la clase. ¡Esto podría hacer que me expulsaran! Thane nunca me haría eso, nunca».

Y a pesar de eso, Jude estaba ahí, de pie, con la prueba brillando en el datapad que sostenía en sus manos.

CAPÍTULO SEIS

—¿QUÉ FUE lo que dijo el comandante? —le preguntó Nash a Thane.

—Sólo que fuera a su oficina. —Thane subió el cierre de su chamarra, preparándose para la reunión.

—¿Crees que te ofrecera otra oportunidad para hacer el cañón láser? —Ved estaba recostado en su litera, intentando parecer preocupado acerca de lo que pasaría con el lugar que ocupaba Thane en el *ranking* de la clase.

En ese momento a Thane le preocupaba aún menos que a Ved su lugar en la clase.

—Creo que me dirá lo que sucedió en realidad.

Nash levantó una ceja.

—¿Aún sigues dudando que Ciena haya sido la que descompuso tu motor? ¿Aun cuando hay pruebas?

—No es algo que ella haría —dijo Thane secamente mientras caminaba hacia la puerta.

No estaba cien por ciento seguro de que Ciena fuera inocente, la información la había inculpado, y Thane tenía que admitir que la información que arrojaban las computadoras de la academia era difícil de falsificar. De cualquier manera, al menos se sentía un 95 por ciento seguro. No sólo porque la conociera, sabía qué tipo de persona era Ciena y de dónde venía. Si bien era cierto que muchos cadetes de la academia podrían hacer trampa para ganar ventaja, Ciena era una chica de los valles de Jelucan, primero podría morir antes de hacer algo deshonroso. Seguramente ella nunca traicionaría a nadie, y mucho menos a él. Significaban mucho el uno para el otro como para hacerse algo así.

A pesar de eso, él sólo se sentía un 95 por ciento seguro, y nunca antes había dudado de Ciena ni siquiera por un segundo.

Cuando Thane entró a la oficina del comandante Deenlark, se sorprendió al ver a Ciena ahí, en posición de firmes. Primero se sintió contento. «Muy bien, podremos resolver esto y seguir adelante». Y después se dio cuenta de que ella evadió su mirada. ¿Acaso eso era por disciplina o por culpa?

—Cadete Kyrell. Cadete Ree. Tenemos un acertijo frente a nosotros. —El comandante nunca se levantó de su silla, mientras los analizaba parados lado a lado, de manera rígida y correcta—. La primera interpretación de la información indica que la cadete Ree es la única posible culpable de la práctica ilícita que se descubrió el día de hoy. Sin embargo, la segunda interpretación sugiere que el cadete Kyrell manipuló el cañón láser por su cuenta para inculpar a la cadete Ree por el incidente.

Thane no sabía hasta ese momento que existía la sensación de sentir la sangre vaciarse de su rostro. Era como sentirse entumecido por el frío.

—¡Señor! Yo no hice eso en absoluto. Yo nunca…

—Ahórrese sus protestas, cadete Kyrell. —Para ese momento, Deenlark parecía más aburrido que nunca—. Ya consulté a nuestros especialistas, y me informaron que cualquiera de las dos interpretaciones de información pudieron haber sido falsificadas.

Alguno de ustedes dos intentó sabotear al otro y ocultó las pistas, no lo suficiente para desaparecerlas, pero sí para nunca estar seguros de quién de ustedes dos es culpable y quién es inocente. Por ende, no tenemos más recursos que castigarlos a ambos.

A pesar del gran piloto que Thane era, en ocasiones «estrelló» algún simulador de vuelo. Cuando las pantallas le mostraban llamas o la superficie de un planeta acercándose a toda velocidad hasta destruirlo, él se preguntaba cómo sería estrellarse y calcinarse en la vida real.

Quizá era algo muy parecido a lo que sentía.

El comandante Deenlark esbozó una delgada sonrisa.

—Ambos han reprobado la tarea del cañón láser. Sus lugares en el *ranking* lo reflejarán.

Sus lugares eran tan altos que ni siquiera una falla de esa magnitud los haría caer mucho más allá de la mitad del *ranking*. Pero de cualquier manera, dolía.

—Lo normal sería —continuó el comandante— que una violación del código de honor llegara a la corte de la comisión disciplinaria y resultara en una expulsión. Pero como no podemos acercarnos más a la verdad, eso sería inútil. Y aunque yo ya les puse un castigo, no estoy dispuesto a expulsar a dos talentosos pilotos basándome en una información tan turbia. Ambos continuarán siendo cadetes. Pero de cualquier manera, tengan por seguro que si un incidente similar se repite en su estancia en la academia, de parte de cualquiera de los dos, la expulsión será inmediata y permanente. ¿Entendieron?

—Sí, señor —contestaron Thane y Ciena al unísono. La voz de ella sonaba tan hueca como la de él.

Ambos salieron de la oficina de Deenlark en silencio. Desde ahí, uno de los pisos más altos del edificio de la academia, la vista a través de los ventanales tintados de verde mostraba lo que parecía ser la mitad de Coruscant. Unas cuantas bancas y sillas se encontraban ahí para los oficiales menores, estudiantes y visitantes, de manera que cuando vieran la ciudad revelarse ante ellos, reconocieran la magnitud del poder del comandante. Sin embargo, esa tarde no había visitas; Thane y Ciena estaban solos.

Como si lo hubieran ensayado, ambos caminaron hacia el ventanal antes de mirarse el uno al otro. Cuando sus ojos se encontraron, ella suspiró con alivio:

—Tú no lo hiciste.

—Tú tampoco. —Él debió haberlo sabido durante todo ese tiempo. Ambos se sonrieron, la confianza había vuelto, pero el problema aún no estaba resuelto. Thane dejó caer su peso sobre una de las columnas metálicas que estaban entre las ventanas.

—¿Quién demonios lo hizo?

Ciena frunció el ceño.

—Alguien que quería una mejor calificación en el proyecto. Probablemente la víbora de Ved Foslo.

—No estoy muy seguro de eso. Ved es muy bueno con el trabajo mecánico; él habría llegado a uno de los primeros lugares sin hacer trampa. Así que, ¿por qué tomarse la molestia? Además, él se toma muy en serio las reglas, aún cuando lo perjudican.

—¿Pero quién pudo habernos tendido esa trampa e intentar hacer que nos odiemos? —Su rostro reflejaba aflicción—. Sabotear el cañón y la información no fue sólo un artilugio para superarnos en el *ranking*. Alguien quería lastimarnos.

¿Quién de sus compañeros les guardaba rencor? Nadie los odiaba, hasta donde Thane sabía, aunque probablemente sabía muy poco.

—Tuvo que haber sido porque estamos en el primer lugar de la clase.

Ciena gimió.

—Quieres decir «estábamos». Esto nos manda a un lugar muy abajo.

—Sólo por ahora. —Él se dio cuenta de que apretó los puños—. Tenemos que investigar quién hizo esto. Una vez que encontremos a la persona, tendremos nuestros lugares de vuelta, y haremos que ese imbécil sea expulsado.

—Nadie que haya hecho algo como eso merece ser un oficial imperial —dijo ella, levantando la barbilla—. Tienes razón, descubriremos la verdad y haremos que el culpable pague.

Thane asintió. Afuera, naves y speeder bikes recorrían el brumoso atardecer de la ciudad.

—Muy bien. ¿Por dónde comenzamos?

Jude aceptó ayudarlos, aunque más tarde, esa misma noche, en cuanto se sentaron en una de las estaciones de información, ella les advirtió:

—Mis análisis previos involucraron equivocadamente a Thane. Por lo tanto, mis habilidades deben ser cuestionadas.

—No digas eso. —Ciena puso una mano sobre el hombro de su amiga—. Encontraste una respuesta equivocada porque alguien la puso ahí para que la encontraras. Ahora que sabes que debes buscar con mayor profundidad, estoy segura de que encontrarás la respuesta muy pronto, ¿verdad, Thane?

Ella le dirigió una mirada y él asintió como si no hubiera discutido exactamente lo mismo acerca de las habilidades de Jude fuera de la oficina del comandante cuando Ciena sugirió la idea. Pero ella creía en su amiga. Si querían encontrar la verdad, Jude sería la mejor guía.

Jude trabajó en la estación por unos cuantos minutos; mientras tanto, nadie hablaba y ni siquiera se movía. El único sonido en la enorme habitación de análisis de información era el suave tecleo de Jude sobre los controles; la única luz provenía de las docenas de terminales de computadoras libres a esas altas horas y todas ellas brillaban con una luz ligeramente azul. Ciena miró disimuladamente a Thane sólo para darse cuenta de que él la miraba. Una vez que sus miradas se encontraron, él volteó la cabeza, avergonzado. Por alguna razón, eso hizo que las mejillas de Ciena se sonrojaran.

Con determinación, ella concentró su atención en identificar quién habría sido el culpable. Cualquiera que hubiera querido que ambos bajaran de lugar en el *ranking*, pero intentar enemistarlos… tenía que ser alguien que quería lastimarlos.

«Pero nosotros somos más listos que ellos». Su corazón se hinchó con orgullo y otras emociones difíciles de nombrar, mientras volvía a mirar de reojo a Thane. «Se necesita mucho más que eso para separarnos».

—Mmmm. —Jude frunció el ceño, arrugando su larga y pecosa nariz—. Los caminos recorridos por el saboteador son verdaderamente confusos. Rastreé la información de Thane y… es como si hubieran querido que pareciera que un oficial de alto rango de la academia hubiera sido el responsable.

Ciena agitó la cabeza.

—Mentira tras mentira. Cuando descubra quién hizo esto, le preguntaré por qué se le ocurrió que podría haberle tendido una trampa a un instructor y salir invicto.

—No fue a un instructor. Fue a alguien de la oficina de resultados estudiantiles —aclaró Jude.

Qué más daba. Un instructor, un oficial administrativo, quienquiera que hubiera sido, seguía siendo un movimiento estúpido. Pero Thane se enderezó en su silla y un destello de comprensión apareció en su rostro.

—¿Acaso alguna de ustedes sabe qué hacen en la oficina de resultados estudiantiles?

Ciena nunca había escuchado de ella. Jude contestó:

—Supervisan el desempeño de los estudiantes y le sugieren algunos métodos a los instructores para que logren resultados mucho mejores. —Después añadió, encogiéndose de hombros—: Pero no tengo ni la menor idea de cómo lo logran.

—¡Aparentemente lo hacen jugando con nuestras mentes! —Thane se alejó de la terminal de información, Ciena nunca lo había visto tan enojado.

Alguien necesitaba seguir siendo racional.

—Thane —dijo—, piensa en lo que estás diciendo. ¿Por qué querría alguien del personal de la academia tendernos una trampa?

—Porque no quieren que dos cadetes de un planeta desolado superen a los hijos de los militares. Tal vez el general Foslo y el almirante Jatsen o alguien como ellos pidió que nos pusieran un alto para que sus hijos fueran los número uno. —Thane se puso de pie, su expresión era sombría.

Aunque ella entendía por qué Thane actuaba de esa manera, Ciena se sintió irritada.

—¿Por qué estás intentando interpretar esto como una gran teoría conspirativa?

Jude, quien había estado sentada en silencio en su terminal, se metió en la conversación:

—De alguna manera, sí es una conspiración. La única pregunta es quién será el responsable.

—Nadie sería tan estúpido como para tenderle una trampa a un oficial en la academia —despotricó Thane—. Nadie lo suficientemente inteligente como para organizar algo así. Eso quiere decir que alguien de la oficina de resultados estudiantiles tuvo que haberlo hecho.

—No puedes estar hablando en serio. —Un miedo helado comenzó a recorrer el interior de Ciena; Thane estaba llevando un enojo comprensible hacia territorio peligroso. Uno no podía cuestionar los métodos de la academia.

—Sí, hablo en serio. Aceptaron algún soborno o algo parecido. ¿Cuántos créditos crees que cueste comprarle a tu hijo el primer lugar en el *ranking* de la clase? Cuanto sea que haya sido, es lo que la academia cree que valemos.

—¿Te das cuenta de que estás haciendo una acusación criminal? —contestó Ciena. A lo que él respondió:

—¿Y qué? ¿Vas a reportarme?

Jude se mantuvo quieta en su asiento, sus ojos se movían de un lado a otro mientras ellos discutían. Ciena sabía que debían bajar su tono, al menos hasta que estuvieran solos, pero estaba muy enojada como para hacerle, y Thane estaba igual.

—No voy a reportarte. Pero tienes que recordar por qué estamos aquí y a quién le servimos.

—¡Tú crees que todo lo que hace la academia y el Imperio es perfecto!

—¡Y tú crees que toda figura de autoridad es malévola como tu padre!

Los ojos de Thane se abrieron como platos, y ella supo que lo había herido. Él dio un paso hacia ella.

—Nunca más vuelvas a mencionar a mi padre. Ese asunto no es de tu incumbencia, ¿entendiste?

Él nunca le había dicho a ella que algo no era de su incumbencia. Ellos sabían todo del otro; no tenían secretos. En ese momento, Thane le había puesto una barrera donde nunca la había habido, una pared de piedra, y Ciena sintió como si hubiera chocado contra ella a toda velocidad.

—¿Te das cuenta de que necesitamos confrontarlos? —continuó él, ya que aparentemente estaba tan enojado que se había vuelto loco.

—¿Quieres que acusemos a los oficiales de la academia por deshonestidad?

—¡Sí! Quiero que admitan lo que hicieron y que se retracten. Es nuestra única oportunidad para tener de vuelta nuestros lugares en el *ranking*…

—¡No nos van a devolver nada después de algo como eso! Nos expulsarían tan rápido que ni siquiera tendríamos oportunidad de hacer nuestras maletas.

—¿Ni siquiera lo intentarás? ¿Prefieres revolearte en el lodo antes que admitir que tus adorados profesores pueden hacer algo mal?

Ciena quería sacudirlo.

—Sólo empeoraremos las cosas, Thane.

—Así que quieres que lo acepte. Que reconozca que mi primer curso en la academia no sirvió para nada.

Como si todo lo que hubieran aprendido, hecho y visto fuera un desperdicio sólo por el estúpido *ranking*. Enfurecida, ella contestó:

—¡Sí, eso quiero! Debes dejarlo pasar, aprender a lidiar con esas cosas y ¡MADURAR!

Él la miró, boquiabierto, con nada más que desdén en su mirada, y después le dijo:

—Nunca creí que fueras una cobarde.

Eso dolió.

—Nunca creí que no fueras apto para el servicio imperial. ¿Pero ahora?, no estoy tan segura.

—Ahórrame tu análisis, ¿*okey*? Ya fue suficiente para mí.

Con eso, se dio la vuelta para salir. Ciena quería deshacerse de él pero al mismo tiempo no quería dejar las cosas como estaban. Así que le gritó:

—¿No quieres saber qué más encuentra Jude?

—No va a encontrar nada más. Tenemos nuestra respuesta. Sólo eres demasiado ingenua como para creerla. —La voz de Thane estaba llena de desprecio, abriéndole a Ciena una herida. Ella no dijo nada más mientras lo veía salir.

Su salida se sintió como si una bomba hubiera estallado. Ciena intuyó que ese incidente sólo había sido el detonante, que un cambio drástico había estado esperando a suceder entre ellos desde hacía un largo tiempo. Pero nunca pensó que desencadenaría una confrontación tan terrible. Una grieta se había abierto en su amistad, y Thane estaba parado del otro lado. Ella ya no creía en que él amaba al Imperio tanto como ella; ya no podría confiar en su comprensión y su apoyo. De alguna manera, Ciena supo que las cosas entre ellos ya nunca más serían iguales.

—Bueno. —Jude sonaba incómoda—. Yo… seguí buscando y parece que el camino termina en la oficina de resultados estudiantiles. Eso no quiere decir que sean culpables, la oficina tal vez sólo fue un desvío conveniente para el sabotaje original de los registros de información. Y, por supuesto, el resto de la información de la bahía de reparación fue eliminado. Me parece que mi búsqueda termina aquí.

Ciena asintió. Las terminales de información se volvieron borrosas, mientras lágrimas ardientes comenzaban a acumularse en sus ojos.

Jude continuó:

—Necesitamos concentrar nuestros esfuerzos en mejorar tu lugar en el *ranking* de la clase en un futuro, para que puedas reponerte de esta pérdida. —De pronto, se levantó, menos cuidadosa de lo que siempre había sido y abrazó a Ciena con fuerza. Entonces, finalmente, Ciena pudo llorar.

CAPÍTULO SIETE

PARA LOS CADETES de la academia, los siguientes dos años y medio parecieron, al mismo tiempo, durar toda una vida y pasar volando. Mientras los exámenes les exigían más, el pilotaje se volvía más difícil y la disciplina más rigurosa, las literas comenzaron a vaciarse. Las alineaciones reorganizaban la formación una y otra vez. Los pasillos parecían menos abarrotados y más y más estudiantes eran reprobados o simplemente desertaban.

Tanto Thane Kyrell como Ciena Ree eran demasiado fuertes como para algo así. Ambos seguían peleando por el primer lugar de la clase, durante cada periodo, lo que significaba que se enfrentaban de vez en vez.

En la clase de Cultura clásica de los Planetas del Núcleo:

—¿Quién puede decirme cuál es la ópera por la que el compositor Igern es reconocido?

Ciena levantó la mano y cuando el profesor asintió, dándole la palabra, ella respondió:

—*Chalice y Altar*.

—Muy bien, cadete Ree. ¿Y puede decirme los temas por los cuales esta ópera es famosa?

«Oh, oh». Ella era capaz de tararear algunas melodías de *Chalice y Altar*, pero no le gustaba ese tipo de música. Eso le dificultaba hacer la relación entre la música y la trama.

Después de una pausa, el profesor se dio la vuelta.

—¿Aprendiendo de memoria, cadete Ree? Qué desafortunado. ¿Alguien más lo sabe?

El sonido de la voz de Thane detrás de ella la perforó como un cuchillo entre los hombros. Él contestó:

—La ópera tiene que ver con la moralidad del sacrificio y la represión del deseo.

—Excelente, cadete Kyrell.

En ese momento, Ciena podía sentir la sonrisa presuntuosa de Thane quemándole la espalda. Apretó los dientes y se decidió a escuchar ópera cada noche hasta el siguiente examen de Cultura. Kendy y Jude tendrían que lidiar con eso.

En la clase Operación de naves de nivel Destructor:

—Todos los demás esfuerzos fallaron —indicó el profesor desde el falso asiento del capitán en el simulador de un Destructor Estelar—. Nuestra nave ha sido invadida, hay combates en todos los niveles, y no podemos dejar que nuestros enemigos tomen la nave. Por lo tanto, debemos autodestruirnos. ¿Cuál de los tres métodos de autodestrucción debemos elegir?

Thane giró en su silla de la consola.

—Debemos activar la autodestrucción automática, usando los códigos proporcionados a los tres oficiales de alto rango. La automática nos brinda mayor tiempo antes de la detonación, lo que significa que un mayor número de nuestras tropas podrá escapar en las cápsulas de emergencia.

El profesor entrelazó las manos frente a él.

—Una interesante elección. ¿Alguien puede ver algún problema en el escenario propuesto por el cadete Kyrell?

Ciena levantó la vista de su pantalla de visualización.

—Sí, señor. Si la nave ha sido completamente invadida por el enemigo, no existe garantía alguna de que los tres oficiales de alto rango estén en el puente o incluso vivos. Además, el tiempo extra antes de la detonación también le dará a nuestros enemigos más posibilidades de escapar.

—Muy bien, cadete Ree. ¿Qué sugeriría en lugar de eso?

—Tal vez no el método del motor central, que requeriría que tuviéramos fácil acceso al cuarto de máquinas, lo cual tampoco está garantizado cuando la nave ha sido invadida. En lugar de eso, deberíamos decidirnos por el método de la consigna del capitán. El capitán indicará que todos abandonen la nave, se encerrará en el puente con una contraseña o frase específica que sólo él conocerá, y se quedará ahí para dispararle a las naves enemigas y permitir la salida de las cápsulas de emergencia. Después pilotará su nave hacia el objeto planetario más cercano, estrella u hoyo negro. —Ciena levantó el rostro, que difícilmente ocultaba el orgullo que sentía.

—Eso quiere decir que el capitán morirá con su nave —dijo el instructor.

—Sí, señor —contestó Ciena—. Pero todos los oficiales imperiales deben estar preparados para sacrificar sus vidas al cumplir sus obligaciones.

—Excelente, cadete Ree. —El instructor le sonrió, y ese anciano nunca le sonreía a nadie—. Su respuesta es la única que encuentro idónea en un sentido estratégico, y en uno moral, también.

Thane apretó los puños alrededor de los bordes del panel de control para asegurarse de no dejar escapar un gesto extremadamente grosero que era reconocido en la mayoría de los planetas.

«Moral». ¿Qué tenía de moral explotarte a ti mismo cuando sencillamente podías escapar, conservando tu vida para volver a pelear una vez más? Thane, durante el resto de la tarde, estuvo que echaba humo, incluso en la clase de Combate cuerpo a cuerpo, donde su mal humor fue el combustible de sus golpes, hasta que golpeó a Ved demasiado fuerte. Eso no sólo significó una sanción, también tuvo que prometerle a Ved todos sus créditos de postre durante una semana para hacer las paces.

Haber metido la pata en la clase de Combate cuerpo a cuerpo había sido su culpa, y Thane lo sabía. Pero no podía evitar sentir que se había metido en otro problema por culpa de Ciena.

Tal vez ella aún creía en la idea de que el Imperio era el estado perfecto, y que los habitantes de cada planeta coreaban sin parar sus cánticos llenos de elogios. Thane había aprendido muchas cosas más. Aunque la información de los canales oficiales hablaba de proyectos de construcción, de negociaciones comerciales exitosas y prosperidad económica sin fin, él sabía que el brillo sólo era superficial. El Imperio había establecido nuevas bases para asegurar su control. Sus «negociaciones comerciales» siempre

implicaban que el Imperio tomara todo lo que quisiera por medio de términos que no beneficiaban al planeta en cuestión. Y en cuanto al estado de ánimo de la población, hasta los canales de información oficial habían comenzado a escupir veneno acerca de un pequeño grupo de terroristas malignos que se hacían llamar a sí mismos «rebeldes».

Thane sólo podía sentir desprecio hacia los terroristas, pero también entendía que esas facciones disidentes nunca provenían de la nada. Siempre eran una reacción al incesante control del Imperio y, definitivamente, una reacción exagerada, pero era la prueba clara de que no todos estaban de acuerdo con el mandato del Emperador.

A pesar de su desencanto, Thane no tenía planeado abandonar el servicio imperial. ¿De qué otra manera podría pilotar las más grandes naves de la galaxia? Los pequeños empleadores también podían ser corruptos, y el trabajo sería menos seguro. Con la flota imperial, Thane tenía asegurado un sueldo decente, acceso a las naves de la más alta calidad y ascensos frecuentes. Y lo mejor de todo: nunca tendría que volver a vivir en Jelucan.

Así que sin envidia vio cómo Ciena Ree era asignada al programa de comando. Su propio programa, el del escuadrón élite, le quedaba mucho mejor. Incluso le alegró el hecho de que él y Ciena compartieran menos clases después de que fueron divididos por especialización. Thane sintió alivio al ya no tener que verla todos los días. A veces, incluso verla le dolía.

No. Lo molestaba. Lo enojaba. No le dolía.

O al menos eso se decía a sí mismo. Lo único que Thane sabía era que desde aquel distanciamiento que habían tenido con el incidente del falso sabotaje, más de dos años atrás, él y Ciena nunca habían logrado resolver la situación del todo. La humillación que él sintió cuando ella mencionó a su padre, insinuando que todo lo que hacía era por su culpa, aún le dolía, en especial cada vez que veía a Jude Edivon. (Jude siempre había sido demasiado atenta con él desde aquel día, lo que empeoraba aún más las cosas). Ciena dejó de confiar en él, lo que se sentía raro y distante; él se preguntaba si ella se había vuelto tan fanática acerca de su deber imperial que se tomó su desconfianza hacia los métodos de la academia como un insulto personal. ¡Qué ridículo! Tampoco olvidaría que ella se negó a enfrentar a los oficiales superiores, haciendo que su lugar en el *ranking* de la clase se viera severamente afectado.

En realidad no odiaba a Ciena ni nada parecido, y él tampoco creía que ella lo odiara. Pero ya ninguno de los dos celebraba al otro en las carreras o se felicitaban después de haber ganado un torneo. Tampoco pasaban tiempo juntos durante los escasos ratos libres que el rigor de la academia permitía.

Pero, ocasionalmente, en los momentos menos convenientes, la indestructible conexión que existía entre ellos se hacía notar. Y las cenizas se convertían en llamas.

Un día, sólo unos pocos meses antes de la graduación, Thane se dirigió hacia el dispensario de uniformes, una visita que hacía al menos una vez cada periodo. Finalmente había dejado de crecer, lo cual era un alivio, pues era el tercer miembro más alto de su generación, sólo por un pelo era más bajo que Nash. Pero su cuerpo ahora

había decidido añadirle músculo a sus huesos, ensanchando su pecho y sus hombros, lo cual significaba tener que conseguir nuevas chamarras del uniforme. Justo estaba pensando en lo incómoda que era su actual chamarra, cuando volteó hacia la esquina y vio a Ciena parada lejos, en el pasillo; aún llevaba sus holgados *shorts* negros y su camisera sin mangas de la clase de R&A. En lugar de su soberbio andar, ella estaba recargada contra la pared con una mano en el rostro. Aún sin saber cuál era su expresión, Thane sabía que algo le pasaba.

En ese momento, le vino a la mente un pensamiento que no había recordado en años: era sobre aquel día que conoció a Ciena, hacía mucho tiempo atrás, cuando los otros chicos se burlaron de ella mientras se encontraba en el hangar con su sencillo vestido café, y Thane pensó en ella como en una hoja del otoño, caída y frágil.

Él había aprendido que Ciena Ree podía ser todo, menos frágil. A pesar de eso, aquel momento lo hizo pensar en la hoja de otoño.

—Oye —dijo. Después de dudarlo un poco, se paró a su lado—. ¿Estás bien?

Ciena se sobresaltó, enderezándose en lo que lograba recobrar la compostura. No había estado llorando, pero Thane podía ver el brillo de las lágrimas aún sin derramar que se acumulaban en sus ojos.

—Estoy bien —contestó con voz quebrada—. Gracias.

«Ya le preguntaste. Está bien. Tarea cumplida. Vete de aquí».

Thane dudó cuando estaba a punto de marcharse, pero no pudo hacerlo.

—No te ves bien.

Ella hizo un extraño sonido, mitad risa, mitad sollozo.

—Es tonto.

—¿Qué?

—Recibí un holograma de parte de mis padres. El muunyak murió.

—¿El que algunas veces solías montar para llegar a La Fortaleza cuando éramos pequeños? —Thane no había hablado de ese lugar en años.

Ciena asintió.

—Claro. Él. Era muy viejo y yo sabía que cuando viniera aquí, probablemente nunca lo volvería a ver, pero… —Puso los ojos en blanco, burlándose de sus propias emociones—. Es ridículo ponerse triste, ¿no?

—No es ridículo. Ese muunyak era increíble. —Thane también lo había montado un par de veces. Se recordó a sí mismo siendo un niño, sentándose en el gran lomo peludo de la bestia, sus brazos rodeando la cintura de Ciena, ambos riéndose con una mezcla de temor y alegría mientras el muunyak caminaba ágilmente por las delgadas crestas de la montaña.

Ella sonrió. Había pasado mucho tiempo desde que Thane la había visto sonreírle realmente sintiéndolo.

—Lo era, ¿verdad?

—Sí.

Sus ojos se encontraron y, por un momento, parecía que el par de años anteriores habían quedado atrás.

Pero después, la expresión de Ciena se ensombreció. Su postura se volvió rígida y dijo, de manera formal:

—Gracias por tu preocupación. Si me disculpas, necesito cambiarme para mi grupo de estudio de Tácticas de batalla anfibia.

Thane puso sus manos frente a él, retrocediendo:

—Disculpada.

Ella siempre hacía eso: volverse un témpano de hielo y alejarlo una vez más. Él se dijo a sí mismo que ya estaba acostumbrado, que desde hacía mucho había dejado de importarle. Sin embargo, durante todo el trayecto hacia el dispensario, Thane no pudo dejar de pensar en la Fortaleza que habían creado juntos y cómo solía sentarse ahí, esperando a su única verdadera amiga.

Él siempre hacía eso: era lo suficientemente simpático como para hacer que Ciena olvidara cómo la había agredido. Ella comenzaba a confiar en él como solía hacerlo y después recordaba cómo él la había sacado concienzuda mente de su vida.

Mientras estaba con su grupo de estudio, viendo hologramas de invasiones históricas de anfibios, Ciena le daba vueltas a ese extraño y quebradizo encuentro con Thane. Ella deseó no haber sido tan fría, pero parecía que cada vez que intentaba ser ella misma delante de él, le daba la espalda.

¿Qué había hecho ella tan mal? Él fue el que se volvió loco después del estúpido proyecto del cañón, dos años y medio atrás, inventando que había una conspiración masiva detrás. Él hubiera sido quien los hubiera llevado a la corte del consejo administrativo sin evidencia alguna, lo cual hubiera resultado en la expulsión inmediata de ambos. Y, a veces, parecía tan ofendido cuando ella lo derrotaba en exámenes o desafíos, que Ciena sentía que él no podía creer que alguien tan inferior lo hubiera superado. ¿Acaso seguía considerándola poca cosa? ¿Como una pequeña escoria del valle?

Tal vez él siempre había concebido su amistad como un acto de caridad. Todas esas prácticas de pilotaje, todas esas sesiones de estudio con CZ-1… Quizá ellos no compartieron esas experiencias como amigos; tal vez sólo habían sido regalos de un niño rico a una pequeña niña que él esperaba que lo venerara.

Eso era demasiado, y Ciena lo sabía. Ella y Thane habían sido verdaderos amigos y en algún extraño nivel lo seguían siendo, pero era un nivel que ella ya no podía alcanzar.

El líder del grupo de estudio seguía hablando. Ciena estaba ahí, sentada, oyendo, pero no escuchando, recordando la manera en la que ella y Thane solían sentarse por horas en la Fortaleza, compartiendo sus secretos y soñando con las estrellas.

Unas cuantas semanas antes de la graduación, el comandante anunció que unos cuantos cadetes destacados asistirían a una recepción en el palacio imperial. Con sólo pensarlo, Ciena se quedó sin aliento. Claro que era una posibilidad muy remota que el Emperador presidiera la reunión. Aun así, el palacio imperial era una de las más grandes y elegantes construcciones del planeta entero; al parecer, alguna vez fue un templo de algún tipo. Cientos de oficiales militares de alto rango estarían ahí, y ni hablar de todos los miembros del Senado Imperial. Que un cadete fuera invitado a una reunión como aquella representaba un reconocimiento que iba más allá de sus buenas calificaciones; era una señal de preferencia, una inversión en esos futuros oficiales. Ser presentados ante personas poderosas en la milicia o la política podía cambiar el rumbo de sus carreras.

Así que cuando Ciena vio su nombre en la lista, sintió ganas de gritar. Mucho después se dio cuenta de quienes más asistirían.

—Thane Kyrell y Ved Foslo —dijo, dejándose caer en su litera—. De todos los chicos de nuestra generación, ¿esos dos tienen que ser los que están invitados?

—Cualquier análisis lógico del desempeño de la generación los sugeriría como candidatos en potencia. —Jude nunca alzó la vista de la consola de su computadora; sus dedos parecían bailar en la pantalla mientras terminaba su más reciente proyecto de Programación y operaciones computacionales—. Sus invitaciones, así como las nuestras, eran inevitables.

—Deja de restregárselo en la cara —dijo Kendy de manera juguetona desde su litera. Esa época cercana a la graduación, con sus futuros nombramientos asegurados, había hecho que una sensación de calma se instaurara en la academia. Con la despiadada competencia a punto de terminar, todos podrían… no precisamente relajarse, pero dejar de preocuparse por el ahí y ahora, y comenzar a mirar con anhelo hacia el futuro—. Sólo díganme que no usarán sus uniformes. Ciena lo dudó.

—Yo… bueno… llevar el uniforme de gala es apropiado para toda ocasión formal.

—Sin embargo, no es necesario en situaciones no militares, como el baile —dijo Jude rápidamente—. Sin lugar a dudas, tú quieres llevar el uniforme de gala porque no tienes los créditos necesarios para un atuendo civil adecuado.

Gracias al cielo el tono de su piel era lo suficientemente oscuro para que nadie la viera sonrojarse. Ciena intentó sonar firme:

—El uniforme está bien.

Jude suspiró y finalmente volvió a mirar a Ciena.

—Tu orgullo casi siempre es una gran motivación, pero hay ocasiones en las que sólo estorba. Por favor, déjame comprarte un atuendo para el evento.

—No puedo —protestó Ciena, indignada. Su educación en el valle le había enseñado a sentirse más orgullosa de sus harapos que los de segunda generación de sus sedas, aun cuando ella pensara que la seda era hermosa.

Con mucho más tacto, Jude dijo:

—Somos amigas. Tú me has ayudado enormemente durante nuestra estancia aquí. Mi madre tiene la patente de muchos artefactos utilizados en la tecnología de minería de nubes en Bespin. Por lo tanto, nuestra riqueza personal es mucho más que suficiente para cubrir nuestras necesidades. ¿Por qué no habría de regalarte un vestido?

—Mi cultura no permite…

Con un gesto atípico, Jude la interrumpió.

—Yo también tengo una cultura. Valoramos la generosidad y la digna aceptación de los regalos.

Ciena buscó las palabras para negarse, pero… si es parte de la cultura de Jude.

—Bueno…

Jude parecía esperanzada.

—No necesito tener un vestido, pero, ¿tal vez me podrías ayudar a rentar uno?

Así fue como Ciena llegó al gran baile con el único vestido formal que había utilizado en su vida. Seguramente la vanidad impulsaba la desbordante alegría que sentía, pero no podía hacer nada al respecto. La suave tela azul violácea resplandecía delicadamente, y tanto la pequeña capa como la larga falda la rodeaban como una brisa imperceptible.

Muchas de las mujeres en la recepción, al igual que muchos hombres, portaban prendas más lujosas, como gruesos brazaletes o tiaras enjoyadas o atuendos hechos de seda y terciopelo bordados. A pesar de eso, Ciena sabía que se veía tan elegante como cualquiera de los presentes. En lugar de peinarse con sus apretadas trenzas, como siempre, se soltó los caireles, suavizándolos ligeramente con un delicado y aromático aceite. Kendy le había prestado unas peinetas iridiscentes hechas de conchas de Iloh, para detener su cabello en las sienes, y unos sencillos aretes de perla. Ciena lucía bien para la ocasión y, además, se sentía como ella misma, no como una impostora, como se habría sentido si hubiera usado una de esas enormes y amplias faldas o algún vestido muy elaborado como los que llevaban otras mujeres.

—Ahí estás —dijo Jude. Ciena se dio la vuelta para saludarla y después la miró.

Como Jude no había dicho una sola palabra acerca de su vestido, Ciena había asumido que la practicidad predominaría en el atuendo de su amiga: tal vez algo de color gris o marfil, algo confeccionado de manera simple, apropiado para cualquier tipo de ocasión. En lugar de eso, Jude llevaba un vestido con una tela pegadísima de color naranja, con unas cuantas aberturas estratégicas que dejaban ver su vientre plano y su esbelta espalda. Su corto cabello estilo militar había sido estilizado con forma de espinas y sus dorados aretes pendían al lado de su cuello hasta rozar sus hombros de una manera que era francamente sexy.

Mientras Ciena miraba boquiabierta, Jude frunció el ceño, confundida.

—¿Qué pasa? —Te… te ves muy bien.

Jude sonrió.

—Al igual que tú, Ciena.

Ambas se dejaron llevar por la elegante multitud hacia el vestíbulo interior, seguramente uno de los espacios públicos más espléndidos del palacio imperial. El gran pasillo parecía extenderse hasta el infinito, adornado con columnas en cada lado. Los estandartes rojo brillante que colgaban del techo tenían peso en los dobladillos, de manera que no se movían si soplaba una ligera brisa. Algunos droides resplandecientes y muy bien pulidos se deslizaron con bandejas de bebidas y canapés; flotaban fácilmente entre la multitud. Hasta el aire había sido perfumado, aunque la potente esencia hizo toser un poco a Ciena al inicio. Unas esculturas brillantes y cristalinas yacían en pedestales, cambiando de forma con frecuencia, de figuras abstractas hacia perfectos símbolos imperiales. Las luces habían sido coordinadas con las esculturas para que resplandecieran en el preciso momento de su transformación.

—Esto es asombroso —dijo Jude—. ¿Imaginas el trabajo que debió de haber costado?

—Y el dinero… —agregó Ciena. Lo que se había gastado esa única noche ahí probablemente habría ayudado a reconstruir una refinería de minerales en Jelucan.

Pero ahí se encontraba, una vez más, pensando como una provinciana. Cada planeta tendría que reconstruirse a sí mismo. Sí, el Imperio estaba allí para ayudar y gobernar, pero al final, Jelucan y otros planetas parecidos necesitaban fortalecerse por su propia cuenta.

Ciena quería contarle todo esto a Jude, pero en ese momento vio a Ved y Thane.

Ved había aprovechado la ocasión para vestirse según la moda de Coruscant: la capa larga, la camisa de corte amplio en el pecho y todo lo demás. Y sin embargo, Ciena pensó que era imposible que alguien reparara en Ved mientras Thane estuviera a su lado. Él vestía su uniforme de gala, como al menos doscientos hombres más en la recepción, pero los demás parecían… desvanecerse al lado de él. Y aunque había pasado los últimos dos años observando cómo Thane se hacía mayor y más alto, sólo hasta ese momento lo vio como un hombre.

Su reacción la confundió, pero no tanto como el momento en que Thane la reconoció y ella se dio cuenta de que había tenido el mismo efecto sobre él. La manera en que él parecía comérsela con la mirada…

—¡Mira! —susurró Jude, jalando a Ciena en el que podía ser el mejor o el peor momento posible—. Es la senadora menor de Alderaan, Leia Organa, ¡la princesa!

Ciena se paró de puntitas, emocionada de ver a alguien famoso. Apenas y alcanzó a ver a la princesa, quien portaba un vestido largo y blanco, y llevaba el cabello complejamente trenzado. Después, la multitud rodeó a la senadora Organa de nuevo, ocultándola de su vista.

—¿Puedes creerlo? —dijo Jude, mientras se unían a la caravana que entraba al salón de baile.

—Es lógico que esté aquí. —A Ciena le parecía intimidante que una chica de casi su misma edad tuviera un lugar en el Senado Imperial y fuera tan resuelta, sofisticada e importante.

—A lo que me refiero es que es sorprendente que venga a algún evento oficial, después del discurso que ofreció al Senado el día de ayer.

Entonces, Ciena recordó: la princesa Leia había anunciado, en representación de su padre, apoyar con «misiones de misericordia» a planetas que los Organa aseguraban que habían sido afectados de manera negativa por las políticas del Imperio.

—Eso es ridículo —murmuró—. Pedantería pura. Esas misiones no son necesarias; el Imperio por su propia cuenta ayudaría a los pueblos. ¡Para eso está!

Jude asintió, al estar de acuerdo, pero agregó:

—Debemos ser generosas. Aun cuando los Organa estén equivocados, probablemente están actuando guiados por la bondad.

Tal vez, pero Ciena no podía evitar mover la cabeza en desaprobación ante la arrogancia de cualquiera que pensara que era mejor que el Imperio en su totalidad.

Bailar en pareja era uno de esos hábitos que Ciena había considerado, antes de llegar a Coruscant, propios de la decadencia de la segunda generación. Claro que bailaban en los valles, pero estos eran bailes grupales, como parte de ciertos rituales clave. Sin embargo, la clase de Cultura clásica de los Planetas del Núcleo le había enseñado a considerar el baile como algo civilizado, aun entre parejas, sin propósito alguno más que el placer. En ese momento ella agradeció ese conocimiento, y más aún porque había aprendido en clase algunos de los pasos más frecuentes de los bailes formales. El decorado resplandeciente en ese enorme y reluciente salón lleno de espejos no la intimidaba; caminó confiada, atravesando el salón hasta su lugar y esperó a la pareja inicial que la computadora le asignaría.

Por supuesto, tenía que ser Thane.

Él se paró frente a ella, en medio de las parejas que se acomodaban alrededor, sin mirarla a los ojos.

—Supongo que querían que los cadetes empezaran juntos —dijo secamente.

—Eso creo. —Ciena volteó la cabeza, intentando mirar hacia otro lado, pero lo que alcanzó a ver la hizo sonreír—. Pues aunque tú no lo creas, somos afortunados.

A un lado de ellos, Ved le fruncía el ceño a Jude, quien era casi una cabeza más alta que él. Jude intentaba verse seria, pero Ciena sabía muy bien que estaba aguantándose la risa.

Thane debió haber visto lo mismo que ella, porque lo escuchó reírse ligeramente.

—Tienes razón.

Después, la orquesta comenzó a tocar la melodía inicial, una «calenada», pensó Ciena, reconociendo el tipo de baile. Conocía la posición inicial para comenzar, e incluso

puso las manos a la altura del pecho, pero ni eso la preparó para el momento en el que la amplia mano de Thane la sujetó alrededor de la cintura.

Sus miradas se encontraron y el baile comenzó.

Los cientos de personas en el salón conocían los pasos correctos; se movían al unísono, muchos colores brillantes giraban, siempre cambiando, pero con patrones definidos, como los pedacitos de cristal en un caleidoscopio. Nadie, en ningún momento, puso un pie fuera de lugar. Ciena se los imaginó como joyas resplandecientes en sus monturas, engastadas firmemente en un metal invisible tras el resplandor.

Thane dijo:

—Pensé que considerabas que el baile era… ¿cómo decías?… ¿Inmoral? ¿Atrevido? ¿La antesala del pecado?

Eso había sido antes de que la clase de Cultura clásica de los Planetas del Núcleo le enseñara a ser menos cerrada de mente. Ahora sólo le molestaba que él recordara sus viejos modos provincianos.

—Tal vez lo soñaste.

Eso lo hizo reír, ¿con desdén o con sorpresa?

—Te ves tan segura de ti misma.

—Lo estoy.

Ambos bromeaban, no estaban precisamente discutiendo. Pero algo cambió en ese momento. Ciena no se había dado cuenta hasta que habló, que efectivamente estaba alardeando acerca de su belleza y su atractivo. Eso podría ser una invitación abierta a que Thane no sólo fuera irritante, sino también cruel.

En lugar de eso, él dijo en voz baja:

—Y con razón.

Sus miradas se volvieron a encontrar, y Ciena tomó conciencia del calor de la mano de Thane sujetando la suya, la sensación de sus dedos abrazando su espalda. No habían estado tan cerca el uno del otro desde hacía mucho tiempo. Cada movimiento de la calenada requería que él la guiara y que ella lo siguiera, lo cual le daba otro aire de intimidad al momento. El llamativo vaivén de los bailarines pareció desvanecerse hasta que se sintió como si sólo estuvieran ellos dos.

Ciena abrió los labios para hablar, aunque aún no sabía qué decir, pero después, con una floritura, la canción terminó. Ambos se detuvieron con la música, pero permanecieron ahí, de pie, con las manos entrelazadas, incluso después de que todos los presentes comenzaran a aplaudir. Después fue el turno de cambiar de pareja y Thane se alejó de ella sin decir una sola palabra.

Durante la siguiente hora, Ciena siguió llevando a cabo su papel en el baile, riendo y sonriendo con el resto de los participantes, pero no hubiera podido recordar lo que alguien más le había dicho. No hubiera podido recordar en qué bailes había participado, ni qué canciones eran, ni mucho menos quiénes habían sido sus acompañantes. Los pensamientos que se le agolpaban en la cabeza le daban vueltas una y otra vez hacia el

distanciamiento entre ella y Thane, intentando, de alguna manera, entenderlo o explicarlo.

Finalmente, durante un descanso del baile, Ciena se acercó hacia un droide mesero. Esquivó las copas de vino y tomó un vaso de agua fresca. Mientras lo tomaba, escuchó algo:

—Ahí estás.

Ciena no volteó a ver a Thane, pero supo que estaba muy cerca de ella.

—Aquí estoy.

—Escucha, sé que debimos de haber hablado acerca de esto hace mucho tiempo, y quizá este no es el momento ni el lugar.

Ella se dio la media vuelta.

—¿Vas a disculparte?

—¿Disculparme? —Los ojos de Thane parecían encendidos con una llama de gas azul—. ¿Por qué? ¿Por defenderme?

—¡Por poner una barrera entre nosotros!

—Tú fuiste la que…

En ese momento, alguien se paró entre ellos: Ved Foslo, quien estaba tomado y actuaba torpemente. Y de pronto se rio a carcajadas.

—Ustedes dos son unos bobos.

—¿Disculpa? —Ciena arrugó la nariz, alejándose. Ved apestaba a brandy corelliano, el cual ni siquiera servían en esa fiesta; seguramente había metido un poco en algún termo en el bolsillo de su capa.

—Bobos. Tú. Thane. Ustedes dos. Muy bobos. —Ved los señaló con el dedo, como a niños mal portados—. Siguen discutiendo acerca de lo del cañón láser. ¿A quién le importa lo del cañón láser? Y aun así, ustedes le siguen dando vueltas.

Al principio, sus palabras no tenían sentido. Después, la respuesta le pareció demasiado clara a Ciena, como una vertiginosa ráfaga que la sacudía y la enfurecía.

—¿Fuiste tú?

Eso sólo intensificó la sonrisa de Ved.

—¡No! ¿Yo? ¿Por qué habría sido yo? Aún no lo entienden, ¿verdad? Ustedes, pueblerinos de una roca perdida en el borde de la galaxia, claro que no entienden cómo la academia y la flota imperial «realmente» funcionan.

Thane puso su mano firme contra el pecho de Ved, y aunque parecía un hombre sobrio ayudando a un amigo borracho a mantenerse de pie, Ciena reconocía la disimulada amenaza. Y juzgando por la manera en que la sonrisa de Ved desapareció, él también lo entendió así. En voz baja, Thane dijo:

—¿Por qué no nos lo explicas?

Ved retrocedió unos cuantos pasos, lejos del alcance de Thane, antes de contestar:

—Ingresamos a la academia para convertirnos en ciudadanos del Imperio. A los instructores no les agrada que los cadetes del mismo planeta permanezcan juntos, pues

esto reafirma los lazos que tienen con su propio planeta, debilita su compromiso con el Imperio.

—¡No es cierto! —protestó Ciena, pero él no le prestó atención.

—Les tendieron una trampa. —Ved volvió a reír—. Les tendieron una trampa para que se odiaran, y ustedes mordieron el anzuelo.

Los ojos de Thane se entrecerraron.

—Cuando a los dos nos bajaron del *ranking* por esa tarea, tú subiste al lugar número uno. Al menos hasta que Jude Edivon te sacó ventaja dos semanas después.

—¿Sigues creyendo que yo lo hice? Para nada. No sé cómo infiltrarme de esa manera. Ni siquiera Jude lo sabe. Sólo los instructores tienen ese tipo de poder. Y si yo le tendiera una trampa a alguien, los últimos en quienes pensaría serían los de la oficina de resultados estudiantiles. Mi padre me ha contado todo acerca de ellos. —La sonrisa de Ved era al mismo tiempo torpe e insolente—. ¿Lo dices por el hecho de que hayan mejorado el lugar en el *ranking* del hijo de un general? Estoy seguro de que eso fue un incentivo extra. Pero principalmente lo hicieron porque quisieron asegurarse de que ustedes no fueran tan dependientes el uno del otro. Y ustedes, jelucanis idiotas, reaccionaron exactamente de la manera que ellos esperaban sólo que ustedes lo empeoraron. Tal vez ellos sólo querían que ustedes discutieran. No que se… —La mano de Ved se movió en el aire como buscando las palabras—. No sólo se enojaron, prácticamente comenzaron a odiarse. Así que eso los convierte en los perfectos cadetes de la academia, una vez más.

Después pareció perder interés, y se dirigió tambaleándose hacia el droide mesero para tomar su siguiente trago. Ciena sintió como si toda la vergüenza que Ved tendría que haber sentido al decirles esas cosas se hubiera instalado en ella.

Pero merecía sentirse avergonzada. Había agredido a Thane por pensar que la academia había sido responsable, y él había estado en lo cierto todo ese tiempo. Los motivos de la academia eran distintos, pero, aún así, él había entendido los principios básicos. Y eso había hecho que se alejara de la única persona que no debió haber dejado ir.

Thane no sabía por dónde comenzar.

—Ciena…

Ella negó con la cabeza, aunque él no sabía a qué le decía que no: a la historia de Ved, a la culpabilidad de la academia, a que Thane hubiera sido el primero en hablar, o a alguna otra cosa. Él puso una mano sobre su hombro, pero Ciena hizo un gesto de dolor, como si con sólo tocarla le doliera. ¿Qué debía hacer o decir Thane?

Así que, por supuesto, la maldita orquesta comenzó a tocar otra vez, y Ciena rápidamente se alejó para tomar su lugar en el baile. Ella nunca volteó a ver a Thane.

A él no le quedó otra opción más que unirse, pero por el resto de la velada, Thane no pudo pensar en nada más. Por momentos quería regresar a la academia, recorrer cada pasillo de cada piso hasta encontrar la oficina de resultados estudiantiles, después ver a los ojos a quienes trabajaban ahí y golpearlos en el rostro, duro. En otros momentos quería encontrar una máquina del tiempo para regresar y decirle a su yo más joven que no fuera tan idiota. Hasta pensó en qué decía la estratagema de la academia acerca del Imperio y de la manera en la que trataba a sus oficiales.

Pero más que nada, quería hablar con Ciena, a solas.

Cuando el baile finalmente terminó, Thane se metió entre las multitudes, buscando la melena oscura de Ciena o el color azul violáceo tan único de su vestido. Era difícil ver a través de los diplomáticos hipócritas, de las cortesanas risueñas y de los oficiales militares con vestimentas oscuras. ¿Por qué se sentía tan extraño recordar que él es uno de ellos?

Primero vio a Jude. Era casi una cabeza más alta que casi todos los del salón y su vibrante vestido naranja llamaba la atención. Mientras se acercaba, Thane pudo escuchar cómo Jude decía:

—Como no tenemos toque de queda esta noche o alguna tarea asignada para mañana, esta es la ocasión ideal para explorar la famosa vida nocturna de Coruscant. Siempre me he sentido curiosa acerca de los clubes de aquí, especialmente de la Estrella Creciente.

«Sólo Jude Edivon podía hacer que una noche de fiesta sonara como un experimento científico». Thane tuvo que sonreír ante el pensamiento, pero después vio a Ciena y todo lo que pasaba por su mente desapareció.

—En realidad, Jude… —dijo, aprovechando la oportunidad—, esperaba que Ciena y yo tuviéramos… mmm… pasáramos un rato poniéndonos al corriente.

Jude los miró alternadamente, con una ceja levantada.

Ciena respiró profundamente.

—Thane y yo debemos hablar. Si no te molesta, Jude.

—Para nada. Iré con los demás. —Jude señaló a un grupo de oficiales jóvenes, varios chicos y varias chicas que parecían estar esperándola.

Cuando Jude se alejó lo suficiente, Thane dijo.

—¿Con cuál de todos se está yendo?

—Tal vez con todos. —Ciena volteó a verlo, sus manos estaban entrelazadas frente a ella, un gesto que Thane reconocía de los valles; no conocía su significado, pero sabía que era formal e importante—. Thane, yo no creí que la academia fuera responsable y discutí contigo por eso, poniendo en entredicho tu honor. Eso fue una gran falta.

—No. No digas eso. Tú no eres la responsable, Ciena, al menos no más que yo. Creo que ambos hemos sido unos idiotas. Pero la verdadera culpa la tiene el monstruo de la oficina de resultados estudiantiles que nos hizo esto.

Ella parpadeó, como si estuviera impactada.

—Nunca intentaron que las cosas se pusieran tan mal entre nosotros dos. Eso lo hicimos nosotros.

Por más que doliera admitirlo, Ciena tenía razón.

—Además, piénsalo Thane —continuó ella—, el general Foslo probablemente sobornó a alguien para que lo hiciera y Ved está mintiendo para encubrir a su padre.

Eso… también era posible, aunque Thane no estaba convencido. En ese momento era irrelevante.

—De cualquier manera tenías razón acerca de confrontar a los instructores de la academia. —Le dolía confesar lo equivocado que había estado, pero saberlo había mortificado a Thane durante los años que habían pasado, y ahora era momento de aceptarlo, por Ciena y por él—. Habríamos sido expulsados, seguro. No debí de haberte dicho las cosas que te dije.

—Yo debí entender que estabas enojado.

Ciena estaba decidida a pedirle una disculpa, pero él no quería escuchar algo parecido.

—Mi punto es que ninguno de los dos hizo algo mal. Estoy tan cansado de estar enojado contigo. ¿Podemos dejarlo atrás?

Ella se puso de pie, derecha y formal, una vez más.

—Estoy dispuesta a restablecer nuestra amistad.

Esa declaración parecía que iba a dar pie a algún tipo de ritual de conciliación del valle, pero Thane no sabía cuál pudiera ser, ni le importaba.

—¿Y si sólo hablamos? Vamos, Ciena. No me interesa quién debió actuar diferente ni quién de la academia fue el responsable ni ninguna cosa de esas. Sólo quiero a mi amiga de vuelta. Lo demás no me importa.

No era tan fácil para ella dejar atrás las cosas, él lo sabía, pero también notó una leve sonrisa cuando él le dijo que la quería de vuelta.

—¿Por dónde comenzamos?

—Comenzaremos esta noche.

Visitar los clubes nocturnos significaría gritar por encima de la música bailable, y eso sin mencionar el empujar a la infinita cantidad de chicos que se querrían acercar a Ciena mientras usara ese vestido. Regresar a la academia significaría no aprovechar esa noche libre. Ni Thane ni Ciena tenían alguna otra idea sobre qué podían hacer en los alrededores, y en lugar de investigar, terminaron sentados en la terraza cercana al salón de baile, en una banca bajita de piedra, cerca de la fuente, hablando por horas, mientras los droides de limpieza zumbaban y chirriaban alrededor de ellos.

Ambos comenzaron hablando del baile, a quiénes y qué habían visto. Thane comenzó a presumir:

—Incluso bailé con la princesa de Alderaan. Nash se va a morir cuando escuche eso. Está enamorado de la princesa desde que tiene nueve.

—¿Con la princesa Leia? ¿Cómo es ella?

—Aún más bajita que tú —contestó Thane, lo que le costó una ligera patada en la espinilla, e hizo como que le dolía aún cuando continuó, de manera más seria—. No lo sé. Fue sólo un baile y ella no estaba poniendo demasiada atención. No fue descortés, más

bien estaba distraída. Me imagino que alguien como ella debe tener muchas cosas en la mente.

Ciena comenzó a abrirse mucho más cuando hablaron acerca de sus futuras misiones.

—Ser comandante es un honor. A veces pienso en tener una nave para mí, algún día, y sólo… —Sintió un escalofrío y no lo había fingido; Thane se dio cuenta de que los vellos de su brazo se habían erizado—. Pero eso significa que no tendré mucho tiempo para pasar en los cazas de un solo piloto, al menos después de los primeros años.

—Lo cual es un crimen —dijo Thane. Cerca de ahí un droide mesero de color dorado utilizaba sus cinco brazos para aspirar los pedazos rotos de un vaso—. Eres una piloto fenomenal, Ciena. Siempre deberías navegar el cielo.

Thane había olvidado lo traviesa que podía ser su sonrisa.

—Eso haré. Sólo que en una nave más grande.

Para cuando estuvo a punto de asomarse el amanecer, ambos ya confiaban totalmente en el otro de nuevo. Ciena le enseñó cómo guardaba, en un pequeño morral, el brazalete de piel que la unía con su hermana.

—Siempre me pregunté qué había pasado con eso —dijo Thane en voz baja, mirando la delicada y desgastada trenza—. No era parte del uniforme, y tú nunca rompes las reglas, pero yo sabía que, de cualquier manera, nunca te desharías de ella.

—No. —Ciena apretó con delicadeza el morral; por el duro tejido de la tela, Thane creyó que había sido confeccionada con algún pedazo de tela de casa—. Nunca.

En ese momento, el cielo ya había comenzado a teñirse de color rosa. El tráfico aéreo no se había detenido en toda la noche, pero las naves eran cada vez más grandes y rápidas. Los pies descalzos de Ciena descansaron sobre la banca de piedra; sus resplandecientes zapatos yacían en las baldosas de la terraza. Los droides meseros les habían servido las últimas copas de vino antes de regresar a sus estaciones de recarga y, mientras Thane bebía su último sorbo, vio cómo Ciena bostezaba. Pese a lo tarde que era y a lo cansados que estaban ambos, seguía viéndose hermosa.

Él no actuaría en ese momento. Y tal vez no actuaría nunca, sobre todo porque, tal vez, en un par de meses serían asignados a lugares completamente opuestos en la galaxia. Además, su reconciliación era demasiado reciente como para intentar algo más. «Después», decidió Thane. Después pensaría en Ciena y en sus respectivos futuros. Esa noche, por sí sola, ya era suficiente.

—Hay que tomar el transporte —dijo, poniéndose de pie—. Vamos.

Una vez que Ciena se había puesto los zapatos, Thane le ofreció su brazo. Ella lo tomó en cuanto se levantó. Y tan cansados como estaban, él esperaba sólo una pequeña charla trivial, acerca de cuánto podrían o no dormir. En lugar de eso, Ciena dijo con voz muy baja:

—Estoy tan feliz de tenerte de vuelta.

«Después», se recordó a sí mismo, intentando convencerse.

—Yo también.

CAPÍTULO OCHO

—EL DÍA DE HOY no sólo marca un final, sino también un principio. Todo lo que han hecho durante sus tres años en la academia y, de alguna manera, todo lo que han hecho en sus vidas hasta este momento ha tenido un solo propósito: prepararlos para convertirse en los mejores oficiales imperiales que puedan ser. Siempre han sido ciudadanos del Imperio, pero el día de hoy se convierten en parte del mismo de una manera en que los civiles nunca podrán entender. Los uniformes que el día de hoy portan simbolizan el poder del Imperio, y su servicio engrandece ese poderío.

El corazón de Ciena se hinchaba de orgullo mientras se encontraba ahí, en medio de las filas de cadetes… No, ahora eran nuevos oficiales. Vestía un uniforme de tenientazgo de colores gris y negro, y una nueva insignia con brillantes cuadrados, que resplandecía justo debajo de su clavícula. Su nuevo puesto le había sido asignado esa mañana, momentos antes de que la ceremonia comenzara. El sol brillaba en el pálido cielo de Coruscant, enormes estandartes de color rojo ondeaban ligeramente con la brisa, y ella sentía como si el futuro se acabara de desplegar frente a ella, como una alfombra roja, suave y lujosa, que definiría su camino.

Muchas filas atrás, los graduados del escuadrón élite vestían el uniforme negro que usaban los pilotos de cazas TIE. Thane creía que usar eso era ridículo. La armadura no sólo era pesada, sino también calurosa; había sido diseñada para ser usada en los límites de la atmósfera o en el espacio exterior, no en una superficie planetaria en un día soleado. ¿Y el casco que parecía tan necesario y tan agresivo mientras pilotaba? En tierra firme también se veía ridículo. De cualquier manera, su molestia con el traje no se acercaba a lo mucho que le enojaba el discurso del orador. «Habla como si el Imperio nos acabara de tragar por completo. Además, no deja de hablar. ¿Podría callarse para que yo me pueda ir a poner algo distinto?».

La mejor parte de la ceremonia, según su punto de vista, fue el final, cuando encontró a Ciena entre la multitud. Una vez que él pudo quitarse el casco, ella arrojó sus brazos alrededor de él, abrazándolo; Thane apenas y podía sentirlo, debido al recubrimiento en el pecho, pero de cualquier manera, sonrió.

—¿Adónde te asignaron?

—A un Destructor Estelar: el *Devastador*.

—¡Wow! Es una de las naves de más alto nivel en la flota.

Thane se sentía feliz por ella, mas no sorprendido. Él nunca dudó que pudiera llegar tan lejos.

Los ojos de Ciena tenían un brillo de alegría y esperanza.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu destino?

—Fui asignado a la flota de defensa en una estación espacial.

—¿A cuál?

—Eso es lo más extraño de todo… No lo sé. Aparentemente esta estación es completamente nueva y aún es confidencial.

—Qué emocionante —dijo—. Y estoy segura de que el *Devastador* visitará esa nueva estación. —Sí. Eso parece.

Thane no pudo evitar ilusionarse. Si cada uno había sido asignado a lados opuestos del Borde Exterior, tenía que aceptar que sus caminos tal vez nunca se cruzarían, al menos no en cuanto a la línea del deber. Pero ella estaría en una de las naves más importantes de la flota, y él ya había investigado que la nueva estación era una de las de más alto rango, el tipo de lugar en el que las naves más importantes serían acopladas, lo que significaba que, después de todo, podría volverla a ver. Y cuando estuvieran juntos, no como compañeros de juego ni como cadetes, sino como oficiales colegas y adultos… ¿qué pasaría?

Thane no estaba muy seguro, pero pensó que tal vez le gustaría investigarlo.

—Mantente en contacto, ¿de acuerdo?

—Más te vale que me mandes mensajes y hologramas todo el tiempo. —Ciena intentó sonar como si estuviera bromeando, pero él pudo notar la ilusión de su voz—. Y tal vez volvamos a vernos en casa.

—Definitivamente. —Rápidamente se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Los labios de Ciena se separaron ligeramente por la sorpresa y el placer. Thane pensó que debió haberlo hecho hacía mucho tiempo. Quería decirle algo, pero las palabras no salían, así que se limitó a decir lo básico—: Felicidades, teniente Ree.

—Felicidades, teniente Kyrell. —Ella levantó una mano mientras se daba la vuelta para irse, pero siguió mirándolo por encima del hombro mientras se incorporaba a la multitud.

Thane la observó mientras se marchaba. A pesar de los cientos de alumnos utilizando sólo variaciones del mismo uniforme, Ciena permaneció como alguien aparte e inconfundible para él, y sólo cuando finalmente ella se perdió de vista, se dio la vuelta.

«Vernos en casa», pensó. Aunque deseaba volver a ver a Ciena antes de su próxima licencia, le gustaba la idea de volver a estar con ella en Jelucan. Planeaba postergar cualquier visita a su familia lo más que pudiera, y de ser posible, para siempre; sin embargo, ahora ansiaba regresar aunque fuera una sola vez. Sería distinto si él y Ciena viajaran juntos; incluso podrían regresar a la Fortaleza; tal vez el polvo se habría apoderado de su escondite en la cueva, pero no les tomaría mucho tiempo dejarlo cómodo de nuevo. O podrían viajar a Valentia juntos, como siempre lo prometieron, pero nunca lo hicieron…

Tres semanas después de haber iniciado su servicio a bordo del *Devastador*, Ciena dejó de creerse una cadete impostora y comenzó a sentirse como una verdadera oficial

imperial. El cambio sucedió el día que la pusieron en acción para luchar contra los rebeldes.

«¿Nos están disparando?». Ella apenas podía creerlo. Era una pequeña nave de bloqueo intentando atacar un Destructor Estelar. Aquello no sólo era imposible, era una locura.

Después de todo, ¿acaso los rebeldes no estaban locos?

—Acérquense —dijo el comandante del puente—. Sus reservas de poder deben estar a punto de agotarse. Arrastrémoslos a la bahía de acoplamiento y acabemos con esto.

Ciena activó el rayo tractor y después miró por encima de la resplandeciente consola negra para ser testigo de la escena. La pequeña figura blanca de la nave era apenas más grande que una manchita en el paisaje estelar, empequeñecida por el planeta desértico debajo de ella. Las pantallas de visualización permitían observar más detalles, pero era más satisfactorio contemplar la derrota de la nave rebelde con sus propios ojos.

Antes habría dado por hecho esa victoria. Los rebeldes eran un grupo desigual de inconformes que se habían resignado a ejecutar actos terroristas, porque carecían del Apoyo popular o del poderío militar, o al menos eso habían creído hasta hacía poco, cuando unos rebeldes los atacaron desde una base secreta. Para la vergüenza eterna de los oficiales imperiales responsables, los rebeldes habían ganado la batalla. Pero el Imperio no sólo tuvo que lidiar con esa incomprensible derrota, también había perdido información clasificada de vital importancia. Y aunque los detalles no fueron profundamente discutidos, Ciena había escuchado que dicha información tenía que ver con los planos de una nueva estación imperial secreta.

Esa debía de ser la base a la que Thane había sido asignado. Si esos rebeldes habían escapado, ¿habrían atacado la estación, poniendo la vida de Thane en riesgo?

Ciena entrecerró los ojos mientras observaba la nave rebelde y pensaba: «¿En realidad creyeron que podrían atacarnos y salirse con la suya? Ahora ya aprendieron la lección, ¿no?».

La nave antibloqueo continuaba transmitiendo protestas, afirmando que se encontraban en una «misión diplomática», pero Ciena lo ignoró, así como los demás que estaban en el puente. Con gran satisfacción, observó cómo la nave dejaba de verse a través de las ventanas, convirtiéndose en una señal luminosa de color verde en sus lecturas.

Un oficial que se encontraba cerca dijo:

—Lord Vader nos ha dado la indicación de abordar el *Tantive IV*, señor. El capitán asintió.

—Excelente. Tomarán a la princesa en custodia en cualquier momento. Cañones láser principales, bajen la guardia.

Ciena asintió, acatando con rapidez las órdenes del comandante. Tuvo que ocultar la impresión que sintió al pensar en la princesa Leia de Alderaan como una rebelde, una terrorista y una traidora. Pero su padre siempre había sido un alborotador en el Senado

Imperial, creyéndose tan importante como el planeta que representaba. Era una pena que su hija hubiera heredado su arrogancia.

Ese día le enseñarían a ella y a todos los demás rebeldes que no podían ir en contra del Imperio sin afrontar las consecuencias.

Una cápsula de emergencia despegó del *Tantive IV;* las lecturas indicaban cuatro formas de vida intentando escapar al planeta desértico de abajo. La cápsula fue derribada con facilidad.

«¿En qué estaban pensando?», se preguntó Ciena mientras enviaba los reportes de los pelotones de abordaje. «¿Cómo esperan alejarse de un Destructor Estelar cuando ya están atrapados en la bahía de acoplamiento? Tal vez están demasiado asustados como para pensar con claridad. Se merecen todo lo que están por vivir, pero no puedo culparlos de sentirse asustados…».

Otra cápsula de emergencia fue lanzada, sacándola de sus pensamientos. El oficial que estaba a un lado de Ciena murmuró:

—Ahí va otra.

El capitán parecía estar aburrido.

—No disparen. No hay formas de vida presentes. Debe de haber sido lanzada por cortocircuito. —Al cabo de un instante, la cápsula de emergencia se volvió invisible en la arena amarilla del planeta que se encontraba debajo.

Un momento después, Ciena entregó copias de la información de evidencia concreta de los puentes auxiliares al oficial de asuntos internos del BSI; al Buró de Seguridad Imperial le gustaba monitorear todas las interacciones con objetivos de presuntos rebeldes, para asegurarse de que nadie traicionaría su lealtad al Imperio a través de la palabra o de los hechos. En su camino se encontró con Nash Windrider, exactamente en la entrada al ascensor del puente principal. Él era uno de los pocos alumnos de su generación asignados al *Devastador*, y aunque en la academia nunca fueron tan cercanos, debido al estúpido distanciamiento entre ella y Thane, se conocían lo suficiente como para considerarse amigos. Nash seguía usando el cabello largo, aunque lo llevaba apretadamente trenzado, debido al reglamento.

—No me digas —le susurró, mientras las puertas del elevador se abrían y ambos caminaban al interior—. Estás llevando un recado para asegurarte de no ser enviada a ese pedazo de asador de arena que está ahí abajo.

«Tatooine», pensó en corregirlo. El elevador comenzó a ascender rápidamente, los paneles de cristal en las puertas mostraban, una tras otra, las capas titilantes del enorme Destructor Estelar.

—Supongo que es adonde te diriges. —No, gracias al cielo. Ir ahí abajo con la armadura de soldado de asalto debe ser igual que ser asado vivo.

El elevador iba a llegar al puente principal en cuestión de minutos, así que Ciena aprovechó la oportunidad para decirle a Nash algo que debía tratarse en privado. Con mucho cuidado, ella comenzó:

—Lo que quería decirte es que… lo siento por tu princesa. Debes sentirte… traicionado.

La sonrisa de Nash desapareció. Se irguió y sujetó sus manos firmemente detrás de su espalda.

—Estoy seguro de que la princesa Leia fue mal aconsejada por sus cortesanos. Una investigación rigurosa demostraría que no ha hecho nada malo.

—Claro. Debí haber pensado en eso. —Ciena no sabía si creer que esa sencilla explicación era aceptable, pero Nash sabía más de la princesa que ella, así que tal vez estaba en lo cierto.

Las puertas del elevador se abrieron y Nash salió.

—Hasta al rato —dijo, alejándose de ella para regresar a su estación de trabajo. Ciena deseó no haber dicho nada acerca de la princesa. No era culpa de Nash si alguno de los senadores de su planeta se había convertido en traidor. Esperaba que el oficial de asuntos internos pensara lo mismo al respecto.

Ciena sólo había estado en el puente principal una vez, en un breve recorrido de inducción por la nave el día que llegó. Así que la vista la seguía intimidando: el increíblemente largo corredor, la enorme pantalla de visualización, el sinnúmero de monitores haciendo ruido y parpadeando en el nivel de abajo, mientras el personal de alto rango trabajaba frenéticamente en los pits de información. Era el corazón del *Devastador*, el alma de la máquina.

Rápidamente dirigió su atención al capitán Ronnadam, quien se encontraba sentado en su estación; llevaba el uniforme con saco blanco distintivo del BSI.

—Señor, aquí están los paquetes de información, como lo solicitó.

Ronnadam tomó los paquetes sin siquiera voltear a verla; sus ojos estaban puestos en las largas líneas de texto que avanzaban en la pantalla. Ciena no podía abandonar el puente principal si no le pedían que se retirara, así que se quedó ahí, en posición de firmes, esperando.

—Está siendo poco estricto con el protocolo, Ronnadam —dijo una voz seca y nítida detrás de ella—. Afortunadamente, la joven teniente sigue el protocolo y tiene mejores modales.

A Ciena se le iluminó el rostro cuando se dio la vuelta y reconoció a Grand Moff Tarkin en un holograma, parpadeando con una luz verde grisácea. Él miró a Ciena con cierto interés.

—Usted parece reconocerme, teniente, pero creo que no hemos colaborado juntos antes. ¿Quién es usted?

—Teniente Ciena Ree, L-P-Ocho-Ocho-Ocho, graduada de la generación más reciente de la Academia Real y nativa de Jelucan, señor. «¡No puedo esperar a contarle a Thane que volví a ver a Tarkin!».

Grand Moff asintió educadamente.

—Jelucan. En el Borde Exterior, ¿cierto? Estuve ahí cuando lo anexamos al Imperio.

Aunque no fue requerida una respuesta, tampoco estaba prohibida, y Ciena no pudo resistirse.

—Así es, señor. Lo conocí aquel día, justo después de la ceremonia, cuando aún era una niña.

El rostro angular de Tarkin estudió el rostro de Ciena por un largo momento y, después, para su sorpresa, dijo:

—Aquellos dos niños que estaban husmeando cerca del sitio donde se encontraba la nave espacial. ¿Eras una de ellos?

Ciena había escuchado acerca de la excelente memoria de Tarkin, que nunca olvidaba algún favor o algún tropiezo, pero la prueba de esto la hizo sonreír.

—Sí, señor. Aquel día me preguntó si yo quería servirle al Imperio cuando fuera mayor, y aquí estoy.

—Bien, bien. —Tarkin puso las manos detrás de su espalda, claramente satisfecho consigo y con ella—. El poder de la diplomacia en acción.

—El chico que estaba conmigo aquel día también acaba de graduarse de la academia como uno de los mejores del escuadrón élite. Ahora es el teniente Thane Kyrell.

La sonrisa de Tarkin era delgada, pero inconfundible.

—Por lo que veo debería ir a reclutar a Jelucan más seguido. Me mantendré al tanto de ustedes.

A Ciena le costó trabajo mantener la postura militar correcta, pero estaba segura de que su alegría se reflejaba en el rostro. Sin embargo, a Grand Moff Tarkin no parecía importarle. Cuando el holograma comenzaba a desvanecerse, él se despidió con un movimiento de cabeza, el gesto más amigable que un oficial superior podía demostrarle a un simple teniente. Si él recordaba el incidente con la nave espacial clase *Lambda* después de todos esos años, definitivamente recordaría revisar sus registros y los de Thane. Tal vez Tarkin sería algo más que su inspiración para unirse a la flota imperial; quizá se convertiría en su mentor.

¿Atrapar una nave rebelde y obtener el reconocimiento de Grand Moff antes de la hora de la comida? Ciena sonrió. Ese día estaba resultando espectacular.

Thane no se había percatado de lo enorme que era la Estrella de la Muerte hasta la primera ronda que hizo a su alrededor en su caza TIE. De inmediato tuvo que ajustar los propulsores para el vuelo de despegue que iba a realizar, más común en una atmósfera planetaria que en una estación espacial, ya que la enormidad de la Estrella de la Muerte la dotaba de una gran fuerza gravitacional.

La sola idea hacía sonreír a Thane. Nunca se imaginó que construir algo tan colosal fuera posible. La estación espacial se había convertido en su hogar, y le horrorizaba pensar en el día en el que fuera asignado a otro lugar. La Estrella de la Muerte estaba hecha para funcionar como un planeta por su propia cuenta, lo que significaba que tenía

comodidades que otros destinos militares no: comida decente, áreas de esparcimiento, cantinas con droides meseros último modelo, cafeterías con una buena selección de bocadillos y golosinas, aunque de precio elevado. Si bien Thane vivía en los cuarteles comunales, aparentemente había suficientes dormitorios privados que la mayoría de la gente esperaba recibir entre tres y seis meses después. Casi siempre debías convertirte en capitán de corbeta para vivir con ese tipo de lujo. Pero ser capaz de disfrutar de un destino militar tan cómodo y tener la emoción de pilotar por el espacio interplanetario todos los días, eso iba más allá de sus sueños más alocados.

Al igual que el mensaje que había recibido esa mañana.

—Vas a venir aquí hoy —repitió mientras miraba el rostro de Ciena en la pequeña pantalla—. ¿Hoy mismo?

—¿Notas cómo nos estamos comunicando sin que haya retrasos? El *Devastador* se estará acoplando como en una hora. —Su felicidad irradiaba a través de la pantalla; Thane imaginó que la suya también—. ¿Tendrás tiempo libre?

—Sí. Definitivamente. Ya termine mi ronda del día. —Y en cuanto al día siguiente… bueno, intercambiar los turnos de trabajo no iba en contra de las reglas si primero te lo aprobaban. Pilotaría el turno de cualquiera si eso significaba pasar todo el día con Ciena—. Podríamos ir a alguna de las cantinas. Platicar.

—Nash también está impaciente por verte —dijo Ciena.

—Claro. Definitivamente. Por supuesto. —Nash podría ser uno de los mejores amigos de Thane, pero nunca antes había estado menos interesado en pasar tiempo con él. Afortunadamente, Nash era lo suficientemente perspicaz para entender cuándo era apropiado despedirse, o al menos eso esperaba Thane.

—Y quiero ver a Jude —continuó Ciena—. Ella está a bordo, ¿cierto?

—Claro, Jude Edivon también fue asignada a la Estrella de la Muerte, pero nunca me he topado con ella. Este lugar es del tamaño de una luna, es como si estuviera del otro lado del planeta, desde donde yo estoy. —Cuando el rostro de Ciena se entristeció, Thane rápidamente agregó—: Pero cuando le digas que vas a venir, sé que encontrará la manera de venir a verte. Cuenta con eso.

—Tú también, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo, sonriendo como un idiota. «Tal vez no me veía como un completo idiota», pensó Thane varias horas después, mientras llevaba a cabo su turno complementario como mecánico de mantenimiento. Cada piloto tenía que ser capaz de reparar y darle mantenimiento a cada nave de uno o dos pilotos y, para ese entonces, los motores de iones gemelos le resultaban tan familiares a Thane como sus propias manos. Así que era capaz de llevar a cabo su lista de pendientes, palomeando cada punto, al mismo tiempo que le permitía a su mente divagar. «Ella también estaba sonriendo. Así que esa es una buena señal, ¿no?».

Ya no se preguntó de qué era una buena señal. La emoción que sentía con sólo pensar que vería a Ciena de nuevo permanecía como algo que prefería no estudiar demasiado o

nombrar de alguna manera. Lo único que sabía era que ni en sueños había pensado en volver a verla tan pronto, y ahora un día más parecía una larga espera.

«El *Devastador* acaba de llegar. Ciena está en la Estrella de la Muerte en este preciso momento. ¿Por qué tengo que estar cubriendo este estúpido turno? Lo cambié para tener todo el día de mañana libre, ¿pero qué pasará si Ciena no tiene tiempo libre en ese momento?».

Thane pensó que debía dejar de preocuparse. Respiró profundo y retomó el trabajo que realizaba en el caza TIE que estaba frente a él. El panel de control realmente necesitaba un nuevo cableado, una tarea tan minuciosa que lo mantendría entretenido por un rato. Justo en el momento en el que ponía la placa del panel en su lugar, escuchó un anuncio: «Toda la tripulación en el sector cuatro-diecisiete, a las puertas auxiliares de acoplamiento».

Ese era su sector. Por fortuna, Thane estaba muy cerca, así que podría estar en la formación primero, justo en la primera fila. Su traje de mecánico tenía algunas manchas de grasa, pero nada inapropiado para la mitad del turno. Sin embargo, se sentía un poco avergonzado al lado de los otros oficiales que estaban a su alrededor con sus respectivos uniformes o con una resplandeciente armadura de soldado imperial.

Probablemente el comandante no lo notaría. Él caminaba dándose aires de grandeza frente a todos, cuando anunció:

—A partir del día de hoy, la Estrella de la Muerte se encuentra funcionando en su totalidad, y como mandato del Emperador, ¡debemos mostrarle su poder a la galaxia entera!

Unas cuantas ovaciones surgieron del grupo. Thane aplaudió un par de veces. Él se imaginó que llevarían la estación lo suficientemente cerca de la órbita planetaria para que el pueblo pudiera verla; eso sorprendería a cualquiera. Él había sentido cómo los motores principales estaban en funcionamiento, así que, obviamente, la estación había viajado a algún lugar importante, tal vez Coruscant…

Las puertas de la bahía de acoplamiento se abrieron. Aunque Thane sabía que los campos de fuerza mantenían la atmósfera en el interior y el frío hostil del espacio en el exterior; por un momento se estremeció cuando vio hacia fuera, hacia la vasta negrura que se expandía hasta el infinito. Lentamente, mientras la puerta se abría, un planeta aparecía. La esfera color azul pálido parecía brillar con luz propia y, como siempre, Thane pensó en lo hermosos y frágiles que parecían los planetas desde la distancia.

—He aquí el planeta Alderaan —dijo el comandante.

¡El hogar de Nash! Thane no pudo evitar sonreír. Qué suerte estar tan cerca de ese planeta mientras el *Devastador* visitaba la estación. ¿Cuántas veces Nash le prometió a Thane enseñarle todos sus paisajes? Le había parecido tan lejano como un sueño; pero ahora Thane podría mirar los alrededores de Alderaan por su cuenta si tuviera un poco de tiempo libre. Se encontró a sí mismo recordando cada historia que Nash le había contado acerca de los mejores lugares para visitar, la increíble belleza natural que había dicho que existía en su planeta.

«¿Por dónde empezaré? ¿Las cataratas con forma de nube? ¿La selva tropical de Isatabith?».

—Como muchos de ustedes sabrán —dijo el comandante—, Alderaan está representado en el Senado Imperial por un miembro de la familia Organa, la familia gobernante. Sin embargo, se ha descubierto que la senadora, su padre, y creemos que las esferas más altas del gobierno alderaaniano en su totalidad, han estado financiado y apoyando en secreto a la Alianza Rebelde.

A Thane le tomó un momento asimilar dichas palabras; no estaba muy seguro de haber escuchado bien. ¿Cómo podría la familia real de Alderaan estar coludida con el terrorismo? Su naturaleza cínica le indicó que nadie es tan puro ni tan noble como para no ser corrompido, pero también le indicó que las personas que se benefician por el *statu quo* difícilmente hacen algo para cambiarlo.

El comandante prosiguió:

—Esta estación ha sido elegida para enviarle un mensaje a la galaxia entera. Debemos demostrar, ahora y para siempre, que la fuerza del Imperio es suprema. ¡Larga vida al mandato del Emperador!

—¡Larga vida al mandato del Emperador! —gritaron todos los oficiales parados en posición de firmes, incluido Thane, quien casi no puso atención a las palabras, que ahora le eran tan familiares que podía decirlas sin pensar. Su mente aún estaba intentando asimilar lo que acababa de escuchar.

Un momento después, una intensa vibración en el núcleo de la estación se propagó a través de la cubierta, de una manera diferente y mucho más poderosa que cualquiera que Thane hubiera sentido antes. Sus vellos se erizaron, aunque no sabía si se debía al miedo o a la ionización de la atmósfera.

«¿Qué está pasando?», se preguntó. En ese preciso instante, la Estrella de la Muerte disparó con dirección a Alderaan. Y justo ahí, frente a sus ojos, un planeta entero explotó.

CAPÍTULO NUEVE

ATURDIDA y casi paralizada, Ciena pensó: «Mira a través de mis ojos». Se suponía que le permitiría a Wynnet ver tanto lo más aterrador como lo más hermoso. Eso significaba que Ciena debía mostrarle eso.

En la pantalla de visualización, los fragmentos del planeta Alderaan se esparcían en cientos de direcciones, todos los pedazos brillaban por el calor de la muerte del paneta al que alguna vez pertenecieron. Ciena pensó en los miles de millones de personas que acababan de morir frente a sus ojos y sintió que estaba a punto de llorar, pero después vio al oficial que se encontraba a su lado en la estación de misiones auxiliares.

Nash Windrider se había puesto tan pálido que ella pensó que se iba a desmayar. Él era nativo de Alderaan. Su familia entera, todos los lugares en los que había estado, simple y sencillamente su hogar, había sido destruido frente a sus ojos, acusado de deslealtad.

De inmediato, Ciena se percató de que si Nash se desmayaba, lloraba o mostraba algún signo visible de emoción, sería visto como una señal de protesta. Se le incriminaría por la misma traición que a los Organa y sería enviado al calabozo, si es que no lo despojaban de su cargo en ese mismo instante.

Ciena no podía ayudar a nadie más, así que ayudaría a Nash. Extendiendo una mano hacia él, Ciena tocó el brazo de Nash para brindarle apoyo. Él respondió agarrando con fuerza sus dedos y apretándolos con tanta intensidad que dolía, pero ella se mantuvo allí, a su lado. Observó cómo Nash se forzaba a respirar profundo, sujetando su mano como si fuera una cuerda de rescate que lo llevaría a la orilla.

«A su hogar», casi piensa Ciena, pero se detuvo a sí misma a tiempo.

Luego del desastre que siguió a la explosión, Ciena caminó con Nash hacia el elevador que lo llevaría de regreso a la bahía de acoplamiento del *Devastador*, para que pudiera abordar la nave, ir a su cuartel y, con suerte, estar a solas. Nash no dijo palabra alguna en todo ese tiempo. Ni siquiera hizo contacto visual con Ciena antes de caminar hacia las puertas del elevador. En el último segundo antes de que las puertas se cerraran de nuevo, ella lo vio recargarse con pesadumbre contra la pared del ascensor, como si no existiera otra manera de mantenerse de pie.

Al menos tendría unas cuantas horas libres para organizar sus pensamientos y a una vieja amiga para hablar sobre lo sucedido. No, no era a ella a quien más quería ver, pero aun así sería una cara familiar.

—Naturalmente, yo conocía la potencia del cañón —dijo Jude mientras ella y Ciena se sentaban en una de las pequeñas cubiertas de observación, frente a una larga fila de ventanas—. El superláser se alimenta de una selección de cristales Kyber que le da un poder casi ilimitado. Pero siempre pensé que iba a ser utilizado para la explotación minera en asteroides o en planetas inhabitados, no en esto.

Ciena miró a su alrededor para ver si no estaban siendo escuchadas.

—Jude, crees que… Lo que vimos hoy… Lo que la Estrella de la Muerte hizo… ¿Crees que haya una justificación para eso? ¿Acaso puede haberla?

En lugar de contestar rápidamente, Jude se sentó muy quieta, pensándolo. A Ciena siempre le había gustado eso de su amiga: la manera calmada y razonable de resolver las cosas. Cuando eran jóvenes cadetes, su solemnidad a veces hacía que ella y Kendy le jugaran algunas bromas; pero ahora Ciena lo agradecía.

—Aunque sólo he estado en servicio activo durante un par de semanas —dijo Jude, finalmente—, me parece evidente que la Alianza Rebelde es un grupo mucho más grande y peligroso que lo que los comunicados oficiales han reconocido. Nosotros no operamos como una milicia pacífica. Nuestra preparación es mucho más apropiada para los tiempos de guerra.

Ciena también había presentido algo así, pero cuando Jude lo dijo con esas palabras, todo se materializó. La amenaza que representaba la Alianza Rebelde se había vuelto demasiado real. Jude continuó:

—Los Organa son culpables de traición, pero la mayoría de los ciudadanos no lo eran.

«Al menos fue rápido», pensó Ciena, pero ese pensamiento sonó superficial incluso dentro de su cabeza. Se imaginó a sí misma de niña, mirando hacia el cielo, observando cómo el azul se convertía en rojo y sabiendo, por un repugnante momento, que ese sería el final. El miedo que habían sentido los niños de Alderaan… el horror.

—Pero es incorrecto interpretar lo que le sucedió a Alderaan como un castigo a su población —dijo Jude, volviéndose un poco más enérgica—. La única justificación para un acto tan extremo es que sea capaz de anular una amenaza más severa. Los rebeldes deben ser insensatos e incluso tontos como para intentar vencer a la flota imperial en su totalidad. ¿Así que cómo se les hace entrar en razón? ¿Cómo hacerles entender los límites de su poder y la inevitable victoria del Imperio? Sólo una demostración de esta magnitud puede lograr eso. Seguramente, ahora los rebeldes pueden ver que sus metas son imposibles y sus estrategias poco prudentes. Las miles de millones de personas que murieron hoy tal vez han salvado una infinidad de vidas a través de su sacrificio.

Eso tenía que ser cierto. Ninguna célula terrorista en la galaxia, sin importar qué tan entusiasta o sanguinaria sea, podría creer, ahora, que tendría el poder para vencer al Imperio. Pero ese fue un sacrificio que los habitantes de Alderaan nunca eligieron hacer.

Jude suspiró y miró su trago por largo rato. Por alguna razón, quizá por la manera en la que la luz caía sobre la expresión perdida de su rostro, a Ciena le pareció más joven, como la chica que había sido cuando se conocieron más de tres años atrás. Su uniforme impecablemente planchado y confeccionado parecía un disfraz para una niña que jugaba a caracterizarse. Tal vez Ciena también era demasiado joven, y demasiado novata, como para ir a la guerra. Pero sin lugar a dudas, todos se sentían así, al inicio. Ciena dijo:

—Entonces, pese a lo que sucedió hoy, pese a todas las vidas que se perdieron, una gran guerra galáctica significaría la pérdida de muchas vidas más.

—Exactamente —asintió Jude—. Piensa en los miles de millones que fallecieron en las Guerras Clones.

—Y al terminar la guerra ahora, incluso antes de que realmente comience, la Estrella de la Muerte está salvando más vidas de las que arrebató. —Eso era algo difícil de imaginar, era el tipo de cálculo oscuro que Ciena no había esperado nunca necesitar fuera de su clase de Ética de comando. Sin embargo, ahora tenía que enfrentarse a eso y cumplir con su deber.

Si tan sólo el Imperio no hubiera estado obligado a ejecutar una acción tan drástica. Si tan sólo la Alianza Rebelde nunca se hubiera levantado de la mezcla de descontento y arrogancia que impulsaba a sus líderes. Esos terroristas habían apostado a que el Imperio nunca contraatacaría. Ahora, finalmente, habían comprobado lo contrario; pero Ciena se preguntaba si sus líderes alguna vez asumirían la responsabilidad de las terribles medidas que habían sido necesarias para detener esa rebelión, esa guerra, antes de que la galaxia entera se sumergiera en el caos. Lo más probable era que no.

La Rebelión había iniciado eso. Incluso lo había provocado.

Ciena se sentía mejor en ese momento, al tener a alguien a quien culpar.

De pronto sonó un anuncio por los altavoces, y los oficiales alzaron la vista: «Atención: El *Devastador* partirá de la estación al inicio del siguiente turno laboral. Todo el personal deberá estar a bordo y listo para recibir nuevas órdenes».

—Ay, no. —Ciena no quería abandonar a Jude justo en el momento en el que su amiga le estaba ayudando a que su mundo volviera a tener sentido. La última cosa que Nash necesitaba era un nuevo y aún más demandante turno laboral, en lugar de tener un poco más de tiempo para poner en orden sus pensamientos. Y ella ni siquiera había visto a Thane, mucho menos…

—Dudo que el *Devastador* se vaya por mucho tiempo —dijo Jude—. Se dice que Lord Vader pretende quedarse hasta que la crisis actual haya sido resuelta. El *Devastador* es su nave insignia, así que sólo emprenderán un número limitado de misiones sin él.

Claro. Ciena se alegró. Cualquiera que fuera la misión que le esperaba al *Devastador*, no demoraría más de un par de semanas, no sin Darth Vader a bordo.

—Entonces, te veré pronto.

Ambas se dieron un rápido abrazo de despedida antes de que Ciena se apresurara hacia el pasillo. Difícilmente reparó en la actividad que sucedía a su alrededor; la enormidad de la estación no la impresionó. En ese momento su mente ya estaba en el futuro: ayudando a Nash a sobrellevar los días que venían, regresando por Lord Vader y al parecer el *Devastador* visitaría con frecuencia esa estación, así que tendría muchas oportunidades de visitar a Jude. Volvería tan pronto para visitar a Thane que parecería que nunca se había ido.

Thane miraba hacia la pantalla del monitor de comunicaciones esperando a que se iluminara con una respuesta de Ciena. Pero sólo la negrura le devolvía la mirada.

Él sabía que probablemente estaba en el *Devastador* y, seguramente, en servicio. ¿Cómo era posible que alguien pudiera seguir adelante después de haber sido testigo de la masacre de un planeta entero? Pero Thane seguía en posición de firmes con los demás, un hecho que lo impresionaba más con cada minuto que pasaba.

«Matamos a miles de millones de personas. Masacramos miles de millones, y además debemos aplaudir».

Alderaan fue el planeta natal de Nash. Si Thane se sentía asqueado por lo que acababa de ver, ¿cómo se sentía Nash? Su amigo debía estar al borde del colapso. Sin embargo, Thane no le envió un mensaje, pues sabía que el registro de comunicación sería revisado por el oficial de asuntos internos y cualquier llamada de o hacia un alderaaniano sería, en automático, sospechosa. Por su parte, a Thane no le importaba. Él sabía cómo elegir las palabras cuidadosamente para que el receptor escuchara lo que no podía decirse; era una habilidad que la mayoría desarrollaba en la academia. Pero Nash debía estar furioso y, en su profunda pena y su furia, quizá diría algo que pudiera incriminarlo.

No; Thane tendría que contactar a Nash después, cuando fuera más seguro. De cualquier manera, era Ciena con quien debía hablar. Siempre había sido su punto de equilibrio. Si ella estuviera con él, pensó, no se sentiría tan asqueado y enojado. Tal vez sentiría que podía volver a respirar.

La pantalla del comunicador se encendió y Thane se emocionó durante la fracción de segundo que le llevó darse cuenta de que el mensaje no era de Ciena. En lugar de eso, era el comandante de su compañía, ordenándole que se reportara a servicio de inmediato.

—¿Dantooine? —le repitió a uno de sus compañeros oficiales mientras abordaban el transporte de la tropa—. Eso es en medio de la nada. —El lugar era casi igual de desconocido que Jelucan.

—Ese es el punto —dijo el otro oficial mientras subía por la rampa de entrada—. ¿En dónde más podrían encontrarse los rebeldes?

«Más les vale esconderse», pensó. Ahora que la galaxia ya sabía lo que esa estación espacial podía hacer, seguro nadie querría levantarse contra el Imperio de nuevo.

Al menos, Thane tenía un par de minutos antes de que el abordaje se completara para grabar un mensaje, uno que Ciena pudiera escuchar cuando terminara su turno: «Malas noticias… algunos de nosotros fuimos embarcados en una ronda de patrullaje de último minuto. Sólo nos tomará un día o dos, pero no sé cuánto tiempo más el *Devastador* estará acoplado en la… estación».

Las palabras Estrella de la Muerte ahora le eran difíciles de pronunciar… Ahora que la muerte era real.

«De verdad espero poder verte», dijo, esperando transmitirle sus sentimientos y que ella realmente los palpara. «Si no es así, la próxima vez será en Jelucan, lo prometo, así que tú también tienes que prometerlo, ¿de acuerdo? Kyrell, fuera».

Probablemente debió enviarle a Nash un mensaje, pero aún no tenía ni idea de qué decir. Durante el viaje en la sonda de las tropas a Dantooine, Thane seguía preguntándose

qué podía hacer por Nash, pero no podía pensar en nada más útil que sentarse con su amigo frente a una botella de brandy corelliano.

Una vez que llegaron al planeta, los escáneres obtuvieron evidencia de una base rebelde con mucha facilidad. Sin embargo, antes de que Thane pudiera ponerse la armadura de batalla, llegó el mensaje de que la base estaba abandonada. Hicieron un rastreo de inteligencia, pero no había nada más. Parecía que habían hecho un largo viaje para nada.

Pero entonces la sonda de las tropas llegó a la base abandonada en el corazón de Dantooine, una zona desértica y lúgubre, y Thane no se encontró con un hangar destartalado ni con una guarida llena de maleza, propia de algún contrabandista. No, ahí se encontraban los rastros de una organización militar verdadera.

«Sólo en esta área pudieron haber tenido docenas de cazas estelares», pensó mientras escaneaba el amplio recinto. Los datos que aparecían en su pantalla le indicaban que las instalaciones también tenían decenas de puertos de recarga para droides, sofisticada tecnología de comunicación que permitía la transferencia casi instantánea de información a través de la galaxia, y literas para cientos de rebeldes. Y parecía haber al menos una docena de estructuras similares a esa. Además, encontraron evidencia de grandes excavaciones, así que, aparentemente, los rebeldes habían planeado, en algún punto, expandir la base.

No era una simple banda de inconformes. La Alianza Rebelde era un ejército.

Su fuerza de batalla no era ni cercana a la magnitud del poderío del Imperio, pero Thane había tomado las clases de estrategia necesarias en la academia como para saber que un enemigo no necesita ser tu igual: siempre y cuando sus fuerzas alcancen cierto nivel de masa crítica, tienen el poder de causar verdadero daño. Y a él le parecía que la Rebelión estaba cerca de eso.

Los pensamientos que normalmente le pasaban por la cabeza cuando reflexionaba acerca de los rebeldes eran así: «Son terroristas, son matones. El Imperio tiene sus defectos, pero también la República a la que estos tipos veneran. No puedes confiar ciegamente en el poder. No importa quién esté en el poder».

Él pensaba que estaba siendo tan sofisticado y sensato. Ahora, aun con las llamaradas provenientes de la destrucción de Alderaan irradiando en su mente, Thane sabía lo superficial que había sido ese razonamiento. El terrorismo nunca podía ser la respuesta, pero a partir de ese día, el Imperio era tan culpable de actos terroristas como la Alianza Rebelde, si no era que más.

Su servicio militar, posterior a la graduación, duraba cinco años. Después de eso, técnicamente, Thane podía presentar su renuncia y trabajar en lo que quisiera; pero la gran mayoría de los oficiales imperiales continuaban en servicio hasta que llegaban a la edad en la que por reglamento debían retirarse, o bien, se morían, lo que pasara primero. Thane siempre pensó en permanecer en la milicia, pero en ese momento no podía portar ese uniforme ni cinco minutos más.

¿Cuántas veces había dicho que permanecería en la flota imperial sólo para poder pilotar las mejores naves de la galaxia? Esas palabras sonaban tan inmaduras. E incluso infantiles.

«En realidad no quieres abandonarlo todo», se dijo Thane mientras seguía haciendo lecturas del lugar con una expresión cuidadosamente imperturbable. «Lo que viste hoy comprueba que estamos al borde de la guerra galáctica. Ellos te necesitan».

Pero cuando se decía «ellos», no pensaba en que el Emperador o sus almirantes lo necesitaran; se imaginó protegiendo a sus compañeros de tropa, aquellos que lo rodeaban, a quienes había comenzado a considerar sus amigos. Y a Nash.

Y a Ciena.

Aunque el *Devastador* había dejado atrás la Estrella de la Muerte, a la tripulación del Destructor Estelar se le había indicado permanecer conectada a las fuentes de información de la estación. Las pantallas de visualización designadas se encontraban ligeramente a la izquierda de la estación de Ciena, así que con el rabillo del ojo podía ver la ardiente superficie de Yavin, un inmenso gigante de gas color rojo. Otras pantallas mostraban una de las lunas del planeta, Yavin 4, aparentemente la ubicación real de la base rebelde.

«Así que enviaron a Thane a la base de Dantooine bajo información equivocada. No sirvió para nada». Ella ansiaba platicar con él acerca de los terribles acontecimientos de los días pasados. Hablar con Jude le había ayudado a Ciena a calmarse, pero aún seguía sin poder conciliar el sueño. En su mente veía una y otra vez la explosión de Alderaan.

Y ahora estaba a punto de presenciar la muerte de un segundo planeta.

«Pero este es un objetivo militar», se dijo para tranquilizarse. «Ningún civil será lastimado».

Esa explicación adquiriría sentido en algún momento. En ese, el estómago le dolía al pensar en la destrucción de otro planeta. Era demasiado pronto, después de lo que había pasado en Alderaan; tenía los nervios de punta.

Los rebeldes se dieron cuenta de que estaban condenados e intentaron pelear, pero de la manera más absurda posible.

—Increíble —murmuró un comandante que se encontraba de pie cerca de su estación de trabajo—. ¿Los rebeldes enviaron a un puñado de cazas estelares para atacar a la Estrella de la Muerte? Ese pequeño levantamiento debe estar en las últimas, si ese es todo el poder que pudieron reunir.

«Esta inhabitado», se recordó a sí misma. «Las únicas personas que están ahí son miembros de la Rebelión, los únicos que están intentando desencadenar una guerra. Escogieron su camino por voluntad propia. Eso es lo que la guerra significa».

Sin embargo, pensó en los animales que vivían ahí, pequeñas criaturas inocentes, también pensó en los árboles…

Un monitor mostró a los cazas estelares X-wing avanzando por una zanja y siendo perseguidos por cazas TIE. Ella se preguntó por qué habían enviado a los TIE para contrarrestar un ataque que daba lástima. Pero, por otra parte, cualquier mínimo daño a la estación tendría que ser reparado. Las naves pasaron zumbando a tal velocidad que el tiroteo se perdió de vista al cabo de un instante. Tal vez otra cámara podría visualizarlo.

En lugar de eso, un momento después, Ciena vio a un X-wing y a un carguero viejo y destartalado que iban de regreso a Yavin 4 a la máxima velocidad subluz. Ciena lo reportó:

—Señor, las naves rebeldes se están alejando de la Estrella de la Muerte.

—Rastréalas —dijo su comandante—. Debemos entregarle a Grand Moff Tarkin un reporte lo más completo posible.

Ella siguió registrando todos los paquetes de información que llegaron de la Estrella de la Muerte, ya fueran importantes o incidentales. El puente auxiliar siguió con su intensa actividad, pero las voces dejaron de escucharse y las tareas se ralentizaron. Ciena sabía que todos estaban esperando el momento en el que Yavin 4 explotara.

Ciena sentía cómo una sensación de náusea aparecía en su interior. Intentó prepararse para el repentino destello de luz, cuando, en lugar de eso, todas las pantallas conectadas a la Estrella de la Muerte se pusieron en negro.

Instantáneamente. Simultáneamente. Ciena se dio cuenta de que el flujo de datos de la estación también se había detenido.

—¿Los circuitos fallaron? —dijo alguien, revisando esos monitores. Él creyó que era un problema de los monitores. Ella presentía algo más.

—La Estrella de la Muerte ha sido silenciada, señor —reportó—. No hay información entrante.

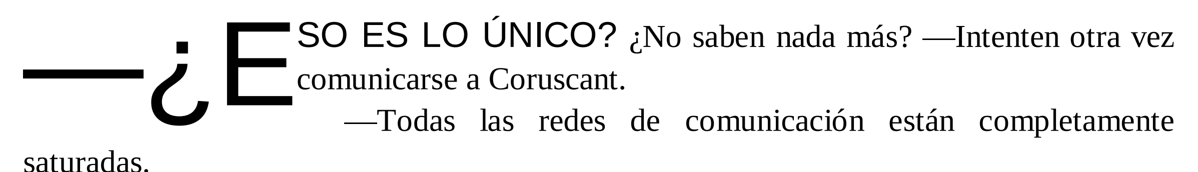
El rostro del comandante adquirió una extraña expresión, confundida y enojada al mismo tiempo.

—Eso es imposible, teniente. Los rebeldes deben de haber creado alguna forma de interferencia, o tal vez esos cazas fueron enviados para derribar el área de comunicaciones de la estación.

Los cazas estelares X-wing no podían hacerle eso a una estación espacial del tamaño de la Estrella de la Muerte. ¿O sí?

Pero la única alternativa era… impensable.

CAPÍTULO DIEZ



SO ES LO ÚNICO? ¿No saben nada más? —Intenten otra vez comunicarse a Coruscant.

—Todas las redes de comunicación están completamente saturadas.

Las voces se escuchaban en toda la base rebelde de Dantooine, que por el momento se había convertido en una estación imperial provisional. Había grupos de oficiales amontonados por todas partes, algunos aún con la armadura de aterrizaje, pero la mayoría de ellos ya sólo llevaban algunas partes de esta. Aunque el comandante de la tropa seguía a cargo, durante varias horas no se le había dado ninguna orden a nadie más que a los oficiales de comunicaciones. No les quedaba nada más por hacer, aparte de esperar y preocuparse.

Thane daba vueltas a lo largo del recinto, que parecía haber sido abierto en roca sólida, lo que lo hacía sentir como si estuvieran amontonados en una cueva. Los fragmentos de información que había reunido hasta ese momento eran contradictorios, confusos y no presagiaban nada bueno. Algunos decían que la Estrella de la Muerte había sido destruida, otros que estaba dañada y no era posible establecer comunicación con ella, y otros aseguraban que las noticias debían ser falsas, un engaño para provocar que los rebeldes salieran de su escondite para que pudieran ser eficazmente masacrados.

La mayoría de los soldados que estaban en el lugar creían en la última teoría, lo que había provocado que muchos maldijeran y alardearan de cómo, cuando ellos estuvieran a cargo, nunca iniciarían una acción como esa sin informar apropiadamente y preparar toda la cadena de mando. Algunos cuantos protestaron, insistiendo que podía haber espías en cualquier lado. Si incluso un miembro tan ilustre del Senado Imperial, como la princesa Leia Organa, se había convertido en una traidora, cualquiera podría hacerlo. Así que esa gran táctica de distracción debía permanecer en secreto hasta el último momento.

Sin embargo, no todos estaban convencidos. Thane había intercambiado miradas con algunos otros que permanecían tensos y en silencio.

«La Estrella de la Muerte no pudo haberse perdido. Se necesitarían muchos Destructores Estelares y cruceros de ataque para generar un impacto real en una estación de ese tamaño. Claramente, la Alianza Rebelde es más poderosa de lo que nos dicen nuestros oficiales superiores, pero si tuvieran una flota de ese tamaño, no habrían esperado a actuar hasta ahora». Esa parte de su análisis le parecía a Thane tan sólida como una roca; sin embargo, lo demás era menos certero. «Si la Estrella de la Muerte fue dañada, ¿qué tanto habrá sido el daño? Es del tamaño de una luna, así que, ¿cómo es posible que todos los sistemas de comunicación hayan sido afectados? ¿Y por qué las naves que estaban estacionadas ahí tampoco responden?».

Si los rebeldes habían atacado a la Estrella de la Muerte con una flota capaz de causar un daño verdadero, las grandes naves del Imperio habrían sido lanzadas. Habrían comenzado la batalla.

Thane se recargó contra la pared de piedra dura y tallada de la base rebelde, con una cantimplora con leche nutritiva en una mano. Pensó en el *Devastador* y en todo su majestuosidad y poderío, y se imaginó los cañones láser disparándole a la flota rebelde que quedaría hecha añicos. Se lo imaginó una y otra vez: los fragmentos de metal, los escombros dando vueltas, las breves palpitaciones de las llamaradas antes de extinguirse en el vacío del espacio.

Si se imaginaba al *Devastador* ganando, no tendría que imaginarse lo que le habría pasado a la nave durante la batalla, a Nash Windrider ni a Ciena.

Después de unas cuantas horas en su puesto, los oídos de Ciena le zumbaban como secuela de los chillidos de las transmisiones mal filtradas. Su mente estaba inmersa en la infinita cantidad de información que debía procesar lo más rápido posible. Por el momento debía entregarle a su nave y a su Imperio todo lo que tenía.

Los oficiales de alto rango del *Devastador* estaban en conferencia durante lo que habían parecido horas. Si ellos conocían la razón detrás del repentino y espeluznante silencio de la Estrella de la Muerte, aún no la habían compartido con la tripulación.

Durante ese momento, Ciena sólo podía seguir revisando los infinitos paquetes de información enviados por la Estrella de la Muerte antes de que se silenciara. Muchos de estos no tenían información útil, pero hasta que no tuvieran una explicación completa, no podía desechar nada.

Cuando reconoció el número de identificación de Jude en un paquete, lo abrió de inmediato. No le importaba si era importante o no; Ciena necesitaba saber lo que Jude estaba haciendo antes de que la Estrella de la Muerte resultara dañada o infiltrada o lo que fuera que le hubiera pasado.

Pero la información de Jude sí era importante. Ciena leyó el reporte que Jude Edivon le había entregado a su oficial superior y a todos los comandantes locales, en el cual explicaba que el análisis había demostrado que el ataque rebelde con los pequeños cazas estelares sí representaba una amenaza para la Estrella de la Muerte. Ella había encontrado un defecto donde nadie más había sospechado, algo que tenía que ver con un tubo de escape térmico, y había presentido la debilidad donde todos los demás habían visto invulnerabilidad.

«Si bien la posibilidad de un ataque directo es remota», había escrito Jude. «Las consecuencias serían altamente destructivas para la estación, incluso fatales».

Si alguien había enviado una respuesta a la advertencia de Jude, Ciena aún no la encontraba.

¿Fatal para la estación? ¿Para la Estrella de la Muerte? No. Seguramente Jude quiso decir que algunos oficiales podrían morir como resultado de una pequeña explosión. Eso tenía mucho más sentido que la idea de que un caza estelar X-wing pudiera destruir algo del tamaño de una luna. A pesar de eso, la oscuridad y el silencio reinaban. Un momento

después de que Ciena envió esa información al comandante, recibió un mensaje para reportarse en la bahía de acoplamiento cuarenta y siete. Nash le dirigió una mirada mientras salía de ahí, claramente con la misma curiosidad que ella sentía acerca de lo que podría estar pasando. Ella esperaba poder contarle pronto.

En lugar de eso, se enteró de que se le había asignado una nueva misión.

Un comandante con rostro inexpresivo se dirigió a ella y a otro piloto:

—Teniente Ree, teniente Sai, pilotarán un carguero Gonzati hacia el sistema de Yavin para encontrarse con Lord Vader y traerlo de vuelta al *Devastador*.

En ese momento, Ciena sintió como si unas pesadas cintas de metal la hubieran estado asfixiando y justo acabaran de aflojarse. Hizo su mejor esfuerzo para no suspirar demasiado fuerte. «Darth Vader está vivo. Fue capaz de comunicarse con nuestra nave. Así que nada de lo que le haya pasado a la Estrella de la Muerte debe de haber sido fatal». Aunque todavía no se sentía capaz de determinar lo que quería decir con la palabra «fatal». El comandante prosiguió:

—No le podrán revelar su misión a nadie, ni durante el viaje ni después. Las comunicaciones se mantendrán en silencio a menos que Lord Vader ordene lo contrario o si… el encuentro no se llevara a cabo según lo planeado.

«¿Qué se suponía que debía significar eso?». Ciena miró de reojo a su compañera piloto, cuya expresión también parecía haber sido tallada en piedra.

Una vez que estuvieron a solas en la cabina de mando del carguero, la teniente Sai resultó ser todo menos estoica.

—¿Qué se supone que debemos hacer? —dijo en cuanto la nave había sido lanzada al hiperespacio—. ¿Dirigirnos en completo silencio hacia la Estrella de la Muerte sin preguntar nada? ¿Ni siquiera para pedir permiso de acoplarnos?

—Todo tendrá más sentido cuando lleguemos —dijo Ciena.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque no podría tener menos sentido del que tiene en este momento.

Eso le arrancó una carcajada a su compañera.

—Cierto. A propósito, me llamo Berisse.

—Ciena.

Berisse se había graduado de la academia de Lothal hacía un año. Su brillante sonrisa relucía en su piel bronceada. Era tan robusta como las reglas lo permitían, con cabello oscuro y radiante que trenzaba aún más apretado que Ciena. Cuando supo que Ciena había estado en el *Devastador* sólo desde hacía unas semanas, le prometió que se lo enseñaría por completo, y también demostró un poco de empatía hacia Nash.

—Eso debe ser difícil —dijo—. Imagínate descubrir que todo tu planeta se convirtió en traidor del Imperio.

«Eso no debe ser tan difícil como verlo completamente destruido», estuvo a punto de decir Ciena, pero justo en ese momento los sensores comenzaron a sonar.

—Yavin —dijo, acomodándose en los controles—. Abandonando el hiperespacio.

—Abandonando el hiperespacio —confirmó Berisse, quien otra vez tenía la actitud de un oficial.

El terror que Ciena había mantenido a raya platicando con Berisse regresó más fuerte que nunca. Se dijo a sí misma que al menos ahora sabría qué tan mal estaba la situación. Ya no tendría que preocuparse por Jude. Nada era peor que no saber nada.

El carguero abandonó la hipervelocidad y parecía estarse yendo al infierno.

Berisse gritó. Ciena no podía ni siquiera respirar. Estaban en las afueras de una amplia zona de escombros, algunos pedazos de metal retorcido flotaban hacia todas direcciones. Algunas piezas eran enormes, del tamaño de un crucero pequeño, pero otros fragmentos eran aún más pequeños que una cabeza humana. Las astillas se adherían a las ventanas del carguero y opacaban la vista, haciendo patrones con forma de escarcha o de grietas.

—No puedo creerlo —dijo Berisse, y su voz temblaba—. Desapareció. Desapareció por completo. La Estrella de la Muerte había sido destruida. La advertencia de Jude hacía eco en la cabeza de Ciena. «Fatal». Ahora sabía que Jude estaba muerta.

Algunos otros compañeros de clase habían sido enviados a la Estrella de la Muerte; al menos una docena de personas que conocía habían muerto ese día. Cientos y cientos de soldados, la mayoría de ellos ni siquiera se encontraban en las estaciones de batalla, algunos habrían estado durmiendo, comiendo, tomando algo en una de las cantinas, sin saber que ese era su último momento. Pero Jude conocía el peligro. ¿Habría estado asustada? En sus últimos y terribles momentos, ¿Jude habría sabido que era el final? La idea hizo que la garganta se le cerrara y sus ojos se llenaran de lágrimas.

—La señal de Lord Vader. —Berisse la sacó de su ensimismamiento para regresar a trabajar—. Vamos.

Atontada, Ciena condujo el carguero alrededor del borde de la zona de escombros. Ella quería llorar; quería gritar. Los comandantes debían de haber sabido lo que había sucedido. ¿Por qué no le habían dicho nada a la flota? ¿A la galaxia entera? Tal vez ellos creían, al igual que ella, que todo lo que estaba sucediendo era imposible. Ciena finalmente reconoció que su misión no sólo consistía en rescatar a Darth Vader, sino también confirmar que lo peor había sucedido. La habían enviado para ser testigo de otra masacre.

El dolor que sentía por la muerte de Jude inundó su mente de tal modo que no podía sentir nada. Ciena actuó en automático hasta que se acercaron al dañado caza TIE de Lord Vader, agradeciendo su entrenamiento, que la había enseñado a actuar aun cuando su vida se le estuviera cayendo a pedazos.

La nave de Vader lentamente tomó forma en la oscuridad. Primero notó una extraña rotación de algunas piezas de escombros que parecían ser empujadas por rayos repulsores. Después identificó la forma de un caza TIE con las alas dobladas. Vader estaba volando por encima de la interminable zona de escombros.

—Iniciando la secuencia de descompresión —dijo Ciena. Sentía alivio de que Berisse no la conociera muy bien, así no notaría cómo su voz se había vuelto tensa y poco natural—. Tres… Dos… Uno.

Berisse presionó los controles para liberar uno de cuatro puertos umbilicales de acoplamiento de la parte inferior de la nave. Cuidadosamente extendieron el tubo en la parte superior de la cabina de mando esférica del caza TIE.

—¿Ya conoces a Lord Vader en persona? —dijo Berisse en voz baja.

—Mmm… no —Ciena difícilmente podía concentrarse en hablar.

—Voy a dejar que vayas para allá y lo saludes.

Por lo general, los oficiales imperiales se esforzaban por ser los primeros en hablarle a alguien de mayor rango, pues eran oportunidades de sobresalir del resto de los demás. Pero en ese momento a Ciena le importaba menos que nunca algún tipo de ascenso. Y, además, tenía la impresión de que Berisse no le estaba haciendo ningún tipo de favor.

«Dicen que es un gran hombre», se recordó a sí misma, mientras permanecía en la esclusa de aire esperando la autorización para entrar a la bahía. «Que tiene la aprobación del Emperador. Y dicen que puede manipular la Fuerza a voluntad». Aunque Ciena creía en la Fuerza, dudaba que alguien pudiera controlarla por completo. Se preguntaba si le demostrarían lo contrario.

Ciena necesitaba un oficial superior al cual respetar. Alguien que pudiera hacerse cargo, alguien en quien depositar su confianza. Caminó por el pasillo de la esclusa de aire mientras la puerta de compresión emitía un silbido al abrirse. Un poco más tranquila dio un paso hacia delante…

… Después se detuvo cuando miró a Vader por primera vez.

Una negra armadura lo cubría por completo. No era el uniforme de piloto de caza TIE; en lugar de eso, Ciena reconoció un equipo de mantenimiento de vida, el más completo que había visto o imaginado jamás. Ningún rastro de la piel o el rostro humano de Vader era visible detrás de su resplandeciente coraza. Y una capa negra lo envolvía desde los hombros hasta el suelo. Mientras él caminaba hacia ella se dio cuenta de lo alto que era, más alto que cualquier otro humano que hubiera conocido. En el estrecho pasillo, su estatura era aún más intimidante. Pero lo peor de todo era el sonido de su respiración. El áspero carraspeo de su sistema de respiración hacía eco, pareciendo llenar todo el espacio.

«¿Qué es?», se preguntó Ciena. Su fragmentada mente se rehusaba a aceptar que Lord Vader era humano. Parecía más una pesadilla, o una de las criaturas de las historias de terror que su madre contaba alrededor de las fogatas en las que se reunían las familias del valle. La maldad parecía irradiar de él, absorbiendo todo el espacio disponible hasta dejarlo sin aire. El cuello del uniforme de Ciena de pronto se sintió demasiado apretado.

Hacía unos cuantos minutos había decidido saludar a su oficial superior con dignidad. Ahora lo único que deseaba era no desmayarse. En cuanto Darth Vader se alejó de la puerta de la esclusa de aire, Ciena escuchó su profunda voz metálica por primera vez.

—¿Estás aquí por órdenes del Emperador?

—Recibimos las órdenes del personal de comando del *Devastador*, señor —respondió Ciena. Tenía que luchar contra el instinto de querer alejarse de Vader—. No tengo información relacionada con su contacto con el Emperador.

Vader pareció procesar dichas palabras en lo que pareció un largo lapso. El nerviosismo de Ciena creció hasta que él ordenó:

—Tú y tu compañera piloto permanecerán en la bodega el resto del viaje. Yo me haré cargo de pilotar este carguero hasta que regresemos al *Devastador*.

—Sí, señor.

A ella no le molestaba ser llevada de regreso al Destructor Estelar como un cargamento más. Ciena se sentía agradecida de poder sentarse en el suelo y tranquilizarse, colocar la cabeza encima de sus rodillas y respirar profundamente. Al menos en ese momento no tenía que fingir. Ni siquiera pensar. Incluso intentó olvidar que había visto a Darth Vader, y casi lo logró. Su mente estaba revuelta y no podía recordar nada más que la devastación que había presenciado, y el dolor que sentía por la pérdida de Jude.

Cientos de recuerdos de su amiga brillaron en la memoria de Ciena como velas: todas aquellas veces que rieron y platicaron en sus literas hasta muy noche; cómo Jude había sido la primera en defender a Ciena cuando fue acusada de sabotear el cañón láser de Thane, y cómo la reconfortó después de la discusión que tuvieron; incluso recordó lo inesperadamente glamurosa que se había visto en el baile. Una de las mejores amigas que había tenido, o que tendría, acababa de ser aniquilada. Había sido reducida a átomos.

Berisse parecía arrepentida cuando se unió a Ciena.

—Puede ser un poco abrumador conocer a Lord Vader por primera vez.

—Sí —dijo Ciena débilmente.

—Yo no me sentía capaz de hacerlo. Lo que no quiere decir que pudiera ser más fácil para ti. Lo siento. —Berisse se recargó contra la pared como un títere que acababa de ser liberado de sus hilos—. Sólo sé que usa un equipo de mantenimiento, y es estúpido sentir miedo de alguien que tiene necesidades diferentes, ¿cierto? Pero ese respirador…

—Podría estar monitoreándonos en este momento —señaló Ciena, y Berisse se quedó callada.

Cuando estuvieron de regreso en el *Devastador*, Ciena se sentía aliviada de finalmente haber terminado su servicio por ese día. Se dirigió hacia la cubierta donde se encontraban los cuarteles de la tripulación. Se refrescó un poco y pasó unos cuantos minutos llorando por Jude con el rostro oculto en una toalla. Después recobró la compostura y caminó de regreso hacia su litera, y sólo se detuvo al ver a otro oficial menor en el pasillo que llevaba hacia el puente auxiliar.

—¿Nash?

Nash Windrider asintió. Todavía caminaba con mucha lentitud, casi como un sonámbulo, pero su uniforme estaba perfectamente arreglado, según el reglamento, y en su voz había calma.

—Se requirió a toda la tripulación.

—¿Estás seguro de estar listo?

—Tengo que estarlo —dijo.

Ciena puso una mano sobre su hombro.

—¿Estás seguro? Has pasado por demasiadas cosas. —Qué absurdo. Su planeta había sido destruido con la esperanza de que eso finalizaría la guerra, y esas esperanzas habían sido inútiles. Nash debía estar profundamente devastado.

Su voz casi se convirtió en un susurro, cuando dijo:

—El Imperio es lo único que me queda. Necesito servir de algo. Quiero prestar mis servicios.

Ciena aún se preguntaba si Nash podía soportarlo, pero decidió dejar de confrontarlo. Se merecía la oportunidad de intentarlo.

—Muy bien. Te acompaño.

Nash asintió, su silencio era un recordatorio implícito de que seguía en un abismo emocional. De pronto, Ciena se dio cuenta de que se había cortado el cabello; las largas trenzas que le llegaban hasta la nuca y que había llevado durante todo su tiempo en la academia habían desaparecido por completo. Tal vez las trenzas tenían cierto significado en Alderaan, o tal vez el cambio era simbólico para Nash, algo que había hecho como una especie de despedida. De cualquier manera, Ciena supo que no era el momento adecuado para preguntar.

Los pasillos del *Devastador* se encontraban inquietantemente silenciosos; sólo unos cuantos droides mensajeros y varios guardias caminaban por el piso de malla metálica. Sin el usual ajetreo de las actividades diarias, los pocos sonidos que quedaban parecían amplificarse generando un extraño efecto: el eco de sus pasos, incluso el ligero silbido del sistema de ventilación de la nave. A pesar de su sufrimiento y furia, Ciena se dio cuenta de que muy en el fondo sentía una pequeña sensación de alivio.

«La Estrella de la Muerte nunca destruirá otro planeta».

Siempre lamentaría la pérdida de Jude y de aquellos otros que habían muerto a bordo de la Estrella de la Muerte, y siempre reconocería esa explosión como el acto de terrorismo que fue. Y aunque Ciena sentía cierto alivio al pensar que ningún planeta sufriría el destino de Alderaan, su destrucción había sido el último intento desesperado de ponerle fin a una sangrienta guerra antes de que esta comenzara; y ese esfuerzo había sido en vano. La guerra se aproximaba. La devastación que venía sería terrible, sin duda; Ciena sabía que durante mucho tiempo vería constantes combates y preparativos para la guerra, tendría que matar y arriesgarse a ser matada.

Pero eso era la guerra. Los combatientes serían soldados entrenados para combatir. Eso es algo que Ciena podía aceptar.

Un momento antes de que llegaran al puente auxiliar, Nash habló:

—¿Ciena?

—¿Necesitas tomarte este turno? —A pesar de lo exhausta que estaba, Ciena pensó en ofrecerse a trabajar las siguientes horas en el turno de Nash, si con eso lo ayudaba.

—No. Sólo que… antes de abandonar mi camarote, pensaba en Thane. Quería hablar con él. Así que busqué información acerca de la nave que se dirigía a Dantooine. —Nash titubeó antes de terminar—. Recibieron órdenes de regresar a la Estrella de la Muerte.

La sangre de sus venas se congeló. Ciena se quedó paralizada en el pasillo, incapaz de dar un paso más. Tragó saliva con dificultad.

—¿Y Thane?

—Él debió de haber ido a bordo. ¿Sabes si la nave se acopló antes de la explosión?

—No.

Durante todo ese tiempo, Ciena había seguido adelante bajo la promesa de que podría hablar muy pronto con Thane acerca de todo lo que había pasado… Recordándose que al menos su mejor amigo en la galaxia había escapado.

¿Pero qué tal si no lo había logrado? ¿Qué pasaría si Thane también hubiera sido asesinado?

Alrededor de una semana después, la más larga y agonizante de su vida, la nave de Thane recibió nuevas órdenes definitivas. Su nave, un pequeño carguero, no había sido provisto de suficientes víveres, así que tenían que recolectar más de la ciudad más cercana. Y aunque la nave contaba con literas, estas estaban hechas más para atender a los heridos que para dormir. En lugar de descansar en esas literas, Thane y algunos otros habían decidido utilizar aquellas que los rebeldes habían dejado.

Qué extraño era descansar en la cama del enemigo, contemplar el lugar en el que alguien había hecho en la pared un burdo dibujo de un caza estelar X-wing… Y pensar que una nave como esa había sido el arma que destruyó la Estrella de la Muerte… y tal vez a Ciena con ella.

Así que Thane debió sentirse aliviado de estar de regreso en su propia nave, completamente armado y con su bláster a su lado. «No hay nada peor que la incertidumbre», se dijo a sí mismo. Una vez que se reencontraran con la flota imperial por fin sabría lo que había pasado con todos sus amigos.

Pero cuando intentó imaginar qué haría si le dijeran que Ciena había muerto, su mente se puso en blanco. Parecía que su cerebro se rehusaba a mostrarle cualquier cosa que pudiera suceder de ahí en adelante.

—Kyrell —dijo el comandante, mientras se preparaban para entrar a la hipervelocidad—. ¿No enviaste algún mensaje a tus familiares confirmando tu supervivencia? Yo sí lo hice, pero no obtuvimos respuesta alguna.

—Ni la tendrá —dijo Thane sin demostrar emoción alguna. Si bien no pensaba que su familia prefería verlo muerto, aunque tal vez a Dalven no le habría molestado, dar una respuesta no estaba entre sus prioridades.

«¿Qué les habré hecho, más allá de haber nacido?», pensó por enésima vez.

Sin embargo, pensar en eso lo hizo querer platicar con Ciena, la única persona que realmente entendía lo terrible que era su familia. El hueco en el estómago que se le hacía por el miedo se hizo más grande, y apenas y pudo decir palabra en el camino para reencontrarse con la flota.

Cuando su nave abandonó la hipervelocidad, se escucharon murmullos y uno que otro silbido de sorpresa. Afuera volaba la mayor cantidad de naves que Thane había visto en un mismo lugar, incluso más que en Coruscant. Algunos cazas TIE parecían enjambres de mosquitos acercándose a la superficie de las naves más grandes. Una infinidad de naves, grandes y pequeñas, habían sido alineadas en estrictas formaciones alrededor de una docena de Destructores Estelares que obviamente integraban el nuevo núcleo de la flota imperial.

¿El *Devastador* era uno de esos? Desde el exterior, las naves eran tan semejantes como lo son las rebanadas de un mismo pastel.

Ya desde que su nave empezó a elevarse hacia la bahía principal de acoplamiento, su comandante comenzó a gritar las nuevas órdenes:

—N-O-Siete-Uno-Ocho, repórtese de inmediato al Destructor Estelar *Eliminador*, con el capitán de corbeta Cherik. N-Y-Uno-Uno-Dos, mismas órdenes. A-V-Cinco-Cuatro-Siete…

Thane alzó la cabeza.

—Ha sido transferido a la nave de tropas *Watchtower* para transporte y despliegue en Kerev Doi.

¿Lo habían enviado a un planeta en el que sólo había minería de especias? La orden le pareció absurda a Thane hasta que logró unir los puntos. En cualquier lugar donde las especias eran un producto comercial, las finanzas eran un tema turbio. Si alguien quería esconder dinero, grandes cantidades, el tipo de capital que podía mantener a un ejército completo de rebeldes, Kerev Doi era uno de los pocos lugares en la galaxia al que debía acudir. Habían sido enviados para revisar bien el lugar, y así, tal vez, acabar con la Rebelión desde la raíz. Eso tenía sentido. Sin embargo, seguía viendo a Kerev Doi con otros ojos. Los planetas de especias eran demasiado concurridos por cientos de naves, tanto legítimas como criminales. Incluso las naves legítimas no mantenían un registro muy cuidadoso de los viajes que se hacían ahí. La mayoría de los libros de cuentos o de los hologramas que tenían como tema principal escapar de casa tenían lugar en planetas de especias y casi siempre estaban acompañados por coloridas imágenes de naves exóticas y comerciantes que ayudaban a cualquiera a escapar de la vida que habían conocido anteriormente.

Kerev Doi era el lugar perfecto donde podría desaparecer sin dejar rastro.

Thane se dio cuenta de lo que estaba pensando. No es que estuviera planeando abandonar la flota imperial, al menos no en ese momento. No hasta que supiera qué había pasado con Ciena, Nash y los demás, o tal vez nunca la abandonaría. Pero tal vez sólo estaba… evaluando la idea. Acostumbrándose a esta.

Si Ciena había muerto, ¿qué más le quedaba ahí? Nada.

—¿Señor? —le dijo a su comandante, quien se mostró irritado por la interrupción—. ¿Qué Destructor Estelar es este?

—¿Acaso importa, teniente Kyrell?

—Para mí sí, señor.

A su comandante no le agradaba ningún dejo de independencia.

—Estás en el *Devastador*, pero si no te presentas en el *Watchtower* en una hora, considérate fuera de la flota.

«El *Devastador*». Thane respiró aliviado. «*Okey*, lo más probable es que Ciena esté bien. Estuvo sana y salva en su nave durante todo este tiempo. A menos que se haya quedado en la Estrella de la Muerte por alguna misión específica, o que haya estado con Jude y el *Devastador* se haya ido demasiado rápido como para alcanzarlo».

Thane desembarcó con sólo un comunicador de muñeca que le indicaría dónde encontrar el embarcadero de acoplamiento del *Watchtower*. Por lo que parecía, no tenía mucho tiempo, pero al menos el suficiente para detenerse en un panel de comunicación. Incluso si el sistema sólo le informaba que Ciena estaba en servicio, al menos sería la prueba necesaria para saber que estaba viva. ¿Cómo se suponía que debía embarcarse en otra nave e irse muy lejos del *Devastador* sin siquiera saber algo de ella?

—¡Thane!

Volteó y se encontró con Ciena a la mitad del camino de una abarrotada bahía, y parecía que la capa dura que se había formado alrededor de él en ese momento se rompía, desmoronándose en pedazos. Olvidó todo aquello que pensó acerca de Kerev Doi: acerca de escapar. Era imposible pensar en cualquier otra cosa que no fuera en ella ahí, viva.

—¡Ciena!

De pronto, todo lo que le importó fue apresurarse entre la multitud, empujando con los hombros tanto a soldados imperiales como a oficiales superiores, sólo para acercarse a Ciena.

Ciena lanzó sus brazos alrededor del cuello de Thane, y él la abrazó con tanta fuerza que apenas la dejaba respirar, pero no le importaba, no en ese momento.

—Estás vivo —dijo, con voz entrecortada—. Estás vivo. No sabíamos si tu nave había regresado a la Estrella de la Muerte…

—Y yo no sabía si el *Devastador* había logrado salir de ahí, y nadie sabe qué demonios está sucediendo…

—Es horrible.

—¿Acaso tú…?

Ambos dejaron de hablar, de interrumpirse uno al otro, y sólo se rieron llenos de alegría. Ciena miró a Thane y miró al hombre en el que se había convertido, aquel que apenas empezaba a conocer y, sin embargo, que formaba parte de ella tanto como sus huesos o su sangre.

—Debo reportarme en el *Watchtower* dentro de una hora —dijo Thane—. ¿Estás libre?

Ciena estuvo a punto de soltar un gruñido. Ya se le había hecho tarde para reportarse en su siguiente turno, pero después, a un lado, vio a Berisse haciéndole señas; claramente le decía: «¡Quédate! ¡Yo te cubro!». Ciena volteó hacia Thane:

—Tengo unos cuantos minutos.

Lograron abrirse paso a través de la concurrida bahía de acoplamiento y se dirigieron hacia uno de los pasillos de los costados que llevaba hacia un área recreativa, que obviamente estaba vacía. Aunque el barullo de las actividades estaba a sólo unos metros, ahí podían estar casi a solas.

—¿Estás bien? —Thane le acomodó un rizo suelto que tenía sobre la mejilla y tomó su rostro.

Ciena sabía que no se refería a las heridas de la batalla.

—Nash Windrider está a salvo. Está destrozado por lo de Alderaan… —Hasta mencionar el nombre del planeta era difícil. Thane se estremeció cuando lo escuchó—. Sin embargo, está en servicio. Pero… Jude murió en la Estrella de la Muerte.

—Lo siento. —Thane acomodó la espalda de Ciena entre sus brazos y ella recargó la cabeza sobre su pecho.

Nunca antes se habían tocado de esa manera, y Thane estaba tan consciente de eso como ella. Sin embargo, abrazarlo y sentirse protegida por él se sentía tan natural. Tan bien.

—De verdad pensé que te había perdido —susurró—. Todo lo demás puedo sobrellevarlo, porque tengo que hacerlo, pero cuando pensé que pudiste haber sido asesinado, supe que no podría soportarlo. Nunca.

Ciena esperaba que él dijera algo como: «Claro que hubieras podido; eres muy fuerte». O, tal vez: «No te preocupes por mí». Pero en lugar de eso, la envolvió entre sus brazos con más fuerza.

—Toda esta semana me pregunté si estabas viva o muerta. El Imperio está de cabeza, e iremos a la guerra, y nada de eso, en ese momento, me importó. Sólo podía pensar en ti.

Ciena se paró de puntitas para abrazarlo con más fuerza. Los dedos de Thane recorrieron sus mejillas, mientras acariciaba su frente con los labios, después levantó el rostro de Ciena hacia el suyo, pero fue ella quien hizo que sus labios se juntaran para darse ese primer beso.

«Ay», pensó mientras sus labios se abrían cada vez más. «No tengo que decidir si es mi amigo o alguien a quien amo. Él es ambas cosas. Thane siempre ha sido ambas, desde el inicio».

No se trataba del principio de algo; ese era un hallazgo, un reconocimiento, de aquello que había entre ellos desde hacía mucho tiempo atrás.

Cuando se alejaron, Thane respiró profundo.

—Eso fue… muy…

—Sí. —Después ambos se rieron, ahora con mucha más discreción, y él besó la frente de ella una vez más.

Ciena deslizó sus brazos por los hombros de Thane, para tomar sus manos. La sonrisa torcida de Thane hizo que se derritiera por dentro. ¿Por qué eso no había pasado en un momento en el que realmente pudieran estar solos?

Pero unos cuantos minutos robados en una ruidosa bahía de acoplamiento eran lo único que tenían, y ella no pretendía desperdiciarlos.

—Escúchame —dijo Ciena—: por más que las cosas estén tan locas como están, estaremos juntos de nuevo. No sé cuándo ni dónde, pero sucederá.

—Así será —respondió Thane, alegrándose—; sin importar lo que pase, te encontraré.

Era una manera extraña de decirlo. Una vez que salieran de esa confusión inicial, los registros imperiales les permitirían localizarse en cualquier momento. Pero a Ciena no le importaba, ella estaba extasiada, ansiando el próximo encuentro antes de que se dijeran adiós.

—¿Cómo puedo sentir que te extraño cuando todavía estás aquí?

—Porque yo también ya comencé a extrañarte. Pero no es para siempre. Ni siquiera por mucho tiempo.

Thane volvió a besarla, y después de tantos días de haberse aferrado a la pérdida, al dolor y al horror, Ciena se rindió ante ese momento de felicidad pura.

Después lo encaminó hacia su nave, lo besó una vez más en la rampa, mientras unos cuantos oficiales que se encontraban dentro chiflaban y, finalmente, corrió a toda velocidad hacia su estación de servicio.

Cuando llegó a su consola, Berisse se hizo a un lado con un gesto parecido al de un mesero que muestra la bandeja de los postres.

—Te debo una. —Ciena respiró intentando recuperar el aliento.

—Me debes mucho más que una —respondió Berisse.

Ciena la miró de reojo, y las dos sonrieron ante la locura de todo lo que acababa de pasar. Era sorprendente cómo, en situaciones como esa, podías hacer un nuevo amigo en un par de días. Regresó a trabajar, pero en una de las pantallas de visualización sintonizó la señal de la bahía de acoplamiento para poder ver cómo el *Watchtower* se retiraba y después se dirigía hacia la infinidad del espacio, llevándose a Thane consigo.

CAPÍTULO ONCE

EN LAS HISTORIAS de aventuras y en las holoseries de peleas épicas que Thane veía cuando era niño, los planetas de especias eran tierras exóticas habitadas por hermosas bailarinas, gánsteres bromistas e intrépidos pilotos que volaban en naves estelares manipuladas, mientras dejaban atrás a aquellos malévolos justicieros de la Antigua República.

Todas las historias insinuaban que los contrabandistas de especias soñaban con el día en el que pudieran comercializar sus bienes de manera justa, y que el Imperio libraría a los planetas de especias de su peligroso y pintoresco pasado. Thane ya no creía en que el Imperio pudiera ser la salvación de nadie, y sabía que lo que había aprendido de los planetas de especias había sido de los cuentos para niños; sin embargo, el romanticismo de aquellos planetas persistió en su mente hasta el momento en el que puso un pie en Kerev Doi.

Él no sabía lo que le esperaba, pero definitivamente no era lo que tenían enfrente.

El cielo rosado de Kerev Doi ya no se expandía sobre los vastos territorios; en lugar de eso se había vuelto oscuro, y una atmósfera lúgubre flotaba por encima de la desanimada población. Los habitantes no usaban atuendos elegantes o bromeaban entre ellos; se escondían debajo de pesadas capas y hablaban muy poco. Las granjas de especias predominaban en el paisaje. Todo aquello que no fuera común y corriente en el planeta era profundamente depresivo.

«Muy bien, los cuentos de tu infancia no resultaron como lo esperabas», se dijo Thane a sí mismo con dureza. «Supéralo. Esto es la realidad».

Su misión habría sido más sencilla si hubiera tenido algo qué hacer en Kerev Doi. Pero el papel del *Watchtower* era transportar a los oficiales a cargo de supervisar el evidentemente corrupto sistema bancario de ese planeta y demostrar su poderío. Así que las tareas de Thane estaban limitadas a sacar a pasear su caza TIE todos los días y sobrevolar aquellas áreas que necesitaran un recordatorio del poderío y el alcance del Imperio.

Tal vez, hacía algún tiempo, a Thane le hubiera parecido gracioso ver cómo la gente se encogía del miedo y corría a esconderse cuando él sobrevolaba la zona. Pero después de Alderaan, ver a la gente asustarse por el Imperio ya no era motivo alguno para reírse.

Una noche libre visitó el Cóndor Azul, un club nocturno de la zona que era famoso en muchos hologramas. Ahí era donde muchos héroes y heroínas se reunían, intercambiando conmovedoras miradas, acompañados de tragos que brillaban con la luz, y hacían planes que los harían ganar más dinero del que pudieran imaginarse. Thane no se hacía muchas ilusiones del lugar; en el peor de los casos, sería sórdido y de mala muerte, como casi todo lo que había visto en Kerev Doi hasta ese momento. Y en el mejor de los casos, sería un anzuelo para turistas.

De alguna manera, el Cóndor Azul resultaba ser ligeramente parecido a lo que Thane se había imaginado.

El ambiente era tranquilo (lo ayudaba la nueva regla de que sólo los oficiales imperiales podían entrar con sus blásters). Los sillones bajos tenían cojines de color naranja intenso y rosa brillante, y de las plantas que colgaban del techo pendían flores. Algunos droides vela flotaban, iluminando sólo lo que los rodeaba, dejando expuestas muchas sombras sugerentes. La música era excelente, un tipo narizón tocaba ritmos suaves y seductores con un teclado circular. El trago de Thane estaba servido en un vaso alto y era lo suficientemente fuerte como para reblandecer sus bordes.

«Le contaré a Ciena de este lugar en mi siguiente mensaje», pensó. «A ella también le gustaban esos hologramas cuando los veía. La hará feliz saber que al menos un lugar en Kerev Doi es tan increíble como lo imaginamos».

Thane sintió que sonreía e intentó detenerse, pero no pudo. En esos días, sólo al pensar en Ciena su mente se maravillaba.

Hasta aquel día en la pista aérea, en el que se dio cuenta por primera vez del potencial que podría tener su relación con Ciena, Thane se había resistido a él. Y aun cuando no había estado enojado con ella por aquel estúpido incidente con el cañón láser, sí había temido por lo que podría suceder si su relación cambiaba.

Pero no había cambiado. Eso era lo más increíble. Siempre se habían pertenecido el uno al otro de una manera que era difícil definir; Thane sentía como si simple y sencillamente hubieran reconocido aquello que había estado ahí desde el inicio.

Y ella también estaba considerando abandonar la flota imperial. Eso tenía mucho sentido. Ciena se definía a partir de su honor, y no había nada de honorable en lo que el Imperio le había hecho a Alderaan. Evidentemente la Alianza Rebelde no era mejor; había hecho explotar la Estrella de la Muerte con cerca de dos millones de personas a bordo. Pero un error no justificaba al otro. Probablemente, ella había pensado en abandonar su puesto antes de que él lo hiciera.

Una vez más, Thane recordó esos pocos pero extraordinarios minutos: la única ocasión en la que había podido envolver a Ciena entre sus brazos y besarla. Ella lo había dicho: «Estaremos juntos de nuevo. No sé cuándo ni dónde».

Ella no habría pronunciado esas palabras si hubiera querido que ambos permanecieran en la armada imperial, donde podrían encontrarse a través de cualquier base de datos. Sí, seguramente ella también quería salirse.

Pero «querer salirse» y «salirse» eran dos cosas muy diferentes. ¿Qué se suponía que haría si abandonaba su puesto? De inmediato se convertiría en un criminal buscado. Un criminal de baja prioridad, tal vez, sobre todo con los rebeldes por todas partes representando una amenaza mucho más peligrosa; pero de cualquier modo, corría el riesgo de ser arrojado al calabozo en cuanto el primer oficial imperial realizara un escaneo y se diera cuenta de que era un desertor. Además, a Ciena le sería muy difícil romper su promesa de servirle al Imperio. Ella creía que los juramentos y el honor eran sagrados. ¿Qué pasaría si sus juramentos y su honor se oponían?

«Creo que debemos esperar», pensó, un poco abatido. «Terminar nuestros cinco años de servicio. Intentar por un tiempo ser asignados a la misma estación o nave. Tal vez

terminar de una vez por todas con esa maldita rebelión y vengar a Jude, antes de que nuestro periodo de servicio haya terminado. Después podemos dimitir e irnos muy lejos».

Y después de eso… Thane no tenía la menor idea, pero no regresarían a Jelucan, eso era seguro. La galaxia era enorme. Sus posibilidades infinitas. Lo único que necesitaban hacer era buscar su futuro juntos.

Le dio un trago a su bebida y se imaginó que esa noche era una escena de alguno de sus hologramas. En ese momento era un presumido pirata de especias, todo ego y encanto. Ciena entraría al lugar vestida como una de esas clásicas mujeres fatales, con un vestido rojo ceñido al cuerpo, a susurrarle que necesitaba ayuda de un hombre que no le tuviera miedo a nada.

—Ese soy yo —le susurró a la Ciena de sus sueños. Se imaginó besándola de nuevo, y las siguientes fantasías duraron hasta que pagó por su trago, salió del club y regresó a su camarote.

El plan a cinco años de Thane se derrumbó ocho días después, cuando sobrevoló por una provincia de las tierras bajas.

Llevó a cabo unas dramáticas caídas en picada y movimientos rápidos para intensificar el efecto. El inconfundible rugido de los motores del caza TIE harían eco en los cañones. A todo aquel que lo escuchara no le quedaría la menor duda de que el Imperio permanecía fuerte y omnipresente a través de la galaxia entera. Para cuando aterrizó en el cuartel local y tomó su comida, Thane se sentía muy satisfecho consigo mismo. Pero en cuanto caminó hacia el cuartel general, su sonrisa se desvaneció.

Una fila de trabajadores caminaba con dificultad a lo largo de un camino que se dirigía hacia la apertura de una cueva. En casi todas las minas de especias que Thane había visto, hasta ese momento, la fuerza laboral estaba constituida por droides y autómatas de menor grado. Sin embargo, ahí los mineros eran seres vivos; incluso podía reconocer su especie: un pueblo reptiliano de piel pálida, comúnmente conocido como los bodach'i. Todos sabían que su planeta se había resistido a las reglas del Imperio, pues los bodach'i habían declarado abiertamente su oposición; sin embargo, unos meses atrás se había anunciado que el orden había sido restaurado y nuevas sanciones habían sido impuestas.

Thane había creído que las «sanciones» eran multas o penalizaciones comerciales. Nunca se imaginó que significaran esclavismo.

Los bodach'i usaban collares de restricción y esposas. Por sí solos, los collares eran pesados e incómodos; no obstante, con cualquier distracción de las tareas programadas o de los caminos trazados soltarían una descarga eléctrica o provocarían que sus picos metálicos se clavaran en el cuello de quien los usaba.

«Siempre pensé que esos collares eran para criminales violentos, no para… personas normales», se dijo Thane, confundido, mientras caminaba por las orillas del cuartel

imperial. Más allá, los bodach'i se tambaleaban al mover sus pesadas cargas, incapaces de detenerse y descansar. Eran monitoreados por soldados de asalto imperiales, quienes se encontraban de pie muchos metros lejos de la fila que parecía extenderse hasta el infinito. Algunos habitantes de la ciudad miraban con temor mudo o total apatía, Thane no sabía cuál de los dos.

Mientras miraba la agonía de los bodach'i, una sensación de náusea se apoderó de su garganta y estómago. Muchos de ellos ni siquiera tenían la constitución necesaria para trabajar. Algunos eran tan jóvenes que apenas podían sostener la carga que les habían asignado. También había algunos demasiado mayores, con escamas que se habían vuelto grises por la edad.

Eso era injusto. Peor que injusto: eso era malévolo. Si los bodach'i habían desafiado al Emperador, una sanción hubiera sido apropiada, pero no eso. Nada podía justificar el hecho de castigar a una raza completa de esa manera.

Esclavizándolos.

«¿Por qué nadie ayuda a esa gente?», se preguntó Thane mientras observaba los rostros sin expresión de los habitantes de la ciudad. Los collares podrían ser retirados por la noche y su escapatoria encubierta.

Pero de pronto comprendió todo.

Nadie ayudaba a los bodach'i porque todos le temían al Imperio. Y cuando Thane había sobrevolado por ahí, presumiendo su caza TIE y dejando que la población escuchara los rugidos de sus motores, la había atemorizado aún más.

Acababa de asimilar el insoportable peso de esa verdad y, por un momento, Thane sintió que respiraba con dificultad.

Uno de los niños de la ciudad comenzó a burlarse de los bodach'i.

—¡Qué bueno! ¿Creen que pueden enfrentarse al Emperador? ¡Ahí tienen su merecido! —Uno de los soldados de asalto hizo un gesto aprobatorio y acarició la cabeza del niño.

Ese niño no tenía más de siete u ocho años, la edad que Thane había tenido cuando decidió unirse a la flota imperial. Así era como la maldad se magnificaba: echaba raíz en los niños y crecía dentro de ellos. Cada generación representaba un siguiente nivel de abuso.

«Le estamos enseñando a los niños a aceptar la esclavitud. Les estamos enseñando que la crueldad es una virtud».

Pero la peor parte era que Thane había sido ese niño. Se había sentado en una nave espacial en el lugar del piloto y había sentido orgullo. Poder. Y todo porque algún día él formaría parte del Imperio. Él había seguido eso camino, ¿y adonde lo había llevado? Ahora pilotaba naves sólo para atemorizar a la gente, en nombre de un Imperio que masacraba planetas enteros. Si pudiera dar marcha atrás, ¿tendría el valor de escoger un camino distinto?

«¿Tengo el valor de hacerlo ahora?».

Otro soldado de asalto cacheteó a uno de los bodach'i que se tambaleaba, cayéndose hacia un lado. Había perdido muchas escamas y su cola se arrastraba sobre la arena, debido al rugoso terreno que debía haberla raspado y golpeado muchas veces para ese entonces. La debilidad de la criatura conmovió a Thane, sobre todo porque no había nada que pudiera hacer. Absolutamente nada. Al menos no contra una tropa entera de soldados de asalto. Sólo le quedaba quedarse ahí, mirar y conocer la maldad de la que formaba parte.

Esa noche él pagó una exorbitante cantidad de créditos para comprar un mensaje de la holonet. Si Ciena no recibía la señal a tiempo o no podía responder, tendría que intentarlo de nuevo al día siguiente, pero para el alivio de Thane, ella lo recibió de inmediato. Se sentó en la oscura holocabina y sintió los cálidos rayos de luz escaneando el rostro y el cuerpo… De pronto, Ciena se materializó frente a él.

Su holograma era casi de tamaño real. La suave luz azul reflejaba hasta el mínimo detalle: sus rizos medio sueltos que caían en su espalda, sus labios rellenos y, sobre todo, la manera en la que lo miraba.

—No esperaba esto —dijo, su voz tenía una ligera interferencia debido a la transmisión. Llevaba los pantalones del uniforme, pero arriba sólo usaba una camiseta que dejaba al descubierto sus brazos y hombros—. ¡No puedo creer que hayas utilizado la holonet, pero me alegra tanto! Que increíble es poder verte.

—Es más increíble verte a ti. —Verla en ese momento no había perdido la fuerza de aquella vez que la encontró en el *Devastador* por primera vez, después de todo lo sucedido. Thane se sentía muy agradecido y conmovido por el simple hecho de que estuviera viva—. Necesitaba hablar. No te desperté, ¿o sí?

—No. Mi servicio acaba de terminar y mi compañera de cuarto no está.

Algo en esa oración le pareció extraño.

—¿Compañera de cuarto? ¿En singular?

La sonrisa de Ciena lo deslumbró, atravesando hacia la oscura holocabina.

—Estás hablando con la capitana de corbeta Ciena Ree. Me ascendieron ayer.

—Eso es increíble. —Por mucho que a ninguno de los dos les importara seguir avanzando en el escalafón imperial en tiempos como los que vivían, Thane podía apreciar lo que ese ascenso significaba para Ciena. Era la prueba clara de que había hecho su trabajo, y de manera extraordinaria—. Pero no me sorprende. No de alguien tan buena como tú.

Pero el comentario hizo que Ciena se entristeciera.

—No fue sólo por mi desempeño. Ni siquiera fue la razón principal. Me ascendieron porque el Imperio perdió a muchas personas en la Estrella de la Muerte.

Claro. La estación albergaba a los oficiales de más alto rango de la flota y a sus respectivos equipos. Ahora había un gran vacío de poder en el escalafón más alto.

—Todo ha cambiado —dijo, cuidadosamente.

Ciena asintió. Uno de los tirantes de su camiseta se resbaló de su hombro, y la calidad del holograma era tan real que Thane quiso inclinarse hacia ella y ponerlo en su lugar… o tal vez bajar el otro también. Pero necesitaba concentrarse. Necesitaba pensar. Ese tipo de mensaje de la holonet no era monitoreado directamente, pero había programas que revisaban lo que decían y buscaban palabras o frases sospechosas.

Así que Thane no podía decir exactamente lo que estaba pensando. Y tampoco ella. Pero tal vez podrían darse a entender.

Ciena se sentó al borde de su litera, observando atentamente el holograma de Thane que estaba frente a ella. En la oscuridad podía hacer como que en realidad estaba ahí.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, hablando con la voz más suave que pudo, directamente al holoreceptor—. Por más feliz que esté de hablar contigo, sé que no me habrías sorprendido de esta manera sin razón alguna.

El rostro de Thane brillaba con una luz dorada, sólo un poco más claro que su cabello rojizo. Y en él, Ciena podía descifrar su profunda preocupación y pesar.

—Es difícil saber cómo seguir adelante después de una tragedia como esta —respondió.

Una vez más, Ciena recordó a Jude y tuvo que parpadear para evitar que se le escaparan las lágrimas.

—Yo tampoco puedo sacármela de la cabeza. Es como si la explosión se repitiera una y otra vez en mi mente, y quisiera salvarlos pero no puedo. Simplemente no puedo.

—¿Crees que debemos esperar y ver qué pasa con esta guerra? —dijo Thane, su mirada buscaba la de ella, con tal intensidad que parecía que realmente estaban juntos—. ¿O esto cambia el rumbo que tomaremos de aquí en adelante?

A Ciena le dolió el corazón al recordar que él se encontraba a muchos sistemas de distancia, intentando imaginar en vano la estrategia correcta que le otorgaría una rápida victoria y así prevenir que se derramara más sangre en vano. Era natural tener esos sueños, pero eso era lo único que podían ser: sueños.

—No podemos hacernos a un lado y dejar que cosas así sucedan. —Le recordó Ciena—. Y menos cuando tenemos el poder de hacer la diferencia. Lo que sea que tengamos que hacer, lo mucho que tengamos que sacrificar, lo enfrentaremos como venga, pero juntos.

—Juntos —repitió Thane, y su sonrisa se veía tan triste que ella podía sentir la vulnerabilidad de ambos, tan profunda y dolorosa, como si se tratara de una herida.

Ciena extendió la mano para tocar la del holograma de Thane; él respondió, y la luz parpadeante de los dedos de él atravesó su mano verdadera.

—Te extraño —repitió. Las palabras eran tan imprecisas; nada de lo que dijera podía expresar lo que sentía.

—No falta mucho para que estemos juntos nuevamente —prometió Thane, con tal seguridad que ella le creyó. De hecho, parecía tan seguro que Ciena se preguntó si él ya habría recibido sus siguientes órdenes, si ya sabía algo que ella no.

Thane miró la mano de Ciena, hecha de una parpadeante luz azul, que se dirigía hacia y a través de él.

—Espero que tengas razón —dijo Ciena, su voz hacía un ligero eco en la cabina—. Me gustaría que fueran sólo unos cuantos días. Aunque si se tratara de eso, me gustaría que estuvieras aquí ahora mismo, conmigo.

—A mí también. —El medidor comenzó a parpadear, indicando que el tiempo casi se agotaba. Thane quería pagar más créditos y comprar unos cuantos minutos más, pero ya se habían dicho todo lo que podían y, ahora, más que nunca, él necesitaba ahorrar su dinero para cosas más importantes.

—Debo irme. Perdón por la llamada tan corta.

—¡No te preocupes! Me siento feliz de haber podido verte. —Ciena besó las puntas de sus dedos y las extendió hasta que parecieron tocar los labios de Thane; él imaginó que podía sentir la energía de los rayos de luz, eléctrica y cálida—. Adiós.

—Adiós —dijo, en el último minuto antes de que la imagen desapareciera.

Mientras caminaba de regreso de la holocabina al cuartel, Thane repasaba la conversación en su mente, maravillado de cómo pudieron decir tanto y nada al mismo tiempo. Ciena estaba de acuerdo con él en que lo que había sucedido en Alderaan era una tragedia, y sentía la misma desesperación y el deseo inútil de salvar lo insalvable. Y más que eso, también había aceptado que no podían pertenecer al servicio imperial sólo para recibir órdenes. Necesitaban tomar cartas en el asunto de inmediato.

Thane ya sabía qué camino iba a tomar, pero ahora que Ciena estaba con él, nada lo detendría.

Al día siguiente, realizó su vuelo matutino como de costumbre, después logró cambiar su turno de la tarde por un vuelo nocturno. Aprovechó esas horas para retirar tantos créditos como le fue posible de su cuenta, los intercambió por especias, y después cambió esas especias por créditos no registrados. Thane utilizó ese dinero para comprar ropa de civil: una chamarra azul oscuro, pantalones negros, botas y una playera gris que pasaría desapercibida ahí o en cualquier planeta de la galaxia.

Sólo así podría ir al puerto espacial y encontrar un carguero independiente.

—Quiero ir al planeta del núcleo más cercano —dijo Thane, intentando sonar tan seguro y engreído como los personajes de aquellos hologramas que había leído hacía mucho tiempo—. Es lo único que necesitas saber. No hagas preguntas y te llevarás dos tercios del pago por adelantado y lo que falte al aterrizaje.

El reptiliano piloto falleen se rio.

—Humano tonto. Yo nunca hago preguntas. ¿Estás listo? Despegaremos en menos de una hora.

Por un momento, Thane dudó al pensar en Ciena. ¿Sabría dónde encontrarlo?

«Claro que lo sabrá. Tal vez ella abandonó el Imperio antes que yo y ya está allá. Tenemos el mismo camino. Nos dirigimos hacia la misma dirección. Nada en esta galaxia nos puede detener».

—Claro —respondió Thane—. Estoy listo.

Mientras Ciena se encontraba acostada en su litera unas cuantas noches después, susurró:

—¿Crees que debemos hacer algo por Nash?

—Ughhhhh. —La voz de Berisse sonaba ronca porque estaba dormida—. Sí sabes que estoy descansando del servicio, ¿verdad?

—Lo siento. Sólo estoy muy preocupada por él, eso es todo. Parece como si Nash fuera un sonámbulo cuando está en servicio. Sólo medio vivo.

—Suena lógico después de lo que pasó. —Berisse se inclinó desde la cama de arriba de la litera; su largo cabello negro caía alrededor de su rostro, que estaba de cabeza—. Piensas en Nash porque es lo único que te hace no pensar en Thane, ¿verdad?

—¡No es cierto! —Ciena se dio la vuelta y se quitó la sábana gris de encima para poder mover sus manos con más énfasis—. Prácticamente no he soñado despierta cuando estoy en servicio, incluso ayer me dejaron utilizar la navegación automática.

—No me refiero a cuando estás trabajando. Mientras estás en tu estación de trabajo eres perfecta. Me refiero a todos los demás momentos de vigilia, parece que sólo se los dedicas a Thane.

—Me estás molestando porque no podía dejar de hablar de su holomensaje la otra noche.

—Exactamente. Así que cállate y déjame dormir. —El rostro de Berisse desapareció y en la cama de arriba Ciena escuchó el sonido de las sábanas y el colchón.

Sin embargo, Berisse ya no podía conciliar el sueño.

—De verdad necesitamos hacer algo por Nash. Lo digo en serio. Está sufriendo terriblemente y no es capaz de admitirlo —insistió Ciena.

—Está haciéndolo lo mejor posible. Nash está tomando turnos extras, se está manteniendo ocupado. Eso es lo mejor para él.

Tal vez eso era cierto.

—Pero podemos encontrar otras maneras de pasar el tiempo. Tal vez invitándolo a hacer ejercicio al gimnasio un día de estos, practicar gravesfera, ese tipo de cosas.

—Claro. Habrá que intentarlo —susurró Berisse. Para ese entonces ya estaba demasiado adormilada y apenas consciente. Seguramente no tenía idea de lo que Ciena había dicho.

Gravesfera. La propuesta era tan superficial que avergonzaba a Ciena; practicar ese deporte no era consuelo alguno si habías perdido tu planeta. Pero entonces, ¿qué sí lo era? Nash tendría que reconstruir su vida día tras día, incluso hora tras hora. Por ahora, como amiga, lo único que Ciena podía hacer era ayudarlo a llenar algunas de sus horas.

De pronto se dio la vuelta y se aferró a su almohada intentando calmarse. Pero seguía preocupada por Nash, y se sentía ofendida porque Berisse le había dicho que no hacía otra cosa que pensar en Thane… Pero también estaba feliz de seguir pensando en Thane.

Ese era el momento indicado para pensar en él. No estaba en servicio, no había distracciones, sólo el recuerdo del extraordinario holomensaje de unos días atrás. Ciena sonrió para sus adentros al pensar en la manera en la que habían dicho tanto con tan pocas palabras. Thane había coincidido con ella en continuar con el cumplimiento de su deber, concentrarse en luchar esa guerra con sus mejores habilidades y encontrar la manera de estar juntos de nuevo, tan seguido como el servicio se los permitiera.

Se quedó dormida en medio de una imagen que tenía una parte de esperanza y una parte de sueño: Thane era transferido al *Devastador* como piloto de caza TIE, pilotando codo a codo con el mismísimo Darth Vader, y regresaba con ella al terminar cada turno. Ese sueño la envolvió toda la noche, por lo que las noticias de la mañana siguiente le cayeron como balde de agua fría.

—Tiene que haber un error —dijo Ciena, mirando a Nash—, debiste haberte confundido de nombres.

—Fui su compañero de cuarto durante tres años. Créeme, me sé su nombre. —Nash volteó el datapad para que ella pudiera verlo con sus propios ojos. Se encontraban afuera de la cafetería; nadie alrededor podía escucharlos, salvo algunos pilotos adormilados que llegaban tambaleándose para desayunar—. Teniente Thane Kyrell, denominación A-V-Cinco-Cuatro-Siete, desertó hace tres días en Kerev Doi.

Ciena se aferró a la manga del uniforme de Nash.

—Él no desertaría. Su nave chocó, o fue tomado prisionero por algunos criminales locales, o algo parecido.

—¿No crees que sus supervisores ya revisaron eso? Pero tal vez tienes razón. Escapar no suena como algo que haría Thane. —Nash se acercó más a ella y bajó la voz—. No te conté esto para asustarte. Esta mañana, uno de los oficiales del BSI me cuestionó acerca de la lealtad de Thane, de sus creencias políticas y todas esas cosas. Les aseguré que Thane no es un rebelde, pero estoy seguro de que aún no lo creen.

Ciena ahora lo entendía todo. Ella sería la siguiente en ser interrogada.

Así que caminó directa a la oficina del oficial de más alto mando del BSI a bordo, el capitán Ronnadam, y pidió que la anunciaran. Se paró frente a él en posición de firmes y dijo:

—Señor, he venido a ofrecer toda la información que tengo del teniente Kyrell.

—Nuestro vagabundo en Kerev Doi. O que alguna vez estuvo en Kerev Doi. —Ronnadam le lanzó una mirada entornando los ojos—. ¿Usted cree que es un traidor o un simple desertor?

—No es un traidor —respondió con toda la vehemencia que se atrevió a demostrar. Era importante que el general entendiera que estaban del mismo lado: los tres—. Thane… El teniente Kyrell constantemente se refiere a los rebeldes como terroristas, señor. La última vez que nos comunicamos me expresó el profundo dolor y la angustia que le provocó la destrucción de la Estrella de la Muerte.

—Entonces, capitana Ree, ¿por qué el teniente abandonó su puesto?

—Sólo puedo pensar que se encuentra abrumado, señor. Agobiado por la muerte de tantos amigos. —Ciena titubeó antes de seguir. Eso se acercaba en gran medida a traicionar los secretos que Thane le había confiado, y antes ya había estado cerca de hacerlo, cuando mencionó los problemas que él tenía con su padre, frente a Jude. Pero en ese momento necesitaba salvar a Thane y su cargo de la manera que fuera posible—. El teniente Kyrell creció en circunstancias extremadamente difíciles. Su familia no lo apoya en lo absoluto. Así que sus compañeros oficiales eran su familia. Eran todo lo que tenía. Esa pérdida lo afectó profundamente.

—Él no es el único que ha perdido a alguien —contestó bruscamente Ronnadam, pero después su expresión se volvió pensativa—. Y no es el único oficial al que hemos visto flaquear. Los mismos delitos que hace dos años habrían motivado la destitución de un hombre ahora se estudian caso por caso… por el momento. Claro que habrá una penalización que deberá pagar, pero si el teniente Kyrell regresa al servicio cuanto antes, podrá continuar con su carrera sin demasiadas dificultades.

Ciena suspiró aliviada. Al menos aún había tiempo para salvar a Thane de una terrible equivocación.

—Capitana Ree, ¿sabe dónde está? Y si es así, debe reportar esa información.

—No, señor; no conozco la ubicación actual del teniente Kyrell. Pero sé dónde debo comenzar a buscar información: en nuestro planeta, Jelucan.

—Muy bien, capitana. Daré órdenes para que usted pueda viajar a Jelucan en la siguiente nave. Sus ojos se abrieron.

—¿Yo, señor?

Ronnadam contestó bruscamente:

—¿Cree que esa misión está por debajo de su nivel?

—¡No, señor! Sólo pensé que… un oficial del BSI…

—Nuestros agentes se encuentran más ocupados que nunca antes en la historia del Buró de Seguridad Imperial. Usted está familiarizada con la zona, así que enviarla significaría un mejor uso de nuestros recursos. —Su voz había adquirido un tono amenazador—. A menos que, por supuesto, usted tenga una mejor idea.

Ciena casi se sentía aliviada por el malentendido; era mejor que Ronnadam no se diera cuenta de lo mucho que quería ser la persona que encontrara a Thane.

—No, señor. Partiré a Jelucan de inmediato.

—Búsquelo por mar y tierra. Use todos los recursos que sean necesarios. —Los ojos de Ronnadam se entrecerraron—. Y si escucha al menos un ligero comentario que tenga

que ver con la participación de Kyrell con la Rebelión, siga ese comentario hasta donde la lleve y nos reporta cada mínima palabra. ¿Entendió?

A Ciena le habían dado la oportunidad de rescatar a Thane porque el Imperio quería usarla como espía. Y ella nunca había querido tener que informarle nada a nadie, bajo ningún motivo. Su trabajo le exigía lealtad, pero la lealtad se la debía tanto a sus amigos como a sus superiores. Por primera vez se dio cuenta de lo turbias que podrían ser las misiones que recaerían en ella durante esa guerra.

Pero, una vez más, ese era el precio que debía pagar para encontrar a Thane.

—Sí, señor —dijo, pensando: «Cueste lo que cueste».

CAPÍTULO DOCE

ESE ERA EL CUARTO y último carguero del trayecto de Thane. Había mantenido la cabeza baja y permanecido en silencio; en realidad había salido con mucha facilidad de Kerev Doi. Las naves que abordó en los siguientes viajes tampoco le causaron mayor problema. En una nave de pasajeros habría tenido poca privacidad y una tripulación entrometida con la cual lidiar. Sin embargo, en un carguero los lugares que sobraban eran vendidos a trabajadores que querían transporte barato y con nada de lujos. Thane no tenía por qué preocuparse de ser reconocido en una nave como esa.

Cuando el último carguero abandonó el hiperespacio cerca de Jelucan, Thane tomó su mochila y se dirigió al área de desembarco. Había unas largas bancas de metal empotradas a las paredes con unos cuantos arneses de seguridad para aquellos que se preocupaban por un descenso turbulento; Thane se sujetó y esperó. Otro pasajero hizo lo mismo, después otro y también un cuarto.

Nadie se comportaba notoriamente distinto a como lo hacía Thane. Vestían el mismo tipo de ropa que cualquiera usaría en un planeta u otro. Ninguno de ellos mostraba interés en la gente a su alrededor.

Y, sin embargo, cualquiera podía ser un espía imperial.

La idea agobiaba tanto a Thane que casi no podía respirar. La mujer con la trenza negra con canas, ¿acababa de mirar su rostro? ¿Qué estaría observando el ottegano con los distintos pares de ojos abiertos? O el volpai que estaba ahí con todos los dedos de sus cuatro manos escribiendo en su datapad, ¿estaría reportando a Thane en ese momento?

En todos lados, Thane había sentido que tenía el factor sorpresa de su lado. No había manera de que el Imperio predijera sus movimientos previos, pero tal vez habían adivinado que regresaría a Jelucan. Así que alguien pudo haberlo rastreado hasta ese carguero. Tal vez un equipo de soldados de asalto lo estaría esperando en la bahía de aterrizaje…

Sin embargo, el carguero aterrizó sin problema alguno. Los otros cuatro pasajeros salieron sin siquiera dirigirle una mirada. Se rio de su paranoia mientras se colgaba la mochila en el hombro.

«Ya estás en territorios conocidos. Pronto todo estará bien».

Pero no fue así.

Al principio Thane creía estar atravesando por un choque cultural, pues se sentía ajeno a su hogar después de un largo tiempo lejos. Por supuesto que Valentia, la enorme ciudad que admiraba cuando era niño, ahora se veía pequeña y provincial después de esos tres años en Coruscant. La gente parecía cautelosa y poco amigable, quizá porque comparaba el trato que había recibido cuando era niño con la recepción más reservada que le daban como adulto. Además, seguía nervioso. Su intranquilidad hacía que viera todo más oscuro de lo que era.

Mientras más miraba a su alrededor, más seguro estaba de lo que veía: su mundo había cambiado. El Imperio lo había cambiado.

El edificio del Senado del que todos habían estado tan orgullosos aquel día que Jelucan se unió ahora había sido tomado por la milicia para acuartelar tropas. Thane mantuvo su distancia, pero supo que no se trataba de una medida de emergencia a corto plazo. Algunos ingenieros ya habían comenzado a construir un alto muro que rodeaba el edificio, y el campo de fuerza perimetral por encima de sus cabezas brillaba cuando la luz del sol atravesaba el cielo grisáceo.

Tal vez Valentia nunca se había acercado al resplandor y sofisticación de Coruscant, pero alguna vez fue una ciudad vibrante y animada. Ahora, el lugar parecía más lleno y más vacío al mismo tiempo. Unas cuantas vecindades provisionales y destartaladas habían sido construidas al lado de edificios de piedra aún más viejos; claramente alojaban a trabajadores itinerantes que habían llegado de la montaña en busca de mejores oportunidades que nunca se hicieron realidad.

¿O acaso esas personas habían sido echadas de sus casas? Thane ya no estaba muy seguro de nada. A partir de la ropa que llevaban pudo notar que la nueva población de vagabundos estaba conformada por las familias del valle y por personas de la segunda generación. Sin embargo, ahora era más difícil diferenciar quién era quién. Tanto las sedas brillosas como la ropa artesanal habían sido reemplazadas por vestimentas baratas producidas en serie. Una monotonía densa y asfixiante había llegado para quedarse.

Incluso la diversión había cambiado. El cuarto que Thane había rentado se encontraba en el piso más alto de un edificio que también tenía una cantina en la primera planta. Cuando era niño, su padre lo había llevado a ese tipo de lugares prometiendo tomar «sólo un trago». Así que Thane había pasado largas horas sentado en la esquina más alejada, viendo carreras de vainas o los hologramas de los planetas de especias que tanto disfrutaba.

Las cantinas ahora eran más violentas, eran menos un bar de barrio y más un antro de mala muerte. La mayoría de los clientes no eran personajes locales; seres de otros planetas parecían haberlos desplazado. Mientras Thane bebía su cerveza, no pudo creer lo que vio en las pantallas. Todos los programas eran propaganda imperial de algún tipo u otro: un grandilocuente documental acerca del exitoso «proyecto de infraestructura» propuesto por el Imperio, llevado a cabo en Thurhanna Menor (en realidad eran enormes plantas de energía que habían invadido aquello que alguna vez había sido un hermoso campo), que era interrumpido por llamados para unirse a los soldados imperiales («¡Vive la aventura y sirve a tu Emperador!») o por segmentos informativos en los que se observaba al Emperador Palpatine recibiendo invitados mientras sonreía y asentía. El peor de todos fue el anuncio de un reportaje especial que muy pronto se transmitiría: «Finalmente será revelada la información nunca antes conocida acerca de la traición y los levantamientos en el planeta Alderaan».

Thane pensó que todos comenzarían a hablar de Alderaan, pero nadie lo hizo. El silencio alrededor de la destrucción de uno de los Planetas del Núcleo significó mucho

más de lo que podría haber representado cualquier chisme. «Todos piensan en eso. Pero todos tienen miedo». Si el Imperio podía destruir un planeta tan importante y próspero como lo había sido Alderaan, ningún lugar de la galaxia estaba a salvo.

(Los noticieros del Imperio apenas daban detalles acerca de la destrucción de la Estrella de la Muerte, describiéndola como un «ataque sin precedentes de la Alianza Rebelde». Lo primero que pensó Thane fue que el Imperio lo haría ver como un acto brutal de los rebeldes, pero después se dio cuenta de que era más importante que la población creyera que el Imperio podía destruir otro planeta en cualquier momento).

Cuando salió, se sintió desconcertado, incluso ante el color del cielo. La atmósfera de Jelucan siempre había sido más gris que azul, pero el aire siempre había sido claro y centelleante, y el gris que brillaba en lo alto siempre había tenido el resplandor de un delicado mineral. Ahora los ciclos eran más oscuros, aun cuando estaban despejados, como si anunciaran una tormenta que nunca llegaría. ¿Acaso la minería había comenzado a afectar la atmósfera?

Thane había tenido el conflicto de si debía o no contactar a su familia cuando llegara. Por poco que a su padre le importara su hijo y por mucho que a su madre le interesara ganarse el favor del Imperio, no creía que fueran capaces de denunciarlo. Si bien no lo protegerían, tampoco querrían soportar la vergüenza de tener un hijo desertor. Pero en casa podría ahorrar sus créditos, tomarse las cosas con calma y esperar a Ciena.

Quizá también podría transportarse en aquel viejo cable a la Fortaleza, arreglarla y volver a convertirla en un lugar agradable. Esperarla ahí parecía lo más apropiado…

No obstante, al final decidió no localizar a sus padres. No necesitaba el desprecio de un borracho como su padre ni los escándalos de su madre; y lo menos que quería era escucharlos hablar acerca de cómo le iba a Dalven.

(Y, teniendo en cuenta las severas bajas de las tropas imperiales, hasta un bruto como Dalven quizás había sido ascendido. Y también sería lo suficientemente tonto para enorgullecerse de eso).

Pero mientras los días pasaban, su ánimo empeoraba. Ciena no había aparecido. ¿Qué tal si había intentado desertar y la atraparon? Pensar en ella en la cárcel, sintiéndose avergonzada y desilusionada, lo hacía sentirse fatal. (Sin embargo, no perdía las esperanzas; Ciena era demasiado inteligente y muy astuta como para ser atrapada con facilidad. Seguramente estaba esperando a que fuera el momento correcto, pero tal vez no sería pronto). Los pocos recursos que Thane había reunido para escapar se habían ido, en gran medida, al pagar los distintos viajes en carguero que tuvo que realizar. Ahora la renta de ese pequeño cuarto le parecía excesiva y vivía de la comida de los puestos callejeros: delgadas rebanadas de carne de dudoso origen, cocinadas sobre improvisados asadores afuera de las vecindades, o extraños «caldos» a los que se les agregaba granos molidos para darles una consistencia más espesa.

Como la mayoría de los cadetes, Thane había soñado con algunos días en los cuales pudiera despertarse más tarde, ignorar la disciplina militar y hacer lo que le diera la gana. Sin embargo, después de las rigurosas rutinas que había tenido que respetar los últimos

años, ahora sentía que navegaba sin rumbo fijo, desconcertado e irritado por haber conseguido tanta libertad y no tener la menor idea de qué hacer con ella. En lugar de cumplir con las tareas asignadas en un horario estricto, como solía hacerlo, ahora no hacía absolutamente nada. Empezaba a crecerle la barba, ya que el líquido antibarba se había acabado y comprar más no le convendría, debido a la cantidad de créditos que seguramente costaría. Cada noche tenía pesadillas: sobre Alderaan, sobre la Estrella de la Muerte, sobre su padre o sobre Ciena en peligro. Lo único que lo diferenciaba de los vagabundos que lo rodeaban era que él no gastaba todos sus créditos en cerveza, aunque ahora entendía por qué algunos lo hacían. Día tras día se hundía mucho más en la melancolía.

Al inicio pensó que sería fácil encontrar algún tipo de empleo; siempre había trabajo para pilotos, incluso para los que no tenían licencia. Pero ahora sabía que no podía darse el lujo de hacer eso en Jelucan. El Imperio era omnipresente y un desertor no podía caminar por los puertos pidiendo trabajo. Aunque quizá podría encontrar algo en uno de los cargueros menos agradables que pasaban por ahí, pues nunca se detenían a investigar el pasado de los pilotos, aunque eso estaba a sólo un paso de distancia de convertirse en esclavo.

Muy pocas cosas parecían valer la pena. Sentía como si su vida estuviera congelada en el tiempo a la espera de la llegada de Ciena. Y si eso nunca sucedía no sabía qué sería de él, y tampoco le importaba demasiado.

Thane tocó fondo dos semanas después, al estar recostado sobre su cama con su túnica y sus pantalones para dormir. Las pálidas paredes de yeso de su cuarto eran lisas, su cobertor de un color beige muy claro. Por lo que pagaba, el lugar era sorpresivamente cómodo, pero Thane sintió como si ese vacío estuviera burlándose de él.

En la clase de Protocolos de seguridad y técnicas de interrogación que había llevado en la academia, aprendió que uno de los métodos más efectivos para que una persona confesara era hacer que observara una pared lisa sin dormir. La falta de sueño y el aburrimiento harían lo que el dolor y las amenazas no podían. La mente de un prisionero se abriría por completo y externaría cada palabra que guardara dentro, con tal de ponerle fin a la exhaustiva monotonía. Thane nunca había comprendido cómo funcionaba esa técnica hasta ese momento.

Un alboroto lo hizo sentarse sobre la cama. Parecía que algunos de los vendedores callejeros levantaban sus puestos ilegales con mucha prisa. Thane se levantó hacia una de las pequeñas ventanas del cuarto y la abrió. Unos cuantos pisos abajo vio uno de los cruceros de patrulla imperiales que, evidentemente, acababa de detenerse.

Después, en las escaleras exteriores, escuchó los pasos de unas botas que parecían acercarse a su piso.

«*Okey*, piensa rápido. Ese es un crucero para una sola persona. Sólo mandaron a uno. Tú puedes vencerlo». Pero no sin un arma. ¿Había algo que pudiera usar? Las pocas cosas que había en la habitación eran o muy grandes como para ser levantadas o muy pequeñas como para hacer algún daño.

«Tal vez no te está buscando a ti. Hay muchos traficantes de armas en el vecindario. Prostitutas. Contrabandistas. Muchísimas personas a las cuales arrestar». Pero entonces mandarían a alguno de los paramilitares locales, no a un oficial del Imperio.

Thane respiró profundo mientras se pasaba nerviosamente las manos por su corto cabello. Tendría que ingeniárselas lo mejor que pudiera. Tal vez si negaba ser Thane Kyrell y fingía estar confundido podría librarse del tipo en menos de un minuto, al menos el tiempo necesario para tomar el bláster del oficial. ¿Podría dispararle a alguien que sólo estaba haciendo su trabajo? ¿Alguien que había sido su compañero hasta hace unos días?

De pronto se escuchó un golpe en su puerta. Él desordenó sus sábanas como si hubiera estado dormido, se dirigió a la puerta y dijo en tono adormilado:

—Mmhmmm… ¿Sí? ¿Quiénes?

La respuesta fue:

—Estoy aquí por motivos oficiales.

Thane reconoció esa voz.

De inmediato, abrió la puerta y se encontró con Ciena parada frente a él, uniformada. Al verla sintió como si le regresaran la respiración que parecía haberle sido robada por años.

—Lo hiciste. —La jaló hacia adentro, cerró la puerta y la abrazó con fuerza. Mientras percibía el olor de su piel, tuvo que maravillarse ante lo espléndida que estaba. Ciena no había desertado; estaba ahí por «motivos oficiales», asegurándose de que el Imperio costeara el viaje, retrasando cualquier tipo de persecución—. Eres brillante, ¿lo sabes? Te he estado esperando, pensaba que te habían detenido, pero aquí estás. Aquí estás.

Thane le dio un beso largo y profundo. Ese uniforme gris era demasiado rígido en sus manos, pero de eso ya se preocuparía después. Ciena lo besó con la misma pasión, pero cuando sus labios se separaron se veía tan confundida que él pensó que había hecho algo mal.

O tal vez sólo estaba intranquila por su seguridad.

—¿El Imperio envió a alguien más?

—No. Estaban seguros de que no vendrías a Jelucan. Yo pensé que anticiparías eso y que te esconderías aquí.

Thane sonrió. Lo conocía tan bien.

Pero Ciena se veía más preocupada que cuando llegó.

—Thane, ¿qué hiciste?

Y de pronto se dio cuenta de lo lejos que seguían estando el uno del otro.

Una hora después, Ciena estaba sentada con Thane en la cantina de abajo. Ella había temido que alguien los escuchara, los viera o incluso los delatara, pero Thane negó con la cabeza.

—Créeme —le dijo—. ¿Sabes qué tipo de gente viene aquí? Todos evitan a los oficiales imperiales. Nadie que conozcamos se aparecería por aquí.

—No creo que valga la pena el riesgo —dijo Ciena.

Pero por la manera en la que Thane tenía trabada la quijada, Ciena supo que hablaba con total determinación o completa testarudez.

—Si no salgo de este cuarto voy a enloquecer. Créeme. Estaremos seguros.

Como era de esperarse, tuvieron toda una esquina del lugar para ellos solos. La mayoría de los clientes acababan de llegar al planeta, ninguno era nativo, y todos se amontonaban frente a las pantallas. Ella y Thane se sentaron en una pequeña mesa, solos. Hacía un par de años, el simple hecho de estar en una cantina de mala muerte como esa la habría puesto nerviosa o, incluso ahora, de no ser porque estaba decidida a intentar detener a Thane de cometer la peor equivocación de su vida.

—Puedes volver —repitió—. Sé que piensas que te arrestarán, y en otro momento lo habrían hecho, pero después de todo lo que ha pasado, necesitan más que nunca oficiales calificados.

—No quiero regresar —dijo, y no era la primera vez que lo hacía.

Ciena aún no podía creerlo.

—Tres años en la academia, todo el trabajo duro y todo el esfuerzo, ¿para nada?

—¿Crees que me siento feliz con esta decisión? Pues no es así. Pero después de todo lo que he visto, de lo que el Imperio le está haciendo a los bodach'i, después de Alderaan… No puedo concebir la idea de usar ese uniforme un día más. —Thane se inclinó hacia su vaso de cerveza, recargando la cabeza en una de sus manos, como un hombre que tenía un dolor de cabeza—. Pensé que los dos estábamos de acuerdo con esto.

—Pensé que estábamos de acuerdo en que después de lo que le había pasado a muchos de nuestros amigos que se encontraban en la Estrella de la Muerte nos mantendríamos juntos. Los rebeldes mataron a cientos de nuestros compañeros. Mataron a Grand Moff Tarkin…

—Tarkin fue bueno con nosotros —admitió Thane—. Conocerlo cambió nuestras vidas.

—… Y mataron a Jude —continuó Ciena—. ¿Aprobarías eso?

—No voy a unirme a la maldita Rebelión, Ciena. No estoy de acuerdo con lo que le pasó a la Estrella de la Muerte ni con lo que le pasó a Alderaan. ¿Tú sí? Eso es imposible. Tú nunca pensarías que destruir por completo un planeta es lo correcto.

Ciena negó con la cabeza tristemente.

—No. Entiendo el pensamiento que condujo el ataque hacia Alderaan, pero no lo apruebo. No obstante, la cuestión aquí es que no soy nadie para aprobarlo o no. —Ciena se acercó, mirando los azules ojos de Thane y rogando en su mente que la entendiera—. El Emperador y los Moffs tendrán que darse cuenta de que la destrucción de Alderaan no trajo nada bueno. No detuvo a la Rebelión; y si algo logró hacer, fue desesperar aún más a los rebeldes.

—Así que dos mil millones de personas murieron en vano —dijo Thane.

—Y cerca de un millón que se encontraban a bordo de la Estrella de la Muerte. —Ciena se rehusaba a ignorar la muerte de Jude. Aún tenía pesadillas en las que corría por los pasillos de la estación gritándole a Jude que se subiera a una nave, pero nunca lograba encontrarla—. Ya no queda nada de la Estrella de la Muerte. Y aun cuando el Emperador quisiera volver a hacer algo igual de drástico, no podría. Además, la única razón para atacar Alderaan fue prevenir una guerra aún más devastadora. Pero, de cualquier manera, la guerra ya comenzó. Es muy tarde para salvar la galaxia. Lo único que puedo hacer es pelear del lado de la ley, del orden y de la estabilidad.

La risa de Thane fue cruel.

—Todo llega a su fin, Ciena. Nuestros padres vieron cómo la República se autodestruyó. El Imperio puede durar un año más o quizás otra década, pero eventualmente habrá un nuevo orden y una nueva ley. ¿A quién servirás cuando eso suceda?

—No puedes ser así de cruel sólo porque no voy a… porque no puedo desertar. —Ni siquiera podía estar enojada con Thane; su dolor era aún más grande. Claro que él podía sentir toda la furia de la galaxia ante la destrucción de Alderaan, pero eso no tendría por qué cambiarlo todo. Por supuesto que ella también odiaba el esclavismo, pero el Imperio no lo había inventado. Lo que importaba en ese momento era aún más grande que cualquier incidente aislado. Era una cuestión de principios y, sobre todo, de uno muy importante—: Hicimos un juramento. Prometimos servir al Imperio. No podemos romper eso… nunca.

Thane negó con la cabeza. Las luces ambarinas hacían que su cabello se viera de un rojo más intenso, y las difusas sombras de su rostro mostraban la batalla que estaba peleando.

—Aún eres aquella chica de los valles. Nunca faltarás a tu palabra, incluso cuando te hayas comprometido con un líder y una flota que no te merecen.

—Y tú sigues siendo alguien de segunda generación. Te es más fácil romper promesas que cumplirlas. —Ciena se sintió avergonzada de sus palabras tan pronto las pronunció. Ese era el prejuicio de su padre, aunado al dolor que sentía ante la idea de perder a Thane.

Él no se había ofendido. En lugar de eso, susurró:

—No es fácil para mí dejarte. Es lo más difícil que he tenido que hacer.

Ciena se volteó, incapaz de seguir mirándolo.

Al parecer, Thane pensó que ella estaba actuando con enojo más que con dolor, porque cuando se dirigió a ella para hacerle una pregunta, habló con mucha mayor formalidad:

—¿Vas a reportarme?

—Yo… —¿Qué decir? ¿Qué hacer? Se encontraba atrapada en medio de su lealtad hacia Thane y su lealtad al Imperio. Por más enojada que estuviera con Thane por

desertar, no se imaginaba mandándolo a prisión. ¿Cómo podría hacerle algo así a la persona que amaba?—. No lo sé.

—No lo sabes… Perfecto. —Thane se pasó una mano por el cabello—. ¿Al menos sabes si me reportarás esta noche?

Algo dentro de ella se rompió.

—Por supuesto que no.

La voz de Thane se volvió dura, afilada.

—¿Eso no estaría rompiendo tu juramento? ¿Destruyendo tu preciado honor?

—A veces somos leales a más de una cosa. Cuando hay un conflicto debemos decidir a quién dar nuestra lealtad. —Ciena había comenzado a temblar; sentía como si estuviera partiéndose en dos—. No sé qué haré mañana, pero en este momento elijo mi lealtad hacia ti.

Toda la furia que Thane sentía se derritió de repente. Tomó la cara de Ciena entre sus manos, y ella no pudo resistirse. Se acercó un poco más, sujetándose a su chamarra, para que no pudiera escapar de su lado. Esa noche no deseaba nada más que estar a su lado, sin importar cuánto tiempo significaría eso. Ella deseaba creer que él no se iría.

Thane la besó una vez más, con mucha más intensidad que antes. Ciena cerró los ojos, lo envolvió con sus brazos y se imaginó que podía detener el tiempo. Ese momento se congelaría… y duraría para siempre: su pecho oprimiéndose contra el de ella con fuerza, su barba rozando sus mejillas, el gemido grave que hizo cuando su mano encontró la curva de su cintura.

Cuando se separaron, casi jadeando, ella inclinó su rostro hacia él y le susurró:

—Arriba.

Thane respiró un par de veces más antes de contestar:

—¿Estás segura?

En ese momento no podía estar segura de nada. Thane, una de las constantes de su vida, su estrella polar, se alejaba para siempre. La galaxia se había puesto de cabeza, y ella sospechaba que nunca volvería a su lugar normal por completo.

Por eso estaba tan decidida a tomar todo lo que pudiera. A vivir intensamente ese momento, esa noche al lado de Thane. A detener el tiempo.

—Sí —susurró mientras oprimía los labios contra los de él—. Sí.

Thane no podía dormir.

Era medianoche y estaba exhausto, pero eso no importaba. Lo único que podía hacer era mirar a Ciena.

Ella dormitaba sobre su hombro, ni tan dormida ni tan despierta. Sus rizos estaban sueltos, extendidos sobre la almohada, alrededor de su cabeza, como un halo oscuro. Sus gruesos labios estaban hinchados de tantos besos. Y aunque había pasado la mayor parte

de las últimas tres horas investigando absolutamente cada detalle de su cuerpo, aún lo emocionaba verla ahí, a su lado, sin nada más que la esquina de una sábana encima.

Acostado a su lado, Thane se preguntó por primera vez si sería capaz de hacer lo que Ciena le pedía. ¿Regresaría a la base, admitiría un momento de debilidad y regresaría al servicio? Tal vez Ciena tenía razón en cuanto a que debido a la crisis actual estaban perdonando muchos pecados que antes hubiera significado pasar meses en un calabozo, ahora sólo significaría una pequeña mancha en su historial.

Si regresaba, podría quedarse con Ciena…

Pero no podía regresar. No después de todo lo que había visto. Había pasado su infancia sufriendo por la crueldad de un hipócrita; se rehusaba a causar dolor en nombre de alguien más, aun si esa persona fuera el Emperador.

Para Ciena era distinto. Una vez que entregaba su lealtad, esta era absoluta. El Imperio no la merecía; sin embargo, se encontraba atrapada entre sus garras para siempre. No permanecía del lado de la maquinaria del Emperador porque fuera ambiciosa o corrupta. No, el Imperio había encontrado la manera de usar su honor en contra de ella. La fortaleza de su carácter era la razón por la cual permanecería al servicio del mal.

En ese momento, Ciena parecía no estar ahí, parecía haberse ido para siempre, aun cuando sentía su suave respiración contra su hombro. Thane la abrazó con más fuerza, escondiendo su rostro en la curva de su cuello. Ciena suspiró profundamente, mientras comenzaba a tomar conciencia; su mano se deslizó alrededor de la cintura de Thane para dejarse llevar por ese abrazo.

—¿Despertaste? —susurró.

—Mmmhmmm… —Después se estiró una vez más y contestó de manera más convincente—: Ahora sí.

—Te amo. —Thane no podía creer que nunca antes se lo hubiera dicho. Era como afirmar que el cielo se encontraba encima de ellos… tan obvio, tan verdadero, que decirlo en voz alta era casi innecesario.

Ella levantó el rostro y lo miró.

—Yo también te amo. Siempre ha sido así. De una u otra manera —contestó.

—Yo te amo de todas las maneras posibles.

—Sí. —Ciena sonrió, pero su rostro estaba tan triste que lastimó a Thane; un dolor real que se expandía en medio de su pecho—. De todas las maneras posibles.

—Si te rogara que te quedaras conmigo, no haría alguna diferencia, ¿cierto?

Ella negó con la cabeza.

—Si te rogara que tomaras la siguiente nave hacia Coruscant, no lo harías, ¿cierto?

Él no tenía que contestar. Ambos sabían la respuesta.

—Así que este es el final. —Las palabras sonaron más duras de lo que Thane había pensado, pero confiaba en que Ciena sabría que su furia no era hacia ella—. El Imperio nos aleja para siempre.

—Si no hubiera sido por el Imperio, nunca nos habríamos encontrado. Piénsalo. ¿De otra manera te habrías hecho amigo de una chica del valle?

Thane era tan pequeño cuando Jelucan se incorporó al Imperio que sus recuerdos más antiguos eran inciertos y estaban revueltos. De alguna manera parecía que su vida había comenzado ese día, con sus sueños de pilotar para el Imperio al lado de Ciena.

—Creo que no.

Ciena se sentó, estaba a punto de salir de la cama cuando Thane la jaló hacia él. Ella no lo miraba a los ojos.

—Debo irme.

—Quédate.

—Si me quedo, será más difícil irme.

—¿De verdad crees que ahorita será más fácil irte?

—No. —Finalmente Ciena volvió a mirarlo—. Thane, debes irte de Jelucan en menos de una semana, porque al final de la semana, te reportaré.

Thane sintió como una puñalada entre las costillas.

—Entonces ¿qué pasó con lo de decidir a quién ser leal?

—Te escogí esta noche, y me gustaría siempre poder hacerlo; pero si te encubro por siempre, mi juramento de lealtad hacia el Imperio no servirá de nada. Esta es la única excepción, ¿entiendes? —En ese momento su voz se quebró—. La primera y última vez.

De alguna manera, Thane seguía convencido de que volvería a ver a Ciena. Quería creer que se encontrarían sin importar qué. Pero ahora se daba cuenta de lo estúpido que era pensar así, era casi como el sueño de un niño.

—¿Entiendes? —repitió Ciena.

—Sí. —Esa simple palabra estuvo llena de amargura—. Así que me enviarás a una prisión militar, después de todo esto. —Thane señaló la cama deshecha, la ropa tirada en el suelo. La insignia de Ciena brilló ligeramente con el resplandor de la luz.

—¡Te lo advertí con tiempo! Además, tarde o temprano te tendrás que ir. ¿Cuánto tiempo perdiste aquí ya?

—¿Perder el tiempo? Te estaba esperando. —Él no sabía cuan enojado podía estar con ella y aún así amarla—. Pero, después de todo, creo que sí perdí el tiempo.

Ciena se estremeció, pero no se detuvo.

—No puedes conseguir un trabajo en Jelucan. Toma el siguiente carguero y vete a un planeta independiente, y que no pase por tu cabeza trabajar ilegalmente para alguien, ¿*okey*? Búscate un trabajo en algún lugar del Borde Exterior, donde nunca te encuentren.

—No necesito tu consejo.

—Necesitas el consejo de alguien. De lo contrario, te quedarás en Valentia deprimido y enloqueciendo poco a poco.

Eso le dolía, pero Thane aceptó que no estaba completamente equivocada.

—Muy bien. Pronto me iré de aquí. —En menos de una semana.

Porque después de una semana lo reportaría. La mujer que amaba lo reportaría ante el Imperio.

—Sí —dijo sin emoción alguna—. En menos de una semana.

Ciena respiró profundamente.

—Entonces no queda nada más que decir.

Pero Ciena no movió ni un dedo. En lugar de eso, acarició la mejilla de Thane; su dedo recorrió su barbilla.

Thane tenía que pedirle que se fuera. Que no estaba interesado en compartir su cama con alguien a quien le importaba más él Imperio que él. Palabras crueles como las que usaban Dalven y su padre se agolpaban en su mente, oraciones perfectamente formadas, como si la maldad de ellos permaneciera profundamente enterrada en su interior, esperando el momento de brotar: «Ya obtuve todo lo que quería de ti. Te rendiste fácil, ¿no?».

Pero no dijo nada de eso. Mejor se preguntó qué lamentaría más: dejarla ir en ese momento o volver a la cama con ella. Cualquiera de las opciones iba a doler.

Sus miradas se cruzaron, y cuando ella se inclinó hacia él, Thane la tomó por la nuca y la volvió a besar. A Thane y a Ciena les quedaban unas cuantas horas para permanecer juntos, y no las desperdiciarían.

Ronnadam miró con el ceño fruncido el reporte de Ciena en su pantalla.

—¿Está completamente segura de eso, capitana Ree?

—Tan segura como puede estarse en ausencia de un cadáver… y hasta para los droides de escaneo ha sido difícil buscar en las grietas de las montañas. En los entierros celestiales, el cuerpo desaparece en pocos días.

—¿«Entierros celestiales»?

Ciena deseó no haber pronunciado esas palabras; sus pensamientos aún seguían en Jelucan y en todo lo que había dejado ahí.

—Señor, en Jelucan colocamos a nuestros muertos en tumbas abiertas a gran altura. Las aves devoran el cuerpo, llevándose tanto la carne como el alma del fallecido al cielo, por siempre.

—Barbarismo puro —respondió Ronnadam con un gesto de desagrado e intentó no estremecerse—. Pero supongo que lo mismo sucede con un accidente o con un suicidio, como aparentemente es el caso.

Ciena asintió.

—El teniente Kyrell estaba invadido por el dolor después de la pérdida de tantos compañeros y amigos a bordo de la Estrella de la Muerte. Según los interrogatorios que hice en Jelucan, creo que desertó y regresó a su planeta natal con la intención de recuperar sus ganas de vivir, pero no funcionó. Saltó de uno de los acantilados más altos, dejando su tractor de montaña atrás, aún encendido.

No debió haber agregado lo último. Las mentiras, mientras más simples, mejor, o al menos eso le habían hecho entender a Ciena. Pero había mentido tan pocas veces en su vida. Su boca sabía a deshonestidad.

Cuando dejó a Thane, Ciena había decidido mantener su palabra y reportar su deserción una semana después. Ese tiempo sería suficiente para que tomara sus cosas y escapara a algún planeta oscuro, y así desaparecer de su vida para siempre.

Eso también le dio tiempo de ir a casa a visitar a sus padres, quienes se sintieron felices y sorprendidos al verla; pero vaya que hubo sorpresa cuando rompió en llanto en la puerta. Aunque Ciena había logrado recobrar la compostura ante su familia y no mencionar nada acerca de Thane, sabía muy bien que ellos intuían que esa no era una visita de rutina. Su madre se sentó a su lado una vez entrada la noche, sin hacerle preguntas indiscretas, simple y sencillamente trenzando el cabello de su hija del mismo modo que lo había hecho cuando era pequeña. Los cuidados de su madre habían sido reconfortantes, pero nada aliviaba la pena que sentía al tener que reportar a Thane.

Al final no se sintió capaz de hacerlo. Si el Imperio hacía aunque fuera el mínimo esfuerzo por rastrearlo, era posible que lo encontraran y que lo sometieran a juicio.

Así que, una vez más, escogió su lealtad hacia él y lo protegió con la mejor mentira que pudo concebir.

—Muy bien. —Ronnadam cerró su reporte sin siquiera terminar de leerlo. Si Thane no hubiera desertado en un momento de crisis para la flota imperial, su versión de los hechos habría sido investigada de manera más puntual. Ahora lo único que quería era tachar esa tarea de su lista de pendientes—. Manejó esto muy bien, capitana Ree.

Ese elogio le pareció una pesada carga de piedras que se volvió más pesada a lo largo del día. Se sentía avergonzada por haber sido felicitada por un oficial de alto rango por violar su juramento de lealtad.

«Nunca más», se prometió a sí misma. Desde ese día en adelante, su servicio hacia el Imperio sería más que un deber: sería su expiación por amar a una persona más que a su honor.

CAPÍTULO TRECE

Siete meses después de la Batalla de Yavin…

THANE REDUJO LA INTENSIDAD de la llama azul y blanca del soplete para soldar, se levantó los *goggles* y miró con el ceño fruncido el objeto de metal que intentaba arreglar. El carguero independiente llamado *Moa* era viejo desde antes de que él naciera, pero seguía funcionado gracias a una serie de mejoras que le habían sido instaladas con el paso de las décadas. En ese momento, Thane intentaba hacer que una celda de energía de unos sesenta años funcionara en un procesador de veinte, con resultados poco favorables.

Maldiciendo en voz baja, apagó el soplete y caminó por los pasillos del *Moa* hasta que llegó al puente. No era un espacio oscuro y anguloso, como los de las naves imperiales; este era una pequeña habitación iluminada en la que los paneles de la consola brillaban en cinco colores distintos; cada uno era la prueba evidente de que alguna vez pertenecieron a otras naves. Todo lo que había ahí había sido armado para satisfacer las muy particulares necesidades del *Moa*, o mejor dicho, la nave a la que todos llamaban *Moa*. Ese era un acrónimo de su nombre completo: «Majestuoso y Omnipresente Apocalipsis», un título que sonaba más «maléfico» para los wookiees, como su capitana.

—Sólo logro obtener el sesenta por ciento de carga —le reportó Thane a Lohgarra—. Cuando aterricemos en Zeitooine, necesitaremos adquirir una mejor celda de energía.

Lohgarra rugió, preguntándose dónde conseguirían los créditos suficientes para una nueva celda de energía.

—Sé que estamos quebrados. —Técnicamente Thane sólo era un copiloto y navegante contratado, pero Lohgarra trataba a los miembros de su tripulación con respeto, como miembros de un mismo equipo. Thane podía poner objeciones, podía decir «estamos»—. No tiene que ser una celda nueva. Sólo una que no sea tan vieja.

Lohgarra le preguntó si creía que todas las cosas viejas debían ser desechadas. Esa era una broma a costa de ella misma; era una wookiee mayor, aun para los estándares de su longeva raza, su pelaje ya era casi completamente blanco.

Thane se recargó en la pared y sonrió:

—No a todos les sienta tan bien la edad como a ti, Lohgarra.

Ella hizo con la mano un gesto de desdén y aceptó darle el presupuesto necesario para que buscara una batería más reciente para el sensor de despliegue, pero le advirtió con otro rugido que Zeitooine no sería el lugar más barato para encontrarlo.

—Lo sé. Pero no encontraremos nada mejor en esta zona del espacio. Quizá encontremos algo menos costoso en el Borde Exterior.

Estar en el Borde Interior del Imperio hacía que Thane se sintiera intranquilo. Se había unido a la tripulación del *Moa* en especial porque Lohgarra y su equipo casi siempre navegaban en el Borde Exterior o en la Región en expansión. Trabajar con ella era una buena manera de esconderse por un rato. Lohgarra sólo transportaba mercancía legal, pero operaba en las fronteras de los bordes, donde la supervisión imperial

difícilmente era algo de qué preocuparse. Si bien Thane no le había dicho a Lohgarra que era un desertor imperial, él creía que ella se lo imaginaba, pero que en realidad no le importaba. Aunque los profundos ojos azules de la wookiee se habían vuelto ligeramente blanquecinos por la edad, su visión y su mente eran lúcidas.

Ella contrataba a los miembros de su tripulación no sólo por sus habilidades; también le interesaba que tuvieran una personalidad accesible y que no quisieran ganar dinero a costa de lo que fuera. Los trabajos que realizaban eran elegidos con base en el carácter de Lohgarra y no en algún tipo de interés económico; por ejemplo, un contrato para transportar bienes de lujo podía ser seguido por otro en el que tuvieran que llevar generadores de emergencia a un peligroso puesto de avanzada, y ganaran absolutamente nada. Ella decía que necesitaba gente en la que pudiera confiar; Thane creía que se liaba demasiado, pero era su nave y su negocio. Había administrado un cargador durante un par de siglos sin la ayuda de Thane, así que seguramente sabía descifrar las intenciones de las personas muy bien. Conforme aprendió más de su idioma, el shyriiwook, más se daba cuenta de lo inteligente que era su capitana. Y cuando Lohgarra acogía a uno de los miembros de la tripulación, como era el caso de Thane, podía ser muy cariñosa, al grado de ser maternal. Era algo ridículo, pero a él no le importaba en lo más mínimo. Al menos trabajaba para alguien a quien podía respetar.

Y tan perceptiva como era, Lohgarra evidentemente notó su intranquilidad. Ella le recordó rápidamente que Zeitooine era un planeta selvático con muy pocas ciudades grandes y, definitivamente, no era una zona que se distinguiera por su actividad comercial.

—Claro, lo sé —admitió Thane—. Estaremos bien. —Pero seguía sintiéndose nervioso y probablemente por fuera también era notorio.

El otro «miembro de la tripulación» que se encontraba en el puente en ese momento era su droide astro mecánico, un modelo JJH2 de colores morado y negro. Thane se sentía agradecido de que no hubiera nadie más a su alrededor que notara su malestar ante la idea de aterrizar en un planeta con presencia imperial. Lohgarra debía ser la única que entendía lo que estaba pasando.

Preocupada, se inclinó hacia delante para observar detenidamente a Thane, entrecerrando sus ojos azules; después le dijo que estaba demasiado delgado y le preguntó si estaba comiendo lo suficiente.

Él hizo un esfuerzo para no poner los ojos en blanco.

—Sí, estoy comiendo.

Pero Lohgarra sabía que era difícil encontrar porciones adecuadas para la nutrición de las diferentes especies de la tripulación.

—Te aseguro que estoy bien. No te preocupes, ¿de acuerdo? —dijo Thane y se dio la vuelta.

En cuanto la puerta del puente se volvió a abrir, Lohgarra soltó un rugido bajo, que casi podía ser interpretado como un regaño.

Exasperado, Thane se rio mientras salía.

—Mi pelaje brilla bastante.

Mientras caminaba por el pasillo pensó: «Acabo de llamar a mi cabello, “pelaje”». Antes de que fuera demasiado tarde, debía pasar algo de tiempo con otros humanos.

Pese a ello, ni siquiera consideró la idea de regresar a Jelucan. No tenía razón alguna para hacerlo. De vez en cuando miraba algunos hologramas con noticias de su planeta natal, pero nunca con nostalgia, sólo para sentirse feliz de nunca más tener que regresar ahí. Con mucha seguridad, su familia se sentía aliviada de haberse librado de él, y Ciena —tuvo que cerrar los ojos al pensar en ella— seguramente tampoco estaría ahí. Menos cuando la guerra entre el Imperio y la Alianza Rebelde se intensificaba cada día. Dudaba que ella hubiera tenido más de tres días seguidos de descanso desde aquella despedida.

Si Thane alguna vez regresaba a Jelucan, se imaginaría a Ciena como aquella niña en alguna de las pequeñas naves que surcaban los cielos. Los senderos de la montaña le recordarían que alguna vez los habían explorado y habían encontrado aquella cueva que se convirtió en su fortaleza. Y Valentia nunca sería sólo una ciudad para él; siempre sería el lugar en el que se habían convertido en uno mismo por una noche y donde también se habían separado para siempre.

«Ya pasó mucho tiempo desde aquella vez», se dijo a sí mismo. «Deberías superarlo».

Eso era una mentira. Nunca superas la pérdida de tu primer amor, de tu mejor amiga. Pero Thane pensó que no siempre le dolería tanto como aquella terrible y última mañana en Valentia.

Aunque a juzgar por cómo se sentía, se había equivocado.

Zeitooine era un planeta helado, no de los que están sumidos en un invierno perpetuo, pero lo suficientemente frío como para que Thane y sus compañeros de tripulación sintieran que se congelaban al descender de la nave. El puerto espacial se encontraba en el borde de la ciudad, así que a la distancia pudo ver altos árboles caducifolios prácticamente desnudos, sin una hoja encima. Su aliento hacía nubes en el aire.

—En momentos como este es bueno tener pelaje —dijo Brill, una ingeniera tarsunt que había teñido de rosa eléctrico su larguísimo pelaje—. No sé cómo lo hacen ustedes, los humanos.

—A veces yo también me lo pregunto. —Thane se subió el cuello de su abrigo—. Terminemos pronto este trabajo, ¿de acuerdo?

Methwat Tann, el oficial de mantenimiento ithoriano, asintió con un ruidoso ronroneo. Su enorme cabeza curva y su cuello estaban envueltos en una bufanda que había sido tejida especialmente para él por Lohgarra, pero aun con ella puesta seguía temblando.

Su trabajo en Zeitooine era muy simple, sólo debían entregar algunos droides constructores. Thane ayudó a Methwat y a Brill a descargar y después se adentró en la

estación espacial para localizar a un vendedor de refacciones de segunda mano. Casi siempre se podía encontrar a uno o dos por ahí. Después de unos minutos sin suerte, finalmente se atrevió a preguntarle a alguien, que le dijo que el lugar más cercano se encontraba a diez minutos caminando. Thane arrugó la frente, revisó su cronómetro y decidió apurarse. Era mejor llegar un poco tarde y ser regañado que navegar un día más con esa maldita celda de energía vieja.

Así que decidió acortar el camino yéndose por la ciudad y caminando tan rápido como podía, hasta que se detuvo al llegar a la plaza, que se encontraba llena de gente. Nadie caminaba, ni siquiera se movían, y de pronto se dio cuenta del porqué.

—Están bajo arresto —dijo el capitán de los soldados imperiales con una voz monótona, mientras al menos una docena de sus hombres usaban sus blásters para mantener alejados a todos aquellos que se acercaban a curiosear la escena que tenían enfrente; un grupo de gente era obligado a salir de una casa. «Es una familia», entendió Thane de golpe. La hija no tendría más de trece años y lloraba mientras el soldado imperial la empujaba para que caminara con él tan rápido que apenas y podía caminar; la mano del soldado le tiraba del cabello.

—Por favor —dijo la madre de rodillas frente al capitán—, por favor, pagaremos las multas, puede vender nuestra casa, todas nuestras pertenencias.

El capitán de los soldados imperiales conservaba el tono monótono, casi autómata:

—La violación repetida de la prohibición a las publicaciones independientes es castigada con encarcelamiento sin plazo definido.

Otro soldado imperial traía consigo a una niña aún menor, quizá tenía menos de cinco años, que era lo suficientemente pequeña como para ser cargada con un brazo. Esa niña no lloraba; estaba demasiado asustada como para hacerlo. En lugar de eso, sus grandes ojos abiertos miraban a la multitud de curiosos, parecía pedirle a alguien que la ayudara.

Pero nadie movió un dedo. De eso se encargaban los blásters de los soldados imperiales.

«Hace menos de un año me quedé ahí parado mientras veía cómo golpeaban a algunos esclavos», pensó Thane. Una vez más recordó cuando sacaba a pasear su caza TIE para atemorizar a toda la población de Kerev Doi.

La madre seguía rogando.

—A las niñas no, por favor. Fuimos mi esposo y yo quienes hicimos esto. Las niñas son inocentes. ¿Por qué tendrían que…?

Sus palabras se silenciaron en cuanto el capitán le golpeó el rostro fuertemente con la culata de su rifle. La mujer cayó al suelo, llorando, mientras otro soldado de asalto se agachó para esposarla.

«¡Haz algo!», pero Thane no podía hacer nada. No podía atacar a tantos hombres armados. Ni siquiera podía decir lo que pensaba. Al desertar de la flota imperial, se había puesto a sí mismo en una situación en la que nunca más podría llamar la atención o traspasar los límites. Él mismo había construido aquella jaula invisible que lo rodeaba.

Lleno de rabia se dio la vuelta y caminó de regreso a la estación espacial. Mientras se dirigía hacia el *Moa*, Brill lo vio:

—¡Oye!, ¿dónde está la nueva celda de energía?

Thane resopló:

—No tenían algo que pudiéramos pagar, ¿*okey*? Detrás de él escuchó cómo ella respondía en voz baja:

—Perdón por preguntar.

Esa no era la manera correcta de hacer nuevas amistades con los compañeros de la tripulación. Pero Thane no quería hacer amigos. Quería encerrarse en su camarote, apagar las luces y olvidar todo lo que había visto, todo lo que alguna vez había sido.

Ciena contempló la escena en el planeta Ivarujar, y pensó que sólo había algo parecido a eso: el infierno.

A la distancia, el volcán seguía escupiendo ceniza, tan alto que nadie en ese planeta volvería a ver el cielo en años, La lava brillaba anaranjada y amenazante en el horizonte; la ciudad capital había sido completamente arrasada. Cuando Ciena miró a través de sus cuatriculares, pudo ver más edificios que se ennegrecían y desmoronaban en cenizas sólo por el calor.

El *Devastador*, la nave más cercana a la zona, había enviado otras para evacuar a las tropas imperiales en Ivarujar. Las que tenían en el planeta habían sido severamente dañadas en la erupción inicial, así que las tropas estaban atrapadas… y si no las encontraban pronto, también estaban condenadas a morir. Ciena era la encargada de la nave que volaba más cerca del volcán. Aunque era una misión arriesgada, se encontró a sí misma llena de energía ante la experiencia. No era que no le gustara trabajar en el puente de un Destructor Estelar… pero hacía mucho que quería volver a la acción.

—Capitana Ree, los tenemos a la vista —dijo el soldado imperial que pilotaba. Ella apartó la vista del ventanal de la nave para concentrarse en la pantalla de visualización, con la imagen de unos soldados imperiales en la parte más alta de un edificio. Todos estaban formados, disciplinados e inmóviles, esperando a ser rescatados, aunque para ese entonces, el calor debía ser insoportable.

—Buen trabajo —dijo Ciena—. Acerquémonos.

El piloto lo dudó, después revisó por segunda ocasión sus instrumentos. Ciena entendió el motivo de su incertidumbre: el calor tan intenso provocaba incendios, generaba llamaradas y ventiscas que podrían desestabilizar una nave más grande que la suya.

Pero en las montañas, algunas veces también había habido extrañas ventiscas.

—Muy bien, tomaré el mando. —Ciena le indicó con un gesto que se levantara del asiento.

—Capitana, soy capaz de pilotar la nave.

—Sé que lo eres. Pero tú tienes la fuerza para cargar a un hombre herido hasta aquí y yo no.

—Bueno, tal vez no más de uno o dos.

Una vez que se aseguró de que no sería reportado por cobardía, el piloto se unió a los otros soldados de asalto que estaban atrás. Ciena llevó la nave más abajo, a través de barrancas urbanas por las que corría la lava, en lugares donde hacía muy poco había habido calles. La luz roja infernal de abajo contrastaba con la negrura del cielo. Aunque fue un trayecto muy movido, Ciena logró estabilizar la nave.

«¡Qué cosa tan pesada!», pensó, deseando una nave que tuviera un poco más de agilidad. No obstante, esta podía aguantar el calor y nada más importaba en ese momento.

Ciena aterrizó en el edificio del cuartel, y tan pronto como abrieron las puertas, las tropas comenzaron a abordar. Sus armaduras ahora eran grises por la ceniza volcánica, y muchos de ellos tosían y se tropezaban. Si hubieran tardado media hora más, muchos se habrían desmayado o muerto. Ciena los recordó a todos formados, siendo fieles a su disciplina hasta el último momento, y sintió tanto orgullo que pensó que su corazón iba a estallar.

—Muy bien —dijo, y estaba a punto de indicar que se retiraban, cuando vio otro edificio a lo lejos. Ahí también había mucha gente amontonada en el techo: eran ivarujarianos que quizá no habían logrado alcanzar a tiempo las naves que transportaban civiles. O tal vez no había habido suficiente espacio para todos…

—¿Capitana? —El piloto regresó a la cabina de control—. ¿Estamos listos para despegar?

—Sí —dijo—. Vamos a hacer una parada más antes de regresar al *Devastador*.

—Una… ¿parada?

A Ciena no se le había indicado que podía rescatar civiles pero tampoco le habían dado órdenes para que no lo hiciera.

—Hagan tanto espacio como puedan allá atrás. Vamos a recoger más pasajeros.

Cuando Ciena despegó, pudo sentir la inestabilidad que causaban las corrientes de aire que rodeaban la nave. Mordiéndose el labio inferior, llevó la nave más arriba, para postergar el descenso hasta el último momento. El volcán volvió a rugir, tan fuerte que el sonido hizo vibrar la nave entera; habían sido advertidos sobre una muy posible segunda erupción, que parecía iba a suceder en cualquier momento.

«No tienes derecho a arriesgar las vidas de las que eres responsable por aquellas de las que no lo eres», pensó, su antiguo entrenamiento en la academia resonó en su mente. Después de un momento, Ciena dejó de pensar en eso. Una vida era una vida, y además, ella podía hacerlo.

Una vez más aterrizó en la esquina de un edificio, y abandonó la cabina de mando para ayudar a abordar a los civiles, quienes tosían aún más fuerte que los soldados imperiales, ya que ellos no llevaban cascos con máscaras de ventilación; algunos de ellos apenas y estaban conscientes. Ciena extendió sus brazos para alzar a un pequeño niño y

subido a la nave, después le dio la mano a su padre para ayudarlo. Alrededor de ella los soldados imperiales hacían lo mismo, siguiendo las órdenes de la oficial a cargo, como siempre.

Cuando la última persona subió, la nave estaba a más del tope de su capacidad. Ciena tuvo que empujar a mucha gente para regresar a la cabina de mando, donde el piloto ni siquiera tenía la intención de echar a andar la nave.

—Con este peso no sé si podremos…

—Sí podemos y lo haremos —dijo Ciena, con más confianza de la que sentía. La nave podía soportar ese peso, pero su maniobrabilidad sería complicada, pues corrían un gran riesgo al enfrentar los ventarrones supercalientes.

Hizo que los motores funcionaran a su máxima potencia y remontó el vuelo. Al inicio, la nave se sacudió de manera tan violenta que casi se cae de su silla; podía escuchar a los recién rescatados ivarujarianos, que estaban en la parte trasera, gritar del terror. Un momento después, los edificios se convirtieron en una llamarada, como cerillos recién encendidos. En cualquier momento, eso se convertiría en una tormenta de fuego, y su nave podría quedarse a la mitad de ella.

Ciena apuntó con la parte frontal de la nave hacia arriba. Estaban ascendiendo con mucha más lentitud de la que deberían, pero al menos se estaban moviendo…

En el horizonte vio cómo las llamas se alzaban más y más, tanto que comenzaron a arremolinarse en una corriente ciclónica. Sí la nave se quedaba atrapada en una de esas, morirían.

Pero Ciena se mantuvo firme, luchando cada centímetro de su camino contra los terribles vientos, hasta que finalmente estuvieron fuera de peligro. Ciena suspiró aliviada, y escuchó ovaciones en la parte trasera de la nave.

No pudo evitar sonreír, ¿y quién podría culparla?

Pero sí había una respuesta para esa pregunta: el capitán Ronnadam.

—Su misión era salvar a los soldados del cuartel —dijo, caminando por su oficina, mientras Ciena mantenía la posición de firmes; aún llevaba su uniforme lleno de cenizas—. No rescatar a los civiles.

—Mis órdenes tampoco me prohibían hacerlo, señor.

Ronnadam entrecerró los ojos.

—¿Conque queriendo encontrar lagunas en las órdenes, Ree? Eso es algo peligroso.

—¡No, señor! A lo que me refería es a que reaccioné por instinto y no vi problema alguno para hacerlo.

—Usted reaccionó por instinto… —dijo con desdén—. En otras palabras: no esperó a que sus oficiales superiores aprobaran sus planes.

«No teníamos tiempo», quiso protestar, pero sabía que esa no era una opción.

—Lo siento, señor. Debí haber esperado a que mi misión fuera aprobada antes de realizarla. No volveré a cometer esa equivocación.

—Asegúrese de no hacerlo. —Ronnadam la observó de arriba abajo antes de agregar fríamente—: No tiene sanciones previas en sus registros, así que su castigo será poco severo… sólo cinco semanas de dobles turnos de servicio. Pero la próxima vez no seremos tan compasivos.

—No habrá una siguiente vez, señor. —Y cinco semanas de trabajo extra era un precio muy bajo por haber salvado cuarenta vidas.

Mientras salía de la oficina, Ciena suspiró aliviada. Al inicio estaba enojada al ser castigada por haber salvado la vida de muchas personas, pero ahora entendía que estaban disgustados sólo porque había alterado la cadena de mando. No había hecho nada malo al rescatar a aquellas personas. El Imperio nunca habría tenido alguna objeción con eso.

Además, ese había sido uno de los mejores pilotajes que había hecho en su vida. Si tan sólo pudiera contárselo a Thane. En su mente podía imaginar su rostro mientras le contaba acerca del fuego ciclónico. Se habría sentido tan celoso de no haber sido él quien pilotara en esa ocasión.

Incluso aquellas cosas de las que se sentía tan orgullosa carecían de significado si no podía contárselas a Thane.

CAPÍTULO CATORCE

Dieciocho meses después de la Batalla de Yavin…

LA BODEGA DE CARGA del *Moa* estaba llena de suministros médicos para la lejana península sureña del megacontinente Oulanne. Un mes antes, un terrible terremoto había devastado prácticamente todas las estructuras de una amplia zona. Sin embargo, el Imperio no había enviado ayuda médica, pues un planeta sin importancia económica no merecía tal atención. Unos cuantos oulannistas adinerados, que vivían en otros planetas, habían ofrecido lo que tenían. Los suministros médicos que transportaba el carguero sólo representaban una mínima parte de todo lo que se necesitaba, pero de algo ayudaría. Thane estaba totalmente convencido de que Lohgarra había aceptado hacer el viaje gratis.

Mientras descendían por los niveles más altos de la atmósfera, Thane revisó los sensores climatológicos y silbó en desaprobación:

—Esto no es nada bueno.

Lohgarra quería saber qué indicaban.

—Aquí vemos una intensa tormenta; mejor dicho un megahuracán que cubre una cuarta parte de la tierra firme.

JJH2 lo confirmó, pitando alarmado. Methwat hizo un sonido que más bien era una vibración, en señal de desaprobación.

—Como si esta gente no hubiera tenido suficientes problemas —dijo Brill, agitando su cabeza peluda y rosa.

Thane agrego:

—Y ahora nosotros también tenemos problemas.

Por lo general, las tormentas no eran un problema para las naves espaciales. Cualquier cosa que aguantara los estragos del espacio podía aguantar un poco de lluvia y truenos. Sin embargo, una nave tan sobrecargada, como en ese momento lo era el *Moa*, podía ser difícil de manejar en la atmósfera, y los vientos a esas velocidades extremas podían superar la capacidad de sus estabilizadores. (Sólo por unos minutos, pero eso era más que suficiente para que una nave se sumergiera en el lodo).

Ellos podrían dirigirse al puerto seguro más cercano. Sin embargo, en ese caso significaba alejarse a kilómetros de distancia de la zona de desastre. Los suministros médicos ahora, más que nunca, eran necesarios.

Así que cuando Lohgarra le preguntó a Thane si podrían aterrizar en esas condiciones, él respondió:

—Claro que puedo.

Methwat volteó a ver a Thane con el rostro lleno de preocupación; era demasiado educado como para cuestionar a alguien cara a cara, pero era obvio que no le agradaba lo que estaba viendo.

—Confía en mí —dijo Thane. Se abrochó el cinturón de seguridad y dirigió la nave hacia la tormenta.

La oscuridad del espacio se transformó en azul celeste, pero no por mucho tiempo. Debajo de ellos la tormenta se arremolinaba, una enorme nube con forma de espiral se expandía como los tentáculos de una gigante criatura marina. Mientras el viento comenzaba a azotar la nave, el casco de esta se estremecía alrededor de ellos.

Lohgarra le rugió a la tripulación que se prepararan para lo que viniera. JJH2 rápidamente le suministró a la estación de Thane toda la información atmosférica que pudo procesar.

Brill se quejó:

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Kyrell.

—Yo también lo espero.

Él se sumergió en el ojo de la tormenta, una zona tranquila que siempre se encuentra en el centro de cualquier huracán. En cuanto las amplias alas blancas del *Moa* se extendieron sobre el agitado océano, la pantalla de visualización mostró una imagen casi surreal: la luz del sol se reflejaba en el agua mientras ellos aceleraban hacia las nubes negras y las gruesas cortinas de lluvia que cegaban a Thane de todo lo que tuviera enfrente.

Los sensores le indicarían todo lo que necesitara saber. Alineó la nave, disminuyó la velocidad y descendieron tanto que casi podían tocar la espuma de las olas salvajes, y después, cuando se acercaron a la rocosa orilla, pudieron mirar los escombros desparramados por todas partes.

La nave se ladeó peligrosamente, como si hubiera sido golpeada por un puño gigante. «¡Demonios!», el viento era peor de lo que Thane pensaba.

—Vamos… —susurró, mientras guiaba la nave hacia un ángulo donde la corriente pudiera ayudarlos en lugar de hundirlos—, podemos hacerlo.

—¿Me hablas a mí o a la nave? —dijo Brill. En lugar de responder, Thane hizo una pregunta.

—¿Te aseguraste de que el sistema tuviera las coordenadas del hangar?

La cabellera rosa de Brill pareció ponerse de punta.

—¿Quieres utilizar la navegación automática? —Desde el asiento del capitán, Lohgarra gruñó incrédula y JJH2 silbó la nota aguda que denotaba pánico en los droides.

—No sólo con la navegación automática. —En ese momento, el *Moa* temblaba tan fuerte que tuvo que gritar para ser escuchado por encima del traqueteo y los crujidos del casco—. Esta nave es muy vieja y sus sistemas provienen de decenas de naves diferentes. Así que encender la navegación automática no desactiva la manual. Usaremos ambas al mismo tiempo.

Los dedos de Brill presionaron distintos controles, haciendo lo que Thane le había pedido.

—Ya sabes que si no puedes coordinar los movimientos manuales con los de la navegación automática, nos partiremos en dos, ¿verdad?

—Lo sé.

Thane sintió cuando la navegación automática entró en funcionamiento. Era como tener a otro piloto intentando arrebatarle el control. Pero había pasado la mayor parte de su infancia aprendiendo a pilotar con alguien más. El control no era algo por lo que se luchara; era algo que se construía entre dos.

La navegación automática tenía su objetivo fijo, sin parecer importarle las terribles condiciones del viento; eso hacía que Thane pudiera ladear y pilotar la nave de manera que, aunque luchaba contra el viento, se mantenía en el camino que debía. En un momento, la falta de Coordinación entre él y la navegación automática hizo que la nave se sacudiera de golpe, haciendo que todos se tambalearan de manera tan violenta que hasta el educado Methwat soltó un gran grito. Pero Thane volvió a sincronizarse con la navegación automática en unos instantes.

Cuando el hangar apareció en el horizonte, Thane sintió que le regresaba el aliento. Los propulsores desaceleraron y el descenso comenzó, mientras el *Moa* aterrizaba de manera segura en tierra firme.

Brill y Methwat aplaudieron, y Thane cruzó los brazos detrás de su cabeza, como si no se hubiera preocupado por nada.

—Así es —dijo—. Soy muy bueno.

—¡Eres suertudo! —insistió Brill, esbozando una gran sonrisa.

—De acuerdo, soy suertudo. Da igual.

«Si hubieras estado ahí, no lo hubieras creído», se imaginó contándole a Ciena. «Y si hubieras estado ahí, seguro hubieras querido tomar el control en lugar de dejármelo a mí… y quizá tú hubieras hecho un mejor aterrizaje».

Thane seguía guardando anécdotas que un día le contaría, aunque supiera que ese día nunca llegaría. Y por más que intentaba dejar de hacerlo, no podía.

Lohgarra le dijo a Thane que estaba muy, muy orgullosa de él y lo envolvió en un gran y peludo abrazo. Y, después, le dio la más alta muestra de cariño y agradecimiento para un wookiee: comenzó a cepillarle el cabello.

Thane suspiró mientras ella se concentraba seriamente en su cabello. Así no era como funcionaban las cosas en el Imperio.

Al día siguiente, la tormenta se había ido lo suficientemente lejos como para que ellos pudieran comenzar a distribuir los suministros médicos. Para la sorpresa de Thane, otro grupo de pilotos había aterrizado unos días atrás con un sustancioso botín de equipo médico y víveres para emergencias, así que terminaron trabajando codo a codo.

—¿Tú pilotaste esa nave ayer? —dijo el líder, un hombre de cabello negro sólo pocos años mayor que Thane—. A eso le llamo pilotar.

—Gracias.

—¿Siempre haces viajes así? ¿A planetas en peligro?

—A veces. Esas son ideas de Lohgarra —contestó Thane mientras ambos bajaban la carga—. Tengo que aceptar que me gustan.

—Pero eso significa menos dinero para ti.

—Nunca me ha preocupado tanto el dinero.

—¿En qué otros viajes has estado?

Thane dudó antes de contestar. Si alguien sospechaba que había desertado del Imperio, podría ser reportado… Pero era imposible hablar honestamente de sus experiencias de los últimos meses sin dejar en claro lo que sentía al respecto.

Él sabía que el Imperio estaba corrompido, pero no sabía en qué medida, hasta que desertó. La difícil situación de los bodach’i lo había afectado mucho, pero ahora sabía que ellos sólo eran una especie de muchas más que estaban bajo el yugo del Imperio. Había pilotado el *Moa* a planetas mineros que habían sido cavados de manera tan salvaje que nuevos mares habían brotado en donde antes había granjas y pueblos. Había visto ciudades reducidas a escombros y ceniza por los ataques de cañones láser imperiales como castigo por desafiar, incluso levemente, a la autoridad.

—Zeitooine —respondió Thane—. Y Dinwa Prime, y Arieli. Recientemente estuvimos en Ivera X. —Contestó con mucha naturalidad, pero se dio cuenta de que su respuesta era, en efecto, una lista de los lugares en los que el Imperio había cometido crímenes de guerra. El otro hombre lo miró a los ojos.

—Entonces has visto suficiente.

—Sí.

—Cuando termines aquí, tú y yo tenemos que hablar. He estado en muchos de esos planetas. Es bueno saber lo que otras personas piensan que debe hacerse.

«¿Estará pensando en reportarme?». Thane sabía que era una posibilidad, pero su instinto le dijo que no era así.

—Claro. Hablemos más tarde. Por cierto, me llamo Thane Kyrell.

El hombre de cabello negro sonrió y le extendió la mano.

—Wedge Antilles.

Ambos se sintieron más en confianza cuando compartieron unas bandejas de comida dentro del hangar. En ese momento, lo peor del huracán ya había pasado. Una constante y pesada lluvia platinada seguía cayendo, pero el viento se había calmado y las palmeras y otros árboles selváticos ya sólo se balanceaban. El crujido de las hojas y el golpeteo de las gotas en el techo de metal seguía escuchándose lo suficientemente fuerte como para hacer que su conversación no pudiera ser oída por nadie.

—Demostraste valentía —dijo Wedge— al irte como te fuiste.

Thane se encogió de hombros.

—Intercambié mis créditos por unos no registrados y escapé. No es lo más valiente que alguien haya hecho.

—Desafiaste al Imperio por tu cuenta. Rechazaste la vida y carrera que habías construido por no ir en contra de tus principios. Yo a eso le llamo valentía.

—Deja de intentar caerme bien y di lo que tengas que decirme.

Wedge Antilles lo miró severamente, al parecer no estaba acostumbrado a que no creyeran en su palabra. Tal vez Thane era injusto, pero qué más daba. Tenía que ser cuidadoso con aquellos a quienes les daba su confianza.

Lohgarra y el resto de la tripulación se la habían ganado. Y Ciena siempre tendría su lealtad en cierta medida, aun cuando nunca más volviera a verla.

¿Pero ese tipo? Necesitaba decir lo que tenía que decir, y pronto.

Tranquilamente, Wedge le dijo:

—Nos vendría bien un piloto como tú en la Alianza Rebelde.

¿Los rebeldes? ¿Ahí? Thane nunca se imaginó que irían a un planeta sólo para ayudar a aquellos que habían caído en desgracia. Pero sabía que Wedge estaba diciendo la verdad.

—No. Lo siento.

—Odias al Imperio. Y después de todo lo que has visto, no puedes evitarlo.

—Cierto —admitió Thane—. Pero tampoco estoy a favor de su rebelión.

—Estamos luchando para liberar a la galaxia.

—Ustedes comenzaron una guerra, y mucha gente morirá por eso.

Los oscuros ojos de Wedge brillaron intensamente.

—Palpatine inició la guerra. Nosotros vamos a ponerle fin.

La fuerza de convicción de ese hombre era ligeramente desconcertante.

—¿Luchar contra el Imperio? Admito que son valientes, pero se están engañando si creen que pueden luchar contra la flota imperial y ganar.

—Destruimos la Estrella de la Muerte, ¿cierto? Con sólo unos cuantos cazas estelares de un solo piloto. Piloté en esa misión y sigo aquí. Muchos oficiales imperiales no pueden decir lo mismo.

—Incluyendo algunos de mis amigos —dijo Thane en voz muy baja. No había sido tan cercano a Jude Edivon, pero recordaba lo amable y lo brillante que siempre había sido. Ella merecía una vida más larga que la que tuvo, y una muerte más digna. Y sus compañeros oficiales que apenas comenzaba a conocer, jóvenes como él que apenas iniciaban sus carreras… En ocasiones, Thane recordaba sus rostros, algunas noches en las que intentaba conciliar el sueño—. Escucha, sé por qué lo hicieron. Sé que la Estrella de la Muerte debía ser detenida, pero no se engañen, ese fue un trabajo sanguinario.

—Lo sé —dijo Wedge en voz baja—. Es justo como lo dijiste: la Estrella de la Muerte debía ser detenida. Tanto como el Imperio debe ser destruido. Pero para que eso suceda, algunos de nosotros debemos mancharnos las manos con sangre. Debemos estar dispuestos a matar y a morir. No es fácil y nunca lo será. Pero una cosa sí te digo, Kyrell, es más fácil que hacerse a un lado y no hacer nada.

Thane recordó aquel día en Zeitooine y a la familia que había sido llevada a prisión. Se había sentido tan inútil, tan impotente. Mientras fuera un desertor del Imperio, nunca más podría actuar según sus creencias. Nunca más podría hacer algo por alguien más.

A menos que no lo hiciera solo.

Esa noche, más tarde, después de haber terminado de trabajar, y después de las horas que había platicado con Wedge y bebido unas cuantas cervezas corellianas, Thane regresó al *Moa*. Caminó hacia su camarote, sabiendo que Methwat y Brill estarían dormidos, pero de pronto se encontró con Lohgarra en la cocina, comiendo una enorme rebanada de queso.

—Oye —le dijo—, ¿no puedes dormir?

Lohgarra admitió que se había despertado con hambre, y después le dijo a Thane que parecía preocupado.

—«Preocupado» no es la palabra exacta. —El número de personas en las que confiaba lo suficiente como para compartir lo que sentía podían contarse con una mano, y aún así le sobrarían dedos. Pero Lohgarra estaba entre esas personas—. El capitán Antilles, de… mmmm… del grupo no afiliado de esta mañana… quiere que se uno de sus pilotos.

Eso ocasionó un indignado aullido de Lohgarra. ¿Cómo se atrevía ese hombre a intentar robarle a uno de sus mejores pilotos? Querer tomar ventaja en una crisis como esa era impensable. Ella pensaría en subirle el sueldo a Thane si eso era lo que costaba mantenerlo a su lado…

—No, no, Lohgarra, no estás entendiendo. —Thane bajo su tono de voz—. Ellos están con la Rebelión.

Lohgarra se quedó callada. ¿Había sido por la impresión o porque no lo aprobaba?

Thane se inclinó hacia delante, intentando poner sus pensamientos en palabras, no sólo para ella, también para él.

—Nunca pensé en unirme a la Rebelión. Tú sabes que yo creo que el Imperio es corrupto, pero también pienso que lo mismo le sucedió a la Antigua República al final. Y pienso que así será cualquier tipo de gobierno que esté en el poder. Siempre me dije que todo era lo mismo. Pero lo que he visto en los meses anteriores… Eso va más allá de la corrupción. El Imperio destruye planetas y esclaviza a especies en su totalidad, y no le importa quienes están bajo su mandato. Coruscant es muy rico. ¿Acaso no podía enviar ayuda humanitaria aquí?

Lohgarra dijo casi en un susurro que las necesidades de Oulanne eran enormes.

—Exactamente. El Imperio no vino a ayudar, pero los rebeldes sí. Esos tipos están librando una guerra, siempre están huyendo, y aún así vinieron a compartir sus suministros. —Thane aún no lograba entenderlo. La mayoría de las personas no hacían el bien por nadie, y menos cuando estaban en peligro… pero él sabía por Ciena que sí existían unos cuantos idealistas por ahí.

Él continuó:

—Cie… Una chica que conocí creía que el Imperio nunca destruiría otro planeta cuando la Rebelión fuera derrotada, pero es tan buena que no reconoce la maldad aun cuando está frente a su cara. Quiero decir… ¿por qué el Imperio se tomaría la molestia de

construir una estación espacial capaz de destruir un planeta si no la iba a usar? Y si el Imperio es capaz de hacer eso, ¿de qué no será capaz? —Thane se enderezó y respiró profundo—. No sé qué seguirá después del Imperio. No puedo decir que quien sea que tome el poder después será mejor, pero no creo que pueda ser peor. Eso no es posible. Y si tengo la oportunidad de hacer algo que ayude a derrocar al Imperio, creo que tengo que hacerlo.

Después de un largo momento, Lohgarra le confesó en voz baja que su especie también había sido esclavizada por el Imperio. Kashyyyk había sido un hermoso lugar cuando era joven. Ahora era un infierno. Le era difícil hablar de la tragedia de su planeta natal, pero nunca la olvidaría.

Thane pensó en el nivel de brutalidad que se necesitaba para dominar a una especie tan poderosa como los wookiees.

—¿Esa es tu manera de decirme que también te unirás a la rebelión?

Ella negó con la cabeza. El *Moa* apenas y podía ser una nave de carga, mucho menos estaba en las condiciones para ir a la batalla, y para Brill y Methwat no sólo era una nave, también era su hogar. La decisión de unirse a la Rebelión debía ser unánime, y Lohgarra presentía que Thane sabía, al igual que ella, que los demás no estaban listos para eso.

Eso era cierto. Pero…

Podemos restaurar la nave. Hablar con los demás. Nadie aquí aprecia al Imperio. En un mes o dos podríamos convencerlos.

Probablemente, admitió Lohgarra. Después de hacer una pausa le preguntó si quería esperar para unirse a la Rebelión, si no se sentía listo para irse en ese momento.

Thane se exaltó.

—No soy un cobarde.

La enorme mano de Lohgarra acarició su cabeza. Ella sabía que Thane era valiente. Pero también sospechaba que tenía otras razones para dudar.

Durante todos esos meses, Thane había intentado mantener su pasado y sus sentimientos para sí mismo. Y debió haber sabido que su capitana era lo suficientemente perceptiva como para adivinar algo de su verdad.

—Solía formar parte de la flota imperial. La mayoría de mis amigos y compañeros de clase aún están del lado del Imperio, incluyendo alguien a quien yo… Alguien que significa mucho para mí. De alguna manera, atacar al Imperio será como atacarlos.

Lohgarra le indicó que así como él había aceptado los riesgos del combate cuando se unió a la flota imperial, lo mismo habían hecho todos ellos.

—Sí, lo sé. —Se recargó en el ruidoso asiento y respiró profundo—. Pero unirme a la Rebelión… Dejar el Imperio es una cosa, pero levantarme en armas contra de él es otra. Los amigos con los que solía servir nunca me lo perdonarían. En especial la mujer de la que te hablaba, Ciena. Nunca me volvería a dirigir la palabra si se entera. Aunque no creo que lo haga de todos modos.

Con un suave gruñido, Lohgarra le dijo que la Fuerza siempre encontraba la manera de reunir a la gente cuando el tiempo era el indicado.

«Genial, la Fuerza. Mi mayor esperanza es esa magia loca en la que aún creen las familias del valle». Pero Thane no dijo nada, sabiendo que las creencias de Lohgarra eran importantes para ella. En lugar de eso, le preguntó:

—¿Esa es tu manera de decirme que está bien que me vaya? ¿Ya que «la Fuerza» se encargará de reunirnos nuevamente?

Thane tuvo su respuesta al recibir un gran abrazo, dejándose envolver por el pelaje blanco de Lohgarra. Él la abrazó también, y ella le hizo prometer que comería bien.

A él sólo le quedó reírse:

—Lo prometo.

«En verdad voy a hacerlo», pensó. Aún todo parecía tan irreal. «Me uniré a la guerra contra el Imperio. Me uniré a la Alianza Rebelde».

CAPITULO QUINCE

—ESTOS DOS ÚLTIMOS AÑOS su servicio ha sido ejemplar, capitana Ree. —Ciena se mantenía en posición de firmes frente al almirante Ozzel, sus manos rígidas a los lados. Los oficiales menores no podían hacer contacto visual con los superiores durante las evaluaciones, así que Ciena miraba fijamente la pared de metal que estaba detrás de él.

—Con frecuencia ofrece sus servicios en turnos extras o para ayudar a entrenar a nuevos oficiales con los protocolos del Destructor Estelar. Más allá del desafortunado incidente en Ivarujar, nunca ha recibido algún castigo o regaño, y me queda muy claro que la ofensa que cometió nunca más se volvió a repetir. Nunca ha sido amonestada por portar mal el uniforme…

El brazalete de piel que le recordaba a Wynnet permanecía en una pequeña bolsa de tela en su bolsillo. Ninguna regla le indicaba que no debía guardar nada en su bolsillo.

—Usted ha sido transferida del *Devastador* al *Ejecutor* por órdenes del mismísimo Lord Vader. Un gran honor, hay que reconocerlo.

Ciena no respondió. En lo personal creía que aquella orden había sido más una amenaza que una recompensa. Ella recordaba haberlo visto navegar por el espacio a la deriva, y le había parecido desamparado. Él no necesitaba que nadie, de ninguna manera, pensara en él como alguien vulnerable. Así que tenía que recordarle a Ciena que ella siempre sería vulnerable ante él.

Ozzel siguió:

—Aunque su rango está por encima de las misiones en cazas TIE, practica en el simulador para mantener sus habilidades de piloto.

Ciena decidió que podía hablar.

—Uno nunca sabe lo que una crisis podría exigirnos, señor.

Además, a ella le encantaba pilotar por su cuenta y, en ocasiones, soñaba toda la noche con descender a través de los cañones de Jelucan con Thane a su lado. Pero tampoco iba en contra de las reglas amar lo que hacía… o recordar lo que había perdido.

—Bien dicho. —El almirante Ozzel estuvo a punto de sonreír, algo que Ciena nunca había visto—. En resumen, capitana Ree, su desempeño a bordo del *Ejecutor* ha superado todas las expectativas. Manténgase como hasta ahora y muy pronto se convertirá en comandante.

«Comandante». A Ciena ya no le emocionaba tanto la idea de subir de puesto como hacía tres años, pero se sentía satisfecha de haber cumplido su servicio tan bien. Aun con la alta tasa de promociones después de la destrucción de la Estrella de la Muerte, convertirse en comandante a menos de cinco años de egresada de la academia era un gran logro.

—Sí, señor. Gracias, señor.

Poco después, mientras caminaba por los oscuros pasillos metálicos del *Ejecutor*, reflexionó acerca de su probable ascenso. Debió de haber sido motivo de celebración; de

inmediato debió haberle mandando un mensaje a Nash y a Berisse, pidiéndoles que se reunieran más tarde para tomar un par de cervezas. En lugar de eso, el elogio del oficial superior sólo la hizo recordar cómo le había fallado al Imperio una vez… cuando había tenido que mentir para proteger a un amigo.

Y lo peor de todo era que Ciena sabía que si tuviera que volver a tomar esa decisión, seguiría escogiendo a Thane.

Mientras pasaba por la cubierta de observación, miró las estrellas y se preguntó dónde estaría él. Seguramente se había ido de Jelucan como ella le había pedido. Su planeta era un lugar peligroso para él; esas víboras a las que él llamaba «familia» lo habrían traicionado por un par de créditos. Sin embargo, Ciena seguía obsesionada con la imagen de la última vez que vio a Thane: arruinado, atascado en un cuarto miserable arriba de un bar de mala muerte en Valentia y aquellos ojos azules con la mirada perdida.

«Detente», se dijo a sí misma. «Thane es inteligente. Es un piloto talentoso. Seguramente ya habrá encontrado trabajo y un buen lugar para vivir. Quizá es feliz. Y no eres lo suficientemente ingenua como para sentir celos de que Thane tenga una vida feliz sin ti, ¿cierto?».

Ciena se enderezó y se aliso el frente del saco del uniforme. El vago reflejo que vio sobre las estrellas de la ventana era el de la perfecta oficial imperial, la excelencia de su servicio ya no sólo era cuestión de rendirle honor a su juramento. También era el precio que estaba pagando por haberle otorgado la libertad a Thane. Y nunca nadie sería capaz de decir que no estaba pagando lo suficiente.

«Ya sé. Le diré a mamá y a papá que hay posibilidades de que me asciendan». Los oficiales imperiales casi no enviaban mensajes a sus casas, como símbolo de su compromiso, pero Ciena pensaba que eso era más fácil para la gente de los Planetas del Núcleo, quienes esperaban ver a sus familias más de una vez durante cada cinco años. Ella aún se comunicaba con su familia, al menos una vez cada diez días, y les contaba todo, desde los torneos de gravesfera hasta los chistes de Berisse, o al menos aquellos que se pudieran contar.

El único tema que nunca discutía con su familia era el de Thane Kyrell. Ciena no quería mentirle a sus padres acerca de él; además, sabía que ellos se darían cuenta de inmediato de que estaba mintiendo. Mientras menos personas sospecharan la verdad acerca de Thane, mejor.

Sus padres siempre se alegraban de recibir sus mensajes, especialmente su madre. Pero últimamente, Ciena se había dado cuenta de que sus respuestas siempre se relacionaban con ella y nunca con ellos. Ellos ya no conocían todos los chismes del valle o al menos no les interesaba compartirlos. Su madre a veces le contaba acerca de su trabajo de supervisión en la mina, pero a través de los años, su tono había cambiado, ya no mostraba orgullo y si un notorio hastío. Tal vez era algo normal, pero Ciena no podía dejar de notarlo, al igual que el hecho de que su padre no mencionara nada acerca de su vida o del valle.

—Ahí estás —le dijo una agradable voz masculina. Ciena volteó y se encontró con el teniente Nash Windrider, caminando hacia ella con una ligera sonrisa en el rostro. Durante los tres años posteriores a la destrucción de Alderaan había recuperado poco a poco su antiguo ingenio y humor. No, quizá nunca volvería a ser el mismo, pero al menos ya no se notaban esas terribles ojeras debajo de su rostro que tanto la habían asustado al inicio. Tanto él como su amiga Berisse Sai habían sido transferidos del *Devastador* al *Ejecutor* cuando Darth Vader lo escogió como su nave insignia; incluso habían sido enviados al mismo cuadrante dentro de la nave, así que los veía seguido—. Te he estado buscando, Ciena.

—¿Qué pasa? ¿Es algo del cumpleaños de Berisse? —Ciena cruzó los brazos y lo observó—. ¿Arruinaste la sorpresa?

—No le estás dando ni un poco de crédito a mi experiencia con las fiestas sorpresa, la cual es considerable, ni a mi capacidad para distinguir algo lo suficientemente importante como para llevarte de regreso al puente mientras estás fuera de servicio.

Los vellos del cuello de Ciena se erizaron con una sensación de peligro y emoción.

—¿Qué pasó?

—Uno de los droides sonda encontró una interesante señal en el planeta helado de Hoth —dijo Nash encantado—. Creo que por fin encontramos la base rebelde.

Ciena respiró bruscamente.

—¿E iremos hasta ahí?

La sonrisa de Nash se hizo más notoria.

—Con cinco Destructores Estelares de clase imperial de nuestro lado.

La imagen de la sonrisa de Jude apareció en la mente de Ciena. Por fin tendrían la oportunidad de vengarse de quienes destruyeron la Estrella de la Muerte y asesinaron a su mejor amiga… y de aplastar una vez por todas la Rebelión.

Thane refunfuñó mientras abría las puertas de la bahía una vez más y una ráfaga de aire helado les dio de frente.

—Se me va a congelar todo allá abajo.

El hombre al que le mostraba las instalaciones, Dak Ralter, se rio mientras desensillaba a otro de los tauntauns.

—Hay maneras más fáciles de cambiar de género, ¿lo sabías?

—No es que quiera que se me congele; sólo quise decir que hace mucho frío. —Después de haber vivido su infancia en las montañas de Jelucan, Thane pensaba que podía soportar el frío, pero Hoth estaba en una escala completamente distinta.

—No hables de eso, ni siquiera lo menciones —dijo Dak con seriedad—. Sólo asegúrate de traer puestos los pantalones y concéntrate en el panorama completo.

—Lo sé, lo sé. Establecimos nuestra base en este pedazo de roca congelada porque el Imperio nunca buscaría aquí. Porque, ¿quién en su sano juicio se expondría a algo como

esto? —Thane pensó en las paredes de hielo de la base, en el frío glacial que parecía perforar los huesos y en el terrible olor de los tauntauns que estaban liberando en aquel momento—. Nadie puede decir que nos unimos a la Rebelión por pura diversión.

—¡Nadie nunca diría algo así! —La expresión de Dak Ralter era de indignación pura, como si alguien lo hubiera acusado de estar en la guerra sólo para divertirse—. O más les vale no hacerlo. Cualquiera que piense que no necesitamos levantarnos contra el Imperio…

—Tranquilo. Sólo era una broma.

Dak le dirigió a Thane una mirada desaprobatoria, como diciéndole que esa guerra era demasiado seria para algo tan vulgar como el humor. Algunos de los nuevos reclutas eran así al inicio… tan idealistas que pasar el tiempo con ellos era como morder terrones de azúcar pura.

O al menos eso decían aquellos que llevaban más tiempo. Thane se había integrado a la Alianza tres semanas antes que Dak; además, sentía que era casi dos décadas más grande que él y sólo era mayor por dos años más, Thane nunca había sido uno de los idealistas; había aceptado la invitación de Wedge Antilles no porque creyera que la Rebelión era lo más bueno que existiera, sino porque se había dado cuenta de que el Imperio era la máxima representación de la maldad. Y aun para él, el cambio se sentía raro. Aunque el *Moa* era pequeño, cada uno de los miembros de la tripulación tenía un camarote privado; aun en el servicio imperial nunca tuvo que pernoctar con más de siete personas. Pero en la Rebelión, Thane dormía en un enorme bunker con unas doscientas personas más, y la mayoría roncaba. Las raciones de comida eran escasas, las condiciones terribles y los riesgos aún más grandes de lo que Thane alguna vez se imaginó, y hasta el momento no había estado en ninguna de las batallas épicas que estaba esperando. En lugar de eso, había hecho algunos viajes transportando suministros, evadiendo los puestos de control fronterizos del Imperio. Había ayudado a establecer la base en Hoth. Y ahora se encontraba desmontando todo: soltando a sus bestias de carga de modo que no estuvieran ahí para cuando el Imperio llegara, porque, aparentemente, un droide sonda los había encontrado.

Asimismo, ellos acababan de instalarse en Hoth, Thane tenía ganas de preguntarle al comandante rebelde cómo se suponía que ganarían una guerra cuando el Imperio encontraba las bases rebeldes en menos de un mes.

Miró por encima del lomo del tauntaun más cercano que en ese momento gruñía y contempló la base en su totalidad. Los mecánicos trabajaban apresurados en los cazas estelares, la luz a veces azul y en otras blanquecina iluminaba la lúgubre bahía de reparación. La princesa Leia hablaba concentradamente con el general Rieekan; su intensidad era evidente a pesar de la distancia, pensó Thane.

(Un par de veces se cruzaron en los pasillos, pero ella no lo reconoció del baile de hacía muchos años atrás). Los droides chirriaban ante tanto ajetreo, mientras el personal que no iría a combate corría hacia las primeras naves; el abordaje ya había comenzado.

Thane sabía que sólo su equipo, el escuadrón Corona, aún no había abordado. Por el momento sólo debía seguir liberando a los apestosos tauntauns.

La voz de Dak lo sacó de su distracción.

—No puedo creer que me hayan asignado como artillero de Luke Skywalker. ¡El tipo que sin ayuda de nadie destruyó la Estrella de la Muerte!

—Si alguien va a ser su artillero, quién mejor que tú. —Thane casi se sentía feliz de no haber sido él. Sí, Skywalker había demostrado una gran valentía y había disparado un tiro preciso y casi imposible, por lo que merecía respeto, pero ese acto de heroísmo en particular era uno que Thane prefería admirar a la distancia.

—Y dicen que pretende convertirse en un Caballero Jedi, como aquellos de los viejos tiempos —dijo Dak, como un estudiante soñador hablando de la chica que le gustaba—. ¿Sabías que tiene una espada láser auténtica? Incluso aprendió a usar la Fuerza con el gran general Kenobi, el último de los jedi.

Thane hizo hasta lo imposible para no quejarse. «Por favor, no quiero escuchar más ridiculeces supersticiosas acerca de la “Fuerza”». En su opinión, las tropas rebeldes necesitaban motivarse a partir de la cruel verdad del Imperio, no de absurdas creencias religiosas.

Después recordó con tanta claridad la voz de Ciena, que parecía que le estaba hablando al oído: «Creer en algo más grande que nosotros no es una locura. Es la prueba de que estamos cuerdos. Observa la enormidad de la galaxia. No puedes pensar que somos lo más poderoso que hay en ella».

Ella le había dicho eso uno de sus últimos días en Jelucan, antes de entrar a la academia. Él se había burlado de ella por haber sugerido que la Fuerza se había asegurado de que entraran a la misma escuela en Coruscant, para mantenerlos juntos. Pero ahora, hasta Ciena debía admitir que no eran lo suficientemente afortunados como para compartir un destino.

¿Pero por qué a Thane le parecía más real su recuerdo que la persona que estaba parada a un metro de distancia?

—Vamos a acabar con esto, ¿de acuerdo? No queremos huir y dejar a estas criaturas acorraladas para que mueran de hambre. —Thane acarició la nariz de un tauntaun antes de soltar su cuerda. La bestia salió dando saltos, alegre de poder encontrar una manada y un refugio bajo tierra para tener un poco de calor—. Rieekan dice que debemos salir de aquí en menos de un día. No quisiera quedarme varado en Hoth sólo porque no terminamos de liberar a los tauntaun a tiempo.

—Lo siento —dijo Dak con tanta sinceridad que Thane sintió una pizca de culpa.

Así que decidió suavizar su tono.

—Por cierto, debiste de haber causado una buena impresión en alguien para poder pilotar con Skywalker. No lo pondrían con cualquiera.

—¿En verdad lo crees?

—Definitivamente.

Thane volteó a ver a Dak y vio cómo el chico sonreía. Finalmente sacaron del corral a los dos últimos tauntauns. De repente, mientras las bestias corrían por la nieve, dejando su terrible hedor detrás, todas las sirenas de la base comenzaron a sonar. El aullido de estas hacía eco en todas las paredes de la cueva; Thane se levantó de golpe y tiró los arneses en menos de un segundo.

Dak gritó:

—¿Qué significa eso?

Pero por más ingenuo que fuera, Dak conocía la respuesta. Sólo no quería aceptar lo que estaba sucediendo. Thane gritó por encima del barullo:

—El Imperio llegó más rápido de lo que pensábamos. ¡Nos encontraron!

Después de unas breves indicaciones de la princesa Leia, sólo le tomó a Thane cuatro minutos equiparse y correr hacia su deslizador de nieve. Y cuatro minutos era demasiado tiempo.

—Trae tu trasero jelucani aquí en este instante —gritó Yendor, el copiloto twi’lek de Thane y uno de sus compañeros del escuadrón Corona. Ya se había colocado su casco hecho a la medida, que le permitía a sus lekku azules caer sobre su espalda—. Ya hay varios caminantes imperiales marchando hasta aquí.

—Entrené en algunos de esos en la academia. —Thane saltó hacia su asiento. Aún no se terminaba de colocar el casco cuando la cubierta superior descendía y se cerraba—. Los conozco por dentro y por fuera.

—¿Qué tengo que saber acerca de esas cosas? —Yendor manipulo los interruptores que les permitirían despegar.

—Son los vehículos de tierra con mayor blindaje de la armada imperial.

—Así que lo que me estás diciendo es que tienes un conocimiento de primera mano acerca de lo fregados que estamos.

—Algo así —contestó Thane—. Pero velo desde este lado: si la Estrella de la Muerte pudo ser destruida, no hay nada en el Imperio que no podamos vencer.

Yendor liberó los frenos.

—Comprobemos esa teoría.

Thane puso sus manos sobre los controles y sintió cómo los motores cobraban vida debajo de él.

—Aquí vamos.

El deslizador de nieve salió disparado de la base hacia la batalla. Los rayos láser parecían pintar el cielo con rayas blancas y plateadas, y las naves rebeldes se dispersaban para enfrentar al ejército intruso… porque eso era. No era un equipo de ataque. Luchaban contra toda las fuerzas terrestres del Imperio, cuando menos. «¿Cuántos soldados imperiales estarán allá abajo?», se preguntó Thane. «Y seguramente enviarán a la base a soldados imperiales con armas incendiarias para quemar todo lo que está adentro… y

también a todo aquel que se haya quedado». Lo peor de todo es que a la distancia podía ver algunos caminantes AT-AT. Cada uno llevaba decenas de soldados y una infinidad de armamentos, eso sin mencionar los cañones mortales que tenían en la parte frontal.

Pero si los rebeldes escapaban a tiempo en las naves, no importaba qué tanto avanzaran los caminantes, pensó Thane. Destruir uno de esos monstruos sería una ganancia adicional.

Yendor le dijo:

—¿Alguna de tus clases de la academia te enseñó qué hacer con la infranqueable coraza de esos caminantes? Porque nuestros blásters no le hacen ni un rasguño a esas cosas.

Thane pilotó el deslizador rápido, pero bajo, provocando ráfagas de nieve a su paso.

—No todas sus partes pueden estar completamente blindadas. Piénsalo. Las piernas son vulnerables exactamente donde lo son todas las criaturas.

—Entendido —contestó Yendor—. Le dispararemos a las articulaciones.

El deslizador de nieve vibró con el poder del fuego que acababan de dispararle a uno de los caminantes, específicamente en los «tobillos». Aunque los blásters no habían tenido la fuerza para destruirlos, era posible debilitar los pernos y quemar algunos de los circuitos.

«Podemos desestabilizarlos. Lentificarlos. Lo que sea para hacer que las naves con pasajeros logren escapar».

Cada nave transportaba alrededor de cien soldados rebeldes: el corazón de la flota. Si el Imperio triunfaba ese día, era posible que ese fuera el fin de la Rebelión.

Pero Yendor apuntaba con seguridad y precisión. Seguía disparándole a las articulaciones inferiores del AT-AT, exactamente en el mismo punto, potenciando el daño al máximo. En cuanto Thane agrandó la imagen con los sensores, se dio cuenta de que tenían la posibilidad de desunir la pata de una de esas cosas, lo que haría que se detuviera de inmediato.

—Sigue haciendo eso —le gritó Thane a Yendor—. Voy a hacer que estemos más cerca.

—Puedo disparar con mucha precisión desde lo lejos, ¿sabías? —bromeó Yendor, al tiempo que comenzaba a disparar con mayor rapidez.

En ese momento, la parte más baja del caminante apareció ante ellos en la pantalla de visualización. Thane miró hacia arriba para ver la enorme cosa que estaba ante ellos, pero deseo no haberlo hecho: si bien esos monstruos eran imponentes cuando estabas dentro de ellos, cuando estabas debajo, parecían ser más grandes que el cielo.

Pero después se dijo a sí mismo: «No son tan grandes como las montañas de Jelucan, y tú volabas en medio de ellas, por lo que definitivamente puedes volar en medio de estos».

Así que decidió acelerar hasta que el paisaje nevado no era más que una mancha borrosa, acercándose a toda velocidad. Yendor continuó disparando con precisión

milimétrica; cada disparo comenzaba a generar una nube de humo negro o una lluvia de chispas.

Estaban a menos de doscientos metros… cien metros…

Thane tomó la decisión en un instante. En el último segundo pudo haber girado bruscamente, pero no lo hizo.

Yendor gritó, sin dejar de disparar, mientras Thane dirigía el deslizador de nieve directamente hacia la pata del AT-AT. A unos metros del impacto, inclinó el deslizador hasta que estuvieron en posición perpendicular con respecto a la tierra, deslizándose entre las piernas del AT-AT hasta que salieron del otro lado, todavía en una pieza.

Y no podía decir lo mismo del caminante, que ahora se tambaleaba al tener una pata dañada y en llamas. Una de las piernas logró alzarse sin su pata, pero después pareció congelarse: el AT-AT no iría a ninguna parte.

—¿Me vas a decir que eso no fue un vuelo suicida? —dijo Yendor.

Thane se rio mientras daba la vuelta al deslizador para atacar de nuevo.

—Cuando era niño, practicaba todos los días deslizamientos laterales como ese entre las estalactitas de las montañas. Todo este tiempo estuviste tan seguro como un bebé.

—Recuérdame nunca contratarte de niñera.

Mientras Thane se dirigía de nuevo a la batalla se dio cuenta de que alguien más había logrado derribar por completo un caminante, que yacía en la nieve. La cabeza de este explotó mientras Thane lo contemplaba, y una nube de humo negro manchaba la blanca nieve. Por un momento se imaginó en el caminante. Ahí dentro debió de haber hecho un calor insoportable antes de la explosión; ese calor debió haber abrasado a aquellos tipos dentro de su armadura.

«Así es», se dijo a sí mismo despiadadamente. «Estamos aquí para matarlos. Así como ellos están aquí para matarnos. Mejor ellos que nosotros».

De pronto, Yendor interrumpió sus pensamientos:

—Tengo noticias del comandante Skywalker: enredaron las piernas del caminante con un cable de remolque.

—Eso es más rápido —aceptó Thane—. Y ayuda a que conservemos nuestra energía para más tarde.

—Y no nos hace dar esos malditos giros mortales.

—No maldigas el movimiento que acaba de salvarnos el trasero —dijo Thane mientras se dirigía hacia el siguiente caminante—. Mejor prepara el cable de remolque.

En cuanto entraron a la zona de combate, Thane observó una nave espacial atravesando la atmósfera, preparándose para dar el salto hacia el hiperespacio. ¿Lograrían escapar del caos después de todo?

Algunos de ellos lo conseguirían. Pero había muchos deslizadores de nieve caídos sobre la nieve, y la ceniza volaba con el viento que los rodeaba. Sin importar cuántas naves lograran escapar, la Rebelión iba a tener que abandonar una enorme cantidad de naves y de material importante. Y todo el trabajo que les había tomado construir la base parecía no haber servido de nada. Ahora, una vez más, tendrían que navegar por la

galaxia sin rumbo fijo, en busca de un lugar aún más oscuro e inhabitable que Hoth… si es que ese planeta acaso existía. Quizá los líderes de la Rebelión tenían un plan a largo plazo, a partir del cual la batalla de ese día era un incidente menor. Mientras tanto, el Imperio les estaba haciendo pagar a un costo muy alto su desafío.

Thane rechinó los dientes. La estrategia a largo plazo de la Rebelión no dependía de él. Él sólo tenía una misión: cubrir a las naves que escaparían.

Durante el siguiente largo rato sólo se permitió pensar en los objetivos, en no hacer nada más que pilotar lo más cerca que pudiera de los vehículos enemigos para que Yendor pudiera acertar cada disparo. En ocasiones, las tropas terrestres debajo de los deslizadores sólo parecían sombras, la armadura blanca de los soldados de asalto de nieve lograban volverlos casi invisibles en el paisaje nevado. En cuanto el último caminante cayó, los otros rebeldes gritaron de la emoción. Thane contempló el lóbrego cielo que se imponía ante ellos. «¿Cómo nos atacarán ahora?».

Pero nada apareció. Ni una sola nave imperial descendió. Eso quería decir que los estaban esperando más arriba de la atmósfera para eliminar los cazas estelares rebeldes uno por uno.

En cuanto la última nave surcó el cielo, Thane y Yendor dirigieron rápidamente el deslizador de regreso a la base. A partir de ese momento sólo tendrían unos cuantos minutos para tomar sus cazas estelares individuales y salir de ahí.

Lo único que Thane debía hacer era pilotar con cuidado fuera de la atmósfera planetaria antes de activar la velocidad luz, pero antes debía dejar atrás los cazas TIE que acababan de aparecer para contraatacar.

«¡Maldición!». Si hubiera despegado unos cuantos minutos antes, los TIE no lo hubieran encontrado ahí. Ahora Thane debía abrir a fuerza de disparos su camino hacia la libertad.

Pero los cazas TIE no eran tan resistentes como los caminantes. Esas naves casi no protegían a sus pilotos, y esa era la razón principal por la cual ser un piloto TIE era tan venerado en la flota imperial. Pilotar una de esas requería de muchas agallas.

Saber eso no hizo que a Thane le fuera más fácil derribar a los cazas, pero lo hizo de todos modos. En cuanto los rayos de su bláster rozaron uno de ellos, una lluvia de chispas verdes crepitó en el aire, y enseguida la nave comenzó a descender en picada, con las alas rotas, desplomándose hacia su destrucción.

Thane había conocido esa sensación en los simuladores de cazas TIE. Sabía cómo se sentía desde dentro.

Aquello era la guerra. Cada uno había escogido su bando. Así que Thane aceleró hacia arriba, sin preocuparse por ver en los sensores la caída del caza.

Tan pronto el espacio se volvió negro fuera de su X-wing y los sensores le indicaron que tenía el camino libre, Thane programó las coordenadas del lugar en el que se reencontraría con la Alianza y se preparó para el salto hacia la velocidad de la luz. En los instantes previos a esto, observó la flota imperial reunida a estribor: era tan imponente que ni siquiera la oscuridad del espacio la empequeñecía. No había tiempo para estudiarla

detalladamente, apenas pudo ver un destello plateado antes de que las estrellas se convirtieran en puntos dentro de un túnel y que sus motores comenzaran a silbar al dar el salto a la velocidad de la luz.

Thane sintió que le faltaba el aliento. Sabía que lo que había visto de la flota imperial en esa fracción de segundo antes de entrar a la velocidad de la luz era un Superdestructor Estelar.

«Cuando deserté, Ciena se encontraba en el *Devastador*. Nunca la reubicarían en una nave más pequeña que un Destructor Estelar. Quizás ahora no le asignen patrullas TIE con frecuencia, pero podrían hacerlo, y ella podría ofrecerse como voluntaria sólo por el gusto de pilotar».

Él estaba siendo demasiado ridículo. De los cientos de Destructores Estelares bajo el control del Emperador, ¿cuáles eran las probabilidades de que el de ella fuera asignada para la batalla de ese día?

Pero por más remotas que fueran, las posibilidades eran reales. Y ahora, sintiéndose enfermo de terror, Thane se dio cuenta de que el piloto del caza TIE que acababa de matar pudo haber sido Ciena. Había tantas posibilidades de que fuera ella como de que fuera cualquier otro piloto de la flota. Y si eso había sucedido, ni siquiera se había tomado la molestia de verla morir. La peor parte era que nunca lo sabría.

CAPÍTULO DIECISÉIS

EL RUIDO METÁLICO de la respiración de Lord Vader resonó en el puente del *Ejecutor*. Ciena supo que debía evitar mirar hacia arriba o dar cualquier otra indicación que mostrara que era consciente de su presencia a sólo un par de metros más arriba de donde estaba. Aunque no creía en los rumores más descabellados acerca de la sed de venganza de Darth Vader, sabía que era mejor no llamar su atención bajo ningún motivo. Los ataques de furia que tenía cuando algo le molestaba eran legendarios. Y en ese momento estaba verdaderamente furioso. ¿Cómo era posible que tantas naves rebeldes se les hubieran escapado? Aun cuando la flota imperial abandonó el hiperespacio antes de lo previsto, eso no debió haber arruinado el ataque completo. La flota imperial había enviado una fuerza de ataque capaz de paralizar las defensas del enemigo. Pero en lugar de celebrar una victoria, ahora tenían tres AT-AT derribados, uno de ellos severamente dañado; también había muchos cazas TIE destruidos y varios cientos de soldados imperiales de nieve muertos. El alto número de bajas del ejército Rebelde no representaba ningún consuelo.

Ciena decidió que más tarde observaría con cuidado los registros de la Batalla de Hoth y estudiaría las tácticas rebeldes con mucho cuidado. El Imperio llevaba la ventaja en lo que se refiere a personal y armamento. Sin embargo, ese día se suponía que debía haber sido la última y fatal estocada en contra de la Rebelión; y en lugar de eso, la victoria había sido a medias. Si los rebeldes pudieron evitar ser devastados por una fuerza imperial dirigida por seis Destructores Estelares, entonces su táctica era superior o al menos sorpresiva, y esa era la razón de su victoria. Si ella analizaba esas estrategias con mayor profundidad, tal vez le proporcionaría a los imperiales la información necesaria para ponerle fin a esa repulsiva guerra.

Pero por ahora, Ciena y los demás miembros de la tripulación del *Ejecutor* tenían una misión de la más alta prioridad: capturar al *Halcón Milenario*.

Si alguien en el puente entendía la importancia de atrapar ese pedazo de chatarra vieja, nadie lo había dicho. Lord Vader quería que ese carguero fuera remolcado al interior de la nave, con sus pasajeros vivos. Así que en lugar de hacer explotar al *Halcón Milenario*, algo que podrían haber hecho en un instante, había que pescarlo en el espacio.

Desafortunadamente, quienquiera que fuera el piloto del *Halcón*, era el mejor de todos. Se había adentrado en un campo de asteroides, aparentemente prefiriendo el suicidio antes que la captura, pues ninguna nave pequeña salía de un campo de asteroides intacto. La nave rebelde al menos tenía escudos; los cazas TIE ni siquiera tenían ese tipo de protección. Y a pesar de eso enviaron a cuatro de ellos. Mientras Ciena permanecía sentada intentando entender el propósito de esa misión suicida, el capitán Piett le dijo:

—Ree, proporciona asistencia de navegación auxiliar.

Su corazón se estremeció en cuanto ella respondió:

—Sí, señor.

Se acercó al puesto de navegación auxiliar en el pit de información y miró las cuatro pantallas que le mostraban la información y las coordenadas de los cazas TIE. Cualquier tipo de ayuda que pudiera proporcionarles iba a ser mínima, pero si podía darles una oportunidad a esos pilotos para sobrevivir, lo haría. Sus dedos se movían rápidamente para establecer la triangulación entre las naves y el *Halcón Milenario, y* después se colocó los audífonos que le permitirían hablar con los pilotos directamente.

—O-L-Siete-Cero-Uno, ajústate treinta y siete grados a estribor y hacia abajo. N-A-Ocho-Uno-Uno, lo mismo, pero tú vas hacia arriba.

NA811 era un chico llamado Penrie, con quien había platicado alguna vez; un egresado de la academia de Lothal. Cuando reía, nadie podía evitar reírse con él, y ya que todas las bromas le parecían graciosas, las risas eran recurrentes. Aunque Penrie era un par de años más grande que Ciena, sonó más joven cuando contestó:

—Afirmativo.

—C-R-Nueve-Siete-Ocho, ¡elévate, elévate! —Pero la orden de Ciena había llegado demasiado tarde, la transmisión de uno de los cazas TIE había desaparecido de las pantallas.

Un hombre había muerto bajo su supervisión. «Por favor, ni uno más».

—O-L-Siete-Cero-Uno, ahora tienes una nueva conexión de trayectoria en tu computadora de navegación.

—Entendido.

—J-A-Uno-Ocho-Nueve, tu computadora no se está conectando.

—No puedo… —Después una explosión de estática acompañó los violentos giros de otro TIE en otra de sus pantallas—. Uno de mis motores está perforado. No puedo pilotar la nave, necesito la ayuda de un rayo tractor. Luego de un aumento en la intensidad de la estática siguió el silencio, y la imagen del caza TIE JA189 desapareció para siempre.

El sudor hizo que el uniforme de Ciena se le pegara a la piel. Mantuvo la mirada fija en las pantallas e intentó que su voz sonara lo más tranquila que podía.

—O-L-Siete-Cero-Uno y N-A-Ocho-Uno-Uno, se están acercando a uno de los asteroides de mayor tamaño…

—El objetivo parece intentar esconderse, pero vamos detrás de él. —Ese había sido OL701. A través del comunicador de NA811, Ciena sólo podía escuchar una respiración demasiado superficial, demasiado rápida. Penrie acababa de ver a otros dos pilotos explotar frente a sus ojos.

Ciena le habló al capitán Piett:

—Señor, si el *Halcón Milenario* aterriza en un asteroide más grande, podremos dirigir nuestro cañón a este y destruirlo. Podríamos eliminar al *Halcón*. ¿Le puedo pedir a los cazas TIE que regresen?

Piett estaba de pie, rígido; evidentemente estaba esperando a que Lord Vader revocara la orden, pero él no dijo palabra alguna; ni siquiera volteó. Finalmente, Piett respondió:

—Muy bien, Ree.

Una sensación de esperanza la embargó. Al menos podría salvar a dos de los pilotos.

—N-A-Ocho-Uno-uno y O-L-Siete-Cero-Uno, aborten la misión. Programen el camino que sea más seguro para regresar y…

—Está en uno de los cañones —contestó OL701—. Ya casi lo tenemos.

Ciena esperó a tener noticias de Penrie, pero en lugar de eso, gritó, un horrible y breve sonido puso fin a la transmisión. En ese instante, los dos cazas TIE que quedaban desaparecieron de sus respectivas pantallas de visualización, dejándolas a oscuras.

Cuatro pilotos muertos y en parte había sido su responsabilidad. ¿Acaso Piett la regañaría? O peor aún… ¿Vader? ¿Qué tal si los rumores acerca de cómo trataba a aquellos que lo hacían enojar eran ciertos?

Pero nadie le hizo caso a Ciena. Piett y Vader actuaron como si ella no los hubiera decepcionado, como si cuatro oficiales leales no acabaran de morir sin razón alguna. No había nada más que Ciena pudiera hacer que regresar a su estación y seguir monitoreando lo que sucedía.

Entonces le susurró al comandante que se sentaba al lado de ella en el pit de información:

—¿Por qué ni siquiera le estamos disparando al asteroide?

—Las posibilidades de acertar son limitadas. Además, es posible que el objetivo haya cambiado de ruta. Ya no lo tenemos en las pantallas de visualización ni en los sensores.

Una sensación de náusea la recorrió. Esos cuatro pilotos de cazas TIE habían muerto para nada. Nadie nunca volvería a escuchar la risa de Penrie. En las clases para comandantes que había cursado en la academia, los maestros les habían aconsejado que no pensaran que sus tropas eran individuos; eso los llevaría a dudar y por consiguiente a ser derrotados. La manera de proteger a su gente era olvidando que eran gente; en lugar de eso, debían verlos como piezas de un gran juego complejo. Ese había sido el único elemento que veía con recelo del entrenamiento para comandantes. En ese momento supo que ella nunca sería capaz de hacerlo, no del mismo modo que Piett y Vader lo hacían.

Sin embargo, Vader no estaba exento de emociones, porque después, increíblemente, ordenó que el *Ejecutor* se adentrara al campo de asteroides.

Los impactos comenzaron a hacer que la nave se sacudiera. Ciena se estremeció como si los daños fueran heridas reales en su cuerpo. Los Destructores Estelares eran puro poder, pero les hacía falta ser maniobrables, por lo que recibirían muchos golpes ese día. Lo que representaba un daño menor en un Superdestructor Estelar significaría la destrucción de dos cubiertas completas que se encontraban a unos pocos metros abajo, y con ella, todas las personas que se encontraban estacionadas ahí. Más oficiales y soldados de asalto morirían sin razón alguna, y sólo porque Lord Vader no quería perder la oportunidad de dejar ir a ese viejo cacharro que se hacía llamar nave.

«No», se recordó Ciena con severidad: las muertes que había presenciado ese día, los riesgos y los daños inútiles, todo se debía a que la Alianza Rebelde había iniciado la guerra.

Cundo su turno terminó, Ciena se levantó para irse e hizo un gesto de dolor. Cada músculo de su cuerpo se había tensado tanto durante el pilotaje de los cazas TIE a través del campo de asteroides que sentía que el cuerpo le dolía como si hubiera corrido treinta kilómetros. Las puertas se deslizaron para dejarla salir o, más bien, para que Piett entrara de regreso. De inmediato, ella se paró en posición de firmes, esperando un regaño que sin duda se merecía.

Pero Piett sólo dijo una cosa:

—Muy bien hecho hoy, capitana.

—Pero… —¿Acaso él la estaba confundiendo?—. Perdí a cuatro pilotos, señor.

—En realidad no tenían posibilidad alguna de sobrevivir. Y usted los mantuvo vivos más tiempo de lo que ellos lo hubieran logrado.

Él le estaba diciendo que había hecho un gran trabajo. De cierta manera lo entendía; pero eso no cambiaba lo desdichada que se sentía. Ciena no tenía nada más que decir, excepto…

—Gracias, capitán.

—Ah, por cierto, aún no habías llegado al puente cuando… —Piett hizo una pausa— me ascendieron a almirante; con carácter inmediato, asumiré el comando del almirante Ozzel.

«¿Qué pasó con el almirante Ozzel?». Pero la pregunta murió en sus labios. En la flota imperial en ocasiones era mejor creer que no sabías la respuesta.

—Sí, almirante. Felicidades.

La expresión de Piett parecía sombría.

—Eso es todo, Ree. —Al terminar de decir eso, regresó al puente, y las puertas negras se deslizaron para cerrarse detrás de él.

Ciena se sentía demasiado exhausta como para moverse, no se diga para trabajar horas extras. Sin embargo, en lugar de regresar a su camarote, se dirigió a una cabina de análisis para obtener todas las secuencias de la Batalla de Hoth disponibles para alguien de su cargo. Intentó recapitular cada segundo de esta, hasta lograr entender cómo un montón de desorganizados rebeldes, pobremente armados, le seguían ganando a la mayor fuerza militar que la galaxia había conocido.

¿Era arrogante pensar que podría obtener una repuesta acerca de lo que se le había escapado a las mentes más brillantes y estrategas del almirantazgo? Pero se dio cuenta de que no se trataba de eso: era desesperación. Ella quería que esa guerra terminara, necesitaba que terminara, para que los métodos sanguinarios e inclementes que habían sido utilizados también terminaran. Tan fuerte y determinada como era, Ciena sabía que no soportaría unos años más de muertes inútiles y carentes de significado.

«No es que Penrie y yo hubiéramos sido amigos pero era más que un número de registro. Recuerdo su risa, su marca de nacimiento. Tampoco puedo olvidar que era humano, que en algún lugar su padre y su madre querrían que regresara a casa. Cuando

supieran la verdad, se sentirían devastados, tal y como se sentirían los míos si muriera durante mi servicio. Y esa es sólo una pequeña tragedia. Si se multiplican esas pérdidas y esa angustia por los miles de millones de personas que han muerto en esta guerra, es insoportable pensarlo».

Cuando Ciena hablaba en su mente de esa manera siempre visualizaba a una misma persona escuchándola. Si tan solo pudiera realmente hablar con Thane… Él sabría cómo aconsejarla, cómo reconfortarla. Aun cuando no pudiera hacer nada más, la envolvería en sus brazos y la dejaría abrazarlo fuertemente, hasta que el terrible dolor que sentía perdiera fuerza poco a poco. En ocasiones no podía conciliar el sueño si no imaginaba aquella única noche que Thane y ella habían compartido, y no se refería al sexo (bueno, no sólo al sexo), sino al fulgor posterior a este, la manera en la que le había besado tiernamente el cabello y había enroscado su cuerpo alrededor de ella. Ciena no podía recordar algún otro momento en su vida en el que se hubiera sentido tan cómoda y protegida.

Se mordió el labio inferior; el dolor la devolvió al aquí y ahora. De vez en cuando decidía no volver a pensar en Thane nunca más. Él había decidido su camino, y donde fuera que estuviera en la galaxia, esperaba que estuviera bien y que fuera feliz. Ella nunca lo sabría con seguridad, y tenía que acostumbrarse a la idea.

«Así que concéntrate en lo que estás haciendo», se dijo a sí misma. Volvió a reproducir la secuencia de Hoth, tomando notas en su datapad todo el tiempo. «Deslizadores de nieve abandonados; eso quiere decir que perdieron naves y valioso material cuando hicimos que huyeran. ¿Sería posible cazarlos hasta que se les agotaran los recursos? ¿Una guerra de desgaste?». La siguiente secuencia mostró los cañones láser de los rebeldes. Sus armamentos tenían casi los mismos estándares imperiales, o muy cercanos a estos, pero… «Las armaduras aparentemente inadecuadas para los soldados parecen ser adecuadas en las fuerzas rebeldes. Esas armas que disparan metralla… ¿acaso son microdroides con bordes navaja?».

La siguiente secuencia era la destrucción de los caminantes imperiales; Ciena pudo haber gritado cuando vio la manera tan fácil en la que los arpones y los cables de remolque habían derribado al primer AT-AT. Seguramente podrían instalarles algún tipo de defensa para eso. El segundo pareció explotar desde su interior, así que quizá eso sí era por culpa de los soldados imperiales y no de los rebeldes. «¿Fallas técnicas? ¿Algún saboteador?», hizo una anotación. Y después, el otro caminante fue presa de un piloto rebelde que, de alguna manera, conocía uno de los pocos puntos vulnerables de la coraza…

Su mente se puso en blanco. Los sonidos y zumbidos de las computadoras alrededor de ella se habían convertido en ruido blanco. El asombro y la traición la destrozaron como lo habría hecho un terremoto y sus subsecuentes replicas. Pero Ciena negó con la cabeza. «Me lo debí haber imaginado. Tiene que ser. Porque no es posible».

Rápidamente retrocedió la secuencia y la volvió a mirar. No se lo había imaginado. El deslizador de nieve rebelde disparaba incesantemente a las articulaciones más bajas de las

piernas del caminante mientras se acercaba a él a velocidad suicida y, luego, en el último momento, giraba de lado y atravesaba el estrecho espacio que lo conduciría hacia un lugar seguro.

De la misma manera en la que alguna vez había volado entre las estalactitas de Jelucan.

Seguramente muchos pilotos en la galaxia conocían ese movimiento. Ciena lo sabía. Pero eso no cambiaba lo que estaba segura de haber visto: Thane Kyrell se había unido a la Rebelión.

CAPÍTULO DIECISIETE

THANE HIZO SU TRABAJO con la mirada vacía y en automático, casi como lo hacía su droide astromecánico: llegar al punto de encuentro, introducir códigos para llegar al siguiente punto de encuentro, dar el salto al hiperespacio nuevamente y, finalmente, acoplarse a su nueva nave base: el crucero Mon Calamari *Libertad*.

El *Libertad* era aún más grande y sofisticado que la mayoría de las naves en la variopinta flota rebelde. Sin embargo, estaba diseñado para la comodidad de los mon calamari, no para la de los humanos. Las temperaturas eran más elevadas y la humedad era tan intensa que la piel de Thane se volvió pegajosa en unos cuantos minutos.

Decidió que necesitaba distraerse del malestar que sentía, y lo mejor sería no estar a solas con sus pensamientos. Seguía repasando en su mente la caída del caza TIE, imaginando la muerte de Ciena, y debía dejar de pensar en eso de alguna manera.

Primero buscó a sus amigos. Wedge le dio una palmada en la espalda, y Thane intentó sonreír mientras se felicitaban el uno al otro por los caminantes que habían derribado. Pero el rostro de Wedge se ensombreció cuando Thane le preguntó por Dak Ralter.

—Dak murió durante la batalla. Su deslizador de nieve fue atacado; sólo Skywalker logró salvarse.

Día y medio antes, Thane se había burlado de la admiración que Dak le tenía a su héroe Luke Skywalker. Ahora Dak había muerto, y su cuerpo yacía abandonado en Hoth, aplastado por un AT-AT.

El chico ni siquiera tenía diecinueve años.

—Si te sirve de consuelo —dijo Wedge al notar la expresión de Thane—, Luke dijo que Dak había muerto con la explosión, instantáneamente.

—Consuelo —repitió Thane—. Sí, claro.

Wedge parecía querer contarle más, pero Thane no quería escucharlo. Se dio la vuelta y caminó por la bahía de lanzamiento, mirando la actividad que había a su alrededor, como si nunca antes la hubiera visto. Los pilotos reían y bromeaban, porque así era como se lidiaba con el interminable peligro de muerte: fingiendo que no existía. Sólo unos cuantos rebeldes mostraban señales de pena o conmoción. Quizá se imaginaban escenas como la que se repetía una y otra vez en la mente de Thane: Ciena y Dak, ambos habían muerto, y sus cuerpos serían olvidados en la superficie de Hoth. Pronto serían cubiertos por la nieve, para nunca más volver a ser vistos.

—Oye, ¿estás bien? —Yendor lo alcanzó, sus lekku azules colgaban detrás de él.

—Estoy bien.

—Si así es como tú dices estar «bien», no quiero ver cuando estés «mal».

—Dak Ralter no sobrevivió.

—Siento mucho escuchar eso —dijo Yendor—. Era un buen chico.

—Sí.

—No pensé que ustedes fueran tan cercanos.

—No, no lo éramos. —«No sólo se trata de Dak. Tal vez hoy maté a Ciena… Y aunque estoy casi seguro de que no era ella, “pudo” ser ella y nunca lo sabré»—. Olvídalo, ¿quieres?

Yendor era lo suficientemente listo como para cambiar de tema.

—Asunto olvidado. ¿Por qué no me ayudas a equipar a los reclutas? Unos cuantos de ellos iban en camino a Hoth cuando la alarma sonó.

—Claro —dijo Thane. Al menos era algo con lo que entretenerse.

Thane tuvo una agradable sorpresa al encontrarse con una cara familiar mientras repartía los cascos, blásters y comunicadores a los novatos.

—Miren nada más lo que nos trajo el gundark —dijo Kendy Idele con una gran sonrisa en el rostro. Su cabello verde caía en una larga trenza en la parte de atrás de su overol, y unos cuantos cabellos sueltos se le pegaban en la frente sudada—. Thane Kyrell, nunca pensé encontrarte aquí.

—Kendy, pensé que estarías en la flota imperial de por vida.

—Eso dice mucho de cuánto me conoces. —Kendy soltó una gran risotada. Ella parecía mucho más feliz de verlo. De algún modo, era realmente bueno reencontrarse con Kendy; no habían sido tan amigos en la academia, pero siempre la había admirado. Particularmente recordaba lo peligrosa que era en el campo de práctica y cómo podía derribar tres elevadores de repulsión por segundo con su bláster. La Rebelión necesitaba a gente que pudiera disparar así. Pero, por otro lado, había sido compañera de cuarto de Ciena, y una de sus mejores amigas. Thane no podía mirar a Kendy sin imaginarse a Ciena a su lado.

No había mucho que hacer ese día, más que pasar lista, hacer inventario y sudar. El centro de control de la base eco había sido atacado, lo que significaba que la desorganización y la incertidumbre imperaban. Algunos miembros de vital importancia aparentemente seguían desaparecidos. No sólo Luke Skywalker no se había presentado en el punto de encuentro, tampoco aparecía por ningún lado el *Halcón Milenario,* con la princesa Leia Organa a bordo. El general Rieekan había convocado a una conferencia de emergencia con los oficiales de alto rango que estaban involucrados con esa parte de la flota, por lo que Wedge fue requerido. Eso indicaba que el resto de la flota repararía los daños de los cazas estelares, llevaría equipamiento a algo que apenas y pasaba las normas de seguridad, y esperarían nuevas órdenes y la indicación de su próximo destino.

Así que a nadie le sorprendió cuando uno de los pilotos mencionó que habían destilado un poco de alcohol en el cuarto de motores. El «jugo del motor», como le llamaban a esa bebida, era una de esas cosas prohibidas por los oficiales superiores, pero se hacían de la vista gorda siempre y cuando su producción o consumo no interfiriera con el servicio. Durante los siguientes dos días, antes de que emigraran a su siguiente destino, estuvieron tan lejos del peligro como le era posible a un ejército rebelde. Si la flota imperial tenía una vaga idea de cuáles eran sus puntos de encuentro, los hubieran seguido de inmediato. Cualquier buen oficial sabía que sus soldados necesitaban de vez en cuando

liberar tensión, especialmente después de una gran batalla, así que nadie dijo nada cuando se empezaron a servir los tragos.

Thane bebió el suyo tan rápido que sus ojos se humedecieron. Lo que sea que fuera el «jugo del motor» del cuarto de máquinas, no era nada suave. Pero en cuanto terminó de toser, pidió que le sirvieran más.

—La fiesta va para largo esta noche, ¿no? —le dijo Yendor mientras un lek se movía extrañamente.

—¿Por qué no? —contestó Thane sin mirar a los ojos a Yendor.

No era como si Thane nunca tomara. De vez en cuando bebía un par de tragos y no le importaba disfrutar de una o dos cervezas. Con el tiempo incluso había desarollado cierta predilección por el vino andoano. Pero tomar hasta emborracharse nunca le había interesado, ni siquiera cuando en Jelucan los otros chicos de su escuela quedaban casi inconscientes en las noches de fiesta.

Incluso, nunca había intentado emborracharse antes de aquella noche en la Fortaleza, cuando Ciena había llevado escondido entre su ropa un frasco con vino del valle. No tenían más de catorce años, y ambos odiaron la pegajosa y dulce bebida, que terminaron tirando. Los labios rellenos de Ciena seguían manchados de color púrpura cuando vació la botella, riéndose, diciendo que ni siquiera se le antojaba volver a olerlo en su vida.

Ciena. Siempre Ciena. ¿Acaso Thane tenía algún recuerdo valioso del cual no hubiera sido parte? ¿Podría beber lo suficiente como para olvidarla por completo?

Al parecer no, pero al menos no dejaría de intentarlo.

Un trago más y luego otro. La percepción de esa tarde se había vuelto fragmentaria y surreal. Recordaba que Kendy le había contado cómo toda su patrulla se había rebelado en Miriatin, y cómo sólo un tercio de ellos había logrado escapar con vida. También recordó que había jugado una partida de sabacc, pero no pasó lo mismo al pensar en las cartas con las que había jugado. Quizás algunos tipos de Ord Mantell habían cantado una obscena canción acerca de los peculiares placeres que cada especie puede dar en la cama. En algún punto recordó que Yendor le había preguntado a Thane si ya quería irse y mejor descansar un rato, pero Thane le dijo a su amigo twi'lek que no se metiera en lo que no le importaba. Cuando la habitación comenzó a darle vueltas, Thane se aferró a uno de los costados de un X-wing y siguió bebiendo.

Y así fue como se encontró a sí mismo, a una extraña hora de la noche, tambaleándose en esa base desconocida solo, haciendo su mejor esfuerzo por no caerse de boca. «Vamos. Puedes recordar dónde están los camarotes. Te los enseñaron hace un rato». Pero su borrachera parecía hacer que los extraños pasillos de la nave Mon Calamari se doblaran formando ángulos aún más extraños. Las paredes parecían estar donde debía estar el piso y viceversa. Finalmente, Thane decidió que sentarse sería una mejor idea que seguir caminando.

En cuanto se recargó en la pared, sintió que se le revolvía el estómago, era una señal de lo que estaba por venir. Nunca había estado lo suficientemente borracho como para

vomitar, y no era una experiencia que estuviera ansioso por probar. «Siempre hay una primera vez para todo», pensó con la mente atontada por la borrachera.

Después alguien lo ayudó a ponerse de pie, una mujer que no conocía, o que en ese momento pensó que no conocía, pero le pareció amable cuando pasó uno de los brazos de Thane alrededor de sus hombros. Y ese pequeño acto fue razón suficiente para que Thane le contara la historia de su vida.

—Lo que quiero decir… De verdad, sólo te estoy contando las partes de mi vida en las que estuvo Ciena —balbuceó, mientras la mujer lo llevaba hacia la proa—. Pero eso fue prácticamente en todo momento de mi vida. O al menos la mejor parte de mi vida.

—Eso parece. Ven, siéntate aquí.

Lo sentó en una silla. Thane dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Estoy seguro de que no le disparé hoy, pero pude haberlo hecho. O cualquiera de los demás… Ellos también pudieron haberlo hecho, y eran de mi bando, ¿entiendes? Son mis amigos, y todos odiamos al Imperio, pero si descubro que alguno de ellos mató a Ciena… Aunque es una locura, ¿sabes? Ella me delató ante el Imperio. ¿Puedes creerlo? Ella me dio algo de tiempo de ventaja, pero me delató. A veces lo recuerdo y me enojo tanto que podría… Pero aún me duele tanto pensar que pudiera salir herida.

—Shhh. —La mujer colocó una fría y húmeda toalla sobre su frente. Esa fue la mejor idea que alguien había tenido jamás, por lo que Thane en ese momento decidió que ella era una genio, así que tal vez lo ayudaría a saber qué estaba pasando.

—¿Qué pasaría si… un día estoy en una batalla contra el Imperio y me quedo paralizado? ¿Qué tal que no puedo disparar porque sé que Ciena podría estar en alguno de esos cazas TIE? ¿Y qué tal si disparo y ella está en uno de ellos? —Thane se dio cuenta de que estaba al borde de las lágrimas y decidió detenerse. Tal vez era un borracho sentimentaloide, pero no se perdonaría si rompía a llorar en ese momento—. No quiero matarla. Y no quiero que otros mueran sólo porque tengo miedo de lastimar a la persona de la flota imperial a la que amo.

—Entiendo —dijo la mujer, poniéndole un vaso entre las manos—. Bebe agua. Me lo agradecerás después.

Después de eso, todo se volvió aún más borroso. En algún punto debió haber encontrado su camarote, porque recordaba vagamente arrastrarse hacia la cama y quedarse dormido con la ropa puesta, incluyendo las botas. Y así fue como despertó al día siguiente, odiando la vida.

—Aquí es donde una persona menos comprensiva te diría: «Te lo dije». —Yendor sonrió mientras Thane se inclinaba para vomitar en la cubeta más cercana.

—Por favor, cállate.

—No hasta que te diga que nuestro escuadrón tiene una reunión con el alto mando… dentro de una media hora.

Thane puso los ojos en blanco ante su estupidez después se estremeció. No sabía que poner los ojos en blanco podía producir dolor.

—¿Puedes curarte la cruda sumergiéndote en un tanque de bacta?

Yendor lo pensó.

—Mmm… ¿Sabes?, no creo que eso sea una mala idea. Deberíamos intentarlo algún día. Pero por el momento, no tienes tiempo.

—Maravilloso. Simplemente maravilloso.

Con lo que sintió que era un esfuerzo sobrehumano Thane logró darse un baño y uniformarse. Tenía ojeras y una escasa barba pelirroja, pero bueno, muchos otros habían llegado al pase de lista con un peor aspecto que el de él. Un droide médico 2-1B le puso una inyección que restablecería su química sanguínea en una o dos horas a niveles mucho más soportables. Lo único que Thane debía hacer era sobrevivir a la reunión.

Cuando el escuadrón se paró en posición de firmes, el general Rieekan entró al lugar, pero no iba solo. Detrás de él caminaba una mujer serena y solemne, su cabello era color rojo oscuro e iba completamente vestida de blanco.

—No puedo creerlo —susurró Kendy.

—Ni yo —agregó Yendor, quien estaba a un lado de Thane con una gran sonrisa en el rostro.

—¡Por fin podemos conocer en persona a Mon Mothma!

«Mon Mothma». Una de las pocas senadoras que desafió abiertamente a Palpatine cuando este subió al poder. Era una de las «más buscadas» en las listas de criminales de la flota imperial. Una de las líderes de la Alianza.

Y la mujer que había pasado la noche anterior escuchando a Thane vomitando todo lo que tenía dentro, literal y metafóricamente.

¿Cómo no la había reconocido? Había estado más borracho de lo que pensaba. Aunque tal vez era porque los noticieros del Imperio mostraban imágenes de Mon Mothma de muchos años atrás, pues ella ya había permanecido oculta por un tiempo. Pero Thane había estado tan intoxicado que no pudo reconocerla aun cuando le sostuvo la cabeza sobre el escusado para que sacara hasta las tripas.

«Maravilloso. Simplemente maravilloso». Lo ideal hubiera sido que la tierra se abriera y después volviera a cerrarse para ocultar cualquier evidencia de su existencia, pero Thane tenía que estar ahí parado, fingiendo que todo era muy normal.

—Buenos días —dijo, su voz era tan serena y segura como la noche anterior—. Es un honor para mí conocer a nuevos guerreros que han ayudado a mantener fuerte a la Alianza Rebelde durante esta época oscura.

El orgullo se propagó entre los miembros del escuadrón, incluso en Thane, a pesar de su vergüenza. La líder de la Rebelión acababa de decir que era un honor conocerlos. Thane dudó que el Emperador alguna vez le hubiera dicho algo así a sus tropas.

Mothma continuó:

—Como comprenderán, pronto tendremos que ponernos en movimiento. —Sus ojos analizaron a todos los pilotos presentes. Thane se preguntó cómo una voz tan suave y una mirada de acero podían pertenecer a la misma persona—. Sin embargo, escuadrón Corona, ustedes no acompañarán al resto de la flota al nuevo punto de encuentro.

Todos intercambiaron miradas. ¿Acaso era algún tipo de castigo por haber estado de juerga la noche anterior o por haber cometido alguna infracción mayor? Pero hasta donde Thane sabía, no habían hecho algo que mereciera un castigo; de hecho, eran uno de los escuadrones élite de la flota.

Después, Mon Mothma agregó:

—Tenemos… tareas muy importantes para ustedes.

No fue necesario decir nada más. Ella se refería a un tipo de trabajo relacionado con la inteligencia militar. Eso significaba peligro. Pero Thane no se había unido a la rebelión para ir a lo seguro.

—Han sido elegidos para este trabajo, aunque muchos de ustedes son nuevos en la Rebelión. Sin embargo, tienen las habilidades necesarias para las tareas a las que se enfrentarán. —Mon Mothma se sentó sobre el único escritorio que había en esa pequeña habitación. De alguna manera, el poder absoluto de su presencia había transformado una simple habitación en una cámara del Estado.

«Ella ya está a la altura del Emperador», pensó Thane. «Aunque Palpatine todavía no lo sepa».

El general Rieekan habló.

—En el futuro cercano, la base del escuadrón Corona permanecerá en el *Libertad*. Se les asignarán camarotes permanentes en las próximas horas.

—Demonios —dijo Yendor con un poco de humor negro—, siempre soñé con vivir en un sauna algún día.

Rieekan alzó la ceja:

—¿Disculpe, soldado Yendor?

—Decía que siempre soñé con vivir en un sauna algún día.

Eso hizo que los demás rieran, incluso Rieekan sonrió. El rostro de Mon Mothma permaneció impasible, pero no parecía ser desaprobatorio. En la flota imperial, cualquier tipo de informalidad de parte de un oficial, por menor que fuera, significaba ser enviado al calabozo; en la flota rebelde, la disciplina podía convivir con lo humano.

—Las tareas grupales y las individuales serán disminuidas cuando se presenten —continuó Mon Mothma con soltura, como si no hubiera habido alguna interrupción—. Pero todos merecen saber que los riesgos serán mayores, aún más que aquellos que ya han enfrentado. Es posible que alguno de ustedes, o todos, sean enviados a misiones con pocas o nulas posibilidades de regresar. Si creen que no pueden aceptar ese tipo de encomiendas, hablen ahora. No hay nada vergonzoso en hacerlo.

Todos permanecieron en silencio y en posición de firmes, aceptando, sin tener que decir palabra alguna, el peligro. Thane mantuvo la mirada al frente, sin mirar directamente a nadie de los que ahí estaban, pero pudo sentir la mirada de Mon Mothma sobre él.

Cuando el silencio se prolongó lo suficiente, Rieekan asintió.

—Bien, por ahora, compartan nuestros protocolos con los nuevos miembros. —Esa indicación fue acompañada con un gesto hacia Kendy, la más nueva de todos—. Y esperen nuevas instrucciones.

—Oficiales, gracias por su valiente servicio —dijo Mon Mothma—. Pueden retirarse. —Mientras todos salían, Kendy se acercó a Thane para hacerle una pregunta; entonces, Mothma agregó—: Teniente Kyrell, me gustaría platicar con usted.

Había estado tan cerca de salir sin ser visto.

Thane volteó, una vez más en posición de firmes, para mirar a Mon Mothma. De reojo pudo ver al general Rieekan, quien parecía sorprendido. Al menos, Mon Mothma no había compartido la historia de Thane, «el borracho llorón», con todo el alto mando de la Rebelión. Al menos no todavía.

Las puertas se cerraron después de los últimos soldados que habían salido, y Thane se encontró a solas con Mon Mothma. En la mayoría de los casos, los oficiales menores esperaban a que los superiores hablaran primero, Thane pensó que esa podía ser una excepción a la regla.

—Señora, me disculpo por la conducta inapropiada que tuve anoche. Evidentemente me excedí en… mmm… nuestras celebraciones. No volverá a suceder.

Mon Mothma se recargó en la silla, tenía una peculiar expresión en la boca.

—Teniente Kyrell, si expulsara a pilotos cada vez que se excedieran con el alcohol del cuarto de máquinas, no habría Rebelión.

—Sí, señora. —Entonces, ¿por qué había querido hablar con él en privado? Recordó algunas cosas de las que dijo la noche anterior acerca de paralizarse, y su temor se intensificó—. Si está preocupada de que existan probabilidades de que falle en mi servicio en alguna de las misiones especiales del escuadrón Corona, no tiene por qué estarlo, señora.

—Mis preocupaciones no importan —dijo bruscamente—. El problema aquí es que usted se está cuestionando. La desconfianza lo puede paralizar más que el miedo. He escuchado que usted es un extraordinario piloto, Kyrell. Con cada minuto que pasa estoy más segura de que usted cumplirá con su servicio. No obstante, si usted deja que todo se venga abajo antes de cualquier compromiso mayor, se autodestruirá muy pronto.

Thane se quedó callado. Sabía que ella estaba en lo cierto.

Mon Mothma continuó:

—Muchos miembros de la Rebelión tienen amigos o familiares que sirven al Imperio de una u otra manera, o en planetas o naves que podrían salir muy mal parados en esta guerra. Usted no es el único que tiene problemas.

Algunas ocasiones, Yendor le había contado algo acerca de su hijo, Bizu, que había tenido que dejar en Ryloth. En Iloh, toda la familia de Kendy ahora corría peligro por su deserción.

—Sí, señora. Estoy consciente de eso.

Mon Mothma se levantó y se acercó a él. Thane pudo notar en su expresión la bondad que había sentido en su mirada la noche anterior.

—Está bien si aún amas a alguien que está en la otra facción de esta guerra, siempre y cuando ames aún más la causa por la que estás peleando.

Nunca consideró que estaba peleando por algo. Thane se había unido a la Rebelión para luchar en contra del Imperio, no por la restauración de la República o por alguno de esos grandes ideales de los que hablaba la gente. Siempre y cuando el Imperio cayera, lo demás se resolvería solo. No había sido hasta ese momento en el que finalmente se preguntó acerca del significado de su decisión.

Luchar en contra del Imperio significaba luchar por una autoridad galáctica que valorara la justicia y la valentía más que el poder salvaje, una autoridad que tratara a aquellos que gobernara con respeto, en lugar de interminables mentiras y manipulación. Luchar contra la esclavitud de los bodach'i y de los wookiees significaba luchar para que los individuos tuvieran el derecho de la autodeterminación. Luchar contra aquellos que brutal y despiadadamente habían destruido Alderaan significaba luchar por todos los planetas habitados de la galaxia.

Thane creía en todas esas cosas lo suficiente como para morir por ellas y, sin embargo, sabía que no era por eso por lo que estaba en la lucha. Se había unido a la Rebelión para derrocar al Imperio, pero se sentía indiferente ante todas aquellas ilusiones acerca de una próxima Nueva República. Sólo porque pensaba que el siguiente gobierno galáctico sería mejor que el Imperio, no significaba que fuera a ser bueno. Al final, sería una burocracia más, un nuevo grupo en el que predominarían los Planetas del Núcleo, mientras que el Borde Exterior tendría que lidiar con sus problemas por su cuenta. Y ese grupo sería superior al Imperio en todos los sentidos, claro, pero en realidad la vara no estaba tan alta.

Así que su respuesta era negativa. No, él no amaba a la Rebelión más que a Ciena.

Pero sí estaba dispuesto a morir por una de esas dos cosas, y él sabía cuál elegiría… sin importar lo mucho que le doliera.

Mon Mothma dijo:

—¿Puedes cumplir con tu deber, Kyrell?

—Sí, señora —dijo. Thane sintió el terrible peso de sus palabras. Acababa de jurar hacer lo que tuviera que hacer, incluyendo ponerle fin a la vida de Ciena en caso de que fuera necesario.

Ahora sabía que nunca más volvería a dudar cuando tuviera que disparar en batalla.

CAPÍTULO DIECIOCHO

JUDE NUNCA MENCIONÓ lo hermoso que era Bespin.

Ciena contempló la pantalla de visualización que mostraba las imágenes de unos edificios de bordes circulares, del color de la arcilla, que parecían flotar por encima de las nubes. Era característico de Jude no haber mencionado la manera en la que la luz del sol se filtraba, haciendo que el cielo pareciera un eterno atardecer rosado, o incluso la elegancia de la estructura de la Ciudad de las Nubes, que florecía por encima de unos delgados cables, como sombrillas suspendidas en el aire. En lugar de eso, siempre que había platicado de su planeta de origen, Jude discutía acerca de las razones geológicas por las cuales la minería del gas tibanna era tan difícil o de las propiedades aerodinámicas de los planeadores que había pilotado cuando era niña. Sin importar lo que pasara, Jude, antes que otra cosa, era una científica. Había buscado la verdad con la misma avidez con que los cazarrecompensas buscaron el *Halcón Milenario*. (Qué irritante que aquella escoria hubiera triunfado y que los oficiales imperiales fallaran. Pero las naves civiles tenían la ventaja de viajar desapercibidas a través del espacio; algo que no podía hacer un Destructor Estelar).

Aunque a Ciena le hubiera gustado visitar la Ciudad de las Nubes, e incluso conocer a los padres de Jude, permaneció a bordo del *Ejecutor*. El equipo de ataque que tenía la misión de capturar a la tripulación del *Halcón* constaba sólo de unos pocos individuos, incluyendo a Lord Vader, quien por lo general prefería supervisar personalmente ese tipo de operaciones. Por lo demás, el resto de los miles de personas asignadas al *Ejecutor* no tenían nada más qué hacer que esperar.

Ciena hubiera querido tener alguna tarea que cumplir en ese momento; cualquiera, sin importar lo difícil que fuera o el tiempo que llevara. Al menos eso hubiera distraído la furia que sentía hacia Thane Kyrell.

Pero Bespin empeoró las cosas, porque Bespin inevitablemente significaba Jude. Al pensar en que ya nunca más estaría con su amiga, Ciena recordó la manera en la que Jude la había ayudado a demostrar la verdad acerca del estúpido proyecto del cañón láser.

Ese incidente había comprobado que Ciena y Thane podían no estar de acuerdo en ciertas cosas, como sucedió con la decisión de él de abandonar la flota imperial. Pero por más que Ciena se hubiera sentido desconcertada cuando Thane desertó, al menos entendió su decisión, aun cuando nunca estuviera de acuerdo con ésta. ¿Pero unirse a la Rebelión?

¿Cómo pudo haberse convertido en un terrorista? Él siempre había despreciado a la Alianza Rebelde tanto como ella. ¿Cuándo habría cambiado de decisión? ¿Acaso había perdonado la destrucción de la Estrella de la Muerte, así como el exterminio de cientos y miles de personas a bordo? Sí, Alderaan había sido destruido primero como parte de una estrategia para acabar con la guerra antes de comenzarla, y la estrategia falló. Pero aquello había sido una estación espacial, un planeta: un terrible día. Los ataques rebeldes a las naves y bases imperiales nunca se detuvieron, parecía que nunca derramarían

suficiente sangre como para saciar su sed. Si peleaban por un principio, en lugar de sólo hacerlo por odio hacia el Imperio, propondrían acuerdos de paz o intentarían reivindicar un sistema estelar independiente, donde pudieran vivir bajo el tipo de gobierno que ellos eligieran. Pero no. En lugar de eso asesinaban una, y otra, y otra vez. A pesar de toda la fortaleza de Thane y de sus habilidades en el campo de batalla, él nunca había sido un hombre violento. Entonces, ¿cómo podía formar parte de tal horror?

«Quizá su padre le hizo esto», pensó Ciena, mientras caminaba por los pasillos de la Ciudad de las Nubes. Unos cuantos ugnaughts pasaron corriendo y gruñendo al lado de ella, pero apenas y se dio cuenta. En su imaginación se encontraba parada al lado de Thane, después de aquella carrera de obstáculos de R&A en la que se había caído y lo había vendado. En el momento en el que se había conmovido casi hasta las lágrimas por las heridas que Thane tenía en el cuerpo, evidencia de la violencia, cuando entendió que la crueldad de su padre era física y emocional, y después se dio cuenta de lo valiente que había sido Thane al soportar sus heridas hasta el último momento, cuando se desplomó.

Aquellos que alguna vez habían sido maltratados a veces repetían el patrón, volviéndose violentos. ¿Acaso Thane ahora arremetía contra la galaxia que lo había lastimado primero?

No. Él siempre juró que nunca se convertiría en algo parecido a su padre; y Ciena siempre le creyó. Pero eso la dejaba sin respuesta alguna.

—No puedo creerlo —dijo Nash Windrider.

Asustada al haber sido sacada de sus pensamientos. Ciena se dio cuenta de que habían llegado a la plataforma de aterrizaje, donde su amigo estaba parado frente al *Halcón Milenario*. Su presa había volado directo hacia Bespin, como Lord Vader lo predijo. «Entonces, ¿por qué nos tomamos la molestia de perseguirlo en el campo de asteroides?», pensó. «Hubiéramos venido aquí y puesto la trampa mucho antes».

Caminó hacia la plataforma donde estaba Nash, con las manos en la cadera, mientras contemplaba la nave capturada.

—Cuando lo vi en la primera persecución, no podía creer que esta cosa no estuviera en un basurero. Ahora que lo veo más de cerca, ya sé por qué ningún basurero lo acepta.

—Es casi un milagro que esta cosa funcione —sintió un chispazo de reticente admiración por el *Halcón*, pues ella había aprendido a volar en un V-171 y en ocasiones sentía nostalgia por las toscas naves viejas—. ¿Cuáles son nuestras órdenes?

—Deshabilitar el hiperpropulsor.

—¿Para qué deshabilitamos una nave que ya capturamos?

—Lord Vader tiene sus razones —dijo Nash, levantando una ceja. Pero en realidad quiso decir: «¿Quieres decirle que está equivocado?».

Ciena asintió.

—Entendido.

Ella y Nash trabajaron juntos en silencio durante unos cuantos minutos. Aun en la estrecha zona de ingeniería del *Halcón*, a Ciena le pareció que Nash estaba más cerca de

lo necesario. Pero tal vez sólo se estaba imaginando cosas porque quería estar a solas mientras resolvía sus pensamientos acerca de Thane.

La deshabilitación del hiperpropulsor fue tarea fácil. Antes de lo planeado, ella y Nash se encontraban en la nave que los llevaría de regreso al *Ejecutor*; ahora podían pilotar libremente, pues otro de los pilotos buscados por Darth Vader, otra presa que había caído en su trampa, acababa de llegar. En unos cuantos minutos, la cacería habría acabado. La princesa Leia sería llevada a juicio. Y sus compañeros rebeldes recibirían un castigo ejemplar. Quizá la Rebelión sería expuesta a la luz… Y Thane con ella.

Caminó por la nave de manera automática, reportándole con gratitud a quien se encontraba en el puente que las siguientes horas prometían ser tranquilas. Pero esa promesa no se hizo realidad; las sospechas de Vader, sí. Como había previsto, el *Halcón Milenario* despegó de su plataforma y casi logró escapar, pero después, inexplicablemente, regresó a la Ciudad de las Nubes y se zambulló debajo de ella.

—¿Qué creen que lograrán con eso? —Los largos dedos de Nash presionaron los botones que enfocarían todos los sensores en el *Halcón*.

—¿Quién sabe? —Ella casi podía sentir lástima por esas personas, que creían estar libres cuando, en realidad, Darth Vader había estado dos pasos delante de ellos durante todo ese tiempo.

Aunque en el puente del *Ejecutor* se escuchaba el barullo que había generado la reanudación de las actividades, Ciena no podía hacer nada más que monitorear los últimos momentos de la cacería. Seguía sintiéndose extrañamente indiferente ante todo lo que estaba sucediendo, aun cuando Lord Vader regresó al puente.

El almirante Piett dijo:

—Estarán dentro del campo del rayo tractor en unos cuantos minutos, mi señor.

A través del ruido áspero de su respirador, Vader dijo:

—¿Tus hombres deshabilitaron el hiperpropulsor del *Halcón Milenario*? —Sí, mi señor.

—Bien —dijo Vader—. Prepare al pelotón de abordaje y preparen las armas aturdidoras.

Por lo general, Ciena se enorgullecía cuando su trabajo era reconocido. Pero en ese momento se sintió indiferente, como si sólo fuera un simulacro o un recuerdo… hasta el horroroso momento en que el *Halcón* dio el salto hacia el hiperespacio y desapareció.

«¿Cómo diablos hicieron eso?».

Nash la miró boquiabierto. Ciena habría mostrado su indignación si no hubiera mirado el rostro del almirante Piett. Se había puesto pálido, e incluso desde su lugar en los pits de información, podía observar el nudo en la garganta que se le hacía al tragar saliva con dificultad.

«Estamos a punto de ser asesinados», pensó. «El almirante, Nash y yo… Vader nos matará a todos. Nosotros cumplimos con nuestra tarea, pero qué más da».

Durante años se había sentido agradecida de nunca haber presenciado alguna de las «eliminaciones» de Vader. Ahora parecía que la primera que presenciaría sería la suya.

Pero Vader simplemente se quedó ahí unos minuto más, en silencio; después se dio la vuelta y caminó hacia el puente sin decir palabra alguna. Cuando las puertas se cerraron detrás de él, Piett flaqueó por un momento, como alguien que hubiera soltado una carga pesada, pero cuyo cuerpo aún resintiera el peso. Nash se inclinó hacia sus monitores con una mano en la cabeza. Ciena también esperó poder sentirse aliviada, pero el terror la había calado tan profundo que parecía haberle llegado a los huesos.

Esa tarde, sentados en una esquina de la cafetería del cuadrante, con platos vacíos frente a ellos, Ciena preguntó:

—¿Por qué creen que alguien se uniría a la Rebelión?

Berisse encogió los hombros.

—Por la misma razón que hay gente que roba o hace negocios con los hutts. No encuentran su lugar en una sociedad normal, así que odian a quienes sí lo hicimos.

Thane había estado en el equipo de pilotos élite. Si se hubiera quedado en el servicio, Ciena no dudaba de que también lo hubieran ascendido a comandante. Tendría que buscar otra respuesta.

—¿Tú qué piensas, Nash?

—¿A quién le importa cómo comienza la escoria como esa? —dijo en voz baja—. Sólo quiero verlos acabados.

—¿Por qué lo preguntas? —Berisse le dio otro trago a su leche nutritiva. Si bien podían conseguirse comidas «regulares» bajo encargo, sólo los oficiales de alto rango podían disfrutar de estas sin ser considerados débiles. Ciena había comido su última rebanada de pan hacía más de dos años.

Alzó los hombros.

—Nada más.

—Estás algo extraña hoy —dijo Nash. Sus cálidos ojos cafés observaron los de ella. Había adelgazado tanto desde que se graduaron de la academia, su cuerpo había pasado de ser vigoroso a demacrado, pero sus ojos, al menos, seguían siendo los mismos—. ¿Qué pasa?

Ciena no se atrevía a contar toda la verdad, pero si alguien podía ayudarla a entender la elección de Thane, ese era Nash.

—He estado pensando mucho en Thane últimamente.

Berisse rodeó los hombros de Ciena con un brazo. La sonrisa de Nash se convirtió en tristeza.

—Aún no puedo creerlo —dijo suavemente—. Thane era la última persona que hubiera creído que se suicidaría.

—Después de la Estrella de la Muerte, ninguno de nosotros estábamos en nuestros cabales —dijo Berisse, sacudiendo la cabeza.

—Pero tenía mucho por qué vivir. Su puesto, su carrera como piloto, vengarse de los rebeldes, y… te tenía a ti, Ciena. —Nash tartamudeó, aunque lo disimuló bastante bien—. Eso debió haber sido suficiente para cualquiera.

Ciena decidió evitar su mirada.

—Sigo preguntándome por qué se sentía tan desilusionado.

Sólo un hombre sin esperanzas cambiaría el Imperio por la Rebelión. Una cosa era que Thane rompiera su juramento porque no podía cumplirlo, ¿pero unirse un grupo de guerrilleros nihilistas? Él no era idealista, así que no pudieron haberlo convertido a cual sea que fuera el extraño dogma político que utilizaban para influir en la gente ingenua. Thane estaba actuando sin pensar, no había más.

—¿Thane tenía otros amigos cercanos en la Estrella de la Muerte? ¿Alguien a quien no conocieras? —Berisse dudó, metiendo un mechón de pelo negro en el chongo que llevaba por reglamento—. Como… bueno, ¿alguna chica de la academia? Me refiero a alguien antes de ti… Quizá estaba demasiado triste por su muerte.

Pero fue Nash quien respondió:

—Nunca estuvo con nadie más mientras estuvimos en la academia. Y supongo que tampoco en Jelucan.

—No. —En ocasiones, Ciena lo vio paseando con chicas de segunda generación, pero nunca con la misma dos veces.

Encogiéndose de hombros, Berisse dijo:

—Tal vez fue por algo que pasó en tu planeta natal. Estaba devastado después de lo de la Estrella de la Muerte, abandonó el servicio pero sólo para regresar a casa y organizar sus pensamientos… y cuando llegó, algo terrible sucedió.

—Siempre tuve el presentimiento de que la relación con su padre era, en el mejor de los casos, tensa, y en el peor, abusiva —dijo Nash—. No me mires así, Ciena. Viví en la misma habitación que Thane durante tres años. ¿Crees que nunca vi las cicatrices de su espalda? —Su expresión se había endurecido—. Supongo que su padre lo agredió en el peor momento posible, llevándolo al límite.

—Viniendo de su padre, no me extrañaría. —Al menos eso era completamente cierto. Pero en ese momento, Ciena se dio cuenta de que Nash tampoco le daría una respuesta. La decisión de Thane de unirse a la Rebelión permanecería como un desesperante misterio… como una flecha clavada en su piel, una que no podría sacar y que dejaría la herida abierta para siempre.

Ella permaneció perdida en sus pensamientos hasta que prácticamente había llegado a su habitación, acompañada por Nash. Su puerta estaba al final del pasillo más largo de la sección de camarotes, así que estaban bastante lejos de todos cuando él tomo el brazo de Ciena con su mano.

—¿Ya te vas a dormir? —le dijo con un tono suave, pero los dos entendieron el verdadero significado de esa pregunta.

Ciena sospechó que algo así sucedería, pero con tantas preocupaciones, nunca pensó que sería esa noche. Ahora ya no le parecía extraño que, un rato antes, Berisse se hubiera disculpado por tener que irse; ahora estaba en serios problemas por solaparlo.

—Nash, es una mala idea.

—Al contrario, es una magnífica idea. —Le lanzó una mirada traviesa y llena de expectativa—. ¿No crees que nos merecemos un poco de diversión?

De la manera más amable que encontró, Ciena respondió.

—Me parece que tú quieres algo más que diversión. Y yo no puedo darte eso.

Nash ladeó la cabeza; no replicó, pero tampoco se rindió.

—¿Al menos puedo convencerte de pasar más tiempo libre juntos? Así podremos conocernos más sin que Berisse o cualquiera de nuestros otros amigos estén ahí. Sé que la transición de amigo a, bueno… a algo más, puede ser complicada, pero creo que vale la pena intentarlo. Y por ti, yo estaría dispuesto a esperar.

Ciena dio un paso atrás. Su espalda chocó contra la malla metálica de la pared. Qué ridículo era sentirse tan tímida y torpe como una colegiala. Con un tono más firme, dijo:

—No puedo.

El rostro de Nash se entristeció, y ella pudo notar que había dejado de ser coqueto y en cuestión de segundos parecía sentirse incómodo.

—Qué idiota soy. Hace una hora estábamos hablando de Thane. Debí haber sabido que este no era el momento para esto. Por favor, discúlpame.

—Está bien, en serio.

—Yo también lo extraño, ¿sabes? —Nash parecía tan afligido que Ciena se sentía culpable. La mentira que había dicho acerca del suicidio le había salvado la vida a Thane, pero había herido a sus otros amigos para siempre—. No quería hacer menos tus sentimientos hacia él.

—Sé que no era tu intención. —Ciena intentó sonreír—. Mejor hay que darnos las buenas noches.

Nash suspiró.

—Mejor. —Apretó su mano un momento, sólo una vez y después se fue.

En cuanto la puerta de su camarote se cerró, Ciena se dejó caer en la cama; se sentía tan cansada que parecía como si hubiera trabajado tres turnos seguidos.

Se convenció a sí misma de que había rechazado a Nash porque no sentía nada por él. Y, hasta el momento, eso era cierto. Pero no pudo negar que en gran medida había sido por lo que aún sentía por Thane Kyrell.

«Ahora debería odiarlo. Necesito aprender a odiarlo. Pero no puedo, y nunca pude».

La pequeña unidad de comunicación en la esquina de su litera parpadeó: la luz azul indicaba que el mensaje provenía de una fuente no imperial. Para Ciena eso sólo podía significar un holograma de casa. Sus dedos casi presionaban el botón, cuando se detuvo. «¿Debería verlo en este momento? ¿Debería verlo?».

Todavía extrañaba Jelucan. Aunque tomaba sus nutrientes, se le antojaba una pieza de pan cada vez que entraba a la cafetería. Hablaba con su familia frecuentemente, por

holograma, en lugar de depender de los comunicados bimestrales sugeridos por la oficina de asuntos internos.

Ciena jaló el pequeño morral que tenía en su bolsillo, donde guardaba el brazalete de piel que la unía a Wynnet. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que le había pedido a su hermana que mirara a través de sus ojos.

«Hace mucho tiempo», pensó con un repentino sentimiento que hizo que sus dedos apretaran con fuerza el morral. «No tengo por qué decidir entre ser jelucani o ser una buena oficial imperial. Puedo ser ambas».

Ciena sonreía mientras el holograma comenzaba a reproducirse y miraba el rostro de su padre buscándola. Después de escuchar unas cuantas palabras del discurso previamente grabado, su sonrisa desapareció.

Las cejas grises de Ronnadam se arquearon tanto que casi llegaron a sus ya, de por sí, profundas entradas de cabello.

—Entonces quieres regresar a tu planeta natal por un… tiempo indefinido.

—He acumulado siete semanas de licencia, señor, realmente dudo que vaya a usarlas todas.

Un oficial imperial ideal no utilizaba sus licencias, a menos que necesitara recuperarse de una grave enfermedad o lesión. Ciena nunca había pedido un solo día de licencia, hasta ahora.

Ronnadam se levantó de su escritorio y apretó las manos detrás de su espalda. Sus ojos verdes tenían una apariencia lechosa, como si pertenecieran a un hombre mucho más viejo.

—La decisión de tomar licencia es sólo suya. Y no cuestiono el tiempo que se tomará. Cuestiono el motivo por el que desea regresar a su planeta natal.

—Mi madre será enjuiciada por malversación de fondos de la mina local en la que trabaja… trabajaba; era supervisora. —Las palabras por sí solas le parecían surreales a Ciena. Su madre, ¿una ladrona? Era imposible. A ella no le importaban las posesiones materiales más allá de lo que ya tenían, y su ascenso en la mina había hecho que toda la familia se sintiera orgullosa—. En los valles de Jelucan, que el honor de uno sea puesto en duda es la crisis más grave que alguien puede enfrentar, señor. Y aquellos que confían en el honor de la persona deben reunirse alrededor de su casa en ese momento. Es un deber sagrado.

—En efecto, «sagrado». —En boca de Ronnadam, la palabra tenía un aire despectivo—. ¿Se da cuenta, capitana Ree, que los cargos en contra de su madre han sido impuestos por las autoridades imperiales locales? ¿Está cuestionando la sentencia de un colega servidor del Emperador?

—Por supuesto que no, señor. Pero a mi madre le pudieron haber tendido una trampa para incriminarla, o debe haber habido algún otro tipo de error que se convirtió en un… malentendido.

Ronnadam frunció los labios compasivamente, un gesto que parecía burlarse de Ciena en lugar de convencerla.

—¿Está escuchando lo que dice, Ree?

—No quiero emitir ningún juicio basándome en información incompleta, señor. Debo investigar esto por mi cuenta. —Ella logró mirarlo a los ojos—. Y sin importar cuál sea la verdad, la enfrentaré.

Lentamente, Ronnadam asintió.

—Sí. Esta experiencia puede servirle de aprendizaje. —Se puso de frente a ella, midiendo sus pasos—. Tome su licencia, capitana. Sea testigo del juicio de su madre.

Ciena intentó imaginar a su madre frente a un juez, con las manos esposadas. Pero no pudo.

Ronnadam comenzó a sonreír.

—Y cuando regrese, repórtese conmigo de inmediato. Comuníqueme la resolución final sobre su culpabilidad o inocencia… y me dirá si cree que el juicio fue justificado.

Sin importar lo que el juez ordenara, Ronnadam esperaba que Ciena acatara su decisión… aún si era enviar a su madre a prisión.

«Eso no sucederá. No puede suceder. El juez tomará la decisión correcta al final». Eso se dijo a sí misma. Y quería creerlo.

Pero por primera vez, su juramento al Imperio flaqueo. El sentimiento que había intentado mantener a raya durante los últimos tres años, aquel en el que nunca había querido pensar deliberadamente, no podía ser reprimido ni un minuto más: la duda.

CAPITULO DIECINUEVE

THANE DIRIGIÓ SU X-wing hacia abajo, hasta casi rozar el grueso follaje de los árboles que cubrían la superficie de D'Qar. Con la luz del atardecer, pudo ver cómo las hojas se arremolinaban debajo de las otras naves como arrastradas por un huracán. Si alguien estuviera a nivel del suelo, debajo de ellos, el escuadrón Corona sería detectado en unos cuantos minutos.

«No estaremos aquí por mucho tiempo», se recordó. Después, abrió el canal de comunicación segura.

—Corona cinco, aquí Corona cuatro, ¿me escuchas?

—Te escucho —contestó Kendy—. Tenemos lecturas negativas. No detecto ninguna fuente de poder artificial.

—Lo mismo sucede aquí.

El escuadrón Corona había sido enviado a D'Qar para buscar cualquier indicio de un nuevo puesto de avanzada imperial. Aparentemente, unos espías encubiertos en Coruscant reportaron grandes cantidades de material bélico siendo procesado para la flota imperial; nadie sabía con precisión para qué iba a ser utilizado, pero había rumores de que había unas nuevas instalaciones de construcción para naves de gran tamaño…

Si el Imperio había comenzado a construir nuevos Destructores Estelares o algún otro tipo de superarmas no lo estaba haciendo en D'Qar. Habían escaneado cada hemisferio, buscado en las órbitas planetarias y solares, y no habían encontrado nada.

Thane reconoció que le hubiera gustado encontrar algo. Al menos así habrían sabido lo que estaba tramando el Imperio y podrían haber tomado medidas significativas saboteando fábricas, colocando droides de vigilancia en ubicaciones clave y muchas otras más. Por el momento sólo le quedaba soportar el suspenso.

Después dijo:

—Corona dos, ¿tus registros también son negativos?

—Afirmativo. Resultados negativos con respecto a la actividad imperial —contestó Yendor—. A menos que de pronto el Imperio esté reclutando pequeñas criaturas de los bosques.

—Lo dudo. —Respondió Thane, evaluándolo por un momento—. Deberíamos considerar este planeta, pues tiene potencial para que instalemos una base en el futuro. Al Imperio no le interesa, no hay mucho tráfico espacial en esta zona y hay agua en abundancia.

—Además es mejor que Hoth —dijo Yendor.

—Hasta el estómago de un sarlacc es mejor que Hoth. —Thane comenzó a marcar los códigos de navegación que lo llevarían de regreso al *Libertad*.

Al parecer, la líder del escuadrón Corona estuvo de acuerdo.

—Vámonos de aquí.

Una vez que regresaron a la nave, la otra parte del escuadrón Corona se encontraba dándole mantenimiento a sus X-wing en la calurosa bahía de reparación del *Libertad*, bromeando una y otra vez.

—Vamos —le dijo Yendor a la líder del escuadrón, la piloto de mayor edad del grupo, una majestuosa mujer a la que llamaban la Contessa—, no puedes negar que esto es más divertido que la vida en un palacio.

Ella le dirigió una mirada de reproche.

—Necesitas pasar más tiempo en palacios.

—¿Sabes?, creo que sí —aceptó Yendor—. Pero tú puedes ayudarme con eso, ¿verdad?

—¡En serio! —resopló la Contessa, pero no sin afecto—, podrías aprender de Smikes. A él no le interesa aparentar que está divirtiéndose cuando no es así.

—Aquí nunca nos divertimos —dijo Smikes debajo de su X-wing. Llevaba un paliacate atado alrededor de su frente para combatir el interminable sudor que escurría por el cuerpo de cualquier humano que viviera en una nave Mon Calamari—. Estamos en una guerra, ¿qué tiene de divertido eso?

—Qué enojón —dijo Yendor amablemente—. Pero algún día te escucharé reír y espero que un droide de protocolo esté cerca para grabarte.

—No seas tan severo con Smikes —dijo Kendy, echando por encima del hombro su oscuro cabello verde—. Sólo es un enojón.

—No soy enojón. Soy realista —insistió Smikes. La realidad es que siempre estaba enojado, pero era un gran piloto.

Thane meneó la cabeza cuando los vio a todos ahí reunidos; era la tripulación más variada que alguien pudiera encontrar, gente que jamás conviviría de no ser por el escuadrón o por esa guerra. Pero al menos él sabía que lo cuidarían.

A diferencia de otras personas.

Más tarde, una vez que todos habían terminado, Kendy dijo:

—Debo admitir que la inteligencia militar es menos glamurosa y dramática de lo que siempre me imaginé.

Thane ni siquiera levantó la vista del panel abierto del ala de su nave.

—Creo que las cosas más dramáticas son las que probablemente te matarán. Y podremos sobrellevarlas cuando lleguen, y haré lo que tenga que hacer, pero no soy suicida.

No hubo respuesta alguna durante los siguientes minutos, en los cuales Thane se concentró en su trabajo, incluso olvidó que él y Kendy estaban platicando, hasta que ella dijo en voz muy baja:

—¿Sabías que eso fue lo que reportó Ciena? Él se quedó donde estaba, contemplando los cables y los chips que le daban vida a esa nave. La llave que tenía en la mano permaneció suspendida por encima de la unión en la que pensaba trabajar. Sin voltear a ver a Kendy, le preguntó:

—¿Qué fue lo que Ciena reportó?

—Que probablemente te habías suicidado en Jelucan. Me enteré por otros compañeros de la academia, y le envié a Ciena un holograma en ese momento, porque no podía creerlo, pero ella no quería hablar. Al inicio pensé que era porque lo estaba pasando muy mal. Después, cuando me di cuenta de que estabas aquí, con la Rebelión, pensé: «¡Hey! Thane ocultó sus huellas muy bien». Pero mientras más lo pienso… tú habrías podido engañar a cualquier ser de la galaxia mucho más fácil que a Ciena. Los dos se conocían tan bien. Ella te cubrió, ¿verdad?

—Sí. —En ese momento, Thane se imaginó que estaba en Jelucan, cerrando la puerta en cuanto Ciena se fue. Él creyó que lo delataría sin importar qué—. Eso hizo.

Kendy lanzó un silbido.

—¿Ciena Ree rompió un juramento?

—A veces le somos leales a más de una cosa. —Respondió de memoria, con voz entrecortada, pero muy seguro de lo que acababa de decir—. Cuando hay un conflicto, debemos decidir a quién dar nuestra lealtad. Y creo… creo que ella me eligió a mí.

Ciena lo había encubierto. Había orquestado esa mentira tan compleja, cuando ella nunca mentía, y todo por él. Conociéndola como lo hacía, sabiendo de dónde venía, Thane se dio cuenta de lo mucho que le habría costado hacerlo. El duro nudo de furia que había cargado en el pecho durante los últimos tres años finalmente se había aflojado. Pero eso empeoraba todo, porque su ira era el único escudo que lo había protegido del dolor de perderla.

El sonido de unas botas golpeando el piso del hangar hizo que Thane levantara la vista de su X-wing. Kendy había saltado de su caza estelar para pararse al lado del suyo, con las manos en la cintura.

—¿Entonces por qué ella no está aquí?

—¿Ciena?

—Siempre dijo que un juramento era para siempre, que una promesa era una promesa, y tenías que ser fiel a tu propio honor —dijo Kendy, y comenzó a sonar enojada—. Ni siquiera pensé que fuera capaz de mentir. Ahora descubro que rompió su palabra para salvarte, pero sigue sirviendo en la flota imperial. ¿Cómo pudo hacer eso? Si pudo enfrentarse a ellos por ti, ¿por qué no podría hacerlo por la galaxia entera?

—Ciena nunca le fue desleal al Imperio. —Thane odiaba aceptarlo, pero era cierto—. Esa vez, en ese momento, eligió su lealtad hacia mí. Pero eso no quiere decir que haya hecho a un lado su juramento hacia el Imperio.

—No veo la diferencia.

—Eso es porque no eres de Jelucan. —«Y no conoces a Ciena tanto como yo». La reparación podía esperar, Thane cerró el panel, guardó sus herramientas y se deslizó por el costado de la nave hasta donde estaba Kendy—. Mira, tú y yo estuvimos en la flota imperial, ¿recuerdas? La gente buena puede terminar al servicio del mal.

Kendy asintió con la cabeza mientras cruzaba los brazos frente a su pecho. El aire olía a herramientas para soldar y a grasa para motor; su oscuro cabello verde resplandecía con las intensas luces del hangar.

—La gente buena puede iniciar su carrera sirviendo al Imperio. Pero si se queda ahí, dejan de ser buenos. Haces algo que pensaste que nunca harías, como seguir una orden que te enferma, y te dices a ti mismo que esa será la única vez que lo harás. Que es una excepción. Que no es la manera en la que las cosas serán siempre.

Thane recordó cómo intentó con todas sus fuerzas desentenderse de la terrible situación de esclavismo de los bodach'i.

—Sí. Lo sé.

—Pero sigues adelante —continuó Kendy. Su mirada se había vuelto distante. Ahora parecía dirigirse a sí misma y no tanto a Thane—. Cedes otra vez y después otra más, y para cuando te das cuenta de lo que realmente es el Imperio, ya avanzaste demasiado en el camino como para dar marcha atrás. Yo logré hacerlo; pero si los otros no se hubieran sentido igual, si hubiera tenido que irme sola en lugar de irme con un grupo, tal vez me hubiera quedado. Y no me hubiera gustado la persona en la que me habría convertido.

Thane se había dado cuenta de que Kendy intentaba advertirle que la Ciena que había conocido, la que lo había salvado, quizá ya no existiera.

Y tal vez eso era cierto. Para entonces, probablemente Ciena ya había participado en alguna de las masacres correctivas que el Imperio llevaba a cabo en planetas desobedientes. Ella pudo haber estado en uno de los Destructores Estelares de la Batalla de Hoth, disparándoles a sangre fría a los cazas estelares que no lograron escapar. Quizá el Imperio había corrompido su honor y lo había convertido en severidad, esnobismo y crueldad.

Saber todo eso no lo hacía más fácil de aceptar.

Thane sólo pudo decir una cosa:

—Creo que nunca lo sabremos. No volveremos a verla.

En el momento en el que se dio la vuelta para salir del hangar, miró de reojo la expresión del rostro de Kendy. Era de lástima.

Aunque Thane siguió trabajando todo el día, parecía tan melancólico que Yendor tuvo que preguntarle quién había muerto, e incluso Smikes intentó reanimarlo. En cuanto terminaron el informe sobre D'Qar, se disculpó de la comida grupal y del acostumbrado juego de cartas después del turno de trabajo. En lugar de eso, se refugió en una de las pocas bahías de computadora desocupadas del *Libertad* para poder estar solo.

La soledad era un lujo infrecuente para un piloto rebelde, del mismo modo que lo era para un cadete de la academia. Difícilmente podía estar a solas con sus pensamientos. Cuando era niño, si quería estar a solas, siempre lograba escabullirse hacia la Fortaleza; algunas veces Ciena estaba ahí, pero su presencia nunca lo incomodó. Antes de que cumplieran diez años sabían perfectamente cuándo debían respetar el silencio del otro, cómo estar cerca uno del otro sin ser entrometidos. ¿Cuántas personas entendían a alguien tan bien?

«Ahora no nos entenderíamos», se recordó. «Ha sido una oficial imperial por años. Todo lo bueno de Ciena se envenenó hace muchos atrás. Si nos volviéramos a encontrar, con total seguridad no volvería a encubrirme. Necesito olvidarla».

Thane se estiró, se secó la frente y buscó las noticias de Jelucan. Contemplar su planeta natal lo hizo sentir… lo que sea que es contrario a la nostalgia. El planeta cambiaba mes tras mes, siempre para mal; era imposible leer los periódicos sin darse cuenta de que el planeta agreste y primitivo en el que había crecido ya no existía. Y la chica que había conocido y de la que se había enamorado, la Ciena que había sido, se había perdido tanto como el viejo Jelucan.

Así que dejó que las primeras imágenes sombrías se reprodujeran frente a él. La desolación, irónicamente, aliviaba el dolor que sentía en su interior… hasta que se encontró con el reporte del próximo juicio de Verine Ree.

Thane se sentó tan rápido que provocó hondas de estática en el holograma, que no podía calcular la distancia ideal entre el espectador y la proyección. «Eso no es posible», se dijo. «Me imaginé eso porque Kendy y yo acabamos de hablar de Ciena y la tengo en la mente». Pero después, el rostro de la madre de Ciena volvió a tomar forma. La etiqueta que flotaba debajo de su imagen decía: «LA ACUSADA».

¿Malversación de fondos? Eso era imposible. La gente de los valles podría tener ataques de ira y golpear o matar a alguien. Los crímenes pasionales abundaban al igual que en todos lados. Incluso, eran presas de otro tipo de impulsos criminales: robarle a los comerciantes o algo de ese tipo. Pero un crimen tan premeditado y corrupto como la malversación iba en contra de todas sus creencias.

Evidentemente había hipócritas entre las familias del valle, pero nadie de la de Ciena. Sólo conociéndola podría estar seguro de eso.

Los labios de Thane se apretaron, formando una línea dura. Si algo quedaba de la Ciena que había conocido, no sobreviviría a esto. Una vez que ella aceptara la condena y el encarcelamiento de su madre, estaría perdida para siempre. Tan perdida como si realmente la hubiera matado aquel día en Hoth.

«Adiós», pensó, recordando a la pequeña niña con su sencillo vestido café, la hoja de otoño a punto de caer. Era momento de olvidarla para siempre.

«Este no puede ser Jelucan», Ciena quiso decirle al piloto de su nave. «Me trajiste al sistema equivocado».

Pero sabía muy bien que estaba en el planeta correcto, aunque todo había cambiado.

Una espesa neblina parecía haberse instalado permanentemente sobre la tierra, y el aire era espeso y tenía un mugroso hollín. En las minas que se habían cavado en muchas de las montañas ni siquiera habían intentado filtrar los residuos de su trabajo, así que la gente simplemente caminaba a través de ellos, tosiendo; algunos llevaban pañuelos o delgadas máscaras que cubrían bocas y narices.

En un principio creyó que las máscaras la confundían, haciéndole más difícil diferenciar a los nativos del valle de los de segunda generación. Y aunque la última vez que había estado ahí había visto mucha ropa producida en serie, los dos grupos de

habitantes todavía se podían distinguir. Ahora era imposible encontrar cualquier tipo de diferencia. Nunca pensó que extrañaría los largos abrigos estridentes de los de segunda generación, pero buscó en vano: no había ni un solo destello de color rojo o cobalto. Tampoco caminaban por las calles los peludos muunyaks; la gente caminaba o conducía tractores de montaña.

Valentia le había parecido muy cambiada tres años atrás, pero al menos aún era reconocible. Ahora, las vecindades de los trabajadores migrantes se habían multiplicado a tal punto que los edificios originales, tallados en piedra, eran casi invisibles. El edificio del Senado, que se había convertido en un cuartel imperial, ahora era un puesto de avanzada, rodeado de un campo de fuerza que brillaba con un color verde enfermizo y tenía un constante flujo de oficiales y soldados imperiales entrando y saliendo de sus puertas.

Ciena se dio cuenta de que los jelucani caminaban más rápido cuando pasaban por el puesto de avanzada. No querían llamar la atención. Nadie quería dirigirle la mirada.

—No debí pedirte que vinieras —repitió Paron Ree fuera de la puerta de la antigua habitación de su hija—. Pensé solamente en mí y no en ti. ¿Qué dirán tus oficiales superiores?

—Dirán que se trató de un error, porque así es.

Ciena aventó a un lado el saco de su uniforme, el cual aterrizó encima de sus pantalones y botas. Sus viejas vestimentas aún le quedaban y sólo tenían un ligero olor a humedad. Las mallas color malva y la túnica se sentían tan suaves; ¿de verdad había usado cosas como estas todos los días? Abrió la puerta y se dirigió a la habitación principal, donde su padre estaba parado con las manos apretadas, como si estuviera preparado para dar un reporte en forma. Ella le agarró los hombros y lo ciñó.

—Está bien, papá. La verdad saldrá a flote.

El rostro de su padre seguía tenso y demacrado.

—Es poco probable que el verdadero culpable sea identificado por las autoridades.

—¿Porque no lo han encontrado? Bueno, ya veremos. —¡Si tan sólo ya fuera una comandante! Ese rango la hubiera beneficiado al día siguiente, cuando fuera a hablar con el magistrado—. Disculpa que te lo diga, papá, pero no te ves bien. ¿Has estado comiendo?

—Sin tu madre aquí… he perdido la noción del tiempo.

Ciena hizo una pausa. No había sido consciente hasta hacía unos momentos de que su madre había estado encarcelada, y casi no le creyó a su padre cuando le dijo que ni siquiera podía recibir visitas. Ese era otro de los temas que debía abordar con el magistrado al día siguiente. Había solicitado una audiencia a la primera hora de la mañana, así que seguramente escucharía de su personal en breve.

Seguramente.

Su padre tenía un poco de carne y de tubérculos en su unidad de refrigeración, así que ella decidió ponerlos en una olla para hacer una sopa sencilla. No había cocinado en tanto tiempo, pero aún recordaba cuáles hierbas debía machacar y la manera en la que, después, su aroma se quedaba impregnado en sus dedos. Su estómago rugió, ansioso de algo, lo que sea, que no fueran nutrientes imperiales. (Ciena se había llevado consigo unas cuantas botellas de bebida nutritiva, pero era mejor guardarlas para el viaje de regreso).

Cuando el caldo comenzó a burbujear, Ciena se alejó del fogón y se sentó en los cojines del suelo al lado de una mesa de poca altura, frente a su padre. Sólo hasta que se sentó en su lugar se dio cuenta de que no se sentía incómoda, en lo más mínimo; aún después de varios años comiendo en mesas más altas o sentándose en bancas o sillas. Su casa siempre sería su casa.

Paron agitó la cabeza lentamente.

—Es bueno volver a verte, mi niña —dijo, tocando una de sus mejillas por un momento.

—Debí haber venido antes.

—No. Sé que allá afuera hay una guerra, y tienes que hacer lo que debes hacer.

Las nuevas canas de las sienes de su padre la sorprendieron, pero no tanto como su comportamiento. Su padre siempre había sido su roca: implacable, a veces duro, pero justo, sin importar lo que pasara. Siempre fuerte. Ahora su temple parecía cansado, tanto que podía percibirlo como las nuevas arrugas en su rostro.

—No hay banderas enfrente —dijo Ciena—. ¿Las familias se están negando a reconocer los cargos? —Ese era un acto de desafío a la autoridad, algo gravísimo entre las familias de los valles, pero una acusación verdaderamente injusta podía generar esa respuesta.

—Los han reconocido. —La voz de su padre se entrecortó—. Pero nadie ha venido.

Eso no podía ser cierto.

—¿Nadie?

Su padre asintió.

Recordó aquellos días en los que permaneció afuera de la casa de la familia Nierre, apoyándolos en las horas más difíciles. Todos celebraron juntos cuando los acusadores finalmente se echaron para atrás y aceptaron la versión imperial de los sucesos… pero ahora eso hacía que Ciena se hiciera una pregunta:

—¿Cómo podría alguien que conozca a mamá pensar que pudo haber robado?

—Ellos saben que ella no tomó ese dinero —contestó bruscamente su padre—. Todos lo saben, pero nadie lo dirá.

—Pero… rehusarse a apoyar a alguien que fue acusado falsamente…

—El Imperio la inculpa, y le debemos nuestro honor al Imperio. Rebelarnos contra él sería deshonroso.

—Pero no puedes ir en contra de mamá. —Ciena observó a su padre impresionada—. ¿O sí?

—Tu madre entiende las exigencias del honor, tanto como yo. ¿Las has olvidado, Ciena? —Su mirada taladrante se detuvo en ella brevemente, y Ciena no quiso decir nada más.

«Pero, ¿qué hay de la verdad?», pensó. «¿Cómo es que en este momento la verdad ya no importa? ¿Cuándo se volvió honorable aceptar las mentiras descaradas?».

—Disculpa mi humor —dijo, sonando más exhausto que antes—. Han sido días difíciles.

—Lo sé. Lo siento. Ahora estoy contigo.

Pasó una hora. Comieron sopa y pan en silencio, y a pesar de su miedo y preocupación, Ciena no podía dejar de disfrutar el sabor de la comida verdadera. Estar sentada al lado del fogón, estar con su padre, incluso escuchar los grititos de los halcones de sal… En algunos instantes sentía que nunca se había convertido en una oficial, que nunca había dejado Jelucan, que todo era un sueño.

Pero no podía darse el lujo de dejarse llevar por esas ensoñaciones mucho tiempo. La realidad pesaba mucho más con cada minuto que pasaba, porque el mensaje de la oficina del magistrado nunca llegó, y tampoco lo hicieron las otras familias del valle. Ni un alma. El desnivel de arena fuera de su casa seguía vacío, demostrando la profunda vergüenza que cargaba la familia Ree.

El cielo se había oscurecido por completo antes de que Ciena se atreviera a preguntar:

—Papá, ¿por qué estás tan seguro de que nadie descubrirá quién hizo esto?

—Conoces la respuesta. No me insultes y te insultes a ti misma pidiéndome que te lo diga.

Ella había llegado a la conclusión más lógica: el malversador era un oficial imperial, alguien con un rango suficientemente alto como para falsificar los registros.

—¿El magistrado no quiere cuestionar públicamente a los oficiales imperiales? Aun así, enjuiciar a mamá…

—Ciena, tienes que escucharme. Eres miembro de la flota imperial, y estoy orgulloso de eso. Todo lo bueno del Imperio viene de ti y de aquellos que son como tú. —Acarició la mano de su hija—. Pero cada regla y cada gobernante también tienen su lado malo. Aquí, en Jelucan, nosotros… hemos visto más del lado malo. Pero nuestra lealtad no debe flaquear.

Una vez más pensó en el cielo cubierto de hollín, en las montañas llenas de marcas ocasionadas por los cortes profundos de la minería, que parecían cicatrices infligidas por los colmillos de una monstruosa bestia. Pero su padre no estaba dispuesto a flaquear aun cuando todo a su alrededor gritaba corrupción y ruina.

«Sólo se trata de Jelucan… del resultado de un gobernador deshonesto. Los oficiales de altos mandos no conocen la verdad, porque si la conocieran, tomarían cartas en el asunto».

Eso se dijo Ciena. Pero incluso en su propia mente, ese tipo de pensamientos sonaban tan ridículos que ni ella misma los creía y mucho menos se atrevía a decirlos en voz alta. Seguía pensando en el rostro de Ronnadam cuando le dio permiso para su licencia, y

cómo había estado completamente seguro de que las cortes imperiales tomarían la decisión correcta. Él sabía eso porque conocía cuál era la decisión «correcta», y no sería aquella que demostrara la verdad; sería una que justificara cualquier tipo de acción que hubiera cometido un oficial imperial. Aparentar justicia importaba más que la realidad. Y, sin embargo…

—¿De verdad no ha venido una sola persona de las familias del valle, papá?

Él señaló hacia el desnivel de arena, estaba vacío y no había una sola bandera.

Después de eso, no quedaba mucho que decir. Ciena recorría la casa como en trance, guardó la sopa que quedaba y lavó los platos. Una vez más, su mundo parecía irreal, pero ahora era su propia casa la que parecía salida de un sueño. ¿Cómo podía estar en un lugar tan querido para ella y sentirse tan pequeña y asqueada en su interior? Incluso añoró estar en el *Ejecutor*, donde el aire que re-circulaba olía a ozono y nadie nunca dejaba de acatar las reglas de seguridad.

El recorrido de la última nave que tomó hacia Jelucan había durado diez horas; Ciena se había sentido tan nerviosa que ni siquiera pensó en dormir durante el viaje. En ese momento, diez horas después, el cansancio había hecho de las suyas. La cabeza le daba vueltas y sus ojos le dolían. Pero durante el tiempo que se llevaba a cabo un juicio, alguien tenía que permanecer despierto en la casa del acusado. Por lo general, amigos leales y miembros de la familia se turnaban para las vigilias, pero Ciena y su padre estaban solos. Y aunque ella se sentía exhausta, sabía que su padre lo estaba aún más.

—Ve a dormir —dijo en voz baja—. Yo me quedaré en vigilia.

—Necesitas descansar.

—¿Y tú no?

—Después del largo viaje que hiciste hasta aquí…

Pero la voz de su padre se apagó. Incluso carecía de fuerza para discutir con ella.

Afuera escuchó el sonido de un tractor de montaña. Se sintió tan alegre al saber que un amigo se aproximaba, que agudizó el oído para escuchar mejor, pero de inmediato se regañó: «Mucha gente pasa por aquí para llegar a los valles. No vienen por nosotros».

De pronto, el tractor de montaña se detuvo. Después, Ciena escuchó pasos y, «oh, gracias a la Fuerza», el inconfundible sonido de un asta enterrándose en la arena. Con una sonrisa triunfal, Ciena acarició el hombro de su padre y corrió hacia la puerta. Al menos una persona había sido leal. Una persona estaba con ellos sin importar qué. ¿Sería alguno de los Nierres, que llegarían sonrojados, disculpándose por llegar tarde? ¿Sería alguno de los ancianos, diciéndoles que habían tomado el riesgo de desafiar a los oficiales imperiales en nombre de todas las familias del valle?

Abrió la puerta antes de que el visitante pudiera tocar… Y se quedó paralizada. No podía moverse ni decir nada más que su nombre. Ciena susurró:

—¿Thane?

CAPÍTULO VEINTE

AUNQUE HABÍA PENSADO con frecuencia en Thane, pese a que él seguía siendo parte de ella, Ciena había creído sinceramente que nunca lo volvería a ver. Y aun así, él estaba ahí, parado justo frente a ella con sus insondables ojos azules, no tan seguro de ser bienvenido.

—¿Sí? —dijo su padre.

—Señor Ree, soy Thane Kyrell. Escuché sobre la madre de Ciena y… quería guardar vigilia con usted, si me lo permite. —Thane señaló hacia el desnivel de arena, donde una solitaria bandera estaba izada—. Ciena me contó alguna vez que la gente ajena a las familias del valle podía traer una bandera roja, ya que nosotros no contamos con banderas familiares. Al menos… creo que eso fue lo que me dijo. —Titubeó por primera vez, y la incertidumbre que Ciena alcanzó a ver en él lo volvió un poco más cercano, como el niño que recordaba. Pero ese momento no duró mucho, ese niño desapareció y de nuevo se convirtió en un extraño—. ¿Recordé el ritual correctamente?

—Sí, lo hiciste. —Ciena habló con más tranquilidad de la que se hubiera creído capaz.

Thane asintió con la cabeza, respondiendo a sus palabras con la rigidez con la que anteriormente respondía a las órdenes.

—Entonces, ¿puedo acompañarlos o debo irme?

Aunque el mensaje oculto en realidad era: «¿Me vas a delatar al Imperio?».

Ella había jurado hacerlo. Su juramento de lealtad lo exigía, y más ahora que Thane se había unido a la Alianza Rebelde.

Pero la santidad de guardar vigilia era suprema. Cualquier persona que sumara su honor al del otro merecía la protección de ese hogar. Así que cuando su padre volteó a verla, con una ceja levantada, ella asintió y dio un paso atrás de la puerta, para que Thane pudiera entrar.

Él había prestado más atención de lo que ella se había imaginado en aquellos días en la Fortaleza, cuando intentó explicarle las creencias y costumbres de las familias del valle mientras mataban el tiempo. Thane se dirigió al padre de Ciena, educadamente, inclinando la cabeza en señal de respeto.

—Paron Ree, creo en el honor de su familia.

—Agradezco tu decisión de guardar vigilia con nosotros. —Su padre titubeó. Se encontró con Thane un par de veces, cuando su hija y él eran pequeños, y nunca lo había visto como algo más que un niño rico y privilegiado que había llegado al éxito sobre los hombros de Ciena. Nunca antes había estrechado la mano de Thane, pero ahora lo hacía.

Ciena cerró la puerta; sus manos estaban tan entumecidas por la impresión que apenas pudo poner el cerrojo. Habían pasado tres años desde aquella despedida. Aquella noche, en cuanto llegó a la calle, se soltó a llorar; seguramente Thane tampoco soportó mucho más.

«Le dije que lo entregaría si volvía a verlo. Le dije que si regresaba a Jelucan, lo atraparían, lo encarcelarían y hasta lo matarían». Hasta traiciones menores se habían convertido en crímenes capitales en los últimos años.

Pero Thane había regresado de todas maneras.

—Muy bien. —Thane se quedó parado en el centro del cuarto principal, alto e imponente en una habitación abovedada que sin duda parecía demasiado chica para él—. ¿Qué necesitan que haga?

El padre de Ciena señaló la mesa.

—Tu presencia es suficiente. ¿Ya comiste? Tenemos sopa, gracias a Ciena.

—No quiero ser una molestia…

—Estás guardando vigilia —dijo Ciena, sus palabras sonaron más bruscas de lo que había querido—. Estás en nuestra casa, lo que significa que tienes derecho a nuestra hospitalidad y protección… mientras estés aquí.

—Entonces comeré la sopa, gracias. —Thane se sentó en el suelo, doblando sus largas piernas con gran dificultad debajo de la mesa.

El padre de Ciena se ofreció a traerle la comida a Thane, como parte de un ritual de bienvenida a su único aliado, y porque sintió que Ciena y Thane necesitaban hablar. Debían hablar, eso le quedaba claro a Ciena, pero no tenía ni idea por dónde empezar.

Era mejor comenzar con lo que más importaba.

—Gracias —dijo ella—, por acompañar a nuestra familia.

Thane señaló con la cabeza el desnivel de la arena.

—No vi otros estandartes.

—Las familias del valle nos abandonaron. —Una sonrisa triste se formó en sus labios—. Nadie más vino. Sólo tú.

Thane dudó un poco antes de hablar.

—Sé que tu madre es inocente. Nadie de los valles haría algo así; menos alguien de tu familia.

Sus miradas se encontraron varios minutos antes de eludirse.

Cuando su padre colocó el tazón de sopa frente a Thane, pudo ver lo lento que se movía. No había encontrado un solo momento de paz desde el arresto de la madre de Ciena, hacía más de una semana.

—Recuerda, yo guardaré vigilia esta noche —le dijo Ciena a su padre, colocando una mano sobre su brazo—. Ve a descansar.

—Yo puedo hacerlo —dijo Thane—. Alguien tiene que mantenerse despierto hasta el amanecer, ¿verdad? Si es así, yo debería hacerlo.

Su padre, asumiendo que el tema estaba resuelto, le dio un beso a Ciena en la mejilla y fue a su cuarto sin decir otra palabra. Ella esperaba que se acostara y se quedara dormido de inmediato, tanto porque necesitaba descansar, como porque no quería que escuchara nada de lo que ella y Thane estaban a punto de decir.

Se quedaron en silencio hasta que la puerta del cuarto de su padre se cerró. Las rodillas de Ciena temblaban cuando se sentó en el cojín que estaba al lado de Thane.

Estar tan cerca de él le recordó aquella única noche que habían pasado juntos. Él ya había perdido hasta la última pizca de su delicadeza infantil, y había adquirido una masculinidad casi agresiva, con hombros anchos, músculos definidos y una barba pelirroja que rodeaba su quijada. De pronto, se volteó lo suficiente para no tener que contemplar su rostro.

—Sabes que es peligroso que estés aquí.

—Fui cuidadoso —respondió—. No bajé de mi nave hasta que oscureció. Renté un tractor de montaña usando un nombre falso y vine directamente aquí. Me iré también por la noche. Así que no me verá nadie que no entre a esta casa. Estoy a salvo… a menos de que tú me entregues.

—Ya debes de saber que no lo haré.

—¿Porque tengo el derecho de ser protegido mientras esté en esta casa? —preguntó Thane, aunque en realidad quiso preguntarle: «¿O tienes alguna otra razón?».

Ella no le dio una respuesta precisa. Y rodeándose con sus brazos, le dijo:

—Yo guardaré vigilia esta noche.

—Es obvio que estás exhausta —dijo él, de manera tan brusca que pareció reprenderla—. Yo dormí en la nave, así que puedo aguantar unas cuantas horas.

—No puedo dejar que lo hagas.

—No tiene que ver con el ritual, ¿o sí? Si lo fuera, tu padre hubiera dicho algo. Entonces, ¿por qué no me dejas?

Estaba tan cansada que no dudó en decirle la verdad.

—Porque no te quiero deber nada.

Thane se rio, no porque le hiciera gracia, sino de sorpresa. No esperaba que ella estuviera tan enojada; obviamente, él ignoraba que ella sabía de su participación en la Alianza Rebelde, aunque probablemente lo sospechaba. Pero él parecía estar casi tan enojado como ella, a pesar de que la última vez que se vieron casi tuvieron que arrancarse el uno del otro.

—Velo de esta manera —dijo Thane en voz baja. Casi contra su voluntad, Ciena volvió a mirarlo—. Yo te debía una por decir que me suicidé en lugar de delatarme. Así que si yo guardo vigilia esta noche, estaremos a mano. Nadie le deberá nada a nadie, ¿está bien?

En su niñez, Ciena había leído historias terribles sobre los crueles castigos que se usaban en la antigüedad, antes de que sus ancestros hubieran siquiera abandonado su planeta original o supieran que había otras vidas en el espacio. Tenía pesadillas de un castigo en particular, en el cual las extremidades de una persona eran atadas a cuatro bestias que después corrían en direcciones opuestas hasta que el cuerpo de la víctima era descuartizado. Esa tortura la obsesionaba. Afortunadamente, eso no podía pasarle a ella.

Pero en ese preciso momento le estaba sucediendo, no a su cuerpo: a su alma.

Había jurado lealtad al Imperio, tenía amigos ahí que estarían con ella toda la vida y había cumplido su servicio con distinción. Aun así, las sombras que había visto hacía mucho tiempo habían crecido y se habían oscurecido: las inútiles muertes de incontables

pilotos, la presión en aumento por dejar a un lado todo lo que alguna vez había sido, la corrupción y devastación en Jelucan. Y, sobre todo, no podía olvidar lo que le había sucedido a Alderaan, un planeta que había sido destruido estratégicamente para prevenir la guerra: un esfuerzo que había fracasado.

Nada de eso rompía tanto su corazón como estar con Thane de nuevo. Él no sólo había abandonado el servicio, y a ella, sino que también se había unido a la Rebelión. La gente responsable de la muerte de Jude y de esa maldita guerra. Era la traición más absoluta que podía imaginarse.

Pero cuando todo el mundo la había abandonado, Thane había puesto en peligro su vida para estar a su lado.

Ciena se levantó de la mesa.

—Buenas noches, Thane. —No le agradeció por guardar vigilia, simplemente se fue a su cuarto y cerró la puerta sin mirar atrás. Al estar tan cansada, pensó que de inmediato se quedaría dormida, pero permaneció despierta alrededor de una hora, acostada, escuchando los ligeros ruidos que hacía Thane al moverse por la casa. Ciena sabía que él no iría con ella, ni quería que lo hiciera; pero no podía dejar de escucharlo, de querer saber exactamente dónde estaba y asegurarse de que estuviera cerca.

A la mañana siguiente, cuando Paron Ree se levantó, Thane se excusó para tomar una siesta. En ese momento estaba lo suficientemente cansado como para quedarse dormido, a pesar de que las preguntas no lo dejaban en paz, las mismas que lo habían agobiado durante toda la noche.

Se preguntaba cosas como: «¿Por qué Ciena está tan furiosa conmigo?». Supuso que ella había descubierto que se había unido a la Rebelión, lo cual sería una mala noticia. ¿Acaso eso significaba que el Imperio tenía un expediente sobre él? No podía, a menos de que alguien en la Alianza Rebelde estuviera filtrando información. Tal vez Ciena había sido castigada por encubrir su deserción; eso también explicaría por qué le costaba tanto trabajo mirarlo a los ojos.

Otra pregunta era: «¿Podré reunirme con mi escuadrón cuando regrese?». Thane había anunciado su futura ausencia al general Rieekan, pero no había proporcionado detalle alguno y tampoco había recibido ninguno. Probablemente, el *Libertad* aún se encontraba en las coordenadas que él tenía, pero si la Rebelión llegaba a sospechar que el Imperio estaba detrás de la nave, se marcharían. Entonces, no le quedaba más opción que el laborioso proceso de reconectarse con la Alianza Rebelde desde cero: interrogando a varios pilotos en puertos espaciales o viajando a planetas que apoyaban a la Rebelión para intentar escuchar algún rumor. Podría ser un proceso que le llevaría mucho tiempo, y sin duda sería peligroso.

Pero la pregunta que más lo obsesionaba era: «¿Qué estoy haciendo aquí?».

Thane se dijo que Kendy tenía razón, el Imperio no sólo quería el servicio de sus oficiales, también quería sus almas. Años de control mental y laxitud moral habían borrado todo lo que alguna vez había amado de Ciena, convirtiéndola en una creación más de Palpatine.

Cuando vio el reportaje sobre la madre de Ciena, de inmediato supo que ella regresaría a Jelucan, y al mismo tiempo supo que él también debía regresar y enfrentarla una vez más.

Si el Imperio la había dejado vacía, si sólo había dejado una coraza fría y hueca, entonces Thane podría, finalmente, olvidarla. Si de alguna manera seguía siendo la misma chica que recordaba, entonces Thane se convertiría en el reclutador más entusiasta que la Rebelión hubiera tenido.

Ninguno de esos extremos resultó ser cierto; de eso estaba seguro. Pero tampoco podía ver hacia el interior del corazón de Ciena. Se había convertido en un misterio que no sabía cómo resolver.

Thane despertó de su siesta pensando que era mediodía; ahora era difícil saberlo, ya que la contaminación y el aire eran demasiado espesos. Cuando entró a la habitación principal, Ciena levantó la mirada para verlo. Estaba sentada en el suelo sobre uno de los cojines, llevaba unas mallas y una túnica blanca. No había trenzado su cabello, por lo que sus rizos enmarcaban su cara como una nube. Así había peinado su cabello aquella noche que bailaron juntos en el Palacio Imperial.

Había estado seguro de que tantos años de servicio para el Imperio la habrían endurecido, por lo que la imaginaba como una rígida e insensible oficial. En lugar de eso, Ciena seguía siendo encantadora, dulce, delicada incluso; aunque Thane sabía que eso era en gran medida apariencia pura y no necesariamente la realidad. Recordó la firmeza de los músculos de sus extremidades y su espalda, al igual que la sensación de ver sus oscuros ojos cafés cuando había estado entre sus brazos…

«Concéntrate», se dijo a sí mismo.

Parecía que ella no le daría los buenos días, así que Thane tampoco lo hizo.

—¿Dónde está tu padre?

—Trabajando —dijo ella, señalando pan y queso para el desayuno—. Papá es uno de los administradores del cuartel. No le darán tiempo libre, aunque su esposa esté en peligro y tenga el corazón roto. No puede ni siquiera llegar tarde.

¿Acaso estaba enojada con el Imperio? Thane quería sentir aunque fuera un poco de esperanza, pero Ciena se mantenía tan firme e indescifrable como la noche anterior. Tomó un poco de pan y se sentó en la incómoda mesita.

—¿Qué dicta el ritual para hoy?

—No mucho. Alguien debe estar aquí siempre, cuidando la casa, pero como sólo una persona está con nosotros, esa regla no importa. —Ciena titubeó antes de continuar—. Solicité una reunión con el magistrado local ayer y una vez más esta mañana. No he tenido respuesta. Y no la espero.

—¿Me estás diciendo que podríamos irnos, pero que no tenemos a dónde?

No hubo respuesta. La mirada de Ciena estaba clavada en una ventana redonda frente a ella, por la que podía verse la improvisada bandera de Thane ondeando con el viento. El carbón en el aire la volvería negra muy pronto. Él había visto cómo Jelucan se había deteriorado a través de los años, pero eso no hacía que fuera más fácil enfrentarlo. Si tan sólo pudieran viajar en el tiempo, a cuando eran niños, cuando su planeta aún se sentía como un hogar y se entendían el uno al otro sin necesidad de hablar…

Entonces, supo lo que quería hacer, supo cómo saber con exactitud si ella aún era su Ciena.

—Vuela conmigo.

—¿Quieres pilotar? —dijo ella, volteando a verlo—. ¿Ahora? ¿Hoy?

—Podemos llevar los tractores de montaña al hangar de mi familia, apuesto que el viejo V-171 aún está ahí.

—Si tus padres te ven…

—Investigue antes de salir del puerto espacial. Están al otro lado del planeta, en un viaje de negocios.

Ciena no se veía muy convencida.

—El V-171 tal vez no pueda volar. Han pasado muchos años.

—Bueno, primero lo revisamos. Si está descompuesto, entonces ni lo intentamos. Pero tal vez aún funcione.

Thane vio cómo ella buscaba alguna razón para decir que no.

—Está bien —dijo finalmente, suspirando.

Él tomó su chamarra azul con más nerviosismo que esperanza. Ciena aún no quería abrirse a él, y Thane no estaba seguro de si las cosas mejorarían si eso cambiaba. Pero, pocas veces se sentían tan cerca el uno del otro como cuando pilotaban juntos. Ahí habían aprendido sobre el otro, ahí se habían conocido y habían explorado su planeta como si fueran uno mismo. Así que ahí sería donde él comprobaría si aún se podían comunicar.

El viaje al hangar fue más tenso de lo que Thane había previsto. Hacía años que los caminos hacia allá eran prácticamente desconocidos; ahora eran de uso constante. Cada vez que un tractor de montaña los rebasaba, su estómago daba un vuelco. Esperaba que cada conductor que lo viera fuera un soldado de asalto listo para dispararle. Pero nadie los volteó a ver, él y Ciena eran sólo dos personas más escalando la montaña, envueltos por la niebla matutina y la ceniza proveniente de las minas. El tractor de ella viajaba delante de él, se sentía como su sombra.

Lo que fuera que Dalven estuviera haciendo, no era en casa, o al menos no había estado en el hangar en años. Las puertas estaban atascadas de tan oxidadas, y cuando Thane y Ciena las abrieron, los recibieron unas enormes nubes de polvo, haciéndolos toser. El V-171 estaba polvoso, como lo esperaban, pero cuando encendieron el panel de control, todas las luces de la consola brillaron de color verde resplandeciente.

—Todos los sistemas están listos —dijo, acariciando un lado de la nave.

—Entonces, vamos.

Ciena estiró la mano para jugar a lagartija, rana o serpiente antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo; al menos eso pareció, por su repentina vergüenza. Thane también estiró la mano. Uno, dos, tres: él eligió rana, ella serpiente, y la serpiente se come a la rana.

—Siempre tuviste más suerte que yo en esto —susurró él.

Eso hizo que en ella apareciera una sonrisa, débil, pero real.

—Qué lástima, Kyrell. —Por fin sonaba como ella misma—. Hoy te toca ser copiloto.

La reconocida preparación y despegue del V-171 fue un alivio. Por fin sabían cómo hablar el uno con el otro y qué hacer. Al cabo de unos cuantos minutos, la nave flotaba sobre el suelo.

—Vamos, elevémonos —dijo Ciena sacando la nave del hangar.

—Me parece bien.

Volaron directo hacia el sol. De inmediato se sincronizaron. A la perfección. Thane supo hacia dónde Ciena daría vuelta antes de que ella lo hiciera, Ciena respondió a cada movimiento de él antes de que lo terminara. A Thane le sorprendió lo poco que habían cambiado en este aspecto; aunque el resto de sus vidas hubiera sido puestas de cabeza, aún sabían cómo volar juntos.

Miles de metros más arriba, la contaminación comenzó a dispersarse, hasta que quedaron envueltos en el mismo resplandor que recordaban de su infancia. Las nubes eran blancas, los picos de las montañas más altas las atravesaban y se veían como islas de nieve. Esas altitudes no podían ser explotadas por la minería, se mantenían inmaculadas.

Desde ahí, Thane podía creer que Jelucan aún era hermoso.

Ciena quería mantenerse en el cielo tanto como él; Thane lo sabía sin que se lo dijera. Juntos hicieron piruetas, rodearon las conocidas montañas, se elevaron por los vientos que aún soplaban por el Pico de Waver. Cuando ella inclinó las alas, Thane ya había comenzado a inclinarse con ella.

—Te encanta esto —dijo él, riendo.

—A ti también.

Thane notó que Ciena sonreía. «Esto no es una tregua. Tú sigues con la Rebelión y ella sigue siendo una leal oficial imperial. Nunca podremos compartir nada más que una hora robada: un vuelo».

Eso se decía Thane. Pero no lograba creerlo.

Aun cuando una tormenta se aproximaba, pospusieron su descenso tanto como pudieron. Pero una vez que las ráfagas de viento se volvieron violentas, acordaron, sin necesidad de hablar, que era momento de que el V-171 descendiera. En la diminuta nave podían sentir cómo el peso de cada uno se acomodaba en el asiento según respondían al viento.

Él todavía sabía cuáles eran sus movimientos.

«¡Vamos!». Tenían diez años, y Ciena quería volar entre las estalactitas por primera vez. «¡Podemos hacerlo!». Él se lanzó en espiral hacia abajo, hacia su meta, de pronto se marearon y al mismo tiempo se echaron a reír.

Sus speeder bikes estaban unidas al volar por Coruscant, se inclinaban el uno al otro tratando de pasar justo en medio del último aro de Reitgen para salir victoriosos.

«¿Así?». Él podía sentir el cálido aliento de Ciena sobre su hombro desnudo. Sin poder hablar, Thane sólo asintió con la cabeza.

Metieron el V-171 al hangar antes de que empezara a llover. Ciena apagó la nave en silencio absoluto. Cualquier tipo de compenetración que habían logrado en el aire había desaparecido. Al salir del hangar, más bien parecían compañeros de trabajo en un puerto espacial comercial.

Pero Ciena no regresó a su tractor. Caminó hacia el extremo de la terraza del hangar, hacia la angosta y rocosa vereda que se alejaba del camino principal y conducía a la Fortaleza. Se detuvo por un momento y volteó a ver hacia atrás, retando a Thane a que la siguiera.

Thane nunca se pudo resistir a un reto.

Ninguno de ellos habló hasta que entraron a la Fortaleza. Cuando Ciena encendió una de las viejas luces que ellos habían dejado ahí, Thane volteó a ver a todas partes, sorprendido. Esperaba ver una ruina polvosa, pero en vez de eso, las superficies estaban limpias y las cobijas sacudidas. Algunas de sus naves de juguete aún colgaban del móvil de alambre que habían construido cuando tenían nueve años.

—Este lugar se mantuvo muy bien cuidado.

—Vine aquí ayer —confesó ella—. Mi nave aterrizó antes de que mi padre saliera del trabajo y Valentia… no pude quedarme ahí por mucho tiempo. Este era el único lugar en el que quería estar. Necesitaba limpieza, pero menos de lo que te imaginas. —Ciena se volteó a verlo, pero en la oscuridad de la tormenta que se aproximaba, él no pudo ver su expresión—. Casi todo seguía como antes.

—Ciena… —empezó él dando un paso hacia ella.

—Te uniste a la Rebelión. —Sus palabras salieron como agua rompiendo una presa—. ¿Cómo pudiste? ¡Son terroristas! ¡Mataron a Jude!

—No somos terroristas. Si alguien es un terrorista ese es Palpatine, él reina a partir del miedo…

—Dijiste que no te unirías a los rebeldes, me lo dijiste mirándome a los ojos.

—Eso fue antes de darme cuenta de lo terrible que es el Imperio. ¡Los rebeldes no son perfectos, pero alguien tiene que hacer algo!

—Así que decidiste odiar al Imperio. Estás dispuesto a matar gente con la que fuiste a la escuela… a tus compañeros, a tus amigos. —Ciena dio un paso más hacia él con los puños cerrados—. Incluso estás dispuesto a matarme.

—¿No crees que ese pensamiento me destruye cada vez que voy a una batalla? ¿No sabes que yo preferiría morir antes que tú? Pero no me puedo hacer a un lado sin hacer algo, Ciena. No puedo.

—¿Y justo ahora tenías que dejar de ser un cínico? —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

Thane quería sacudirla, quería rogarle que lo escuchara. Más que nada, quería estar de nuevo en el aire, donde todavía se entendían. Pero la tormenta estaba encima de ellos.

—¿Eso es todo lo que tienes qué decir? ¿Me trajiste hasta aquí para gritarme?

—No.

—Entonces ¿qué…?

Ciena jaló su cabeza hacia la suya y lo besó, con fuerza.

Los siguientes minutos fueron una ráfaga febril: las pequeñas manos de ella bajo la chamarra de él, acariciando su pecho; la sensación de sus brazos en los de él; el sabor de sus labios. Nunca estaría lo suficientemente cerca de ella. Aun en ese momento, entrelazados, estaban demasiado lejos.

Thane la abrazó con tanta fuerza que la levantó del suelo, la apoyó contra una pared y la mantuvo ahí usando el peso de su cuerpo. Cubrió sus labios abiertos con los suyos.

—No te atrevas a parar —dijo ella cuando se separaron por un segundo.

Y no lo hizo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

UNAS HORAS DESPUÉS, Ciena se sentó en la entrada de la Fortaleza, envuelta en una sábana, contemplando los residuos de la tormenta. El viento había cesado un rato atrás, pero la llovizna seguía cubriendo los campos como una cortina de plata. ¿Cómo había podido olvidar lo hermoso que era ese paisaje?

Ese siempre había sido el lugar ideal para soñar. En el servicio imperial ya casi no le daba tiempo para hacerlo: no existían aquellas horas en las que pudiera dejar que su mente divagara o imaginara algo que le gustara.

Se levantó y caminó de regreso hacia dentro de la Fortaleza, con sus piernas aún tambaleantes por el agradable cansancio. Las pieles y sábanas estaban acomodadas en la parte de atrás, cerca del viejo calentador que habían llevado hasta ahí diez años atrás, y sólo un pequeño rayo de luz alcanzaba a llegar a ese lugar tan profundo en la cueva. Se detuvo para contemplar a Thane acostado bocabajo, más dormido que despierto y sin casi nada que lo cubriera.

Ciena apoyó un hombro contra la pared, mientras susurraba: «Mira a través de mis ojos».

Esas palabras hicieron que Thane se moviera, se dio la vuelta y sonrió adormilado.

—¿Le estás enseñando esto a tu hermana?

—Se supone que debo mostrarle los momentos más hermosos e increíbles de mi vida. Y éste es uno de ellos.

Thane le tendió un brazo y ella se acurrucó a su lado tapándolos a ambos con su sábana. A pesar del pequeño calefactor, el aire dentro de la Fortaleza era frío; sin embargo, Thane la hizo entrar en calor. Ciena deseó que nunca más tuvieran que enfrentar el mundo que estaba fuera de la Fortaleza, que siempre pudieran estar juntos, inseparables.

—Tal vez ya lo sepas —dijo Ciena—, pero te sigo amando.

—Yo también te amo. Todo lo demás puede cambiar, pero eso nunca.

Ciena volteó para mirarlo. Era tan difícil decir lo que estaba por decir sin sentir enojo, pero tenía que hacerlo.

—Si te uniste a la Rebelión, significa que cambiaste más de lo que habría creído posible.

—¿Todavía crees el dogma imperial de que son «terroristas»? Más bien son idealistas, creen que la Nueva República será aún más magnífica y gloriosa de lo que la Antigua República nunca fue; pero yo no soy tan ingenuo, eso nunca pasará. Aun así, el Imperio debe caer.

—Hiciste un juramento.

—¡Ya basta con eso de los juramentos, Ciena! —Thane tuvo que detenerse hasta que pudo controlar sus emociones—. Lo siento. Sé lo que tu honor significa, pero esto no se trata de nuestra lealtad hacia el Imperio, se trata de la lealtad del Imperio hacia nosotros.

Muchas de las dudas de Ciena resonaron con esas palabras. En su mente veía pilotos muriendo en vano, escuchaba el último grito de Penrie y, una vez más, volvía a ver la explosión de Alderaan. Y, ahora, incluso su madre tendría que sufrir.

Ciena recargó su rostro sobre el pecho de Thane. Se sentía mucho más segura hablando entre el calor de sus brazos.

—Me doy cuenta de la oscuridad que hay en el Imperio, ¿cómo podría no hacerlo?

Thane se enredó uno de los rizos de ella entre sus dedos, sus roces juguetones contrastaban con la gravedad de lo que le dijo:

—Si te das cuenta de eso, entonces no entiendo cómo puedes seguir sirviéndole al Imperio sólo por aquel juramento que hiciste hace tanto tiempo, cuando no conocías toda la verdad.

—Nadie nunca puede saber la verdad absoluta. Esa es la razón de ser de las promesas. De otra manera, sería muy fácil, ¿no lo crees? Miramos hacia un futuro incierto y prometemos cumplir nuestra palabra sin importar lo que suceda. —Ciena suspiró—. Mi juramento me importa, pero no es la única razón por la que permanezco ahí.

—¿Entonces?

—El Imperio es algo más que… corrupción y brutalidad. —Le costó mucho trabajo pronunciar esas palabras, pero hablar con Thane la obligaba a ser honesta consigo misma—. Es una estructura que evita que la galaxia colapse una vez más en el caos, como sucedió durante las Guerras Clones. Y por cada burócrata mezquino que se hace rico haciendo fraudes, hay alguien como Nash Windrider, quien genuinamente intenta hacer lo correcto. Si la gente buena se va, ¿eso no empeoraría las cosas? ¿No tenemos la responsabilidad de mantenernos firmes y cambiar el Imperio si es que podemos hacerlo?

—Sigues siendo optimista. —Thane dudó un poco antes de continuar—. ¿Cómo está Nash?

—Ya mejor. El primer año después de lo que sucedió con Alderaan fue difícil, pero salió adelante. Aun así creo que en ocasiones se siente muy solo. —Ciena recordó aquella noche en la que él se le declaró frente a la puerta de su camarote, y ella había dicho que no; pero eso no era algo que Thane tuviera que saber—. En ocasiones habla de ti. Odio que crea que estás muerto.

—Yo también.

Ambos se quedaron recostados en silencio después de esa conversación, Ciena recargando la cabeza sobre el pecho de Thane. Ella recordó aquellos primeros meses en la academia, cuando se sentían tan confiados, tan seguros del lugar que tenían en la galaxia. ¿Cómo pudo haber sido sólo seis años atrás? Sentía como si hubiera pasado toda una vida.

—¿Ciena? —dijo Thane con cautela—. Quiero preguntarte algo que podría no gustarte. Escúchame, ¿está bien?

Ella pensó que si no lo había matado por unirse a la Rebelión, ahora estaría a salvo.

—Pregunta.

—¿Qué está pasando con tu madre? ¿Te has preguntado si todo esto no es más que una prueba? ¿Alguno de los juegos psicológicos que el Imperio le hace a sus soldados?

¡Si tan sólo ella siguiera creyendo que esas «pruebas» los fortalecerían, que cumplían una función importante! No podía creer que alguna vez se hubiera enojado con Thane por haber sugerido lo contrario. El recuerdo de su ingenuidad la avergonzó. En los años que habían pasado, Ciena se había enterado que, en ocasiones, el Imperio realizaba pruebas extremas de lealtad. Tal vez para aquellos miembros del personal que serían considerados para puestos delicados, esos exámenes podrían justificarse. Pero jugar con la amistad de dos cadetes sólo para romper cualquier atadura que los uniera a su planeta natal… eso había sido de una crueldad casi infantil.

Quizá el imperio la estaba poniendo a prueba al enjuiciar a su madre, pero Ciena lo dudaba. Lo que estaba viviendo era simple y estúpida corrupción provinciana. Todos los involucrados lo sabían y nadie podía decir nada porque estaban atemorizados de lo que los oficiales imperiales pudieran hacerles.

Hacía falta una transformación en todos los niveles, desde el Emperador hasta el administrador más modesto. ¿Por dónde podrían comenzar?

—No creo que lo que esté pasando con mi madre sea parte de una conspiración más grande —dijo, y decidió dejar el tema por la paz—. ¿Confías en tus superiores de la Alianza Rebelde?

Ella esperaba que Thane le dijera que no de inmediato; él depositaba su confianza en tan pocas personas, que seguramente la gentuza que lideraba la Rebelión no tendría ese honor. Pero Ciena se sorprendió con su respuesta:

—En algunos de ellos. A decir verdad, en la mayoría. ¿Sabías que ni siquiera tuve que pedir permiso para venir? Ellos dieron por hecho que si tuve que salir, fue por una buena razón, y también confían en que regresaré. Y aunque tengan esos locos sueños acerca de la galaxia perfecta que quieren construir, al menos respetan a quienes sirven.

Ciena no daba crédito a lo que acababa de escuchar: Thane Kyrell finalmente había encontrado figuras de autoridad a quienes no odiaba… ¿Y eran rebeldes? Quizá él estaba diciendo ese tipo de cosas para convencerla de abandonar el Imperio; y estaba segura de que diría cosas aún más extravagantes con tal de mantenerla a su lado.

—¿Cuánto tiempo has estado con ellos?

—Me les uní hace varios meses. —Su dedo rozó su barbilla, con una caricia casi imperceptible—. Al inicio hacía viajes para transportar víveres, pero conforme la guerra se ha ido intensificando, cada vez entro más en combate.

—¿Sabes?, te reconocí en Hoth.

—¿Estuviste ahí? —El rostro de Thane empalideció al punto de volverse blanco—. Esa vez me dije a mí mismo que la flota era tan grande que las posibilidades de que peleara contra ti eran… Nunca creí que fuera posible.

—Nunca estuve en peligro —dijo Ciena, sentándose y envolviéndose en la sábana. No podía soportar su expresión de miedo ante la idea de lastimarla—. Fue ese

movimiento tan tuyo, mientras pilotabas; cuando giraste para pasar entre las piernas del AT-AT. En ese instante supe que sólo podía tratarse de ti.

—Eres la única persona de la flota que podría identificarme por mi manera de volar…

—Tal vez la Fuerza esté guiando todo esto, reuniéndonos a pesar de que deberíamos estar separados.

Thane hizo una mueca. Al parecer, no había cambiado lo suficiente como para comenzar a ser religioso.

—Recuerdo haber usado mi identificación falsa para atravesar la galaxia y encontrarte. La Fuerza no tuvo nada que ver.

Ciena alzó una mano.

—Está bien, está bien.

Thane se sentó al lado de ella y deslizó sus brazos alrededor de su cintura. El cielo fuera de la Fortaleza casi estaba oscuro.

—Escúchame: sé que no estás lista para irte conmigo hoy, y tal vez nunca consideres unirte a la Rebelión…

—Nunca.

—Pero si algún día abandonas el Imperio, aunque sea para regresar aquí o para comenzar tu vida en otro planeta…

¿Acaso le prometería abandonar a los rebeldes y estar con ella si desertaba? Ciena no quería saberlo.

—No voy a dejarlo. Al menos, no hasta que termine mi servicio. Si hay alguna manera de que el bien que hay en el Imperio pese más que el mal, entonces es nuestro deber conservarlo.

—El Imperio tiene las entrañas podridas. Es nuestro deber destruirlo.

Seguían estando en bandos opuestos y, al parecer, siempre lo estarían. Ciena lo sabía. Pero en ese momento, cuando Thane la abrazó y ella recargó la cabeza en su hombro, el mundo real parecía muy lejano. Ella y Thane nunca habían estado tan enamorados… o tan lejos el uno del otro.

A la mañana siguiente, el juicio de la madre de Ciena comenzó.

«Juicio». Esa palabra sonaba demasiado oficial y ceremoniosa tratándose de un proceso tan chapucero y despreciable. Ciena tomó asiento en las gradas semicirculares que rodeaban la sala de audiencias, llevaba puesto su uniforme con las condecoraciones rojas y azules que indicaban que era una capitana de corbeta imperial. A un lado de ella se encontraba su padre, quien mantenía la cabeza agachada, pues parecía que no podía resistir ver a la mujer de su vida parada al frente con las manos esposadas.

El fiscal, un hombre con manos pequeñas y cabello grasoso, leyó cuidadosamente la evidencia, línea por línea, dejando todo asentado en los registros. No tenía ni una pequeña prueba que no hubiera podido ser manipula por cualquier ingeniero de información más o menos competente, algo que la defensa podría haber aprovechado en caso de que a su madre se le hubiera permitido tener una. Pero eso sólo estaba autorizado para casos entre civiles, nunca en juicios por crímenes en contra del Imperio.

Ciena podía escuchar la voz de Thane en su cabeza preguntándole si el Imperio había mostrado lealtad hacia ella. Pero ella no se atrevía a responderle ni siquiera en sus pensamientos.

Thane se había ido muy tarde la noche anterior para abordar una nave. ¿Adónde? Ella nunca lo sabría. Él se había despedido de manera formal y correcta del padre de Ciena, y este había sido lo suficientemente intuitivo como para permitir que Ciena encaminara a Thane a su tractor de montaña. Se habían besado por tanto tiempo y con tanta fuerza, que sus labios seguían hinchados; un malestar que la alegraba, porque era la prueba de que realmente había estado con él.

«Independientemente de lo que pase con nosotros», recordó que le había dicho, «gracias por estar con mi familia. Corriste un enorme riesgo al venir aquí cuando más te necesitaba. Fue un acto de… verdadera lealtad y amistad».

Thane había sonreído con tristeza: «En realidad vine aquí pensando que ya te había olvidado. Veo que me equivoqué».

Ciena buscó la mirada de su madre, pensando que su presencia le daría algún consuelo. Sin embargo, ella evitaba su mirada, parecía estar avergonzada, aun cuando todos los presentes en esa farsa de juicio sabían que los cargos eran falsos.

Entonces se dio cuenta de lo que estaba pasando: su madre no quería mirarla porque no quería ponerla en peligro aún más si demostraba un poco de simpatía hacia alguien acusado por el Imperio.

El dominio imperial no había sido tan cruel en otros planetas como lo era en Jelucan. Y eso Ciena lo había notado en sus viajes. Pero eso no importaba, porque la crueldad estaba ahí, en ese momento, destruyendo su familia y su hogar.

«Entiendes que no debemos vernos otra vez, ¿verdad?», le dijo Ciena a Thane mientras él la abrazaba. Ya había arrancado su tractor de montaña, y el sonido del motor parecía perderse en el de los fuertes vientos.

«Eso dijimos la última vez», le respondió Thane.

«Pero ahora es diferente. No debiste regresar esta vez y yo… yo no sé si lo volveré a hacer».

«Nos hemos dicho tantas veces adiós», le susurró Thane a Ciena en el oído. «¿Cuándo voy a creerlo?».

Ciena no respondió, porque no podía hacerlo. Aun si ella y Thane nunca más volvían a verse, sabía que de alguna manera su vínculo perduraría. Él formaba parte de ella, tanto que nunca podría perderse por completo, no mientras estuviera viva.

Eso le servía de consuelo, pero no tanto.

El magistrado ni siquiera alzó la vista de su pantalla para pronunciar su sentencia.

—Culpable de malversación de fondos y fraude en contra de los representantes del Emperador. Sentenciada a seis años de trabajos forzados en las minas.

Ciena sintió como si el veredicto hubiera sido veneno que le inyectaran en las venas y le calara hasta los huesos. «¿Trabajos forzados?». Jelucan había prohibido ese tipo de castigo hacía casi un siglo, e incluso en ese entonces había sido asignado sólo para

aquellos acusados de crímenes violentos. Su madre era una mujer de mediana edad, ni alta ni fuerte. ¿Cómo se suponía que iba a sobrevivir largos días acarreando pesados minerales? Con los modernos droides mineros no era necesario que nadie hiciera ese tipo de trabajo tan agotador. La sentencia era primitiva y cruel… Y había sido impuesta a una mujer que el juez sabía que era inocente.

Verine Ree ni siquiera miró a su marido ni a su hija cuando se la llevaron; Ciena se dio cuenta de que tampoco tendría la oportunidad de despedirse.

—Esto no puede estar pasando —susurró mientras todos salían de la corte, dejando sólo a Ciena y a su padre detrás—. Es una burla de la justicia.

—No digas nada más.

—Tienes razón. —Probablemente había grabadoras en algún lugar del salón—. No queremos más problemas.

—No, Ciena; no puedes hablar en contra de tu gobierno nunca, bajo ninguna circunstancia.

—Papá, ¿cómo puedes decir eso este día?

Paron Ree unió sus manos de manera tan solemne como uno de los ancianos de la aldea.

—Porque le prometimos nuestra lealtad al Imperio el día que Jelucan se anexó. Porque no faltamos a nuestra palabra, aun cuando ésta es traicionada. De lo contrario, seríamos iguales a ellos. —Sus ojos parecían arder, pero su voz permanecía suave y tranquila—. Esta vida no fue hecha para la imparcialidad o la justicia. Nosotros soportaremos y prevaleceremos, no como un pedazo de materia viviente, sino en el reino del espíritu.

Ciena había crecido creyendo en eso con tanta devoción… y ahora las palabras sonaban vacías. Ella no encontraba consuelo en la furia ni en la fe. Lo único que pudo hacer fue abrazar a su padre y esperar que sus creencias lo animaran más de lo que la habían animado a ella.

—Entonces, ¿se hizo justicia en Jelucan, capitana Ree?

—Señor, sí, señor.

Ciena se mantuvo en posición de firmes en la oficina de Ronnadam, oficial del BSI, observando un pequeño campo estelar que estaba al otro lado de su ventana, justo detrás de él. Sus manos estaban fuertemente apretadas detrás de su espalda, sudando.

El capitán Ronnadam la observó durante un tiempo que le pareció muy largo. Su delgado bigote se crispó una vez, pero Ciena no supo si por diversión o rabia.

—Entonces, su madre era culpable.

—La evidencia presentada fue muy clara, señor.

—Me sorprende, Ree. —Su tono hacía que fuera imposible saber si eso era algo bueno, y sus ojos estaban entrecerrados. La miraba con desprecio por hacer aquello que él

la había obligado a hacer. ¿Reconocía su hipocresía? Quizá no—. Muy bien. Se tomó dos semanas de licencia; sin embargo, su expediente permanece impecable. Me parece que podemos esperar un ascenso en su futuro cercano.

Ronnadam francamente creía que Ciena estaba traicionando a su propia madre sólo por el ascenso. Ella se enterró las uñas en las palmas de sus manos, aprovechando el dolor para tranquilizarse.

—Gracias, señor.

«Cumple tu misión. Mantén tu camino. Hay mucho bien en algunas de las personas que sirven al Imperio. Por ellos debo cumplir mi juramento, entender cómo puedo salvar al Imperio de su propia corrupción», pensó.

Sus sentimientos eran nobles y realmente creía en ellos. Sin embargo, en su mente, se imaginó diciéndole esas palabras a Thane y sólo pudo verlo negando con la cabeza.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

THANE LLEGÓ AL *Libertad* justo a tiempo. El escuadrón Corona se estaba preparando para salir, no con el frenesí que acompañaba alguna amenaza o ataque inminente, pero tal vez no los hubiera alcanzado si hubiera llegado unas horas después.

—Señor Kyrell, qué amable de su parte el unirse a nosotros —dijo la Contessa al entrar al hangar, donde los pilotos rápidamente instalaban a sus droides astromecánicos y revisaban sus paquetes de raciones. Él asintió sin disminuir el ritmo de sus pasos, mientras se dirigía hacia el general Rieekan.

—Kyrell. —Rieekan difícilmente despegaba la vista de su datapad; estaba de pie en medio de todo el trajín; un chispazo de color blanco y azul salió de un soplete para soldar que estaba ahí cerca; el aire olía a hule y combustible—. Excelente. Tiene dos horas antes del despegue.

Thane estaba en posición de firmes con su barbilla ligeramente alzada, tal y como lo había aprendido en la academia. Las costumbres aprendidas durante su antiguo entrenamiento salieron a flote en el momento en el que se daba cuenta de que probablemente había metido la pata.

—Señor, necesito reportarle los movimientos que hice durante mi ausencia.

—Este es un ejército de voluntarios, ¿lo recuerda? Es usted libre de ir y venir cuando quiera, siempre y cuando tome en cuenta todos los protocolos de seguridad.

—Fui a mi planeta natal, Jelucan, para ayudar a una amiga que se encontraba en problemas —dijo Thane, y Rieekan no lo miró hasta que agregó—: Mi amiga es oficial de la armada imperial.

Eso sí llamó la atención de Rieekan, quien le clavó la vista mientras el bullicio de las actividades se silenciaba poco a poco. Thane podía sentir las miradas sobre él, tan calientes como reflectores.

El volumen de voz del general Rieekan se elevó considerablemente.

—Hizo contacto con un oficial enemigo.

—Sí, señor. —Thane no dijo nada más. Él sabía que debía reportarlo, pero no tenía intenciones de disculparse por ver a Ciena.

—Eso es altamente irregular, Kyrell —dijo Rieekan—. ¿Pero le ocultó a la oficial sus actividades con la Alianza Rebelde?

—La capitana Ree ya estaba enterada de que me había unido a la Rebelión, señor.

Los murmullos a su alrededor aumentaron; para ese entonces, ya había casi una multitud. Con el rabillo del ojo, Thane pudo notar los rostros atónitos de Yendor, Smikes y Kendy. Sin embargo, nunca apartó la vista de Rieekan.

—¿Y cómo diablos lo supo? —La preocupación de Rieekan era evidente—. ¿Acaso tenemos a un agente doble filtrando información a su inteligencia militar?

—No, señor. No en este caso. Ella… Ella me identificó en unas secuencias de batalla. —Nadie le creería si confesaba que Ciena lo había reconocido por la manera de como pilotaba. Sólo ellos dos podrían entenderlo.

Rieekan aceptó la explicación, lo que era un alivio, pero Thane no estaba exonerado del todo.

—¿Está completamente seguro de que la oficial no tuvo oportunidad de colocar algún dispositivo de rastreo en su nave o en su persona?

—Eso no sucedió, señor. —No iba a entrar en detalles acerca de todas las cosas que Ciena había tenido la oportunidad de hacerle a su persona—. Se lo aseguro. Y en ningún momento compartí algún tipo de información acerca de los miembros de la Rebelión, bases o actividades. Ni siquiera ella preguntó. Aquello fue un asunto personal.

—Personal —Rieekan asintió—. Lo escanearemos a usted y a su nave. Si los resultados son negativos, olvidaremos este asunto.

—Gracias, señor.

—¿Y podemos dar por hecho que usted nunca más volverá a tener contacto con un oficial imperial?

Thane recordó aquellos últimos minutos que pasaron juntos frente a la casa de Ciena, la manera en la que los dedos de ella se aferraron al cuello de su chamarra, como si pudiera mantenerlo ahí únicamente con la fuerza de su voluntad.

—Sí, señor.

—Muy bien. Y sólo como recordatorio, Kyrell… La galaxia está llena de mujeres que no pelean con el enemigo.

Y con eso, Rieekan salió del lugar. Un par de droides se acercaron al X-wing de Thane para escanearlo. Eso hizo que finalmente se enfrentara al resto del escuadrón Corona. Los otros pilotos ya se habían reunido a su alrededor; sus expresiones mostraban todo tipo de emociones, desde incredulidad hasta indignación. Smikes habló primero:

—¿Abandonaste tu puesto para ir a tirarte a tu ex? ¿La ex que además es capitana de corbeta de la flota imperial?

Thane se rehusaba a ser intimidado.

—Están a punto de ascenderla a comandante.

Los demás gruñeron. Obviamente, en los días siguientes sería el miembro menos popular del escuadrón Corona: un elemento peligroso, alguien capaz de ponerlos en riesgo sin razón alguna. Eso a él le daba igual; siempre que no dudaran de su lealtad, le importaba muy poco lo que los demás pensaran de sus decisiones.

—Todos tenemos que dejar nuestro pasado atrás. Todos. Y si eso incluye a gente que está de nuestro lado, con más razón a quienes le son fieles al Imperio. —La Contessa nunca antes había demostrado enojo, pero en ese momento lo hacía.

—Eso no significa que no podamos corresponderles nunca más a las personas que amamos —contestó Thane.

—Maravilloso —se quejó Smikes—, está hablando de amor; esto cada vez se pone mejor.

Yendor, con mucha mayor tranquilidad que los demás, se recargó en el puntal del caza estelar más cercano y dijo:

—Sí estás consciente de que tu chica del Imperio nos puede matar a todos, ¿verdad?

Esa fue la gota que derramó el vaso. Thane encaró a Yendor.

—No conoces a Ciena. Yo sí. Tomé una decisión basada en eso. Ninguno de ustedes fue puesto en peligro o siquiera afectado. Así que nada de esto es de su maldita incumbencia.

En el silencio que siguió a esa contestación, se alejó de Yendor, cuyas manos se habían alzado, haciendo un gesto que indicaba, en cualquier planeta: «Hermano, tienes que calmarte». Thane pensó que la única cosa productiva que podía hacer era reportarse al 2-1B para ser escaneado. Pero en cuanto se dio la vuelta, Kendy habló con un tono casi más bajo que un aliento:

—Te vas a hacer mucho daño.

Y no estaba equivocada.

Thane sólo pudo responderle:

—Ella sigue siendo Ciena. —Y salió de ahí.

Kendy quizá lo entendería, pero nadie más. Sin embargo, no le importaba. Era su problema si cruzaba la galaxia entera, si le rompían el corazón o si pilotaba su X-wing con dirección al núcleo de una estrella.

La nueva base de la flota rebelde se encontraba en un planeta deshabitado, tan pequeño y oscuro que no tenía nombre, sólo el número de registro 5251977. La rotación de ese mundo era lenta, lo que significaba que los días y las noches duraban lo equivalente a varias semanas en la mayoría de los planetas; pero en ese momento, la Rebelión debía ocultarse en esa infinita oscuridad.

El primer pensamiento de Thane, en cuanto aterrizó su X-wing, fue que en esa ocasión habían construido un hangar mucho más grande que lo que acostumbraban. El tamaño de la estructura le recordaba mucho más a las instalaciones imperiales que a los improvisados montajes con los que la Alianza Rebelde debía conformarse. Cuando entró a través de las puertas escudo, se dio cuenta de por qué el edificio era tan inmenso… tenía que serlo. Durante los dos meses anteriores, el tamaño de la armada rebelde parecía haberse duplicado.

—¿Qué pasó? —preguntó Thane, con el casco de piloto bajo el brazo, en cuanto el escuadrón Corona entró a reportarse. Se preguntaba si el Imperio habría destruido otro planeta o llevado a cabo alguna otra atrocidad tan espantosa que, finalmente, había colmado la paciencia de un segmento importante de la galaxia.

Casi todos lo ignoraron, pero Yendor le contestó:

—Por lo general, no reúnen a toda la flota, como en esta ocasión, pues casi siempre un par de divisiones está en otra parte, por si acaso, ¿sabes? Pero ya no. Dicen por ahí que algo enorme se está planeando.

—También tenemos nuevos reclutas —indicó la Contessa, señalando algunas de las naves no reguladas que los rodeaban.

Aunque ese tipo de naves siempre habían sido parte de la flota, definitivamente había más de lo normal y mucha gente sin uniformes andaba por ahí, con sólo unos parches de la Rebelión cosidos descuidadamente en sus trajes. Aunque la guerra estaba en un punto álgido y mucho más mortífero, valientes reclutas seguían uniéndose a la causa rebelde. Thane pensó que de seguir así, claro que tendrían posibilidades de ganar. Observó algunos cazas estelares individuales, naves de la armada dorneana, y algunos cargueros que parecían haber sido armados con las refacciones de, al menos, una docena de otras naves.

Una gran sonrisa apareció en su rostro al tiempo que gritaba:

—¡El *Majestuoso y Omnipresente Apocalipsis*!

Los demás miembros del escuadrón Corona voltearon a verlo con expresiones que sugerían que había perdido total y completamente la cabeza. Una vez más, a él no le importaba, porque, ahora, la tripulación del carguero corría hacia él: Brill sonriendo con su rosado pelaje, JJH2 rodando hacia él y silbando, Methwat sonriendo a su manera y, detrás de todos ellos, gruñendo para darle la bienvenida: Lohgarra.

—¡Ya era hora de que llegaran! —dijo Thane, riendo, dejándose envolver por un lanudo abrazo de wookiee. Lohgarra gruñó lastimosamente, y Thane intentó no poner los ojos en blanco—. Que no estoy muy flaco.

—Restauramos toda la nave —dijo Brill, orgullosa—. Nuevos escudos, nuevos amortiguadores. Y está equipada con las armas de más cazas de los que puedas contar con tus manos. O garras. O tentáculos. Lo que sea que tengas.

—Así que están listos para la acción, ¿eh? —Ahora que tenía un momento para pensarlo, no le sorprendía que Lohgarra y el resto de la tripulación del *Moa* se unieran, finalmente, a la Rebelión. Sin embargo, había algo increíble en saber que aquellas personas que le importaban ahora estuvieran de su lado. Eso lo llevó a recordar el momento en el que decidió unirse a la Rebelión, y le recordó la razón por la que lo hizo. Justo cuando más lo necesitaba.

A bordo del Superdestructor Estelar *Ejecutor*, todos los oficiales y los soldados de asalto debían mantener sus habilidades de combate siempre listas para la acción. Pero el número de certificaciones requeridas disminuía en los rangos superiores. Ahora que Ciena era comandante, no tenía que pasar ni siquiera una hora a la semana practicando el combate cuerpo a cuerpo. No obstante, eso significaba que podía pasar más tiempo practicando las habilidades que aún le eran necesarias.

—Podría vivir sin nunca tener que usar estas cosas —se quejó Ciena, echándose al hombro uno de los lanzallamas de práctica—. Si alguna vez necesitamos esto en el puente, supongo que ya será demasiado tarde.

—¿Ciena Ree quejándose de las reglas? —Berisse agitó su cabeza, sorprendida—. Mira, si no quieres hacer esto, aún te quedan días para cumplir tus requerimientos. Deberíamos aprovechar que estamos a la mitad de la nada. —Técnicamente la nave estaba en el hiperespacio en camino a la mitad de la nada, pero el punto de Berisse estaba muy claro. Desde que les habían pedido que no hicieran nada más que ir a un sistema inhabitado, sentarse y esperar, todos los oficiales tenían más tiempo libre de lo normal—. Deberíamos ir a ver si Nash y los otros chicos están libres, para ir a alguna de las cantinas y soltarnos el pelo.

—Yo me quedo aquí. Si tú quieres irte de fiesta, adelante.

—Muy bien, muy bien. Has tenido un humor desde hace tres semanas… ¿No crees que es momento de que lo superes?

Berisse no conocía las razones del mal humor de Ciena y, sin duda, no se imaginaba que era la coraza detrás de la cual escondía su desdicha. Antes, Ciena se sentía tranquila de confiarle casi todo a Berisse, y en ese momento anhelaba escuchar su consejo. Berisse era tan práctica y realista, que siempre escuchaba la historia completa sin parpadear y, casi siempre, tenía las palabras perfectas para que Ciena sobrellevara la situación.

Pero esa era la cuestión: casi siempre.

Berisse podía llegar a ser irreverente y no le preocupaba romper alguna regla por algún fin práctico, pero Ciena nunca había dudado de la lealtad de su amiga hacia el Imperio. Si Ciena llegaba a decir algo acerca de lo injusto que había sido el veredicto de su madre, Berisse podría ser comprensiva; por el otro lado, también podría reportarle esa conversación a Ronnadam.

Por supuesto que Ciena no podía admitir la verdad acerca de Thane con nadie. Debía soportar su tristeza ella sola. De cualquier manera, hubiera sido mucho menos terrible si hubiera podido compartir lo demás con alguien.

En lugar de eso, se veía obligada a admitir que no tenía un solo amigo en la galaxia entera en quien pudiera confiar por completo.

—Mejor vamos a calcinar a estos tarados, ¿te parece? —Ciena tomó uno de los cascos imperiales a prueba de fuego y alistó los controles. Berisse decidió seguirle la corriente e iniciar la sección holográfica del simulador. Los atacantes, imágenes poco claras de luz verde, comenzaron a correr hacia ellas y, entonces, Ciena jaló el gatillo.

El fuego salió disparado e incineró a los enemigos. Y otra vez. Y una vez más. Nunca le entusiasmó el servicio de combate, pilotar era su mayor alegría y pasión; pero ese día, en cada uno de sus disparos, Ciena liberó todo el dolor y la furia que tenía atorados. Cuando la primera simulación terminó, de inmediato le indicó a Berisse que comenzara otra y, después, una más. Los hologramas verdes desaparecían cuando les daba un disparo letal. Ciena se encontró a sí misma deseando que el programa fuera mucho más fiel y gráfico. Por una vez quería ver a sus víctimas.

—Qué bueno que ya no compartimos habitación —murmuró Berisse cuando el último holograma desapareció—. Porque no quisiera ser la siguiente persona con quien te enojaras.

—Tienes razón. No quisieras. —Ciena se levantó el casco y secó su frente con la muñeca. Aún cuando se mantuvo en posición de ataque todo ese tiempo y el lanzallamas no era insoportablemente pesado, el cansancio se apoderaba de su cuerpo. Había dormido muy poco desde que regresó al *Ejecutor*.

A pesar de su fatiga, ella habría realizado otra ronda de disparos de no ser por el ligero cambio que sintió en la vibración debajo de sus pies.

—Abandonamos el hiperespacio —le dijo a Berisse.

—Tu manera de percibir esos cambios nunca dejará de sorprenderme —suspiró Berisse—. Y creímos que íbamos a tener mucho tiempo libre, ¿no?

Incluso cuando seguían en medio de la nada, concretamente en el sistema Hudalla, sólo conocido por su enorme planeta con un gran anillo, necesitaban regresar a sus estaciones de trabajo. Ciena se sintió aliviada. Nada la ayudaba más que mantenerse ocupada.

Mientras las dos salían de la cabina de simulación, miró hacia el espacio infinito a través de la ventana triangular, y lo que vio la hizo pararse en seco: en lugar del planeta Hudalla o del vacío del espacio, vio un sinnúmero de naves imperiales: Destructores Estelares, cruceros de ataque, cruceros ligeros y casi tantos cazas TIE como estrellas…

—¿Qué demonios? —dijo Berisse—. ¿Nos llevaron de regreso a Coruscant?

Ciena hizo un gesto de negación. Sólo los capitanes, almirantes y el mismo Lord Vader conocían los planes por adelantado, así que no sabía a ciencia cierta por qué el sistema Hudalla de pronto se había convertido en un punto de encuentro para prácticamente toda la flota imperial.

Pero lo que sí sabía era que, fuera lo que fuera, se trataba de algo importante… algo que los afectaría a todos.

El escuadrón Corona recibió su siguiente misión de inteligencia militar sólo diez horas después de llegar a 5251977. Por primera vez no recibieron órdenes de Rieekan, sino del almirante Ackbar, de los mon calamari.

—Los sensores remotos detectaron un nivel inusual de actividad imperial en el sistema Hudalla —dijo, dando zancadas frente a ellos. Ackbar era una criatura imponente: más alto que cualquier humano, con ojos saltones, pero marchitos; así que el escuadrón permaneció más rígido y callado que de costumbre—. Nada en esa área puede ser de interés para el Imperio ni para nadie. Entonces, ¿por qué se establecería ahí? Escuadrón Corona, su misión es ir a Hudalla. Observen las naves imperiales y obtengan toda la información que sea posible.

¿Se suponía que todos ellos irían a un sistema desolado y tomarían registros de la flota imperial y, además, saldrían vivos? Thane no estaba muy seguro de si Ackbar era un optimista iluso o alguien a quien no le importaba poner la vida de quien fuera en riesgo sin una ganancia aparente.

Después, Ackbar les pidió que se retiraran, diciéndoles:

—Que la Fuerza los acompañe.

Definitivamente se trataba de un optimista iluso.

Mientras Thane revisaba los sensores del panel de su X-wing, le dio las gracias a Hudalla por su gran anillo. El gigante de gas se caracterizaba por sus remolinos rojos y violetas, pero lo más notable eran sus anillos, los cuales eran de los más grandes de la galaxia; estaban formados por millones de piezas de escombros, la mayoría de ellos de menor tamaño que un asteroide promedio, pero lo suficientemente grandes como para esconder una nave.

Al igual que los demás miembros del escuadrón Corona, Thane se escondió detrás de una de las grandes rocas del anillo exterior de Hudalla. Sus cazas estelares X-wing flotaban entre los innumerables escombros que rotaban lentamente. El leve resplandor violeta de la distante estrella del sistema proyectaba sombras misteriosas. La lenta órbita del anillo les había permitido esconderse en lugares lo suficientemente lejanos como para no ser detectados. En ese momento se encontraban a una distancia difícilmente rastreable y, aun así, podían obtener las lecturas y hologramas que necesitaban sin preocuparse por ser escaneados por el enemigo. Con sus naves encendidas al mínimo poder y bien escondidas detrás de los anillos de escombros, las posibilidades de ser descubiertos eran casi nulas.

«Casi». Thane odiaba esa palabra. Sabía lo cuidadosos que eran los oficiales imperiales, habían sido entrenados para eso. Sin embargo, en esta ocasión la balanza parecía inclinarse a su favor. Y él lo aprovecharía.

—Esta armada de ataque es casi tan grande como la que enviaron a Hoth —indicó Yendor; su voz crujía a través de los comunicadores—. ¿Creen que recibieron algún tipo de información equivocada acerca de que establecimos una base en alguna de las lunas de Hudalla? Thane contestó.

—En caso de que así hubiera sido… ¿no crees que ya habrían descubierto el error? Pero han estado aquí durante días, y las naves no dejan de llegar.

¿Qué estarían planeando? Thane buscaba infructuosamente una respuesta. Si una nueva hiperruta había sido descubierta en esa zona del espacio, sus sensores ya la habrían detectado. Y si el Imperio planeaba un ataque, no necesitaba tanto tiempo para reunirse. No había elementos críticos que pudieran ser extraídos de alguno de los planetas o lunas del sistema. El misterio era total.

Thane se había ofrecido para hacer el conteo de cazas estelares individuales, una misión irritante y enormemente detallada, así que todo el escuadrón había estado de acuerdo y feliz de que Thane la ejecutara. Ese tipo de trabajo lo mantendría lo suficientemente ocupado como para ponerse a pensar en las posibilidades de que Ciena formara parte de esa gran flota, o para descubrir exactamente cuáles Destructores Estelares se concentraban ahí.

«Es como si hubieran traído todas esas naves para presumirlas», pensó Thane, amargamente, mientras continuaba con sus cálculos, añadiendo la nueva información proporcionada por sus sensores. ¿Para qué reunirse a la mitad de la nada si nadie te está observando? ¿Qué motivaría un despliegue tan ostentoso y una concentración de armas de fuego imperiales de tal magnitud en un lugar donde no había nada interesante?

De repente, sus manos se paralizaron, dejando que los largos rollos llenos de números se esparcieran por todas partes. Thane maldijo casi en un susurro en cuanto se dio cuenta de lo que estaba sucediendo.

El Imperio demostraba frecuentemente su poder con un grado de teatralidad que a Thane le parecía absurdo todavía cuando formaba parte de él, pero nunca lo hacía sin razón alguna. Casi siempre, una demostración de poder tenía la intención de intimidar a aquellos que vivían bajo el dominio del Imperio, pero en otras ocasiones, los oficiales y las naves lo hacían para impresionar a sus superiores. Mientras más grande era el número de hombres y naves bajo el mandato de un comandante, más importante era este.

Y esa flota había sido reunida para demostrar la importancia de alguien. Sólo una persona de la galaxia podía merecer tanta atención, una concentración de armas de fuego de tal magnitud, y tanto… temor.

Thane susurró:

—El Emperador.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CIENA NO HABÍA PILOTADO frecuentemente cazas TIE durante los últimos años, así que cuando fue llamada a reportarse en la bahía principal de acoplamiento, estaba tan sorprendida como encantada. Tal vez sólo necesitaba pasar un rato pilotando a través de las estrellas, quizá eso podría hacerla sentir bien otra vez.

Una vez que se puso la armadura negra, Ciena caminó hacia la bahía con su casco bajo el brazo, y se encontró con los otros tres pilotos con los que volaría: dos de ellos eran desconocidos y el tercero era Nash Windrider, quien sonrió como un niño en cuanto la vio.

—Qué gran placer volver a pilotar con usted, comandante Ree. Nunca pensé que se rebajaría a servir al lado de gente como nosotros.

—¡Ya cállate! —dijo Ciena, sonriendo ligeramente; Nash parecía bromear con ella como con una amiga y no como con un prospecto de novia. Mientras más rápido olvidaran eso, mejor—. ¿Sabes?, siempre me pregunté cómo le haces para pilotar cazas TIE. ¿Cómo cabes?

—Déjame decirte que estoy un centímetro debajo de la altura máxima permitida para los pilotos de cazas TIE. Aunque son más reducidos que una nave de guerra, debo admitirlo… Pero, bueno, ¿qué no lo es? Sin embargo, tú eres más compacta y seguro entrarás sin problema alguno.

—¡No soy tan bajita! —Sin importar cuántas veces tuviera que protestar al respecto, nadie parecía creerle menos al verla.

Nash abrió la boca, preparando su siguiente broma, pero después se enderezó en cuanto el almirante Piett se acercó a ellos a grandes zancadas. Todos se pusieron en posición de firmes, con los cascos aún bajo el brazo.

Piett no tenía tiempo para rodeos.

—Los resultados de los escaneos han arrojado lecturas extrañas en el borde exterior del anillo de Hudalla, que incluyen formas de vida. Probablemente se trata de algunos minerales metálicos y mynocks. Sin embargo, si tuviéramos algunos espías merodeando por ahí… Bueno, ya saben qué tienen que hacer.

—¡Sí, señor! —dijeron al unísono. Todos hicieron un saludo y se pusieron en marcha, listos para abordar sus naves.

Pero antes, Piett llamó a Ciena.

—Ree, necesito hablar con usted.

Ella volteó y, una vez más, se paró en posición de firmes. ¿Por qué Piett tendría que hablar específicamente con ella? Se imaginó que la interrogarían y la manipularían psicológicamente; decían por ahí que quienes hacían los interrogatorios podían sentir cuando alguien comenzaba a convertirse en traidor. ¿Acaso se habían percatado de sus dudas?

En lugar de eso, Piett dijo:

—Usted tendrá una misión adicional en este vuelo.

—¿Sí, señor?

—Aquello que está en el anillo planetario no es precisamente un mynock. Estamos casi seguros de que se trata de espías rebeldes.

Ciena asintió, escondiendo su preocupación. No parecía tener sentido que él le asignara una misión relacionada con inteligencia militar y la ocultara de Nash y de los otros pilotos.

—Nos encargaremos de eso, señor.

Piett alzó un dedo de manera amenazante.

—Sólo que uno de los rebeldes tiene que escapar. Usted debe asegurarse de que, al menos, uno de los pilotos logre salir hacia el hiperespacio. Más allá de eso, no nos importa si el resto vive o muere.

Ciena estaba confundida, pero después lo entendió todo. Los altos mandos de la flota necesitaban que la Alianza Rebelde supiera que gran parte de la flota imperial se estaba reuniendo. ¿Por qué? Eso aún no lo adivinaba, pero no le importaba. Le habían confiado una tarea difícil y delicada y, sobre todo, secreta. Eso quería decir que sus superiores no dudaban de ella; por el contrario, esperaban más de ella que nunca. Y lo único que tuvo que hacer fue negar la inocencia de su madre.

Ciena intentó sacar ese pensamiento de su cabeza.

—Delo por hecho, almirante Piett.

Él asintió, dejándola ir, y Ciena se dirigió hacia su nave. Al sentarse en el asiento del piloto sintió alivio. Ya no tendría que pensar en su madre; ya no se sentiría agobiada por sus crecientes dudas acerca del Imperio. Debía revisar sus sensores, cerrar la escotilla, alistar las armas. Muy pronto estaría pilotando su caza y olvidaría todos sus problemas al hacer lo que mejor sabía hacer.

La voz de Nash surgió del comunicador.

—¿Lista para el despegue, L-P-Ocho-Ocho-Ocho?

Ciena colocó el casco negro sobre su cabeza. Ya no tenía rostro, ya no tenía identidad. Nada más le queda su servicio al Imperio.

—Lista.

Uno de los tantos problemas de navegar con el mínimo de energía era que la temperatura dentro de la cabina bajaba drásticamente; no tanto como para poner en peligro la vida de alguien, pero sí lo suficiente como para incomodarlo en exceso. La respiración de Thane había comenzado a formar pequeños cristales en el borde del visor de su casco.

Como si Smikes pudiera leer la mente de Thane, dijo algo a través de los comunicadores:

—Hubiéramos usado nuestros uniformes de invierno para esta misión.

—Afirmativo, Corona Tres —contestó Yendor—. Yo me sentiría mucho mejor con mi vieja parka de Hoth cubriéndome en este momento.

La Contessa añadió:

—Y yo extraño mis antiguos abrigos de pieles. Pero manténganse firmes. En alrededor de una hora orbitaremos lo suficientemente lejos del convoy imperial como para salir de aquí.

—Nos mantendremos firmes, líder Corona —dijo Thane. Aún no había compartido su teoría acerca del Emperador con el resto del escuadrón Corona; en caso de ser cierta era muy delicada como para ser discutida por un canal abierto de comunicación. Después de considerarlo un poco más, estuvo seguro de que su corazonada era cierta. Pero aun sabiendo que esas naves habían sido reunidas ahí, formando un convoy para el Emperador, otras preguntas le habían surgido. Habían pasado muchos años desde la última vez que Palpatine había salido de Coruscant. ¿Qué lo levantaba de su asiento de poder galáctico… y hacia dónde se dirigía?

Y si todas esas naves se habían reunido en un solo lugar, eso significaba que en cualquier otro lugar de la galaxia la presencia de la flota imperial sería mucho menor. Muy dispersa, en todo caso. La adrenalina de Thane incrementó cuando se dio cuenta de que esa inútil muestra de poder en ese lugar había debilitado otros lugares. Una debilidad que la Rebelión podía usar a su favor…

Sus sensores comenzaron a brillar, y entonces, maldijo:

—Se nos acercan unos cazas TIE, me parece que son cuatro.

—¿Hay posibilidades de que sea un patrullaje de rutina? —preguntó Kendy.

Era posible, pero improbable. Los cazas TIE se acercaban más cada segundo que pasaba.

Thane dijo:

—Tengo un mal presentimiento sobre esto.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —Nash sonaba fascinado, como si hubieran llegado a una fiesta en lugar de a un combate.

Ciena se mordió el labio, mientras analizaba sus lecturas.

—Identifico cinco naves, probablemente cazas estelares. Hasta el momento no puedo saber el modelo de las naves, pero pudieran ser X-wing o Y-wing. —Aunque muchas de esas naves pertenecían a civiles, en ese entonces las naves X-wing y Y-wing eran usadas, en su mayoría, por la Alianza Rebelde. Los informes de Piett habían acertado; la patrulla TIE los estaría atacando en cualquier momento.

Ciena necesitaba que al menos una de esas cinco naves sobreviviera.

Lo más sencillo sería lograr que los cinco sobrevivieran, sin necesidad del combate. Nash y los otros pilotos eran demasiado inteligentes como para confundir lo que veían, lo

que significaba que si quería evitar un combate aéreo, su mejor apuesta era atacar a los rebeldes, pero dejándoles el tiempo suficiente para escapar.

Ciena habló por el comunicador:

—Si destruyo uno de los grandes asteroides del anillo planetario, tendríamos mejores lecturas.

Otro de los pilotos objetó:

—¡Entonces sabrán que estamos aquí!

—Apuesto a que ya lo saben. Sus sensores son tan avanzados como los nuestros. —Ciena puso sus manos enguantadas sobre los controles, sintiendo el botón detonante color rojo debajo de su pulgar.

—Es una mala idea —dijo Nash—. No necesitamos más lecturas y, a esta distancia, podrían dar el salto al hiperespacio antes de que pudiéramos atraparlos.

El plan de Ciena había fracasado.

Ahora, al menos una de las naves, y probablemente cuatro de ellas, tendrían que ser destruidas, y todo por una farsa estratégica. Incluso podrían perder un caza TIE en el proceso.

Más muertes en vano. Más inutilidad. Más desperdicio.

No cabía duda: los cazas TIE se dirigían hacia ellos; el combate parecía asegurado.

La Contessa ordenó:

—Pilotos, suelten las amarras y pongan motores en máxima energía.

—Desde esta posición no creo que podamos escapar, líder Corona —dijo Yendor, aun cuando los sensores indicaban que estaba acatando las órdenes.

—No podemos. Vienen aquí para pelear. —Thane presionó los controles que hicieron que su nave recobrara su fuerza; la cabina de mando brillaba de color rojo y dorado—. ¿Armas listas?

Yendor fue el primero en reportarse:

—Corona Dos, listo.

—Corona Tres, listo —confirmó Smikes.

—Corona Cuatro, listo. —Thane mantuvo la mirada fija en los sensores mientras hablaba, en caso de que los cazas TIE aceleraran en modo de ataque.

Y, finalmente, Kendy respondió:

—Corona Cinco, lista.

Thane respiró hondo en cuanto la Contessa dio la indicación:

—Lo único que nos queda es el factor sorpresa; vamos contra ellos.

Ciena esperaba que los cazas estelares rebeldes permanecieran escondidos tanto como les fuera posible, con tal de evitar ser detectados, por lo que la sorprendió cuando cinco naves X-wing salieron de pronto del anillo planetario, en dirección a los cazas TIE.

—¡Acción evasiva! —gritó, girando su caza TIE para salir del alcance de sus armas. Los rebeldes les ganaban en número y, sin duda, ese había sido el plan de Piett. Ese desequilibrio les daría una buena oportunidad a una o dos naves de escapar. Ciena no podía soportar lo injusto que era pedirle a pilotos TIE que arriesgaran sus vidas para intentar matar a gente que, en esta ocasión, al Imperio le interesaba mantener viva.

¿Cómo podría retrasar una pelea aérea que estaba a punto de comenzar en ese preciso segundo?

Ciena ajustó su comunicador hasta que entró en modo transmisión, una señal multifrecuencia que desplazaría cualquier otra que hubiera en la zona, transmitiendo su voz a todas las naves que estuvieran cerca, incluyendo a los X-wing.

—Naves no identificadas —dijo—, no tienen autorización de pilotar en esta zona. Por favor de reportar sus códigos de identificación y el sistema bajo el cual operan, o serán tomados en custodia. Resistan y serán destruidos.

Ella podía imaginarse la confusión de Nash, pero no había desobedecido el protocolo. En lugar de eso, había seguido el procedimiento que se llevaba a cabo cuando se presentaban naves desconocidas, aunque casi siempre se trataba de contrabandistas o de cruceros recreacionales que habían perdido el rumbo. Si los rebeldes tenían el buen tino de mentir, la pelea aérea se retrasaría uno o dos minutos, el tiempo suficiente para que escaparan.

Sin embargo, Nash ya estaba elevando su interceptor TIE para bloquear la ruta de escape más probable, por lo que el plan de Ciena estaba arruinado.

«¡Maldición!», pensó Ciena, antes de que otra voz surgiera de los comunicadores y convirtiera su furia en horror.

Thane habló:

—Al parecer, esta galaxia no es lo suficientemente grande.

Quizá Ciena estaba en lo correcto. Tal vez la Fuerza estaba juntándolos una y otra vez. Y si era así, la Fuerza tenía un humor muy negro, concluyó Thane.

No tenía idea de cómo contestaría Ciena, si se apegaría al procedimiento oficial o si le hablaría como un ser humano, así como él le había hablado. Cuando la unidad de comunicación crujió, se puso nervioso, pero esa voz también era conocida, y no era la de Ciena.

—¿Thane Kyrell? —La incredulidad de Nash Windrider era evidente—. ¿Estás vivo?

—Hola, viejo amigo. —Thane no quería abrumarse. Ciena estaba ahí, en alguno de esos cazas TIE que volaban hacia él, y Nash también estaba ahí. Esa era la última pelea en la que hubiera querido estar.

Kendy también debía estar sorprendida, pero a diferencia de los otros, tuvo la prudencia de quedarse callada.

Seguramente Ciena también se sentía así. Y lo mismo sucedía con Nash. Quizá toda esa confusión le daría al escuadrón Corona el tiempo necesario para escapar.

El visor de Thane se volvió borroso con tanto movimiento, y sus ojos se abrieron mucho en cuanto se dio cuenta de que alguien acababa de acelerar su caza TIE a máxima velocidad.

—Creí que estabas muerto —dijo Nash; cada palabra sonaba más grave e irregular—. Hubiera sido mejor así.

Y ahí había acabado el feliz reencuentro.

«Uno de los rebeldes debe sobrevivir».

Ciena se aferró a esa orden como si fuera lo único que pudiera llevarla a un lugar seguro. Salvar a Thane no se interponía en su misión; más bien era su misión. Uno de los rebeldes debía salir vivo de esa batalla, y haría hasta lo imposible para asegurarse de que él fuera el sobreviviente.

Pero eso significaba que debía detener a Nash sin que él se diera cuenta.

Nash había desobedecido el protocolo al iniciar una batalla sin que ella lo hubiera ordenado, pero nadie lo regañaría por dispararle a una nave rebelde en cualquier circunstancia, en cualquier momento. Otros dos cazas TIE ya iban siguiéndole los pasos. Ciena pilotó su caza TIE a máxima velocidad y trazó su camino.

«Si aparezco desde arriba parecerá que estoy triangulando nuestras armas. Sin embargo, si escojo el ángulo derecho, puedo interponerme en el camino de Nash y detener sus disparos».

A Ciena no le preocupaba que Thane pudiera recibir un disparo antes de que ella interviniera. En una pelea aérea, un pilotaje superior era lo que mantenía vivo a cualquiera, y nadie era mejor que él. Nadie más que ella…

El rugido del motor inundó la cabina de mando, incluso penetró su grueso casco negro. Ciena voló tan alto que los X-wing y los escombros del anillo planetario parecían puntitos de diamantina en el visor, pero en cuanto bajó en picada volvieron a tomar forma. Todos los X-wing se encontraban realizando maniobras evasivas, pero uno de ellos se movió con mucha mayor agilidad, ejecutando un giro perfecto bordeando la orilla exterior del anillo. Ciena respiró profundo, intentando calmarse. Su tarea estaba clara, ahora que sabía cuál nave le pertenecía a Thane.

Pero Nash también lo sabía.

Thane se abrió paso entre el anillo planetario, confiando en que los asteroides lo ayudarían a esquivar los disparos.

—Alerta desde vector ocho-uno-dos-ocho. —Smikes sonaba desesperado—. ¡Fuego pesado!

Un disparo verde, que provenía de un bláster, destruyó una roca tan cercana al X-wing de Thane, que los escombros se esparcieron frente a la cabina de mando; por un instante imaginó que se rompería, exponiéndolo al letal vacío del espacio. Pero no sucedió.

—Diríjanse a las coordenadas preestablecidas del hiperespacio —ordenó la Contessa.

Thane agregó:

—Olvídense de las formaciones. ¡Lleguen ahí como puedan! —Pilotar en formación a veces proporcionaba una protección extra, pero en una situación como esa, dispersarse les daría más probabilidades, al menos a unos cuantos, de salir a salvo.

Thane estaba rodeado por ráfagas verdes, y de pronto sintió una sacudida inconfundible: le habían dado. Thane contuvo la respiración el tiempo que le llevó verificar que los paneles de control se mantenían sin mayores cambios; no había sido un daño severo, pero la siguiente ocasión probablemente no correría con la misma suerte.

—¡Rebelde de porquería! —gruñó Nash—. No puedo creer que hayas caído tan bajo.

—No puedo creer que sigas del lado del Imperio —contestó Thane—. ¡Destruyeron tu planeta, Nash! ¡Mataron a toda tu familia! ¿Cómo puedes…?

—¡Jamás menciones Alderaan en mi presencia! —En ese momento la furia de Nash hizo que su voz se convirtiera en un alarido—. ¡Jamás!

Thane pudo ver en su pantalla de visualización que los otros miembros del escuadrón Corona estaban enzarzados en una batalla con dos cazas TIE, pero los superaban en número pues otros dos TIE estaban concentrados en Thane. Seguramente lo habían identificado erróneamente como el líder.

¿Cuál de todos los manchones verdes en su pantalla era la nave de Ciena? ¿La mataría o vería cómo alguien más lo hacía frente a sus ojos? O quizá ese era el día en el cual ella escogiera al Imperio antes que a él, asesinándolo.

En ese momento, un caza TIE descendió desde las alturas, tan cerca que Thane pudo verlo desde su cabina de mando, con tanta claridad como si lo hubiera visto a través de su objetivo, y volaba entre Nash y él.

Darse cuenta de la situación lo golpeó tan fuerte que el pecho le dolió: Ciena intentaba salvarlo.

—¡Fuera de mi camino! —le gritó Nash a Ciena.

—Yo no acato sus órdenes, teniente. —Ella disparó hacia la nave de Thane, pero con toda la intención de fallar.

En su pantalla observó cómo uno de los cazas TIE desaparecía, un piloto más que moría sin razón alguna y, después, un manchón borroso que indicaba que al menos dos de las naves rebeldes habían dado el salto al hiperespacio. Después uno de los X-wing también desapareció: el Imperio había cobrado su primera víctima en la batalla.

Thane seguramente estaría volando en dirección a las coordenadas donde los primeros X-wing habían saltado al hiperespacio. Ciena cambió de ruta una vez más, intentó moverse de manera que pareciera que realmente iba a atacar, pero su movimiento sólo interferiría con el disparo de Nash. Una vez más estaba en medio de ambos, protegiendo a Thane con su nave.

De cualquier manera, Nash disparó.

Aunque no le dio a Ciena, los rayos pasaron tan cerca de su nave que activaron todas las señales de alerta. Las luces dentro de la cabina de mando lanzaban destellos rojos. Ciena maldijo.

¿Acaso Nash estaba tan enojado con Thane que, con tal de matarlo, era capaz de matar a Ciena primero?

Thane se dio cuenta de la oportunidad que Ciena le había dado y decidió aprovecharla. Se dirigió a máxima velocidad hacia las coordenadas, miró cómo el último X-wing se adentraba hacia el hiperespacio justo delante de él, y sólo le quedó prepararse para dar el salto a la velocidad de la luz.

Ansiaba decirle algo a Ciena antes de partir. Lo que fuera. Ella necesitaba saber que él se había dado cuenta de lo que había hecho por él y lo mucho que eso significaba.

Pero decir cualquier cosa sólo la expondría ante Nash y los demás pilotos de cazas TIE. Ciena lo había protegido; era su turno de protegerla al quedarse callado.

Algunos disparos rozaron su X-wing, y esta vez sí le habían hecho daño, pero no habían afectado el soporte vital o el hiperpropulsor, así que no se detuvo a pensar en eso. Estableció las coordenadas, puso su mano sobre el control y dio el salto.

Las estrellas se estiraron formando un túnel infinito mientras él huía, dejando a Ciena atrás.

Thane se permitió unos minutos de silencio antes de reportarse con el escuadrón Corona.

—Corona Cuatro, reportándome. ¿Cómo estamos?

—Confirmado, Corona Cuatro —respondió la Contessa; su voz sonaba apesadumbrada—, perdimos a Smikes.

Smikes… receloso, pesimista y, a pesar de eso, tan valiente. Thane se dio cuenta de que nunca le dijo lo mucho que lo admiraba a pesar de su actitud cascarrabias; y ahora nunca tendría la oportunidad de hacerlo.

—Oye —dijo Yendor en voz baja—, ¿esa era tu Ciena, verdad?

—Sí.

—Vi lo que hizo por ti. Ahora entiendo por qué fuiste a Jelucan.

Kendy agregó:

—Tenías razón, Thane, sigue siendo Ciena.

Eso era lo más cercano a la disculpa que Thane obtendría de los otros después de la manera en que lo habían rechazado, y era mucho más de lo que se merecía.

¿Acaso Ciena estaría ahora en problemas? ¿La cuestionarían? Thane se preguntó si tendría que enfrentarse a los interrogatorios del Imperio. Aquel pensamiento lo horrorizó.

Pero si alguien era lo suficientemente listo como para inventarse una explicación y salvarse, esa era Ciena. Debía creer en ella.

Ciena condujo su caza TIE sin intercambiar una sola palabra más con Nash Windrider. Sin duda alguna, estaría furioso e incluso la reportaría con Piett en cuanto llegaran.

Afortunadamente, ella podría decir que había estado actuando según las órdenes, y Piett nunca sabría cuál habría sido la diferencia. Sin embargo, pensó que tal vez Piett no aceptaría que él le dio esas órdenes. Si el objetivo de la misión debía permanecer en secreto, ¿también ella sería sacrificada? ¿El Imperio asesinaría a una fiel oficial por su lealtad si eso se interponía en sus objetivos?

En algún momento de su carrera, Ciena habría creído que eso sería impensable. Pero ya todo era posible.

Se quitó el casco, respiró profundo y abrió la trampilla. Ciena no tenía otra opción, sólo enfrentar lo que estuviera a punto de ocurrir.

En cuanto se bajó del TIE, observó a Nash dando grandes zancadas hacia ella, sus ojos ardían de furia. Ciena deseó tener un bláster en ese momento. En lugar de eso se mantuvo ahí, hasta que Nash llegó, la miró a los ojos y la envolvió entre sus brazos.

—No puedo creer que él te haya hecho eso —dijo Nash—. Sabiendo que lo amabas, dejarte de esa manera, fingir su muerte y hacerte pasar por tantos años de angustia. Me parece más allá de lo impensable.

A Ciena sólo le quedó corresponder al abrazo de Nash, tanto como pudo, pues ambos aún llevaban puesta la armadura. Se sintió agradecida de tener la oportunidad de esconder su rostro en su pecho.

—Discúlpame por haberte gritado. Ahora me doy cuenta de que seguramente estabas impresionada y desconsolada… Y, bueno, eso afectaría la manera de pilotar de cualquiera, incluso la tuya. Parecías más impaciente por matar a Thane de lo que yo lo estaba. —Nash suspiró al alejarla para mirarla a los ojos. La furia que acababa de ver ahora se había convertido en lástima—. Debí haberte dado la oportunidad de hacerlo. Tal vez si hubiera estado pensando claro lo habría hecho.

—No puedo creerlo —dijo Ciena. Esas palabras eran sinceras y no implicaban riesgo.

—Es un delincuente. Nunca lo conocimos en realidad, ¿verdad? —Nash se enderezó—. Muy bien, debemos reportarnos. Las cosas no pintan bien para nosotros.

Nash tuvo razón. Fueron reprendidos a gritos por cometer el error de no destruir todas las naves rebeldes; Piett reconoció el logro secreto de Ciena, al final, haciendo un gesto con la cabeza, cuando nadie más estaba viéndolo. Después de eso, Ciena se quitó la armadura, se dio un regaderazo, e intentó tranquilizarse.

«Thane pudo haber muerto hoy. Nash pudo haberlo asesinado».

Aunque se sentía abatida por ese encuentro en combate con Thane, a Ciena le reconfortaba saber que había escapado a salvo. Si nunca más volvían a encontrarse, el último recuerdo que él tendría de ella sería del momento en el que salvó su vida. Mientras estaba ahí, bajo el agua tibia de la regadera, con las manos recargadas contra las paredes metálicas, pensó que eso era algo con lo que podía vivir. ¿Pero Nash? ¿Cómo pudo haber reaccionado como un asesino furioso al reencontrarse con Thane? Entendió que se sintiera traicionado; ella también se había sentido así el día que supo que Thane se había unido a la Alianza Rebelde. Pero aun cuando casi lo odiaba, también seguía amándolo. Por su parte, Nash había lamentado la muerte de su amigo durante años, y ahora descubría que estaba vivo e inmediatamente había despertado en él un deseo homicida.

Y eso no era lealtad hacia el Imperio. Eso era… fanatismo.

Hubo un cambio en los motores, pues la ligera vibración debajo de sus pies se modificó. A Ciena le inquietó saber que, por estar tan absorta en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que habían dado el salto al hiperespacio.

Se secó y se puso apresuradamente su overol de descanso para ir a investigar qué estaba sucediendo. En la parte superior de la pared había una fila de ventanas triangulares que le permitían ver hacia afuera desde donde estaba. Parecía que ninguna otra nave había hecho el viaje con ellos. ¿Por qué abandonarían el convoy imperial?

Para alistar algo para la llegada del Emperador. Esa era la respuesta más obvia. ¿Pero qué sería? Ciena giró la cabeza, observando todo el campo de visión, y vio cómo se acercaban a un planeta, uno orbitado por una gran luna, tan verde y nubosa, que asumió era rica en vegetación y especies boscosas. Pero había algo más, algo que parecía orbitar esa luna, algo enorme y oscuro…

Un momento después se dio cuenta de lo que estaba observando y ahogó un grito.

«No puede ser. No serían capaces de hacerlo de nuevo».

Pero lo habían hecho. Ciena no podía creer lo que veía: una segunda Estrella de la Muerte.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

LAS MANOS DE CIENA se paralizaron, pero se quedó ahí, con las palmas pegadas a la ventana, contemplando la nueva Estrella de la Muerte. «¿Para qué construir una nueva? Si sólo la construyeron para detener la guerra antes de que comenzara… y fallaron. ¿Para qué ahora?».

Conocía la respuesta, pero aún no podía aceptarla. En lugar de eso, contempló la titánica estación espacial, la cual sólo se hacía más grande conforme el *Ejecutor* se acercaba. Muchas veces, Ciena se había preguntado cómo se construía una estructura descomunal como aquella; aun con los recursos estratosféricos con que contaba, el Imperio debía de estar gastado por la construcción de una estructura del tamaño de una gran luna. Ahora podría ver el proceso por su propia cuenta, ya que esa Estrella de la Muerte aún no estaba finalizada. Todavía grandes secciones estaban sin terminar, y podía contemplar las entrañas de esa cosa, una horrible maraña de vigas y puntales que enmarcaban una oscuridad profunda y hueca.

Las palabras que Ciena había pronunciado en una cantina de Valentia ahora la atormentaban: «El Emperador y los Moffs tendrán que darse cuenta de que la destrucción de Alderaan no trajo nada bueno. No detuvo a la Rebelión. La única razón para atacar Alderaan fue prevenir una guerra aún más devastadora. Pero, de cualquier manera, la guerra ya comenzó. Es muy tarde para salvar a la galaxia».

Ninguna otra razón podría justificar la destrucción de un planeta entero, o la muerte de miles de millones de personas. La única manera en que el Imperio podía compensar esas muertes era restableciendo la paz en la galaxia.

Pero ahora, más planetas serían destruidos sin razón alguna, sólo para causar dolor y propagar el terror.

«Quizá la están construyendo para finalmente acabar con la guerra», pensó Ciena. Pero esa excusa era muy poco convincente, aun para que ella la creyera por un instante. Si la Rebelión no había sido intimidada con la destrucción de Alderaan, la de otros planetas tampoco lo haría. En lugar de eso, alentaría a más personas a unirse a la causa rebelde. Eso no acabaría con la guerra, la intensificaría mucho más de lo que cualquiera pudiera imaginarse.

En aquellas ocasiones en las que Ciena tenía pesadillas acerca de Alderaan, alejaba sus dudas recordando a Jude. Pensar en la pérdida de su amiga siempre le ayudaba a equilibrar la balanza, al recordar que las dos facciones en conflicto habían causado mucha muerte y destrucción. Sin embargo, ese día sólo podía imaginar que si Jude hubiera conocido la segunda Estrella de la Muerte, habría huido en cuanto la viera.

«Nunca habría querido que esto se hiciera en su nombre. Nunca».

El frío se le había metido a Ciena hasta los huesos. Finalmente alejó sus manos adoloridas de la ventana, frotándolas con la esperanza de que su flujo sanguíneo se normalizara. Pero sin importar cuánto lo intentara, no podía volver a entrar en calor.

Una vez que la nave de Ciena, enviada desde el *Ejecutor*, se acopló en la Estrella de la Muerte, finalmente pudo observar qué tanto había avanzado su construcción. Desde fuera, el enorme hemisferio inacabado acaparaba la vista. Por dentro, sin embargo, fueron recibidos por un rayo tractor en pleno funcionamiento, desembarcaron en una cubierta que no sólo estaba terminada, también estaba pulida, y caminaron por una estación especial tan avanzada como cualquier otra de la flota imperial. Vaya que se habían preparado para la llegada del Emperador.

—Así que finalmente nuestro rango nos permite ver al Emperador en persona. —Berisse se cubrió la boca con los dedos, intentando sin éxito ocultar la sonrisa—. No sé por qué me siento tan emocionada. Estaremos amontonados junto con otros cientos de oficiales. Probablemente tendremos una peor vista que la última fila en una pista de carreras de vainas.

Como era su costumbre, Nash las había alcanzado y caminaba a su lado. Desde el combate aéreo en el sistema de Hudalla, había sido más atento que nunca con Ciena.

—De cualquier manera podremos contarle a nuestros nietos acerca del día que vimos, con nuestros propios ojos, a Palpatine. Y una ceremonia tan importante, bueno, está bien para variar, ¿no creen? Justo lo que necesitabas, Ciena, algo que te alegrara.

Ella había escuchado variaciones de esa frase desde lo sucedido en Hudalla. Lo irónico era que ella sí tenía el corazón roto… pero no por las razones que él se imaginaba.

Sin embargo, esa molestia menor poco le importaba al lado de su gran preocupación: «¿Cómo pueden estar hablando acerca de la ceremonia para el Emperador? ¿Qué importancia puede tener eso cuando estamos parados dentro de una Estrella de la Muerte?».

Entonces se obligó a controlarse. Sí, efectivamente, estaban parados en el interior de una Estrella de la Muerte, rodeados por cientos de oficiales, algunos residían ahí y otros habían llegado en avanzada a preparar la ceremonia perfecta para la llegada del Emperador. Seguramente algunos de ellos compartían las dudas que ella sentía; pero otros no. Si expresaba su oposición en público, la enviarían directamente al calabozo. Podía aprender el autocontrol de sus amigos.

Así que decidió permanecer en silencio hasta que los tres, milagrosamente, entraron a un elevador en el que no había nadie más. En su entrenamiento para comandantes le habían enseñado que los dispositivos de escucha rara vez se instalaban en los elevadores militares, debido a los cambios de frecuencia, así que hablar ahí parecía ser seguro. En cuanto las puertas se cerraron, comentó:

—No puedo creer que hayan construido otra Estrella de la Muerte.

Berisse encogió los hombros mientras se recargaba en la pared, dejando a un lado su pose militar.

—Yo no puedo creer que lo hayan hecho tan rápido. ¿Cuánto tiempo lleva construir algo como esto? Debieron comenzar en cuanto terminó la Batalla de Yavin. Bien pensado.

Ciena no podía creer que lo que escuchaba fuera cierto.

—¿Bien pensado?

—Bueno, teníamos que reconstruir la Estrella de la Muerte. ¡Vamos, entiéndeme! —El ceño fruncido de Berisse reveló lo confundida que estaba por la reacción de Ciena—. La más grande y más poderosa estación jamás construida en la historia galáctica… ¿Y la voló en mil pedazos esa escoria rebelde? Reconstruir la Estrella de la Muerte es la única manera en la que podremos honrar a nuestra gente, a aquellos que murieron en Yavin. Si no la hubiéramos reconstruido, entonces los terroristas hubieran ganado.

—No pareces estar de acuerdo, Ciena. —El tono de voz de Nash era sereno, pero podía notar cómo la miraba atentamente—. ¿Qué piensas al respecto?

Ciena se dio cuenta de que había comenzado a sudar.

—Creo… Creo que si volvimos a construir una Estrella de la Muerte, es porque planeamos usarla. Otro mundo morirá, al igual que sucedió con Alderaan.

Berisse se rio:

—Para nada. Una vez que la estación esté terminada y que se corra la voz, nadie querrá desafiar al Emperador otra vez. La Rebelión se disolverá de inmediato. Ya lo verás.

Incluso en medio de las dudas más profundas y dolorosas que tenía, Ciena creía que el estado de derecho siempre era mejor que el caos, aun cuando la ley fuera severa. Pero en el futuro del que hablaba Berisse, la ley no era la que mandaba. Estaba regido por el temor y, por consiguiente, por la tiranía. Ni siquiera las más oscuras atrocidades de la Guerras Clones se comparaban con la destrucción de un planeta habitado.

Entonces, ¿qué significaba que Ciena tuviera miedo de decirlo en voz alta, incluso cuando sólo estuvieran presentes sus amigos más cercanos?

Intentó encontrar las palabras correctas para hacerles entender.

—Cuando Alderaan fue destruido, pensamos que la Rebelión se rendiría, que podríamos evitar esta guerra. Y, aun así, hemos estado en ella desde hace tres años. —«Y si alguien tan cínico como Thane puede encontrar en los líderes rebeldes figuras a las cuales seguir y admirar, la Alianza Rebelde no desaparecerá tan fácilmente como dices»—. ¿Qué no lo ves? Estas tácticas no funcionan. Si esta estación no es utilizada para proteger de una guerra a los ciudadanos del Imperio, ¿cómo podemos justificar su construcción?

Nash se enderezó mucho más y sus ojos se entrecerraron. Cuando le contestó a Ciena, su voz le hizo sentir escalofríos.

—¿Estás diciendo que la destrucción de Alderaan fue en vano? ¿Que no sirvió para nada?

Ciena alzó las manos.

—Nash, por favor, yo no quise…

—Escúchame —dijo—: Alderaan tuvo que morir para que el poder absoluto del Imperio fuera reconocido. La destrucción de mi planeta natal también fue la destrucción del Senado Imperial, la destrucción de las poco importantes e innumerables luchas por el poder que abundaron al inicio del reinado de Palpatine. Sólo en ese momento se reveló el verdadero poder del Imperio.

Su mirada ahora estaba vidriosa, casi desenfocada, como la de alguien que tuviera fiebre. Así se debió haber visto su rostro durante la pelea aérea de Hudalla.

Nash continuó:

—Esta guerra es sólo una secuela de los conflictos que azotaron la galaxia durante el siglo pasado, las patadas de ahogado de aquellos que se opusieron a nosotros. Sólo por un estúpido golpe de suerte los rebeldes lograron destruir la primera Estrella de la Muerte. Al reconstruirla y al usarla cuantas veces sea necesario para restablecer el orden, les enseñaremos que su suerte se terminó, les demostraremos que somos la única autoridad galáctica… Y siempre lo seremos.

Las puertas del elevador se abrieron en la cubierta de una pequeña bahía de acoplamiento que pronto recibiría al Emperador. Una infinita cantidad de oficiales llenaban los pasillos, una indicación de que ya no había esperanzas de poder hablar libremente. Ciena se sentía vulnerable. Cualquiera de esas personas podrían acusarla de traidora… Incluso sus dos mejores amigos.

Después, las manos de Nash sujetaron con delicadeza los hombros de ella.

—Todavía no eres tú misma —dijo—. Después de darte cuenta de la manera en la que Thane te mintió, por supuesto que te estarás preguntando en quién puedes confiar e incluso qué es real.

—Ese combate aéreo fue uno de los peores momentos de mi vida —respondió Ciena. Al menos eso podía decirlo con total honestidad.

—Confía en tu servicio. Confía en nosotros. Pero, sobre todo, confía en el juramento que hiciste cuando nos graduamos de la academia. Tu integridad te define, Ciena. No te equivocarás si te mantienes fiel a ti misma. —Nash le sonrió de esa manera particular que siempre la hacía buscar una excusa para abandonar el lugar en el que estaban. El interés romántico que tanto había intentado desalentar en Nash ahora era lo que más la protegía de ser acusada de traición.

Mientras tanto, Berisse había cambiado de tema.

—¿Qué estamos esperando? La nave del Emperador estará aquí en cualquier momento. ¡Hay que prepararnos!

Durante las siguientes horas de instrucciones y formaciones, Ciena se mantuvo apartada de sus amigos; aunque a los comandantes se les habían asignado lugares un poco mejores para la ceremonia, de todas maneras había cientos de capitanes, almirantes y artilleros superiores formados frente a ella. Aturdida, hacía todo lo que le pedían, como cambiar de posición si los organizadores lo decidían. Al menos tenía algo qué hacer. Intentó mantener la mente ocupada al observar los juegos de poder entre algunos miembros del alto mando, pero ni siquiera eso ayudó. Al ver lo mezquinas que eran sus

preocupaciones y la frecuencia con la que dejaban traslucir su miedo ante la furia de Lord Vader, Ciena sólo pudo pensar que la flota imperial a la que servía ya no era la misma en la que creyó todo ese tiempo.

Finalmente llegó la hora. Lord Vader caminó dando grandes zancadas; su oscura capa flotaba detrás de él; a la distancia, la nave parecía una estrella, pero en cuanto se acercó, Ciena pudo ver en la parte del frente la franja gris que la distinguía: la señal que les indicó a todos que realmente había llegado el Emperador.

Para sorpresa de Ciena, Lord Vader comenzó a hacer reverencias en cuanto algunas personas descendieron de la nave. A ninguno de los otros oficiales se les solicitó inclinarse. ¿Qué significaba eso? Pero la pregunta se disipó en cuanto el Emperador Palpatine apareció.

Su rostro aparecía en una infinidad de hologramas todos los días. Como cualquier otro ciudadano del Imperio, Ciena podía describirlo tan bien como a un miembro de su familia. Su cabello casi completamente gris, pero abundante; su rostro apenas mostraba algunas arrugas; su postura recta; su mirada penetrante. En otras palabras, la faz que se le mostraba al mundo nada tenía que ver con la realidad. Los ojos de Ciena se abrieron mucho en cuanto pudo observar el rostro que la gruesa capucha no ocultaba del todo: la palidez casi antinatural de su piel y las arrugas inhumanas. Atravesó la bahía con la espalda encorvada, sin decir palabra ni mirar a los cientos de fieles oficiales que estaban ahí reunidos para recibirlo.

«No seas mezquina. Ha envejecido. ¡Eso es natural! Y, seguramente, el Emperador tiene cosas más importantes en qué pensar que en una tonta ceremonia…».

Pero esos pensamientos no funcionaron. Lo que impactó a Ciena no fue sólo la apariencia del Emperador; fue la sensación de infinita malicia que irradiaba de él, y era tan fuerte que casi se sintió sacudida por ella. Aun en la distancia, Palpatine despertaba en ella tal terror físico, que incluso sus instintos primitivos le indicaron que debía escapar o pelear por su vida.

Sólo otra persona había causado en ella la misma sensación: Darth Vader. Ciena siempre se recordó a sí misma que Vader era una aberración, algo único en el Imperio; y hasta cierto punto era cierto. Pero lo más aterrador de él, la maldad y el peligro que irradiaba, también estaba presente en la persona más poderosa de la galaxia.

«¿A él le he estado sirviendo todo este tiempo?».

«Esto es una pesadilla».

Pero no funcionó. Thane podía sentir la banca de metal sobre la que estaba sentado, oler ese aroma a grasa y ozono de la bahía de reparación. Cada pequeño detalle lo hacía darse cuenta de que estaba bien despierto.

«Esto es una prueba. Un simulacro. Los líderes de la Alianza quieren saber cómo actuaríamos en la peor situación imaginable. Pero no. No se arriesgarían a reunir a toda la armada rebelde por un simple simulacro».

Sin embargo, aquello no era una pesadilla ni un simulacro, era la innegable y horrible realidad: el Imperio había construido una segunda Estrella de la Muerte.

Thane podía pensar en muchas palabras de tres docenas de planetas distintos para describir cómo se sentía, y cada una era más obscena que la anterior. Pero le faltaba el aliento para pronunciar cualquiera de ellas. Sólo podía mirar el holograma que giraba frente a los escuadrones de cazas estelares X-wing, mientras recibían instrucciones del general Madine.

—¿Exactamente cómo van a desactivar el escudo generador? —preguntó Kendy—. Tendrán a cientos de tropas en la luna boscosa de Endor, si no es que a miles…

—El general Solo tomará el lugar del mayor Lokmarcha, quien murió en combate. El equipo de Solo, en la luna de Endor, se hará cargo del escudo generador. Todas las personas involucradas en este ataque tienen suficiente trabajo como para preocuparse por el de alguien más, Corona Cinco —dijo Madine severamente.

Thane le susurró a Yendor:

—¿Quién diablos es el general Solo?

—Ya sabes… ¡Han Solo! El capitán del *Halcón Milenario*.

El nombre de la nave le sonaba vagamente familiar, pero Thane no lograba identificarla.

Los ojos de Yendor se abrieron como platos, al no poder creer la ignorancia de su amigo.

—¡Vamos! Es uno de los tipos que rescató a la princesa Leia de la primera Estrella de la Muerte. Eso sí lo recuerdas, ¿verdad?

—En ese entonces aún no estaba con la Rebelión. Me uní exactamente un poco antes de Hoth.

—Oh, creo que el capitán Solo fue capturado por un cazarrecompensas después de Hoth. —Los lekku de Yendor se relajaron—. Con razón no lo conoces. Pero, oye, vaya que es uno de los mejores.

—Claro que lo es —interrumpió el general Madine, quien al parecer había escuchado toda su conversación. Tanto Thane como Yendor miraron hacia el frente y se enderezaron—. Al equipo de ataque del general Solo se le unirán, en el bosque de la luna, la princesa Leia Organa y Luke Skywalker, y desactivarán ese escudo.

Una vez más, Luke Skywalker. Thane hizo un esfuerzo para no poner los ojos en blanco. Aunque a la princesa Leia sí la admiraba; si tenía que confiar en alguien, sería en ella.

El general Madine continuó:

—Mientras tanto, el general Calrissian dirigirá a los cazas estelares hacia el núcleo de la Estrella de la Muerte. La dispersión de la flota imperial nos otorga esta oportunidad sin precedentes de atacar. Debido a la inacabada construcción, el reactor principal de la

estación sigue expuesto y vulnerable. Un equipo de ataque será capaz de penetrar la Estrella de la Muerte y disparar contra el reactor, comenzando una reacción en cadena que destruirá la estación antes de que haya sido puesta en operación.

«¿Y quién es el general Calrissian?». Thane decidió no hacer esa pregunta en voz alta. Si la Alianza Rebelde se sentía feliz dejando las dos misiones más importantes de su historia en manos de un puñado de generales nuevos… *okey*… estaba bien.

—Escuadrón Corona, su misión será cubrir al general Calrissian, quien estará en el *Halcón Milenario*, y a los otros cazas estelares de los escuadrones Dorado, Rojo, Verde y Gris, mientras se adentran en la Estrella de la Muerte. —Madine continuó—: Mientras menos cazas TIE haya en el camino, mayores serán las probabilidades de dar un golpe certero y realizar una huida limpia para toda la flota. Deberán lidiar con los disparos de los cazas TIE que estarán dentro y fuera de la estación espacial, así como con los disparos de largo alcance de cualquier nave de gran tamaño que el Imperio pudiera desplegar.

Thane pensó que en algún momento del futuro cercano iba a sentirse aterrorizado ante la idea de pelear en contra de una Estrella de la Muerte. En ese instante, sin embargo, ni siquiera acababa de comprender la existencia de ese maldito armatoste.

Él había creído que Ciena era ingenua por afirmar que el Imperio nunca más intentaría destruir otro planeta. Ahora se daba cuenta de que, de alguna manera, él también lo había creído. La simple idea de que algo como Alderaan pudiera repetirse le nublaba la mente. Sin importar cuantas probabilidades en contra tuvieran, la Rebelión tenía que atacar. A partir de ese momento, esa no era sólo la batalla más importante que pelearían… sería la única que importaría.

Después de recibir las instrucciones, Thane caminó por el hangar principal, que se había vuelto loco con tanta actividad. Aunque muchos pilotos se encontraban revisando sus naves, otros se abrazaban y estrechaban las manos a sus amigos, despidiéndose; sólo por si acaso.

Thane se detuvo en el *Moa*, donde estrechó la pata de Brill y la mano con largos dedos de Methwat, y abrazó a Lohgarra; esta vez tan fuerte como ella lo hacía siempre. Pero uno de los miembros de la tripulación del *Moa* había sido asignado al escuadrón Corona.

—Desde hace tiempo necesitaba un nuevo astromecánico —dijo Yendor mientras JJH2 era colocado en su posición a bordo del X-wing—, y tú dijiste que nuestro nuevo amigo era el mejor.

JJH2 hizo un sonido inquisitivo, y Thane no pudo evitar sonreírle al pequeño droide.

—Sí, lo dije y muy en serio. Cuídense allá afuera, ¿de acuerdo?

Mientras Yendor y JJH2 revisaban los sistemas, Thane se subió a su nave. Ya le había hecho una revisión exhaustiva después de la pelea aérea en Hudalla; no tenía nada más qué hacer, sólo sentarse en la cabina de mando y esperar la orden de entrar en combate contra la Estrella de la Muerte, lo cual parecía una misión suicida.

La Alianza Rebelde se las había ingeniado para destruir la primera Estrella de la Muerte, pero habían tenido suerte, y debían ser conscientes de ello. ¿Una falla de diseño

en un tubo de escape térmico? ¡Increíble! Thane agitó la cabeza con sólo imaginarlo. Al ser un antiguo oficial imperial, sabía cómo era castigado un descuido así. Ningún ingeniero que hubiera trabajado en la segunda Estrella de la Muerte se habría atrevido a cometer un error similar. Esa estación sería aún más fuerte que la primera.

Por un momento se recordó a sí mismo siendo un recién graduado de la Academia Real de Coruscant, pilotando hacia su puesto en la Estrella de la Muerte. La primera vez que vio la estación sólo su tamaño lo asombró como nada antes lo había hecho. Aún le costaba trabajo creer que la primera Estrella de la Muerte hubiera sido destruida… o que la segunda estuviera cerca de eso.

La vieja voz cínica de su cabeza le susurró: «¿Sabes?, puedes irte. Todos aquí somos voluntarios, ¿recuerdas?».

Pero Thane ya no le hacía caso a esa voz. Los otros miembros del escuadrón Corona y la tripulación del *Moa* eran lo más parecido que tenía a una familia. Quizá no compartía los ideales de sus compañeros, pero no iba a abandonarlos en la víspera de la batalla más peligrosa a la que se habían enfrentado.

¿Y si el Imperio ganaba, condenando a la galaxia a un eterno mandato de corrupción y violencia?

Thane decidió que preferiría morir en combate.

Ya habían pasado dos días desde que Ciena había visto la Estrella de la Muerte y al Emperador, y esos dos días habían acabado con ella.

Cada terrible pensamiento la atacó en diferentes momentos, y en cuanto pensaba que podía soportar alguno, otro llegaba para hacerle perder la confianza por completo. La terrible presencia del Emperador, la injusta sentencia de su madre, la manera en la que Nash y Berisse aceptaban sin cuestionarse el genocidio como una estrategia militar, todos aquellos pilotos que habían muerto sin razón alguna, sus vidas tiradas por la borda a causa de un comando al que no le importaban en lo más mínimo… Y Thane, quien ahora se encontraba en riesgo cada día de su vida por culpa del Imperio.

«Él tenía razón en muchas cosas», pensó sombríamente mientras se sometía a su examen físico mensual. A veces se estremecía, pero podía culpar a los fríos sensores del droide médico. «Ojalá hubiera podido decírselo».

Ciena aún no perdonaba a la Rebelión por la muerte de Jude. Tampoco creía en su promesa de un gobierno justo. Y aunque nunca contemplaría unirse a los rebeldes, ahora entendía por qué Thane lo había hecho.

«Esto no se trata de nuestra lealtad hacia el Imperio», le había dicho Thane cuando habían estado juntos en la Fortaleza, «se trata de la lealtad del Imperio hacia nosotros».

Un juramento de lealtad debía mantenerse aun si el sujeto resultaba ser indigno de él. Es sólo que se volvía más amargo.

Mientras Ciena se uniformaba, una alerta comenzó a sonar en la nave.

—Todos los pilotos, aborden cazas TIE, de inmediato.

¿De qué se trataba todo eso? Ciena no creía que los rebeldes supieran acerca de la estación; el secreto había sido tan resguardado que ni siquiera los oficiales de altos mandos del *Ejecutor* sabían al respecto. Probablemente se trataba de un simulacro o de alguna demostración de la potencia de las armas para Palpatine. Pero eso no importaba, ella quería ser parte de todo aquello. Sobre todo, más que cualquier otra cosa, necesitaba pilotar.

Para ese entonces, las misiones de Ciena difícilmente implicaban pilotar naves más pequeñas que una lanzadera, y eso era en raras ocasiones. No obstante, sus habilidades de pilotaje siempre estaban listas para la acción, y podría ser voluntaria de piloto TIE en cualquier momento que fuera requerido.

De inmediato se acercó al comandante de vuelo de la nave, quien parecía extrañamente… complacido.

—Ya veo, comandante —dijo; su delgada sonrisa serpenteaba en su rostro—. No me extraña que quiera ser parte de esto, es una aventura digna para ser contada a los nietos, ¿no?

«Claro, algún día presumiré que serví al asqueroso y repulsivo Emperador que destruía planetas enteros». Pero Ciena sólo contestó:

—Faltan seis horas para que comience mi turno de servicio, señor; estoy lista para servir en este momento.

—Su valentía no pasará desapercibida, comandante Ree. Repórtese a la bahía de despegue número nueve, de inmediato.

Mientras Ciena se colocaba la armadura negra de un piloto TIE, se dijo a sí misma que pronto todo estaría bien, pues estaría volando. Pilotar seguía siendo su gran alegría y su único medio de escape. Una vez que se encontrara en lo alto, volando a través del espacio, se sentiría libre de todas aquellas aplastantes dudas. Aunque fuera durante esos breves minutos podría ser ella misma, nuevamente.

En medio del tumulto de la preparación, se encontró con la mirada de Nash, quien le dirigió una sonrisa pícara.

Aún creía en ella. Pero el remordimiento desapareció incluso antes de que entrara a su cabina de mando. Ciena no sabía qué iba a pasar en el futuro, pero sí sabía que se alejaría de todos aquellos a los que había conocido. Quizá podría pedir que la trasladaran a un desolado destino no identificado, el tipo de trabajo que nadie quería, algo que ella conseguiría fácilmente y, tal vez, un lugar donde pudiera hacer algo bueno por los demás.

Casco: asegurado. Motores: a toda máquina. Ciena esperó la señal de su escuadrón, después voló hacia arriba y afuera de la bahía de acoplamiento. Otros cientos de cazas la rodearon, haciendo que necesitara un pilotaje preciso. A pesar de eso, lo encontró relajante, incluso la vibración y el ruido que había en la cabina de control. Ciena siempre había sentido que el despegue rompía sus cadenas, liberándola.

Por un momento sintió que se encontraba pilotando por encima de las montañas de Jelucan en el viejo V-171, con Thane detrás de ella; volando como si fueran uno mismo…

Después activó los sensores de amplio alcance y soltó un grito ahogado.

Ciena sabía que cientos de cazas TIE estaban emprendiendo el vuelo. Lo que no sabía era que un sinnúmero de naves imperiales también estaban concentradas muy cerca de ahí, incluyendo Destructores Estelares. El convoy era aún más grande de lo que se había imaginado, incluso más que el que enviaron a Hoth.

De pronto, todas las piezas del rompecabezas se acomodaron.

«Estamos a la espera de un ataque mayor e inminente. Eso quiere decir que los rebeldes vienen en camino, y si los rebeldes vienen en camino, ya saben acerca de la Estrella de la Muerte y del Emperador. Y si tenemos a esta gran armada esperándolos, es porque queríamos que lo supieran. Es por eso que Piett me pidió que me asegurara de que uno de los X-wing escapara. Necesitaba que alguien le reportara a la Rebelión los movimientos del Emperador. Todo este tiempo hemos estado tendiendo una trampa».

Ciena siempre lo supo, de alguna manera. ¿Para qué permitir que los rebeldes escaparan si no para que transmitieran información falsa? Pero ella creyó que sólo era una finta para cubrir la ubicación del Emperador. Sin embargo, la trampa que el Imperio había puesto debía ser aún más grande y elaborada; ella sólo había sido una pequeña parte de ella. Lo que estaba sucediendo no se trataba de una acción militar común y corriente. Ese era el día en el que el Imperio tenía planeado destruir a la Rebelión de una vez por todas.

Aún cuando las manos de Ciena se aferraron a los controles, su pantalla se volvió loca, arrojando tanta información que apenas podía asimilarla. En la zona del espacio que rodeaba a la Estrella de la Muerte y a la luna de Endor, cientos de naves se habían materializado en un abrir y cerrar de ojos.

La Alianza Rebelde había llegado, y el Imperio estaba listo.

CAPÍTULO VEINTICINCO

—QUE LA FUERZA nos acompañe. —La voz del almirante Ackbar tronó a través de las unidades de comunicación, mientras la armada rebelde se dirigía hacia la Estrella de la Muerte. Ahora que Thane la tenía frente a él, no podía seguir dudando de su existencia, aunque también notaba lo incompleta que estaba. No se dirigían hacia una Estrella de la Muerte, sólo hacia el armazón de una. Pensarlo de esa manera lo ayudaría.

De acuerdo, no lo ayudaría tanto. Pero en ese momento, Thane se conformaba con lo que tuviera.

«El escudo generador ya debe estar desactivado», se dijo a sí mismo mientras revisaba sus sensores. «Recibiremos la orden para proceder en cualquier momento». Pero la orden no llegó.

Y no recibía ninguna lectura acerca del escudo; no sabía si estaba activado o desactivado. Thane arrugó el ceño mientras presionaba los controles; ese sería un pésimo momento para tener una falla en los sistemas.

Repentinamente se escuchó la acelerada voz del general Calrissian.

—¡Detengan el ataque! ¡El escudo sigue activo!

Thane maldijo en voz baja. ¿Qué había pasado con el equipo de Endor?

—¡Deténganse! —insistió Calrissian—. ¡Todas las naves, deténganse!

Mientras se alejaban de la Estrella de la Muerte, Thane preparó el salto al hiperespacio para hacer ese escape necesario, pero humillante. Después escuchó la voz del almirante Ackbar nuevamente:

—¡Ejecuten una maniobra evasiva!

Después Kendy habló:

—Sector cuarenta y siete… Están aquí.

Thane se paralizó en cuanto vio lo que les esperaba: parecía como si la mitad de la flota imperial estuviera ahí, incluyendo a decenas de Destructores Estelares.

La Alianza Rebelde acababa de llegar a su propia ejecución.

Lo único que Ciena pensó fue: «Al menos será rápido».

Su caza TIE se unió al resto de las naves para enfrentar a la flota rebelde. La diferencia de poderío entre ellos y los rebeldes era enorme, lo que la convenció de que el Imperio ganaría esa batalla en cuestión de minutos. Mientras Ciena cumplía la orden de atacar la fragata médica, se dio cuenta de que los Destructores Estelares no hacían el menor esfuerzo por unirse al combate. ¿Para qué hacer ese alarde de poder y después contenerse?

Después vio cómo el láser de la Estrella de la Muerte lanzaba un resplandor verde y obtuvo su respuesta.

Ciena se estremeció, esperando que Endor o su luna explotaran. En lugar de eso, el láser hizo blanco en uno de los cruceros rebeldes de mayor tamaño; de inmediato, este voló en pedazos.

«Si la estación funciona en su totalidad, ¿por qué enviarnos a la batalla?».

Una vez más, sólo se trataba de una farsa. Un simple espectáculo. Los pilotos de cazas TIE morirían a raudales, cuando ni siquiera uno solo de ellos era necesario ahí. La Estrella de la Muerte podía, por sí misma, eliminar a todos los rebeldes que quisiera. Pero Palpatine necesitaba que cada almirante y general contemplara ese momento y supiera que el poder del Emperador era imparable.

«Moriremos por su gloria», pensó Ciena amargamente. «Lo que quiere decir que moriremos para nada, una vez más».

Ir a la batalla sin esperanza alguna de sobrevivir resultó ser la clave de un desempeño extraordinario.

Esta actitud había evitado que Thane perdiera la calma cuando se dio cuenta de que el escudo generador seguía en funcionamiento y cuando vio la cantidad de naves que la flota imperial había reunido con el único propósito de reducir a la Alianza Rebelde a un simple estado atómico. Incluso, había sido capaz de mantenerse firme cuando la Estrella de la Muerte destruyó el *Libertad*, la nave que había albergado al escuadrón Corona y que había comenzado a sentir como su hogar. Thane recordó a los amigables mon calamari que los habían recibido; cada uno de ellos había sido asesinado en un instante.

La probabilidad de que Thane sobreviviera no era mucho mayor. Según su punto de vista, el Imperio lo iba a matar ese día sin importar lo que hiciera. Su único objetivo era hacer que los imperiales pagaran por eso con sangre.

A través del altavoz, el general Calrissian les ordenó a las naves más pequeñas acercarse a los Destructores Estelares, tal vez porque eso los mantendría a salvo de la Estrella de la Muerte. Thane casi suelta una carcajada, como si uno pudiera sentirse seguro al lado de un Destructor Estelar. Sin embargo, se alegró de poder observar de cerca el daño que había causado.

—Me acercaré a los motores —dijo la Contessa a través de los comunicadores—. ¿Quién viene conmigo?

Thane se preparó.

—Corona Cuatro, justo detrás de usted.

—Corona Cinco también. ¡Hagámoslo! —Esa era Kendy, quien sonaba casi alegre ante la oportunidad de sembrar el caos.

Yendor no contestó a través de los comunicadores, pero los sensores indicaban que estaba acelerando tan rápido que llegaría al Destructor antes de que Thane lo hiciera. O al menos eso habría sucedido, si Thane no hubiera echado a andar los motores a máxima potencia para después lanzarse en picada hacia la parte trasera de la nave.

El enorme escudo de un Destructor Estelar podía soportar una gran cantidad de disparos sin sufrir daño alguno; sin embargo, los motores eran más vulnerables. Se encontraban en un lugar muy profundo dentro de la impenetrable nave como para ser destruidos, pero incluso hacer que esta disminuyera su velocidad o impedirle a la tripulación el uso pleno de sus recursos ayudaría en una batalla.

«Veamos qué les parece quedar encallados en el espacio por un rato». Thane sonrió mientras descendía en picada bordeando la parte trasera del Destructor, el resto del escuadrón Corona iba detrás de él.

Su viejo entrenamiento de la academia pareció volver; parecía como si los esquemáticos hologramas de la clase de Diseño de grandes naves brillaran frente a él, mostrándole los lugares exactos donde debía atacar. Thane enfocó y disparó, una y otra vez. A esas alturas, la potencia de su nave había disminuido tanto que le sería difícil dar el salto al hiperespacio en caso de querer retirarse, pero eso ya no era algo que le importara. Parecía que la Rebelión, en su totalidad, sería liquidada ese día. Thane sólo esperaba morir luchando.

Hizo buenos disparos, pero Kendy lo hizo mucho mejor. «Siempre fue la mejor tiradora de la clase», pensó mientras veía una ráfaga de chispas brillar en uno de los lados del motor del Destructor Estelar; sólo le tomaría un instante al vacío del espacio acabar con él.

Un enjambre de cazas TIE atravesó su formación tan cerca que Thane vio desde la cabina de mando a uno de ellos pasar como un rayo. Ni siquiera se estremeció, sólo presionó el botón de disparo.

«El Imperio ni siquiera les proporcionó escudos a esos pilotos; un disparo es suficiente para hacerlos estallar». Descargó dos veces y tuvo como recompensa una cascada de chispas y el manchón borroso de un caza TIE que giraba locamente fuera de control.

¿Qué seguía? Quizá debía introducirse en el hangar principal, estrellar su X-wing contra este y llevarse consigo a un almirante imperial.

«¡El escudo generador fue desactivado! Repito: ¡el escudo generador fue desactivado!».

Thane daba por muerto al equipo de Endor. «Demonios», pensó, «¡esos tipos lo lograron!». Se imaginó a la princesa Leia como una solitaria vencedora. Seguramente había hecho pedazos el escudo generador con una sonrisa en el rostro.

El general Calrissian se dirigió a la flota:

—¡Todos los combatientes, síganme!

—¡Vamos! —gritó la Contessa a través de los comunicadores, sin el tono glacial que la caracterizaba. Estaba lista para ver sangre correr—. Escuadrón Corona, vamos para allá.

—Corona Cuatro, listo. —Thane sonrió mientras se reintegraba a la formación y se dirigía hacia la enorme estación espacial frente a él. Sentía que estaba a punto de

sumergirse en un mar de metal oscuro—. Recuerden, ¡esta cosa es tan grande que deberán compensar la fuerza gravitacional!

Thane giró bruscamente, bordeando uno de los costados de la Estrella de la Muerte, justo debajo de la apertura que era el blanco del *Halcón Milenario*. Debajo de él observó el infinito metal oscuro, la superficie aún no estaba terminada en las áreas de construcción; arriba de él, las explosiones resplandecían y lanzaban llamas como fuegos artificiales en los días de fiesta de su planeta natal.

Tres cazas TIE aparecieron en el horizonte de la Estrella de la Muerte, pero Thane ni siquiera se molestó en realizar alguna maniobra evasiva. Aceleró, enfocó y disparó, y voló directo hacia las tres esferas de fuego que habían quedado.

Ni siquiera se preguntó si Ciena se encontraba en una de esas naves. Ella habría sido más lista y hubiera disparado primero. Y tampoco los habría dejado pasar hacia el motor del Destructor Estelar. Sin duda, se encontraba a salvo en uno de los Destructores, aunque Thane deseaba secretamente que ella fuera la que acabara con su vida. Al menos habrían terminado juntos de alguna manera. La Contessa reportó:

—¡Tenemos una entrada! ¡El equipo de ataque del *Halcón Milenario* entró a la Estrella de la Muerte!

De pronto, Thane se dio cuenta de que… quizá ganarían esa batalla.

—¿Por qué no están resguardando los motores? —le gritó Ciena a los idiotas que pilotaban los cazas TIE y que habían dejado que un idiota rebelde dañara al *Subyugador*—. ¡Regresen ahí! ¡Muévanse!

Los rebeldes estaban atrapados y lo sabían, pero obviamente intentarían matar a tantos imperiales como les fuera posible antes de caer. El espacio que los rodeaba estaba atestado de los escombros de algunos cruceros estelares enemigos que habían sido destruidos con el láser de la Estrella de la Muerte. Ciena sintió la misma avalancha de furia ante el desperdicio de las vidas de tantos pilotos, ocasionado por comandantes insensibles; pero ahora su furia se dirigía hacia quienquiera que fuera el líder rebelde que había arrastrado a Thane a esa guerra.

Pero se sentía aún más enojada con ella. Thane sería sólo uno de tantos rebeldes que moriría a causa de una trampa que ella, sin saberlo, había ayudado a montar. Tanto ella como Thane habían sido víctimas de aquella maligna maquinación del Emperador y de la terrible matanza que esta había desatado.

Ciena llevó su interceptor TIE por encima del hangar principal del *Aniquilador*, sólo por si acaso un piloto rebelde decidiera volar hacía ahí directamente y morir entre las llamaradas de la gloria. Los otros cazas TIE debían seguir las rígidas pautas de ataque, pero el rango de Ciena le daba la libertad y responsabilidad de evaluar por sí misma la situación y trasladarse hacia el lugar en donde fuera más necesitada. Una vez que hubo revisado la parte superior del Destructor Estelar, navegó por los alrededores, revisando

sus sensores para identificar los ataques que vendrían después… pero de repente se detuvo en seco.

El cuartel de la luna de Endor había fallado. El escudo generador había sido desactivado.

Sus sensores mostraban que la flota rebelde ya estaba aprovechando ese nuevo golpe de suerte. Los vectores de vuelo cambiaron al instante, y las decenas de cazas estelares que la rodeaban se convirtieron en dardos que se dirigieron hacia la parte más vulnerable de la inacabada Estrella de la Muerte: el largo túnel que conducía directamente hacia el reactor principal.

¿Qué esperaban lograr? Sí, claro que causarían daños a su paso, pero el laberinto de vigas y cables derribaría a cualquier nave invasora. Ciena vio cómo los cazas TIE más cercanos a la estación espacial se adentraban en la misma zona para seguir a los rebeldes y acabar con ellos. Todo eso era un desperdicio inútil y carente de significado.

Después enfocó su atención en el Destructor Estelar más cercano, que era el suyo, el *Ejecutor*. Recién había empezado a disparar contra las naves rebeldes. Todos los almirantes habían esperado a que la Estrella de la Muerte atacara primero; otra muestra de que Palpatine prefería la teatralidad a la estrategia.

Después contempló a un caza estelar rebelde que había recibido un disparo y giraba fuera de control; se dirigía hacia el escudo deflector del puente del *Ejecutor*. Maldiciendo, Ciena intentó enfocarlo, pero la nave estaba muy lejos y se movía con demasiada rapidez.

Una llamarada color naranja fue la señal de que se había impactado y, horrorizada, Ciena se dio cuenta de la magnitud del daño. Ni esa explosión ni el daño que había recibido anteriormente el motor hubieran paralizado por su cuenta al Destructor Estelar, pero la combinación de ambos resultó fatal.

Boquiabierta, observó cómo la fuente principal de energía del *Ejecutor* se apagaba, y la nave comenzaba a ser atraída por el objeto más cercano dotado de fuerza gravitacional: la Estrella de la Muerte.

«Ni siquiera un Destructor Estelar puede derribar a la Estrella de la Muerte», se recordó a sí misma. «Concéntrate».

Pero la destrucción del *Ejecutor* sólo podía significar una cosa: la muerte de Berisse…

«¡Concéntrate!».

La respiración de Ciena era tan agitada e intensa que el visor de su casco negro había comenzado a empañarse. Intentó mantener la calma enfocándose en pilotar. Si pensaba que sus ataques eran un reto del pilotaje, una manera de refugiarse en el vuelo, podría lograrlo.

Estableció las coordenadas de un enorme crucero estelar Mon Calamari. Si lograba destruir los deflectores de su puente, el marcador estaría empatado.

«Y podría estrellarme contra él justo como lo hizo ese caza rebelde, pero a propósito, para ponerle fin a esta batalla. Incluso es posible que le pusiera fin a la guerra».

Ese pensamiento era… tentador.

Sin embargo, mientras Ciena registraba las coordenadas, llegó una orden a través de los comunicadores.

—Todas las naves reúnanse en las coordenadas previas a la batalla. Reúnanse de inmediato.

—¿Qué demonios? —Ni siquiera podía entender cómo alguien podía haber dado una orden como esa. Las coordenadas previas a la batalla se encontraban muy lejos de los rebeldes y de la Estrella de la Muerte como para que la flota imperial pudiera hacer algo. Sus dedos se deslizaron sobre los sensores, ampliando su ángulo de visión para poder darse una idea de lo que estaba sucediendo.

Y lo que vio fue a la flota rebelde alejándose de la Estrella de la Muerte. Quizá estaban en retirada o…

Ciena no pudo terminar ese pensamiento. Nada importaba en ese momento mas que acatar órdenes. Necesitaba vaciar su mente. «No pienses. Sólo reacciona».

Mientras se alejaba del *Aniquilador*, observó a un par de cazas TIE moviéndose mucho más lento que el resto; habían sido dañados, pero aún podían volar. En los entrenamientos se les indicaba a los pilotos TIE que ayudar a sus compañeros heridos debía ser la última prioridad, una tarea que sólo podría ser realizada si nada más debía hacerse. Ciena decidió ignorar el entrenamiento. Se colocó detrás de ellos, cubriéndolos de cualquier fuego rebelde que pudiera atacarlos en su camino hacia a la flota imperial y la seguridad.

A medida que los minutos pasaban, su avance era más lento. Para entonces, Ciena había visto que los rebeldes estaban retirándose en otra dirección; la confrontación se había vuelto menos importante que la preservación de la vida.

—Vamos —le susurró a los cazas TIE que avanzaban con dificultad. Necesitaban apurarse…

El motor de Thane chirrió cuando este lo forzó a la máxima potencia. Él y el resto del escuadrón Corona se habían incorporado a la nube de naves que seguía al *Halcón Milenario*, alejándose a toda velocidad de la Estrella de la Muerte. Si tan sólo pudieran llegar al otro lado de Endor para protegerse de esa cosa…

En los comunicadores resonó la voz de la Contessa.

—¡Prepárense para el impacto! «Aquí viene». A pesar del irresistible deseo de mirar atrás, Thane se obligó a no voltear. Si esa cosa explotaba, la luz que irradiaría sería cegadora. Y no quería que la Estrella de la Muerte fuera lo último que viera en la vida. En lugar de eso, se aferró a sus controles y fijó la vista en las naves que estaban frente a él. La luz trasera del *Halcón Milenario* avanzaba trazando un arco sobre la tranquila y verde superficie de la luna de Endor. «¿Nos salvaron? ¿Los salvamos?».

—¡Lo logramos! —gritó Kendy llena de alegría—. Estamos fuera de la zona de peligro.

«¿Lo logramos?». Thane se había dado por muerto. Ni siquiera su mente podía asimilar las palabras. «¿Lo logramos?».

Después, el espacio se iluminó como si fuera el ciclo. Durante los primeros instantes, Thane sólo pudo pensar en lo hermoso que era, pero la onda expansiva venía en camino.

La explosión de la Estrella de la Muerte se sintió como chocar contra una roca. El interceptor TIE de Ciena giró sin control, sus estabilizadores estaban inutilizados. Desesperadamente intentó llegar a una de las bahías de acoplamiento de alguna nave cercana… Si podía aterrizar en una sola pieza, tendría una oportunidad.

La Estrella de la Muerte ya no existía. ¿Acaso el Imperio también había caído junto con ella? Pero no había tiempo para hacer conjeturas, ni siquiera para pensar. Sus sensores y la galaxia frente a ella eran sólo manchones incomprensibles. Una sensación de náusea la recorrió mientras daba vueltas hacia el rectángulo de luz que representaba su única esperanza.

El segundo impacto fue peor. Ciena percibió cómo su nave se deslizaba restregándose contra metal sólido, se estrellaba en el acero, y luego todo pareció desvanecerse, al tiempo que el dolor la partía en dos.

Vista desde la superficie lunar de Endor, la destrucción de la Estrella de la Muerte provocó un resplandor parecido al de una supernova dorada en el cielo nocturno. A su alrededor, Thane sólo podía escuchar tambores y cornetas tocando canciones de victoria; la gente reía, bebía «jugo de motor» y abrazaba a los amigos que creyeron que no volverían a ver. A la distancia, alrededor de una fogata, pudo ver cómo Kendy bailaba con alguien que quizás era el general Calrissian. Yendor y Brill le realizaban unas reparaciones menores a JJH2, que había regresado con sólo unos cuantos rasguños. Lohgarra parecía estar bebiendo más alcohol que un escuadrón completo. Y a juzgar por los gestos que Methwat hacía, estaba explicándole a Wedge Antilles una maniobra complicada.

Thane se sentó lejos de la reunión, con la espalda recargada en un árbol, casi en total oscuridad.

Muchas de las naves de la flota imperial habían escapado de la Batalla de Endor; pero muchas otras no. El *Ejecutor*, la nave de Lord Vader, había sido destruido. Ahora sabía que había sido el Destructor Estelar-que había chocado contra la Estrella de la Muerte. «Quizá Ciena no estaba a bordo», se dijo a sí mismo, aunque ella era una oficial de

mayor rango. Quizás habría sido necesaria. Ella nunca rehuiría de una batalla, así que lo más probable era que hubiera estado en el *Ejecutor* hasta su terrible final.

Si ese había sido el caso, la luz dorada que lentamente comenzaba a desaparecer en el cielo nocturno sería la única lápida que Ciena tendría.

Lo que lo consoló fue pensar en la reacción de ella al conocer la existencia de una segunda Estrella de la Muerte. Si algo habría tenido el poder de destruir su lealtad y su inquebrantable juramento sólo habría sido eso. Thane intentó imaginarse cómo se habría sentido en cuanto se hubiera dado cuenta de que el Emperador tenía planeado destruir más mundos y que la devastación de Alderaan no había tenido la finalidad de terminar una guerra, sino de demostrar el poder absoluto del imperio. Ciena se habría sentido terriblemente traicionada.

«El Imperio nunca te mereció», pensó. Thane notó otra lluvia de estrellas fugaces: más escombros de la batalla que caían y se quemaban al entrar en contacto con la atmósfera. Cuando él y Ciena eran niños y veían una estrella fugaz, ella siempre le decía que debían pedir un deseo. Él nunca lo había hecho; no era el tipo de persona que creyera en los deseos.

Sin embargo, esa noche sí lo hizo. Thane no deseó que Ciena estuviera viva, eso ya estaba determinado, establecido, más allá del poder o del conocimiento de nadie. En lugar de eso, deseó que la Nueva República fuera, al menos, la mitad de honesta de lo que habían prometido los rebeldes. Si él había ayudado a destruir el poder del Imperio para ser reemplazado por algo mejor, entonces esa guerra habría valido la pena. Aunque le hubiera costado la vida a Ciena.

Ciena también habría pedido ese deseo. De alguna manera, eso era lo más triste de la situación.

Ciena casi no recordaba nada acerca de cómo había sido retirada de los escombros del interceptor TIE, sólo tenía vagas impresiones de metal chirriando y del terrible resplandor de luz que la cegó cuando le quitaron el casco. Lo único de lo que era consciente era del dolor que la partía en dos.

En cierto momento, cuando los droides la empujaron en la camilla flotante hacia la bahía médica, Ciena intentó ver su abdomen. Uno de los droides, con una voz monótona y electrónica, le dijo:

—No se le recomienda que inspeccione su herida en este momento. Las indicaciones psicológicas señalan que el paciente podría encontrarlo angustiante.

Pero Ciena miró hacia abajo. Una placa de metal sobresalía de su abdomen, había perforado su uniforme de piloto y se le había clavado, profundamente, justo debajo de la caja torácica. La imagen era tan horrible que parecía surreal. Con ánimo sombrío pensó que nadie que hubiera recibido una herida de ese tipo podría sobrevivir.

Los droides cirujanos trabajaban a su máxima capacidad, atendiendo a los heridos por orden según su cargo. Los más bajos debían esperar. Mientras Ciena se encontraba acostada ahí, jadeando, ya que aún no había hecho efecto la inyección analgésica, una persona apareció a su lado, aún medio uniformada con la armadura de piloto TIE.

—Ciena —susurró Nash. Tomó su mano, ella agradeció que llevaran guantes, porque así no la tocaría directamente—, tienes que aguantar, ya casi entras.

—Almirantes… capitanes y generales… entrarán primero —dijo con voz quebrada.

—Claro, pero relativamente pocos de ellos fueron severamente lesionados. Tú eres una de las comandantes con heridas de mayor gravedad, en cualquier momento entrarás a la bahía operatoria.

Una sensación de mareo recorrió a Ciena. O el analgésico ya estaba haciendo efecto o la pérdida de sangre la tenía al borde de la muerte. Sin embargo, se obligó a mirar a Nash a los ojos.

—Necesito… mi padre… que le digas a mi padre…

Nash agitó la cabeza mientras sostenía la mano de Ciena en su pecho.

—Nada de últimas palabras, ¿me escuchas? No vas a rendirte.

Pero Ciena insistió. Eso era demasiado importante.

—Dile a mi papá… que lo amo… y… que debí haberme quedado del lado… de quien estuvo con nosotros…

Su padre sabría cómo encontrar a Thane y decírselo. Al menos Thane sabría que finalmente abrió los ojos ante la realidad del Imperio y que pensó en él hasta el final.

Nash le respondió algo, pero no pudo escucharlo. El mareo regresó y la recorrió, robándole el sonido y la luz.

Quizá muy pronto se reuniría con Wynnet.

—¿Ciena?

¿Por qué alguien querría hablar con ella? Ella no tenía ganas de hablar. Lo único que quería hacer era dormir.

—Ciena, ¿puedes abrir los ojos? Por favor, inténtalo.

Ella obedeció, parpadeando ante la intensidad de la luz. En cuanto su visión comenzó a aclararse, vio a Nash de pie junto a su cama; ahora llevaba un overol de descanso y una pequeña venda en la frente. Alrededor del pie de la cama estaban tres droides médicos que emitían pitidos y zumbaban mientras le realizaban algunas lecturas.

—Bien. —Nash tenía esa sonrisa que hacen las personas cuando intentan contener el llanto—. Estás de vuelta con nosotros.

—¿Por qué estoy…? —Ciena intentó incorporarse para ver su abdomen, pero el movimiento le causó un terrible dolor que se expandió a todo su cuerpo. Respirando a través de los dientes, volvió a recostarse en la cama médica.

Nash le habló con un tono bajo y tranquilizador, como un domador que calma a un animal herido.

—Sobreviviste a la cirugía, pero dijeron que la libraste por poco. Tuvieron que extirparte el hígado. Tenía un daño irreparable.

La mayoría de los órganos o extremidades podían ser reemplazadas por piezas robóticas de la más alta calidad; sin embargo, el hígado era una de las pocas excepciones, debido a que sus funciones eran tan delicadas que era difícil reproducirlas.

—Por ahora estarás unida a un cinturón de mantenimiento de vida, parecido al traje de Darth Vader, pero sólo tendrás que usarlo alrededor del abdomen. También tendrás que tomar varias sesiones intensivas de terapia de bacta. Puede tomar muchos meses regenerar un hígado, alrededor de un año, pero sí pueden hacerlo. —Nash intentó sonreírle—. Sólo tú podías arreglártelas para tomar una licencia prolongada sin su respectivo regaño.

Ciena tragó saliva, aunque su boca y su garganta estaban muy secas.

—¿Qué es de la flota?

La sonrisa de Nash desapareció en un instante.

—La Estrella de la Muerte fue destruida. El Emperador Palpatine, Lord Vader y Moff Jerjerrod murieron, al igual que Berisse. —Tartamudeó al decir el nombre de su amiga—. La Rebelión ha enviado comunicados masivos declarando ser la nueva autoridad en la galaxia. La flota imperial se está reorganizando para planear el siguiente ataque y nombrar al próximo emperador.

—¿Otro emperador?

—Ya te imaginarás las peleas de poder que estamos viviendo. Hay disturbios civiles a lo largo y ancho de la galaxia, incluso en Coruscant. Pero sólo el más fuerte sobrevivirá, y tendremos al líder que necesitamos en estos tiempos difíciles.

«El más sanguinario y despiadado de los Moffs o de los almirantes tomará el poder. No tendremos un buen emperador que sea capaz de enderezar nuestro camino. En lugar de eso, nos hundiremos aún más en el lodo».

—No llores —dijo Nash—. Estás cansada. No debería fatigarte aún más obligándote a hablar. Vuelve a dormir. Necesitas reposar.

Ciena volteó su cabeza hacia la almohada, en lugar de despedirse. No se dio cuenta de cuándo volvió a quedarse inconsciente hasta que despertó. A juzgar por la escasa iluminación y la ausencia de personal humano en los alrededores, era de noche, o lo que equivalía a la noche, en la bahía médica. El cinturón de mantenimiento de vida se sentía pesado y rígido, los conectores se le clavaban en la piel como agujas en su estómago; probablemente le dolería todo el tiempo que tuviera que usar esa cosa. Ciena alzó una mano y un droide se acercó rápidamente a su lado con un poco de agua.

Después de beber del tubo, dijo:

—Cuando mi armadura fue removida… llevaba conmigo un pequeño morral de tela… dentro había un brazalete trenzado de piel…

—Los artículos fueron destruidos —dijo el droide. Era uno de los modelos que no tenían ojos—. No estaban permitidos.

«¡No va en contra de las reglas llevar algo en tu bolsillo!». Ciena deseaba protestar, pero permaneció callada. En ese momento se dio cuenta de que su brazalete había sido su única y silenciosa resistencia contra el Imperio… la única manera en que se había rehusado a transformarse por completo en una creación de este. Ahora hasta eso le habían arrebatado. Pero era algo más que eso, le habían quitado la ventana a través de la cual le enseñaba el universo a Wynnet. Ciena ya no viviría para su hermana; Wynnet había desaparecido en la oscuridad para siempre.

Ciena ya no tenía fe en el Imperio, ni lealtad, ni amigos, ni posesiones que la ataran a su planeta natal. Y, una vez más, la galaxia estaba sumergida en el caos y la anarquía. Y nunca volvería a ver a Thane. Lo único que le quedaba por hacer era permanecer ahí durante esos tortuosos meses, inútil, mientras las máquinas la alistaban para que sirviera nuevamente a una fuerza militar de la que ya no quería saber nada.

Cerró los ojos y se hundió en el extraño espacio entre la imaginación y los sueños. En su mente, pilotaba una vez más el interceptor TIE, pero esa vez se encaminaba hacia la plataforma. Si podía estrellarse contra ella con la fuerza suficiente, su nave explotaría y ella podría dejar de preocuparse, dejar de sentir dolor. Podría, finalmente, detenerse.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

LA LICENCIA MÉDICA no le exigía absolutamente nada a los oficiales imperiales, sobre todo porque a quienes no lograban recuperarse pronto solía declarárseles incompetentes para el servicio. Asimismo, los rumores señalaban que los droides médicos atendían últimos a quienes tenían heridas severas que involucraban un largo tiempo de recuperación, dando preferencia a quienes pudieran servirle al Imperio a la brevedad.

Ciena se encontraba en una posición insólita, al poder tener una licencia médica de muchos meses sin responsabilidad alguna. Fue asignada a la estación espacial Furia, principalmente porque esta podía albergar a una persona completamente improductiva. Nash le había hecho bromas acerca de que sería la mejor oportunidad de leer holonovelas o de ver programas de los viejos mundos de especias, pero Ciena no quería tanto tiempo libre; eso sólo la obligaría a pensar.

Al menos tenía que asistir a su terapia de bacta. La sumergían en la materia pegajosa por, al menos, un par de horas cada día, a veces mucho más. Los sedantes se le administraban primero, para prevenir la claustrofobia que hacía que los pacientes sufrieran ataques de pánico y volvieran a lastimarse. Ciena agradecía el momento en que le retiraban el espantoso cinturón de mantenimiento de vida; pero le gustaba aún más cuando la aguja se deslizaba dentro de su brazo, y el efecto de los sedantes la sumergían en la oscuridad. En ocasiones, el aletargamiento posterior duraba muchas horas.

Sin embargo, durante los breves periodos en los que estaba despierta y lúcida, insistía en trabajar.

El servicio en el puente estaba más allá de sus posibilidades; el pilotaje le era imposible, así que Ciena se ofreció para una de las tareas más complicadas que enfrentaba la flota imperial tras la Batalla de Endor y uno de los pocos trabajos que no le molestaba realizar: su misión era confirmar cuáles oficiales imperiales estaban vivos o muertos, conocer la ubicación definitiva de los sobrevivientes, e informar a las familias acerca de las muertes.

(En teoría, la notificación de las muertes era su menor prioridad, pero Ciena pasaba más tiempo intentando contactar a aquellas familias que buscando a algún sobreviviente que pudiera haber desertado. Por medio de un registro ligeramente amañado y de un exceso de precaución pudo abstenerse de tener que rastrear a alguno de ellos).

Tras el deceso del Emperador, la galaxia padeció un caos mucho mayor del que Ciena creía posible. Coruscant permanecía en confusión; Grand Vizier Mas Amedda intentaba mantener al Imperio unido, mientras otras fuerzas intentaban despedazarlo. Era claro que consolidar y confirmar información acerca del personal no era una prioridad. Los únicos registros de los que podía echar mano eran los de los Destructores Estelares, y aun cuando había reunido algo de información, el panorama seguía siendo, en el mejor de los casos, fragmentario.

Para complicar aún más la situación, ni Ciena ni cualquier otro oficial imperial tenía la certeza de a quién le servían. Las declaraciones acerca de un nuevo emperador eran tan frecuentes como carentes de sentido. Nadie parecía ser apto para tomar el poder. Incluso, los hologramas de propaganda política hablaban de «escaramuzas» o «amotinamientos». La única verdad era que los aspirantes a emperadores forzaban a los soldados imperiales a pelear entre ellos; no derramaban su sangre por la ley y el orden, sino por la brutal ambición de un hombre. Parecían dispuestos a reducir el Imperio a trizas antes que renunciar a la posibilidad de tomar el poder, pensaba Ciena con desprecio. El sector de Anoat ya había sido completamente destruido. ¿Qué planetas caerían después?

Mientras tanto, los rebeldes establecieron su autoridad en aquellos planetas que ya tenían de su lado, y los únicos reportes que llegaban eran tan optimistas que Ciena creía que también eran propaganda, sólo que del bando contrario.

«Al menos ahora hay sistemas enteros que son seguros para Thane», pensaba en ocasiones. «Ya no es un prófugo». ¿Aún estaría del lado de la armada rebelde? Ciena no estaba muy segura. Eso dependía de si había decidido confiar en esa «Nueva República» de la misma manera en que había confiado en la Rebelión. Aunque también era posible que hubiera muerto en la Batalla de Endor.

Quizá los rebeldes habían ganado, pero también habían sufrido graves pérdidas. Ciena creía firmemente, aunque sin mucha sensatez, que si Thane hubiera estado en el combate, ella lo hubiera reconocido. ¿Acaso no sabía exactamente cómo pilotaba? ¿No era algo tan único de él como una huella dactilar o un código genético?

Aun si eso era posible, sólo podía significar que ella no lo había matado. Cualquier otro piloto pudo haberlo hecho. O tal vez había pilotado demasiado cerca de un crucero estelar cuando se activó el rayo destructor de la Estrella de la Muerte. Tal vez había sido uno de los pilotos que volaron dentro de la estación y se estrellaron contra las estructuras metálicas del interior.

«No pienses en eso», se dijo a sí misma mientras se sentaba frente a su terminal portátil de información, montada en un diván médico. Recostarse la ayudaba a soportar la pinza del cinturón de mantenimiento de vida que hacía el trabajo de su hígado en recuperación. «Tienes que creer que está vivo en algún lugar. Aunque no puedas tener fe en nada más, puedes creer en Thane».

Aun así, en ocasiones Ciena creía que estaba muerto. La galaxia le parecía tan vacía y carente de significado, que la única explicación posible era que él ya no estuviera ahí.

Así que decidió meterse de lleno en el trabajo, desenredando pacientemente cada nudo burocrático, localizando y rescatando naves y cuarteles abandonados, así como ayudando a las familias a que pudieran llorarle a sus muertos. Con ese esfuerzo, aunque modesto, podía promover un poco de orden en medio del caos; nada más parecía merecer la pena. Sus únicos consuelos eran el sedante del tanque bacta y dormir. Ciena podía ignorar todo lo demás durante días.

Que se convirtieron en semanas.

Y después en meses.

Thane no creía que el Imperio colapsaría de un día para otro. Algunos de sus compañeros, optimistas ingenuos, despertaron el día posterior a la destrucción de la Estrella de la Muerte hablando de lo bien que se sentía finalmente vivir en una galaxia libre, que respiraban aire puro y muchas otras tonterías. Él se había dedicado a reparar su X-wing y a esperar el inevitable llamado a la siguiente batalla.

Pero nunca se imaginó que seguiría peleando una guerra de tiempo completo a casi un año de la Batalla de Endor.

—¡Alerta! —gritó Yendor a través de los comunicadores.

Thane dio la vuelta con su X-wing para encontrarse con una falange de cazas TIE acercándose a ellos desde los acantilados de Naboo. Esos debían ser los rezagados de la fuerza de ataque que había descendido al planeta un día antes. Afortunadamente, algunos desertores ya habían alertado a la flota de la Nueva República; cuando las naves imperiales llegaron del hiperespacio, el escuadrón de Thane y otra docena de cazas estelares los estaban esperando. Desde entonces, habían estado eliminándolos uno por uno, justo como lo hacían en ese momento. Él disparó al tiempo que volaba su nave de lado, y sonrió con satisfacción al ver cómo explotaban los tres cazas TIE.

Los otros miembros del escuadrón Corona se hicieron cargo de los demás. El planeta estaba despejado de esas amenazas, o cerca de estarlo. Kendy recibió un disparo en una de las alas de estribor, pero de cualquier manera se las ingenió para aterrizar suavemente su caza estelar junto a los otros en el amplio pabellón del Palacio Real de Theed. Salió de su cabina de control maldiciendo, lo que hizo que los demás rieran.

—Vamos —gritó Thane—, has pasado cosas peores.

—¡Claro! ¡Pero estoy harta y cansada de esto! —Tomó su estuche de herramientas y se puso a trabajar.

Los demás tenían un momento para respirar. Ahora, el escuadrón Corona era diferente: la Contessa se había ido, decidió regresar a su planeta natal para postularse a la presidencia (todos prometieron asistir a su toma de posesión si ganaba); Yendor se había convertido en el líder Corona, y nuevos pilotos se les habían unido, un novato de Nea Dajanam y un exiliado de Coruscant. A Thane ambos le caían bien y se sentía contento con la unión del equipo. Se recargó a un lado de su nave, disfrutando del calor del sol en su rostro. Era difícil encontrar momentos de paz como ese.

Naboo era el planeta natal de Palpatine, por lo que se había convertido en un punto de encuentro para los simpatizantes del Imperio. Además de su importancia simbólica, Naboo era un planeta próspero del Borde Medio: su economía y su entorno social eran mucho más sanos que en la mayoría de los planetas que habían estado bajo el yugo del Imperio. Por lo mismo, era uno de los lugares más codiciados de la galaxia entera.

Ya sumaban tres las veces que el Imperio había enviado tropas a invadir; pero en las tres los habían rechazado. Thane se preguntaba cuánto tardaría en llegar el cuarto ataque.

—Oye —dijo Yendor, mientras ayudaba a JJH2 a bajar de la nave—, varios iremos a Otoh Gunga esta noche… siempre que no tengamos más alertas. Aparentemente hay un postre para el que se requieren al menos cuatro homínidos hambrientos. Dicen que se derrite en tu boca y te lleva directo hacia un glorioso y azucarado éxtasis. Sé que quieres un pedazo.

—No, gracias —lo rechazó Thane, pero con una sonrisa. Sus amigos intentaban cuidarlo lo más posible, pero había ciertas cosas que era mejor resolver solo—. Diviértanse. Tomaré el turno de la noche en el hangar.

Yendor agitó la cabeza; sus largos y azules lekku se mecieron con el movimiento, pero se alejó sin decir más.

Jelucan tenía rituales de duelo muy específicos, al menos entre las familias del valle. Thane lo había aprendido de Ciena, y no estaba muy seguro de recordar los detalles correctamente, pero estaba haciendo su mejor esfuerzo. (Jelucan había permanecido bajo el control del Imperio, así que Thane no le pudo pedir consejo a Paron Ree ni darle sus condolencias). Él quiso tejer y usar un brazalete para que Ciena pudiera mirar a través de sus ojos, pero alguna vez ella le dijo que ese honor estaba reservado para los familiares. Recordaba muy poco acerca de los rituales tradicionales para los amigos, parecían ser demasiado elaborados y duraban al menos un año después de la muerte del ser querido. Él llevaba una tira de tela amarrada alrededor de la parte superior del brazo, y no se la quitaría hasta que hubiera pasado un año. A los seis meses, preparó la comida tradicional, que consistía en pan y vino que se dejaban a la intemperie durante una noche para que los espíritus la disfrutaran. Esperaba que el pan no tuviera que ser de algún tipo en especial y que el vino no fuera uno en particular; había hecho lo mejor que podía con lo que tenía. Por lo que Thane había entendido, no estaba obligado a abandonar todas las actividades de esparcimiento, pero el ritual requería que meditara varias horas a la semana. Y aunque no era el mejor en la meditación, ni mucho menos, lo intentaba.

Los grandes gestos simbólicos nunca habían sido la especialidad de Thane, pero después de Endor, necesitaba aferrarse a algo de alguna manera, y no tenía ni idea de por dónde comenzar. En su desesperación, buscó a Ciena en los rituales de su gente, y para su sorpresa, encontró esa experiencia reconfortante.

Guardó luto por la pérdida de todos aquellos que habían caído en batalla: Smikes, Dale Ralter, los amables mon calamari del *Libertad*, una infinidad de pilotos que había conocido… así como por Jude Edivon y otros cadetes que había conocido en la academia y que habían muerto en alguna de las Estrellas de la Muerte o en cualquier otra batalla. El Imperio quizás había exigido el sacrificio de sus almas, pero de cierta manera, la mayoría de esas personas no habían sido peores que otras. Todo lo bueno que había en ellos se había perdido por su devoción al Imperio y a la guerra; por supuesto que eso era digno de lamentarse.

Sus meditaciones lo llevaron hacia un lugar inesperado, hacia un punto de vista que nunca había imaginado tener: verdaderamente había valido la pena pelear por la Nueva República.

Como era de esperarse, la transición no había estado exenta de problemas. Con la guerra aún en curso, Mon Mothma, la princesa Leia Organa, Sondiv Sella y otros oficiales de altos rangos no podían instaurar una estabilidad total. A pesar de esto, el Senado Galáctico provisional se conformaba únicamente con representantes elegidos por la voluntad popular, y las primeras leyes que fueron aprobadas enmendaron los peores errores del Imperio. Incluso las polémicas en las holonoticias acerca de las cualidades de cada una de las propuestas eran maravillosas, porque eso significaba que los seres de la galaxia eran libres de expresar sus opiniones sin miedo a las represalias imperiales. Los recursos no sólo eran dirigidos hacia la milicia: el proceso de limpieza de los planetas contaminados ya había sido echado a andar. Lo mismo sucedía con las indemnizaciones para las especies que habían sido esclavizadas durante el mandato imperial. (Lohgarra dijo que invertiría su porción en motores nuevos para el *Majestuoso y Omnipresente Apocalipsis*). Aunque no todo era perfecto, la galaxia se había encaminado hacia la justicia, y tal vez algún día alcanzaría la paz.

Thane nunca había sido un idealista, pero pensó que estaba comenzando a serlo.

Mientras se ponía cómodo para pasar una larga noche en el hangar, Kendy dejó su X-wing y se acercó a él, quien le preguntó:

—¿Lo reparaste?

—Casi. Necesito una abrazadera louar para terminarlo, pero Yendor me podrá prestar una mañana por la mañana. —Se recargó contra la pared con los brazos cruzados. Su largo cabello verde oscuro caía libremente sobre sus hombros—. Así que… ¿te quedarás esta noche?

—Como siempre.

—Vas a estar aquí solo por horas.

—Sí, así es. Me sentaré en esta cómoda silla con una buena holonovela, bajo uno de los más hermosos cielos que haya visto jamás, en un planeta donde el aire sigue estando limpio y las aves aún siguen cantando. Nadie va a dispararme con un bláster. Después de tantos años de guerra, mi idea de un buen rato es una noche tranquila como esta.

—Por cierto, felicidades por tu cumpleaños ochenta.

—Vamos —sonrió Thane—, tienes que admitir que es agradable.

Kendy rio.

—Lo sé. Sólo que es extraño que te estés volviendo tan místico, espiritual y todas esas cosas.

—No es cierto. —Muchos de los rituales le parecían raros y falsos; sin embargo, Thane creía que había obtenido algo bueno con el simple hecho de intentar algunos—. Es algo que debo hacer.

—Lo entiendo. Pero, ¿me responderías una pregunta? —Thane asintió, y ella preguntó—: ¿Por cuánto tiempo más llevarás puesto eso?

Ella señaló la tira de tela azul cenizo que llevaba atada a la parte superior del brazo. Ese era el color del luto jelucani, y representaba el tono del cielo con el que enterraban a sus muertos.

—Cuando haya cumplido un año con ella —contestó Thane—. Entonces me la quitaré.

—Estamos a unas cuantas semanas del aniversario de la Batalla de Endor. ¿Para entonces habrás superado la pérdida de Ciena?

Kendy no había entendido absolutamente nada.

—No. Ese es el día en el que dejaré de hacer los rituales de luto, pero no el día en el que superaré la muerte de Ciena. Eso nunca lo haré.

—Eso es… mucho más melodramático de lo que esperaba de ti, Thane Kyrell. Él alzó los hombros.

—No se trata de melodrama, es la verdad. —¿Cómo podría superarlo? Lentamente, Thane dijo—: Lo que nosotros teníamos… Cuando perdí a Ciena fue como perder una parte de mí mismo. Uno nunca supera esas cosas. Siempre sentirás el lugar vacío en el que el otro solía estar.

Ciena hizo una mueca de dolor y puso la mano sobre su abdomen. Los droides médicos finalmente la habían dado de alta para retomar el servicio activo, pero el dolor seguía. Quizá siempre lo haría.

Se enderezó y se alisó el saco. Cuando realizó la solicitud de nuevos uniformes, pidió que fueran de la misma talla que siempre había usado; sin embargo, ahora su ropa le quedaba algo holgada. Había perdido mucho peso durante el último año. Al menos la gorra aún le quedaba.

De acuerdo con su lista de tareas, su primera actividad era reunirse con el Grand Moff Randd en el puente principal de la Furia. Ciena esperaba que le diera indicaciones acerca de sus nuevas tareas, aunque los comandantes no solían recibir órdenes de alguien de tan alto rango como el Grand Moff. Por otra parte, en aquellos días, los viejos protocolos habían sido olvidados. Ella no podía dar nada por sentado.

Ciena caminó hacia el puente, esperó dos minutos antes de la hora de su llegada y después entró. A los altos mandos les gustaba cuando los oficiales llegaban temprano, pero no demasiado temprano. El puente de la *Furia* era distinto al de un Destructor Estelar; en lugar de pits de información, los oficiales menores se ubicaban en los largos tableros de las estaciones que se alineaban en una enorme habitación octagonal. No había ventanas que dejaran ver a Ponemah, el planeta en el cual orbitaban; después de casi un año en la estación, Ciena no sabía nada de ese lugar, ni siquiera sabía cómo se veía desde el espacio. La única vista provenía de un enorme y transparente domo localizado en el techo, que mostraba infinitos campos de estrellas. Aun así, algunos elementos le parecían familiares, como las desanimadas luces rojas que brillaban en el piso, el suelo de malla metálica y la sensación de estrés… y miedo. Ella no podía consolarse con nada de eso.

El Grand Moff Randd estaba parado al final del puente; su rango era notorio al ver su postura rígida e imponente. Señalaba algunos planes de batalla a otros oficiales, las

imágenes eran proyectadas en una pantalla bidimensional que cubría una de las paredes más pequeñas. Ciena pensaba permanecer en posición de firmes hasta que él tuviera un momento libre para darse cuenta de que estaba ahí, pero cuando se acercaba, alguien exclamó:

—Comandante Ciena Ree en el puente, señor. Randd volteó, y lo mismo hicieron los otros que estaban en la habitación. Los ojos de Ciena se abrieron como platos en cuanto vio a Nash parado cerca de ahí, sonriendo como hacía mucho tiempo no lo hacía. ¿Po qué él estaría ahí? ¿Por qué toda esa gente había detenido sus actividades y se había puesto de pie?

—Muy bien, comandante Ree —sonrió Randd—; por fin regresó al servicio activo.

—Sí, señor. —Ciena no permitió que sus gestos revelaran toda la confusión que sentía; sin embargo, su corazón latía locamente al pensar que todo fuera algún tipo de trampa. Quizás alguien había adivinado su falta de confianza en el Imperio y le darían un castigo ejemplar.

—Escuchen esto —les dijo Randd a todos los que estaban reunidos en la habitación—: en la Batalla de Endor, Ree peleó valientemente y casi sacrificó su propia vida en nuestro esfuerzo para salvar al Emperador Palpatine. Durante su larga recuperación, nadie la habría culpado si hubiera tomado el descanso que merecía; sin embargo, Ree asumió una de las tareas más difíciles y complicadas, una que ayudó a restablecer el orden de la flota imperial. Mientras otros hacían conspiraciones en su propio beneficio, ella, a su vez, compartía información, y sin pedir un solo favor a cambio.

Eso no era nada heroico, eran las exigencias mínimas del deber. ¿Acaso todos en la flota imperial habían renegado de sus responsabilidades para con sus compañeros? A pesar de su desilusión, Ciena no podía dejar de sentir desprecio por aquellos que cruelmente rehuyeron de sus responsabilidades movidos por la ambición o la cobardía.

—En estos tiempos, pocos han demostrado ser dignos de sus rangos, y usted lo ha hecho, Ree. —Randd caminó hacia la pantalla de visualización, y agregó—: Sin duda alguna, usted espera que le informe acerca de su nueva misión; bueno, aquí está.

En la pantalla de visualización que se encontraba a sus espaldas, los esquemas de batalla desaparecieron y fueron reemplazados por la imagen de un Destructor Estelar; una leyenda en la pantalla lo identificaba como el *Inflictor*.

Randd dijo:

—Me es grato presentarles a la primera en mando, la capitana Ree.

Los aplausos resonaron en todo el puente, y Nash incluso vitoreó. Ciena se cubrió la boca, demasiado sorprendida como para saber cómo reaccionar.

El primer pensamiento de Ciena fue el más acertado: «La flota imperial está peor de lo que creí».

Tal vez su servicio había sido ejemplar, pero, aun así, en circunstancias normales, una oficial tan joven nunca habría sido considerada para comandar un Destructor Estelar. Incluso cuando hubiera sido ascendida al rango de capitana, no debían haberle dado una nave como esa. «Las luchas de poder y los intentos de golpes de Estado han provocado

una mengua de personal en los altos mandos. Todos los posibles candidatos desertaron para unirse a una de las flotas separatistas o fueron eliminados».

Muy en el fondo, aquella parte de su alma que recordaba su antiguo amor hacia el Imperio quería enorgullecerse ante lo que estaba sucediendo. «¡Capitana antes de los veinticinco años! ¡Comandante de un Destructor Estelar!». Esos eran honores que ni siquiera se había atrevido a soñar cuando aún era una cadete idealista.

Sin embargo, ahora ese ascenso era un lastre más que debía cargar.

—Señor —contestó Ciena—. Gracias, señor.

Grand Moff Randd parecía complacido con el pequeño espectáculo que había montado. Sin duda quería presentarlo ante sus subordinados como una prueba de que todo era posible si eran leales y trabajaban arduamente. Y así lo había creído Ciena alguna vez. Qué tonta había sido.

Confundida, se unió a la procesión que bajaba a la bahía de acoplamiento, donde tomaría posesión de su nuevo cargo. Randd continuó hablando durante todo ese tiempo.

—El comandante Brisney será su oficial del BSI, los sistemas de la nave estarán al cuidado del comandante Erisher, mientras que su comandante de vuelo, me parece que ya lo conoce… Se trata del comandante Windrider.

Ciena volteó y se encontró con Nash caminando a su lado, ligeramente atrás, y aún llevaba esa sonrisa. Hasta ese momento se dio cuenta del cambio de rango en su placa insignia; sin duda, la suya la esperaba en el puente del *Inflictor*.

—Felicidades, Ciena —le dijo—. He escuchado muy poco de ti desde que me mandaron al *Subyugador*.

—Lo siento, yo…

—Olvídalo. Lo entiendo perfectamente. Entre la terrible experiencia de tu recuperación y todo el trabajo que has hecho, me sorprende que hayas encontrado el tiempo necesario para dormir. —Nash no mostraba ninguna señal de envidia o desconfianza. Quizá ya había superado el enamoramiento que sentía hacia ella en los últimos diez meses que no se habían visto. Pero, de alguna manera, su ingenua confianza era difícil de soportar—. Lo que quise decir es que me alegra que podamos vernos tan seguido como antes.

—Todos los días —dijo Ciena, sin expresión alguna.

Después de otra breve ceremonia en el puente del *Inflictor*, Ciena se colocó la nueva placa insignia en su uniforme y entró al cuarto de instrucciones con Grand Moff Randd, para una conferencia privada. En cuanto tomaron asiento, la sonrisa de Randd desapareció. Sólo quedaba el frío estratega.

—Nos dirigimos hacia un gran enfrentamiento con los rebeldes —dijo—. Estamos convocando a una gran porción de la flota, y si la maldita Rebelión quiere tener la posibilidad de quedarse con ese sector, tendrá que hacer lo mismo. Esta parece ser la siguiente gran batalla después de Endor. —Sus largos dedos pulsaron los controles y la imagen de un planeta café, rojizo y dorado apareció por encima del holoproyector—. Aquí tenemos el desértico planeta de Jakku, despreciable por sí solo, pero que pronto será

recordado en la historia como el lugar en el que el Imperio derrotó a la Rebelión de una vez por todas.

Quizá así sería. Quizá regresarían con la cola entre las patas al ser derrotados. Ciena no lo sabía ni le importaba. Ella sólo sabía que, a pesar de su desilusión con respecto al Imperio, debía pelear. La otra alternativa sería rendirse ante los rebeldes, pero podía imaginarse cómo trataban a los enemigos capturados. Y si rechazaba su cargo como capitana de un Destructor Estelar, sólo la Fuerza sabría lo que podría suceder con su familia, especialmente con su madre, que aún soportaba su sentencia de trabajos forzados en prisión. Durante su recuperación, Ciena no había tenido tiempo ni siquiera para pensar en escapar, y ya era demasiado tarde para eso. Ya no tenía escape.

Todo aquello por lo que había trabajado durante toda su vida parecía ser una farsa. Ahora sólo continuaría en esa guerra porque no tenía otra opción.

«Jakku», pensó, observando el planeta e imaginando la batalla que la esperaba. «Que sea lo que tenga que ser».

CAPÍTULO VEINTISIETE

A THANE NO LE GUSTABA la idea de salir a batalla sin su X-wing; sin embargo, el general Rieekan había insistido.

—Necesitamos gente como usted y como la teniente Idele, quienes han servido anteriormente en naves imperiales —dijo Rieekan, mientras Thane, Kendy y otras tropas se subían a una nave de transporte—. Es tan simple como esto: necesitamos más naves, y las necesitamos más rápido de lo que pueden construirlas, especialmente cuando el Imperio aún controla las principales instalaciones de construcción; la única manera de obtener esas naves es arrebatándoselas al Imperio.

Thane logró contestar educadamente, en lugar de hacerlo con el desdén que aquella idea merecía:

—Señor, con todo respeto, nadie nunca ha capturado un Destructor Estelar. Y no me diga que es porque nadie lo ha intentado. Claro, hace siglos logramos tomar el Destructor de un gobernador en Mustafar, pero, desde ese entonces, los imperiales han mejorado sus métodos de defensa contra los infiltrados. En estos días, los Destructores Estelares son prácticamente invulnerables.

—La convicción de esas tropas ya no es tan firme como solía serlo —insistió Rieekan—. Ya hemos visto que naves tan grandes como cruceros de ataque han cambiado de bando en otras batallas, ¿no es cierto?

—Esas naves tenían miles de tripulantes, no cientos de miles.

—Sólo necesitamos a los simpatizantes necesarios para ayudarnos a apagar los sistemas. Sólo antiguos oficiales imperiales como usted e Idele nos dirigirán a las áreas más vulnerables.

Un poco a regañadientes, Thane comprendió que Rieekan tenía razón. Si la Nueva República pudiera tomar el control de alguno de los puentes auxiliares, del cuarto de máquinas y de un par de tropas, sería capaz de paralizar a un Destructor Estelar. Sin embargo, apoderarse de la nave requeriría de un intenso combate aéreo, que duraría días, si no es que semanas… Pero claro que era posible.

Una posibilidad remota. Una posibilidad extremadamente remota. Pero real.

—Me siento tan encerrada aquí —se quejó Kendy mientras tomaban sus lugares en la bodega, sujetándose con los arneses en los pequeños asientos que parecían más los de una speeder bike que los de una nave que los llevaría a un viaje espacial—. Ni siquiera podemos ver la batalla.

Thane también se sentía muy extraño, observando las paredes color beige de la nave de transporte de tropas en lugar de la enormidad del espacio, sin escuchar el zumbido de sus motores o el chirrido de las armas; ahora sólo escuchaba el murmullo de otros soldados nerviosos.

—Quizá es lo mejor —dijo, aunque ni él mismo se lo creía—. Podemos concentrarnos en nuestros planes para abordar el Destructor Estelar.

Kendy se acercó, observando en todas direcciones antes de hablar, para asegurarse de que nadie la estuviera escuchando.

—Ninguno de los dos fue asignado alguna vez a un Destructor Estelar. Yo sólo he estado en uno de ellos tres veces, y ninguna de ellas por más de un día.

—Pero estudiamos sus planos en la academia —le dijo Thane con tanta confianza como podía aparentar—. Ambos recordamos la información más importante, especialmente las defensas internas. Con eso será suficiente.

Ella suspiró:

—Que la Fuerza nos acompañe.

Siempre la Fuerza. Durante ese año de meditación, Thane no se había convencido de que existiera algo todopoderoso como la Fuerza que estuviera detrás de los asuntos galácticos. Sin embargo, dejó que Kendy encontrara la valentía en donde pudiera.

Quizá no se habría sentido tan preocupado si algún elemento de esa misión fuera familiar, pero nada de lo que lo rodeaba lo era. Ir a una batalla sin su X-wing era, por mucho, lo peor; quizá se habría sentido más seguro disparándole a cazas TIE que corriendo hacia el centro de poder de un Destructor Estelar. Sin embargo, otros detalles más pequeños también lo ponían nervioso. En lugar de su resistente casco que cubría su cabeza en su totalidad, sólo usaba uno pequeño que se ajustaba debajo de su barbilla con una incómoda correa. En lugar de su uniforme color naranja de piloto, vestía un uniforme sencillo: pantalones, camisa, y un chaleco que asociaba mucho más con sus días libres que con la batalla. Y alrededor de uno de sus brazos llevaba atada la tira de tela azul grisáceo que representaba su luto.

Técnicamente debió quitársela cuatro días atrás, en el aniversario de la Batalla de Endor; pero, en ese entonces, Thane ya sabía que la Batalla de Jakku se acercaba, y llevarla consigo le pareció lo más apropiado.

«Una vez que esta batalla termine, me la quitaré», se prometió a sí mismo. «La quemaré como indican los rituales, y guardaré las cenizas hasta el día que regrese a Jelucan».

En su imaginación, se veía entrando a la Fortaleza por última vez. Pondría las cenizas ahí, junto con los viejos juguetes y las botas gastadas, así como con la pila de sábanas y pieles donde él y Ciena habían hecho el amor. Después, finalmente, podría continuar con su vida.

—¿Qué Destructor es este? —Quiso saber Thane. Se preguntaba si era de los que había visto alguna vez.

—El *Inflictor* —alguien contestó. Nunca antes había escuchado de él.

—Al menos nos proporcionaron blásters —susurró Kendy—. Soy mucho mejor con estos que con los cañones láser.

—Entonces me mantendré cerca de ti —dijo, y ella le regresó una sonrisa.

—Atención, tripulación —anunció la voz del intercomunicador, con una calma poco natural—, prepárense para el impacto.

Thane tomó las correas de su arnés. «Aquí vamos».

Ciena Ree podía ser lo que fuera, pero no una traidora. Durante las pocas semanas que llevaba sirviendo como capitana del *Inflictor*, había llevado a cabo su misión a cabalidad. Si no sentía lealtad alguna hacia el Imperio, comprendía la responsabilidad que implicaba tener cientos de miles de vidas bajo su comando. Así que sólo había entregado lo mejor de sí misma durante la Batalla de Jakku.

Y si otros oficiales imperiales hubieran dicho lo mismo, no se encontrarían ahora al borde de la aniquilación.

—¡Reporte de la situación! —gritó Ciena mientras se acercaba a los pits de información.

—El motor número siete funciona sólo al sesenta y seis por ciento de su capacidad, capitana. —La joven alférez volteó hacia arriba para hablarle; su piel estaba sonrojada por el pánico—. Los motores uno y cinco siguen totalmente inhabilitados. Sólo el motor tres funciona a su máxima capacidad. Dos, cuatro y seis están por debajo del treinta por ciento.

«¡Maldición!». Si tan sólo el personal de reparación pudiera hacer que el motor dos funcionara a más del ochenta y cinco por ciento, aún podrían dar el salto hacia el hiperespacio y escapar de la batalla. Pero si no podían arreglarlo o el motor número tres también se dañaba, el *Inflictor* no tendría salida, no tendrían opción alguna más que batirse en retirada con tal de sobrevivir.

La pantalla de visualización principal mostraba un panorama completamente desastroso: contra la superficie dorada y café de Jakku se perfilaban las siluetas de cientos de naves, tanto imperiales como rebeldes, desde fragatas y otros Destructores Estelares hasta una infinidad de cazas. Mientras tanto, las pantallas más pequeñas en cada costado mostraban escenas de la batalla que sucedía en tierra firme, y parecía estar siendo una aplastante derrota. Ciena alcanzó a ver cómo un caminante recibía muchos disparos, se tambaleaba sobre sus delgadas piernas y caía de lado, con tanta fuerza que la arena se levantó como si se tratara de una ola. Dondequiera que mirara, los rebeldes atacaban, mientras el Imperio intentaba defenderse en vano. Desde el inicio ellos tuvieron la ventaja, a tal grado que Ciena se preguntó amargamente si todo el asunto de la batalla habría sido una trampa. Quizá los planes del Imperio de marcar su territorio en Jakku habían sido filtrados por algún almirante o Grand Moff, cuyas aspiraciones políticas se habían visto frustradas.

—Necesitamos un cambio de estrategia —dijo, casi para sí misma. Las tácticas de batalla imperiales siempre conllevaban una actuación precisa y un esfuerzo simultáneo de todas las naves involucradas en el combate, estrictamente controladas desde el comando

central. Cuando el Imperio tuvo ventaja en fuerza y número, esas tácticas habían tenido sentido. Ahora Ciena pensaba que estaban sujetos a las reglas de un juego que había terminado hacía más de un año.

Los rebeldes habían demostrado que las fuerzas pequeñas de ataque podían ser efectivas, incluso mortales. Con frecuencia dividían sus fuerzas y atacaban en múltiples frentes al mismo tiempo. Ese método era más peligroso, pero ahí, justo arriba de Jakku, estaba obteniendo resultados positivos.

El *Inflictor* se sacudió. Aunque la sensación no fue más que la de una ligera vibración debajo de su silla, Ciena supo que el daño había sido significativo, incluso antes de que las luces rojas de las pantallas de control se encendieran.

—¡Descompresión explosiva en popa y estribor! —gritó un alférez—. ¡Estamos comenzando a perder atmósfera!

—¡Sellen todas las cubiertas afectadas! —Y con esas palabras, Ciena sabía que había salvado su nave, pero también que había condenado a cientos, si no es que a miles, a una terrible muerte por sofocación.

«No podemos seguir peleando con las mismas viejas reglas. Es inútil».

Ciena se dirigió hacia una pantalla de visualización y activó la vista tridimensional en miniatura de la batalla.

Si pudiera convencer a Grand Moff Randd de dividir a la flota, de atacar a los cruceros estelares rebeldes desde distintas direcciones, incluso enviar una de las naves de veinte cañones hacia la atmósfera para apoyar a los cazas TIE que combatían cerca de la superficie del planeta, al menos le darían una buena zarandeada a los rebeldes. La flota imperial necesitaba desesperadamente cualquier recurso que pudieran aprovechar.

¿Acaso Randd la escucharía? Quizá era la capitana de un Destructor Estelar, pero él era Grand Moff, y sutilmente le había dejado muy en claro que a él le debía su ascenso de rango…

Una vez más se dio cuenta de lo absurdo, e ingenuo, ineficiente y estúpido que era el hecho de que un rango importara más que las ideas en la flota imperial. Eso la enervó. La asqueó. Odiaba al Imperio al cual servía, odiaba los valores que defendía, odiaba la manera en la que todos hablaban de Palpatine como si hubiera sido un mártir virtuoso. Y se odiaba a sí misma por haber creído en todo eso. Pero, principalmente, odiaba que fuera lo único que le quedara.

Entonces, vio el tumulto de oficiales que la rodeaba, intentando cumplir con su tarea y sobrevivir. Su responsabilidad ante ellos era, al menos, hacer su mejor esfuerzo. Si no tenía otra tarea digna de ser cumplida, simplemente intentaría llevarlos a todos a salvo a casa. Ella comenzó:

—Abran un canal de comunicación con Grand Moff Ra… —La nave tembló con la suficiente intensidad como para tirar las gorras de las cabezas de los oficiales y derribar al menos a un par de analistas. Ciena se apoyó contra el muro—. ¿Qué fue eso?

—Capitana, tenemos otro agujero en el casco, a babor, desde las cubiertas RR hasta la ZZ. —El rostro de la joven oficial dejaba ver su contusión. Alzó la vista hacia Ciena; las luces rojas teñían su piel—. Pero los sensores no revelan ninguna señal de vacío.

Entonces, el *Inflictor* volvió a sacudirse tras otro impacto; y después, otro, el cuarto. Cada uno proporcionaba las mismas lecturas: huecos en la nave cuyo resultado no era el vacío. Sólo podía haber una explicación.

Ciena sintió un hueco en el estómago. Aunque nunca había estado en una nave en la que sucediera algo como eso, en clase había aprendido los indicios de esa situación, y los había revivido algunas veces en sus pesadillas.

—Hemos sido abordados.

Abordados. En medio de una batalla, eso sólo podía significar una cosa: su nave debía morir.

—Ve hacia el centro de control del motor tres —ordenó Thane a través de su comunicador, caminando cuidadosamente por un corredor repleto de humo—. Si podemos inutilizar el último motor que todavía funciona a toda su capacidad, tendremos una oportunidad.

El trabajo de Thane era simple, pero mucho más importante. Debía desconectar los sistemas autodestructores tan pronto como le fuera posible. Ningún oficial imperial dudaría en ordenar el suicidio masivo necesario para evitar que un Destructor Estelar cayera en manos de la Nueva República.

Adelante de donde estaba, en un corredor perpendicular, vio disparos de blásters; los ecos de cada disparo rebotaban en sus tímpanos con una dolorosa intensidad. A través del ligero zumbido en su cabeza, Thane pudo escuchar cómo llegaban otros reportes. Contrario a la predicción de Rieekan, la tripulación del *Inflictor* se estaba resistiendo con gran tenacidad. Para la mala suerte de Thane, las tropas imperiales a bordo de esa nave parecían ser más diligentes que cualquier otra.

Los disparos de delante cesaron, y Kendy apareció a la vuelta de la esquina.

—El camino está despejado para ustedes, chicos.

¡Vamos!

Thane corrió encabezando el pelotón, deseando que pudieran llegar al puerto auxiliar del puente. Si tomaban el control ahí, se encontrarían en una mejor posición para ayudar a los otros soldados de la Nueva República que habían abordado la nave.

Pero tan pronto llegaron a la siguiente sección, otra oleada de soldados imperiales los enfrentó con los blásters desenfundados. Thane se pegó contra la pared. El aire olía a ozono y humo, y no encontraba la manera de escapar. «¿Qué puedo hacer?».

No podrían llegar a los sistemas de autodestrucción… No de esa manera.

Lo que significaba que, en unos cuantos minutos, el *Inflictor* explotaría, matándolos a todos.

«Sal de esta», se dijo a sí mismo. «¡Ahora!».

—¡Capitana Ree, no puede hacerlo! —protestó una joven alférez; no debía de tener más de diecisiete años. La flota imperial los estaba robando de las academias que permanecían de pie, aun cuando eran demasiado jóvenes.

—Puedo y tengo que hacerlo. —Ciena tomó asiento para prepararse mentalmente para lo que estaba a punto de hacer. Con mucha mayor delicadeza, agregó—: No tenga miedo, alférez Perrin, tendremos tiempo para escapar en las cápsulas de emergencia, y cada una de ellas tiene un dispositivo de seguimiento que nos llevará directo a la nave imperial más cercana.

Perrin sonrío forzadamente; alrededor de ella otros oficiales parecieron tranquilizarse. ¿Por qué las reglas disuadían a los comandantes de hablar con compasión y moderación, cuando, en ocasiones, hacía tanto bien?

Al menos la crueldad del Imperio le reportaría algún beneficio después de la batalla. Una vez que esto terminara, asumiendo que no fueran llevados a una prisión de la Nueva República, Ciena sería llamada a declarar para justificar la autodestrucción de un Destructor Estelar, una de las más poderosas y valiosas naves de la flota imperial. Ella conocía el juego tan bien como para entender que cualquier explicación que diera sería considerada inadecuada. Antes de Endor, el resultado de ese acto hubiera sido una larga y extenuante condena en Kessel. Ahora sería destituida del servicio o ejecutada al instante. Ciena descubrió que le daba igual cualquiera de las dos opciones.

—A mi señal —dijo Ciena—. Prepárense para la autodestrucción. Iniciando en diez… nueve… ocho…

El *Inflictor* volvió a estremecerse. Aun aborreciendo al Imperio como ella lo hacía, Ciena se tomaba demasiado en serio su posición de capitana como para no sentir una punzada ante las heridas de su nave.

Ella concluyó:

—… tres… dos… uno. Iniciar.

La alférez Perrin bajó la palanca que pondría en acción la autodestrucción. Ciena esperó a que se activaran las luces rojas, la sirena, el anuncio automatizado que indicaría a toda la tripulación que se dirigiera a las cápsulas de emergencia —su señal para sellar las puertas—, pero nada de eso sucedió. Después del silencio que había durado tanto, se levantó del asiento para visualizar los planos de la nave. Las luces que indicaban el daño brillaban en los lugares más inconvenientes; en particular, en una zona no muy lejana del puerto auxiliar del puente.

—Atacaron los sistemas de autodestrucción —dijo Ciena, casi sin poder creerlo—. Los desactivaron de manera deliberada.

Sólo un antiguo miembro de la flota imperial sabría cómo hacer eso. En su cabeza escuchó la voz de su padre diciéndole, cuando aún era una niña, unas palabras que nunca olvidó: «Todos los traidores están condenados».

—Esperamos sus órdenes, capitana —dijo un teniente desde los pits de información. Ciena se dio cuenta de que ninguna de las personas del puente y, probablemente de toda la nave, tenía idea de qué hacer a continuación.

Pero ella sí.

La idea surgió en su interior como el amanecer más bello que hubiera visto jamás. Ella podría cumplir con su misión, serle fiel a su juramento y liberarse de esa locura para siempre.

Ciena regresó a su silla y oprimió el interruptor que transmitiría su voz a todas las estaciones y a todos los cazas estelares a bordo del *Inflictor*.

—Atención, tripulación, abandonen la nave. Todos los cazas estelares se reunirán en la nave imperial más cercana. Tripulación, abandonen la nave. Tienen diez minutos.

Alrededor de ella, los demás oficiales la observaron, y por primera vez en su comando, Ciena les gritó:

—¿Qué están esperando? ¡Diríjanse a las cápsulas de emergencia! ¡Ahora!

Mientras todos salían apresuradamente, los comunicadores empezaron a crujir y a zumbar. Ciena sabía de quién se trataba antes de siquiera escuchar su voz; la única persona asignada a esa nave que se atrevería a cuestionarla en ese momento.

Nash gritó:

—¿¡Te volviste loca!?

—No estoy muy segura de a qué se refiere, comandante Windrider.

—No me vengas ahora con tu «Comandante Windrider». Si la autodestrucción estuviera activada, habríamos escuchado la señal automática. Eso me indica que planeas destruir la nave… por otros medios…

Ciena se acomodó en la silla de piel negra, tan cansada como si no hubiera dormido en años.

—Simplemente dilo.

—Vas a estrellar el *Inflictor* contra el planeta.

Ella comenzó a teclear las coordenadas que la impactarían contra la superficie de Jakku. Desde ese momento ya podía imaginarse el fuego, el calor, el fin.

Al menos así cumpliría con su servicio hasta el final y lograría escapar para siempre de las ataduras que la mantenían unida al Imperio.

—Debo evitar que el *Inflictor* caiga en manos rebeldes, sin importar lo que pase. —Ciena intentó imaginar que hablaba con el chico que había conocido en la academia, aquel que mantenía su cabello largo y trenzado, según la moda alderaaniana, y cuyo pícaro sentido del humor siempre los había hecho reír—. Esta es la única manera, Nash.

—¡Al diablo con eso! Puedes indicar otras coordenadas y salir de ahí.

—¿Y dejarle la nave a los rebeldes? Tomarían el puente, cambiarían la ruta y huirían con su nuevo Destructor Estelar. —Ciena recargó la cabeza y contempló el techo

metálico, absurdamente alto. ¿Acaso el tamaño del puente pretendía representar algún tipo de magnificencia? En lugar de eso, sólo hacía que el espacio pareciera vacío y frío.

—Ciena, por favor. —Ella pudo escuchar cómo se quebraba su voz, a pesar del rugido de los motores del caza TIE—. Al menos dime que lo intentarás.

Esa era la última cosa que deseaba hacer. Ahora que Ciena había encontrado la manera de escapar, se sentía aliviada. El dolor que le había provocado el simple hecho de vivir día tras día se hizo evidente justo ahora que se había librado de él, y no planeaba soportarlo ni siquiera una hora más.

—Necesito asegurar las puertas —dijo—. Adiós. Y con esas palabras, cerró la comunicación con todos los cazas TIE. Jamás volvería a escuchar la voz de Nash.

Mientras comenzaba con el procedimiento de asegurar las puertas del puente, Ciena pensó en todas las cosas que no volvería a experimentar. Estar con sus padres. Volar un caza estelar o, mejor aún, el V-171 que la llevaría hacia las nubes de Jelucan. Reírse de uno de los chistes colorados de Berisse. Despertar a Jude por las mañanas y escuchar a esa persona, normalmente lógica, refunfuñar mientras hundía la cara en la almohada. Montar su muunyak a través de las crestas de la montaña. Pilotar una speeder bike a través de los aros de Reitgen. Comer los pasteles con betún de nieve del señor Nierre. Correr alrededor de la pista aérea mientras Coruscant resplandecía frente a ella. Estar con Thane. Hacerle el amor. Volar con él.

—Adiós —repitió suavemente, despidiéndose de todo eso.

Thane se paralizó en cuanto escuchó el anuncio. Mientras la voz resonaba en los pasillos del *Inflictor*, pidiéndole a toda la tripulación que abandonara la nave, intentó convencerse de que no era posible que fuera a ella a quien había escuchado…

… pero nunca confundiría la voz de Ciena.

—¡Acabamos de desactivar la autodestrucción! —gritó Kendy. Al parecer ella no había reconocido la voz a través de los altavoces—. ¿Cómo pretenden destruir esta cosa?

Sabía lo que Ciena estaba a punto de hacer, justo como si él lo hubiera planeado.

—Va a estrellarlo. —Rápidamente tomó el comunicador que lo conectaría con Rieekan—. Necesitamos sacar a todos de aquí, ahora. Si no alcanzan a las naves que nos trajeron hasta aquí, necesitarán tomar las cápsulas de emergencia imperiales. Las luces les indicarán el camino.

Kendy, como todos los demás que estaban en el puente auxiliar calcinado, comenzó a correr hacia las cápsulas incluso antes de que Rieekan diera la orden que Thane le había sugerido. Pero cuando bajó el último escalón para llegar a las puertas, se dio cuenta de que Thane no la seguía.

—¿Qué haces? ¿No escuchaste? ¡Tenemos menos de diez minutos!

—Ahora te alcanzo —mintió—. Vete. —Kendy le dirigió una mirada desaprobatoria, pero obedeció las órdenes de Rieekan y corrió para salvarse, dejando a Thane solo.

Ciena estaba viva. Estaba viva y estaba ahí, y tenía que ir por ella antes de que los matara a ambos.

Thane corrió hacia la esquina más apartada del puente auxiliar, donde, según le indicaban sus oxidados recuerdos de la clase de Diseño de grandes naves, encontraría un elevador de reparaciones. En efecto, al retirar uno de los paneles de malla metálica, encontró un túnel frío que se dirigía hacia arriba. Con la mano golpeó el interruptor que estaba junto a la puerta, llamando a la plataforma antigravedad que lo llevaría en un instante a la cubierta que quisiera.

Cuando apareció, se subió de inmediato, aunque casi se cae si no es porque alcanzó la agarradera de seguridad.

Thane nunca se había subido a una de esas cosas. Eran más inestables de lo que les habían hecho parecer en clase. Si se hubiera movido unos centímetros más, se habría resbalado de la plataforma y hubiera caído en picada muchos kilómetros hasta morir.

Respiró profundamente y tecleó el código que lo llevaría a la cubierta a través de la cual podría llegar al puente principal. Mientras subía a máxima velocidad, las ráfagas de viento le tiraron de la cabeza el casco; Thane se lo desató y lo dejó caer. Intentó imaginarse cuánto tiempo había pasado. ¿Tres minutos? ¿Cuatro? Para ese momento, ya no era necesario que los motores del *Inflictor* siguieran funcionando; la gravedad de Jakku haría el resto del trabajo. El planeta ya estaba jalando al Destructor Estelar hacia abajo, hacia su perdición.

«Vamos», pensó, sujetándose con mucha más fuerza a la agarradera de seguridad. «¡Vamos!».

Finalmente llegó a la cubierta indicada, pateó la lámina de seguridad y salió hacia un corredor. Después de un segundo de desconcierto, sintió el deseo de golpearse a sí mismo por su estupidez: era obvio que el puente principal no sería tan accesible. Thane corrió hacia las puertas, pero tuvo que derrapar para detenerse: estas no se abrieron.

—¡Ciena! —gritó, golpeando con su puño el metal. Pero eso sólo lo hacía para descargar su frustración, porque sabía que ella no podría escucharlo a través de las puertas acorazadas del puente principal. No sólo eran lo suficientemente gruesas como para aislar el sonido, tampoco podían ser destruidas por un láser o por los disparos de un bláster, ni siquiera por un detonador térmico. Había dejado fuera a cualquier posible invasor, incluyéndolo a él.

Pero no había muchas maneras de que un capitán pudiera sellar las puertas acorazadas.

Thane sabía cuál escogería Ciena; alguna vez la escuchó explicarlo. Usaría el método de la consigna del capitán. Ahora las puertas acorazadas se encontraban permanentemente cerradas para cualquiera que no conociera la palabra o frase que ella hubiera escogido para encerrarse.

Él recargó la frente contra el metal y puso la mano sobre el panel de entrada manual. Una voz automática dijo:

—Indique la contraseña.

Acercándose al altavoz, Thane susurró:
—Mira a través de mis ojos.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CIENA SE INCLINÓ sobre la estación de navegación con una mano oprimiendo su adolorido abdomen y la otra apoyada sobre los controles. El sistema de autonavegación había intentado, repetidamente, anular sus órdenes, pero finalmente había logrado apagarlo. Ahora lo único que le quedaba por hacer era esperar.

Dio un paso atrás y se hundió en la silla. En la pantalla de visualización que tenía frente a ella las estrellas habían desaparecido; no quedaba nada más que la arenosa superficie de Jakku. Cada segundo que pasaba, la vista del planeta se volvía más nítida. Ciena observó las manchas que se convertían en desiertos y montañas. Los sensores comenzaron a parpadear en rojo, alertándola de que estaba a punto de traspasar la atmósfera, pero ella los ignoró.

En cierto momento, su vista se nubló. Cuando se pasó la mano sobre el rostro, sus dedos se humedecieron. Ciena parpadeó rápidamente para aclarar su visión. Cuando llegara el fin no se turbaría. No voltearía a ver a otro lado. Sería de las últimas experiencias que viviría, por lo que pretendía estar completamente presente en todo momento, incluso en los más dolorosos.

Morir con honor, no podía pedir más.

De pronto, las puertas del puente se abrieron.

Ciena se puso de pie de un brinco. Casi por instinto quiso sacar su bláster, pero ningún capitán de un Destructor Estelar los portaba en el puente. ¿Cómo era posible que alguien hubiera entrado?

Entonces vio a Thane.

«La única persona de la Rebelión, y de la galaxia entera, que habría sabido cuáles eran las palabras correctas», pensó Ciena en su aturdimiento. «Y claro que debía estar aquí».

Tal vez estaba soñando o alucinando. Seguramente su cerebro había recreado una imagen de Thane para que no creyera que iba a morir sola. Incluso llevaba una tira de tela en señal de luto en la parte superior de su brazo, lamentándose por la tragedia que estaba por llegar, como cualquier familia del valle.

Pero después él soltó un suspiro de alivio, un sonido tan sutil y familiar que alejó todas sus dudas. Eso era real. Estaba sucediendo.

—Ciena —comenzó a decirle Thane, acercándose, pero se detuvo cuando ella dio un paso hacia atrás. Hizo una pausa y levantó las manos, mostrándole que no llevaba ningún arma… aunque ella podía ver el bláster que llevaba a un lado—. Todo está bien. Voy a sacarte de aquí.

—No iré a ningún lado. —Le parecía que sus palabras venían desde un lugar muy lejano, como si las estuviera escuchando, en lugar de estarlas diciendo—. Me quedaré con mi nave.

—¿Sabes?, podemos tener una gran plática acerca del honor y del servicio más tarde. En este momento tenemos que salir cuanto antes de esta cosa, antes de que entre por completo a la atmósfera.

Las cápsulas de emergencia podían soportar los aterrizajes planetarios, pero despegar dentro de la atmósfera era arriesgado. En ese momento, las lecturas de la temperatura cambiaban drásticamente. Ciena sintió cómo su pulso se aceleraba al sentir miedo… y no precisamente por ella.

—Thane, ve a la cápsula de emergencia más cercana.

Él alzó la barbilla, como el obstinado y orgulloso chico que había sido años atrás.

—No sin ti.

La furia creció en ella.

—¿Te das cuenta de que puedo arrestarte en este momento? ¿O dispararte?

—Creo que ahora mismo ya estamos más allá de cualquier reglamento.

Thane le extendió la mano, pero ella dio otro paso hacia atrás. Menos de dos metros los separaban en ese mismo instante. Hacia cualquier lugar al que voltearan, en las innumerables pantallas de visualización y sensores, las luces de alarma parpadeaban, y escenas de batallas y matanzas aparecían.

—¡Tienes que irte! ¿Qué no entiendes que estoy intentando salvar tu vida?

—¡Y yo intento salvar la tuya! —Él ya la había mirado de esa manera suplicante y desesperada cuando había tratado de convencerla de abandonar el Imperio juntos. Tal vez para Thane nada había cambiado durante esos cinco años, pero ella se sentía mucho mayor. Demasiado triste. Vacía. Pero él seguía ahí, de pie, con la mano extendida, creyendo que podía salvarlos a los dos—. Vamos, Ciena, no tenemos mucho tiempo.

Thane no comprendía que a ella ya no le quedaba tiempo, ni un minuto más.

«¿Qué han hecho con ella?».

Ciena estaba parada delante de él, tan delgada que parecía que se rompería con sólo tocarla. El uniforme parecía nadarle, y eso, combinado con las parpadeantes luces de alerta a su alrededor, hacía que la escena pareciera más una horrible parodia de un puente imperial que el puente real. Pero lo que le asustaba más era el vacío de sus ojos. Nada de la característica personalidad de Ciena resplandecía; sólo veía furia y desesperación.

Pero su Ciena seguía ahí. Lo sabía sólo porque ella prefería morir antes que seguir sirviéndole al Imperio.

—Escúchame —dijo Thane, intentando sonar tranquilo incluso cuando el *Inflictor* se había sacudido ante el primer contacto real con la atmósfera de Jakku; el descenso se volvería cada vez más violento—: no le debes al Imperio una maldita cosa. Ellos no merecen tu lealtad y, definitivamente, no merecen tu vida.

—Ni siquiera sabes lo que significa la lealtad.

—¿Ah, no? Ciena, si no te fuera leal, ¿estaría aquí? —La nave volvió a sacudirse. Thane se tambaleó ligeramente hacia un lado, y Ciena tuvo que agarrarse de su silla para permanecer de pie. Ella gritó:

—¡Thane, tienes que irte! ¡Tienes que irte en una cápsula de emergencia, ahora!

—No te dejaré aquí. —En ese momento se dio cuenta de que prefería terminar así, muriendo al lado de ella, ahí, ese día, a salir con vida él solo.

Thane quería sobrevivir. Por mucho que amara a Ciena, sabía por el año que había transcurrido que era capaz de seguir adelante después de su muerte; incluso sanarse a sí mismo y encontrar paz.

Pero no quería vivir como el hombre que la había dejado morir. Él repitió:

—No te dejaré aquí.

—¡Por favor! —Ciena comenzó a temblar—. Por favor, no me hagas responsable de tu muerte. Lo único que pedía en todas esas batallas era no ser yo quien te matara.

—Y yo siempre pedí que fueras tú. Porque hay un vínculo entre nosotros, siempre, entre tú y yo… en la vida y en la muerte. Lo sabes tan bien como yo. Es por eso que debemos salir juntos de esta nave.

Ciena permaneció en silencio por un largo rato. La nave se inclinó hacia un lado, la gravedad artificial forcejeaba con la natural, que los estaba jalando hacia Jakku. En la pantalla de visualización, la imagen de la superficie del planeta giró lentamente; la nave había comenzado a dar vueltas en picada.

Después ella dio un paso hacia él, y luego otro. Thane tenía ganas de llorar por el alivio que eso le provocaba.

—Bien. Sí. Ven conmigo.

Entonces, se paró frente a él. Sus miradas se encontraron, finalmente, Ciena le dio un puñetazo en el estómago.

Mientras Thane caía al piso, Ciena le arrebató su bláster. Estaba parada encima de él, mientras él la miraba fijamente, intentando recuperar el aire que le había sacado.

—¿Conque ese es tu plan? —dijo—. ¿Matarme?

—Claro que no —respondió ella—. Te aturdiré y después te arrastraré a una cápsula de emergencia. Pero, antes de eso, sí sabes que estoy haciendo esto para salvarte, ¿verdad? Porque…

Thane la pateó en la pierna con tal fuerza que ella se tambaleó y cayó de espaldas a más de un metro de distancia. El bláster se deslizó por el suelo inclinado, alejándose de ambos, mientras Ciena luchaba por ponerse de pie.

Él logró levantarse y se puso en posición de combate, sus ojos azules parecían arder.

—¿Quieres jugar sucio? Muy bien, jugaremos sucio. Un recuerdo apareció en su mente: cuando se conocieron siendo niños, peleando el uno por el otro. Y al parecer iban a morir del mismo modo.

Ciena corrió hacia él, y Thane intentó esquivarla, pero ella logró derribarlo. Mientras le azotaba la cabeza contra el suelo de malla, Ciena le gritó:

—¡Saca tu maldito trasero rebelde de mi puente!

Thane la tiró, empujándola hacia uno de los lados. Mientras ella rodaba hacia la pared, Thane le gritó:

—Te sacaré de aquí, quieras o no.

¿Acaso él no estaba entendiendo? ¿No veía lo que sucedía? ¿Por qué intentaba robarle su única oportunidad de escapar de ese infierno y aun así morir con su honor? Parecía que Thane no la conocía.

Ella lo pateó salvajemente, el talón de su bota golpeó su mandíbula y lo hizo tambalearse. Ciena logró ponerse de pie y entonces pudo contemplar la pantalla de visualización: Jakku se veía horriblemente cerca, pero la imagen se volvió borrosa y oscura; los sensores exteriores habían empezado a quemarse por el calor de la atmósfera. Las ventanas habían adquirido un color naranja brillante: la nave estaba cubierta de llamas que les impedían ver hacia el exterior.

Las facciones en guerra, tanto en tierra firme como en la atmósfera, verían al *Inflictor* dejando un rastro de fuego a través del ciclo, como un meteoro.

Thane agarró la pierna de Ciena y la jaló hacia el suelo; el impacto de la caída le causó otra oleada de dolor en la herida del abdomen. Mientras Ciena intentaba recobrar el aliento, Thane aprovechó la oportunidad para inmovilizarla apoyando sus muñecas sobre las de ella.

—Sólo ven conmigo —le dijo, jadeando—. Tienes que venir conmigo, ahora.

Ella le dio un rodillazo en el costado y logró liberar sus manos. Ciena quería decirle que dejara de actuar como un idiota y que corriera hacia una cápsula en ese instante, porque pronto sería demasiado tarde, si es que no lo era ya en ese momento. Pero lo único que pudo decirle fue:

—Déjame ir.

Después unió ambos puños y lanzó un golpe hacia arriba, directo a la mandíbula de Thane. Si tenía que golpearlo hasta dejarlo inconsciente, así sería.

Con el dolor todavía recorriéndole el rostro, Thane observó cómo la pantalla de visualización se volvía borrosa y finalmente se apagaba. Se les había agotado el tiempo.

Así que hizo algo que nunca creyó que haría: le regresó el golpe a Ciena. Pero ella era una mujer pequeña y él un hombre corpulento. El mismo golpe a la mandíbula que a él lo había hecho tambalearse, a ella la derribó. La culpa lo invadía, pero no podía detenerse, no en ese momento…

Ella se impulsó hacia arriba y con el hombro lo golpeó en el estómago, justo debajo de las costillas, sacándole el aire. Mientras ambos chocaban contra el panel de control, él

pensó: «Si alguien nos estuviera viendo, pensaría que intentamos matarnos, y no que estamos intentando salvarnos».

Las luces comenzaron a apagarse y a encenderse, conforme más componentes se incendiaban por la entrada en la atmósfera. Thane escuchó un terrible crujido: la enorme estructura metálica del Destructor Estelar comenzaba a derretirse en cuanto el calor la hacía alcanzar el punto de fusión. A través de las pocas y pequeñas ventanas no podía ver nada de Jakku o del cielo, sólo había fuego.

Ciena lo empujó lejos de ella cuando la nave volvió a inclinarse. Ambos estaban tirados en el suelo, pues no podían mantenerse de pie. Thane gateó para encontrar algo dónde poder sujetarse: una silla, una viga, algo que lo ayudara a levantarse, y de pronto vio el destello de un objeto oscuro y metálico que se deslizaba al pie del muro. Se arrojó hacia él, y mientras rodaba escuchó el ruido de las botas de Ciena sobre la cubierta: de alguna manera había logrado ponerse de pie. Ella corrió hacia él, y cuando el sonido de sus pasos parecía ser más rápido, Thane logró agarrar el bláster.

«Un movimiento del pulgar. Aturdimiento activado… ¡Ahora!».

Thane identificó el horror en el rostro de Ciena, antes de que el rayo azul la alcanzara. Ella cayó al suelo con tal impacto que, por un momento, Thane temió haber activado accidentalmente la opción de matar. Pero cuando gateó hacia ella por el piso inclinado, pudo ver cómo su pecho se movía.

—Pediré perdón después —susurró. De rodillas, Thane logró voltear a Ciena y colocar su cuerpo sobre sus hombros. Percibió el sabor de la sangre en su boca al tiempo que se levantaba trabajosamente y se encaminaba hacia la cápsula de emergencia más cercana.

Su vertiginoso recorrido a través de los túneles de servicio le trajo a la mente lo aprendido en la clase de Diseño de grandes naves, así que estaba bastante seguro de dónde podían estar las cápsulas. Lo que no sabía era si lograría hacer que despegaran. Si las abrazaderas metálicas se habían derretido con el calor de la entrada a la atmósfera, la cápsula de emergencia no serviría para nada más que como un lugar para morir.

Y, por supuesto, los imperiales en fuga y los soldados de la Nueva República que escaparon probablemente ya habrían usado todas.

«Vamos, vamos, vamos, vamos, vamos», decía para sus adentros mientras corría dando trompicones a través de los pasillos del Destructor Estelar. La primera estación a la que llegó estaba vacía; esa cápsula había sido lanzada al espacio hacía mucho tiempo; y justo cuanto el pánico empezaba a invadir su mente, Thane llegó a una segunda estación y encontró una cápsula de emergencia que parecía estarlos esperando.

Golpeó el panel de control con la rodilla y la puerta en espiral se abrió. Era una de las cápsulas más pequeñas, pero era suficiente para transportar a dos personas. Thane dejó caer a Ciena en el interior, y mientras él entraba de rodillas por el tubo de entrada, de pronto, las luces se apagaron. Se encontraba en total oscuridad, salvo por la luz roja de emergencia que entraba por la portilla, parpadeando sobre el cuerpo inerte de Ciena.

Si no había energía, ¿se cerrarían las puertas?, ¿despegaría la cápsula? Si los seguros explosivos se habían derretido en lugar de explotar, estarían perdidos.

Thane le dio un manotazo al interruptor de despegue. Nunca vio algo más hermoso que las puertas de la cápsula cerrándose. En cuanto se quedaron selladas, un terrible y profundo crujido estremeció a la nave, como el aullido final de una enorme bestia.

Después, la cápsula despegó, lanzándolos lejos del *Inflictor*.

El impulso hizo que se golpeara contra la pared curva de la cápsula de escape, mientras que Ciena giró hacia el otro lado. Thane avanzó de rodillas hacia ella para sujetar su cuerpo contra el suyo. Las cápsulas contaban con muy pocos elevadores de repulsión y compensadores de aceleración, por lo que les esperaba una violenta travesía. Thane ni siquiera estaba seguro de que los sistemas de aterrizaje funcionaran a tan poca distancia de tierra firme. A través de la pequeña portilla, vio breves destellos de color azul, después dorado, y otra vez azul y dorado… el cielo y la arena parecían dar vueltas y vueltas. Sólo faltaban unos cuantos segundos para el impacto.

Thane envolvió a Ciena con su cuerpo, hundió su rostro en la curva de su cuello y se preparó para el choque.

La cápsula azotó sobre la tierra con un intenso golpe, y después uno más y otro más. Thane comprendió que estaban dando saltos sobre la arena. Él y Ciena se golpeaban contra la pared, no tan fuerte como para morir, pero lo suficiente como para lastimarse. Uno de los impactos logró disminuir su velocidad, y la cápsula, abriendo una zanja a través del desierto de Jakku, finalmente se detuvo. «¿Estamos a salvo? Creo que estamos…».

La cápsula salió volando por los aires con tanta fuerza que Thane creyó que otra carga explosiva había sido detonada. Pero el estruendoso sonido le reveló la verdad: el *Inflictor* acababa de estrellarse contra el planeta, y la cápsula de emergencia había salido disparada junto con un tsunami de arena y polvo.

Thane abrazó con más fuerza a Ciena, mientras la cápsula rodaba y rodaba; la pequeña ventana sólo mostraba arena roja y naranja. ¿Y si quedaban enterrados? ¿Qué pasaría si la maltrecha cápsula había llegado al límite de su resistencia y se abría? No quería que terminaran asfixiados ahí, enterrados vivos…

Pero lentamente, la cápsula se detuvo, al parecer de manera definitiva.

Después de un largo segundo, Thane se permitió creer que habían sobrevivido al aterrizaje. Pero, ¿y si estaban enterrados a muchos metros bajo tierra? ¿Su radio-localizador sería capaz de enviar una señal de rescate a la Nueva República?

Decidió encenderlo, esperó un largo rato… y después vio cómo el indicador se encendía con una luz verde. La señal estaba siendo enviada.

—Lo logramos —le susurró a Ciena, quien seguía recargada, inconsciente, sobre su hombro. Quizá en su subconsciente ella lo escucharía y sutilmente le haría saber que todo iba a estar bien.

Una pequeña línea de sangre revelaba una herida en la frente de Ciena. Thane se desató la tira de luto que llevaba en el brazo y la usó como una venda provisional, mientras la miraba asombrado.

«De todas las naves de la galaxia tenía que abordar la tuya», pensó.

Quizá… quizá Ciena, y Luke Skywalker, y todos los otros tradicionalistas tenían razón acerca de la Fuerza. Tal vez existía una especie de poder que mantenía unida a la galaxia y dirigía indefectiblemente a todos hacia su destino. La Fuerza debió haberlo guiado hacia ella, para que pudiera salvar su vida y continuarla juntos.

En ese momento, todo el cinismo y la furia de su antigua vida finalmente desaparecieron. Ahora vivía bajo el mandato de líderes que eran honestos y justos; había librado una guerra noble que estaban a punto de ganar; ahora servía al lado de personas que respetaba y al mismo tiempo le agradaban. Ciena había sido liberada de las cadenas que la habían mantenido atada al Imperio, y de ahora en adelante no tendría impedimentos. Ninguno de los dos los tendría. ¿Cómo un chico como él, sin esperanzas y sin fe, había llegado hasta ahí?

Recargó su frente sobre la de ella. A pesar de los dolorosos moretones que le cubrían el rostro y el cuerpo, a pesar de la sangre que le seguía brotando de la boca, a pesar de la terrible condición de Ciena y del sofocante calor dentro de la cápsula de escape, pensó que ese podría ser el momento más feliz de su vida.

Thane escuchó el sonido de la arena removiéndose por encima de ellos, y cuando alzó el rostro vio cómo las puertas de la cápsula de escape se sacudían. Luego se abrieron, dejando caer una pequeña cascada de arena sobre sus pies, y revelando a contraluz la silueta de uno de los miembros del equipo de rescate de la Nueva República.

—Qué alegría verlos, chicos. —Thane tomó a Ciena entre sus brazos—. ¿Me ayudan a sacarla?

—Claro, Corona Cuatro. —Uno de los rescatistas se inclinó para sacar a Ciena; Thane se arrastró justo después y se dejó caer en la arena, a su lado.

El médico se agachó para verlo.

—¿Necesitas ayuda?

—Yo la atendería a ella primero.

Él esperaba que el médico comenzara a examinar las heridas de Ciena, pero en lugar de eso, todos los miembros del equipo sacaron sus blásters y el líder se arrodilló para ponerle unas esposas magnéticas alrededor de las muñecas.

—¿Qué demonios…? —La voz de Thane se fue apagando conforme comprendió que los soldados de la Nueva República estaban haciendo exactamente lo que debían hacer: estaban apresando a una oficial imperial de alto rango, quien debía ser enjuiciada por sus crímenes.

Y él había pensado que estaba rescatándola, que la Fuerza había intervenido milagrosamente para protegerlos. Pero lo único que Thane había hecho era llevarla a su cautiverio.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CIENA SE ENCONTRABA de pie en su celda, con las manos entrelazadas al frente. El campo de energía que la separaba del resto de la prisión era casi transparente, tiñendo el mundo alrededor de ella con un color ligeramente plateado. Casi no se había asomado afuera durante la mayor parte del tiempo que llevaba encerrada. A veces se sentía tan deprimida que no tenía ni la fuerza de voluntad necesaria para levantarse del catre de su celda.

Sin embargo, ese día tenía una visita.

Supo que era Thane con sólo escuchar las fuertes pisadas de sus botas, o quizá sólo era una ilusión. Ciena había estado atenta todo el día de cada pequeño ruido del exterior, a pesar de que no lo esperaba hasta esa hora.

Pero ahora sí era él.

Thane sonrió en cuanto la vio, a pesar de que ella pudo notar la aflicción en su mirada. ¿Se sentía culpable por haberla encerrado como a un pájaro? «Qué bueno», pensó. Pero probablemente estaba más conmovido por verla parada ahí, tan delgada y sencilla en su vestimenta de prisión, la cual era casi del mismo tono café que el de su piel.

—Hoja de otoño —dijo, más para sí mismo que para ella, y después recuperó la compostura—. Ciena, gracias por recibirme, finalmente.

Ella simplemente asintió. No tenía ningún sentido decirle que había accedido a verlo apenas una semana después de estar encerrada, pero le dijeron que él se encontraba en una misión. Aquel había sido un momento de debilidad, pero ahora ya estaba lista para hablar.

—Tenemos mucho que decirnos —dijo—. Es difícil saber por dónde comenzar.

—Primero dime por qué no me dejaste visitarte antes. Ciena volteó el rostro, incapaz de mirarlo a los ojos al confesarle lo que sentía:

—Me hubiera gustado que me dejaras a bordo del *Inflictor*.

—Si estás esperando que me disculpe por salvarte la vida, vas a esperar mucho tiempo. —Después de un breve silencio, agregó—: Pero entiendo por qué te sientes así.

—¿En serio?

—Querías cumplir con tu deber y escapar del Imperio al mismo tiempo. El suicidio era la única manera de lograrlo. De equilibrar la balanza. Pero no debiste estimar tu valor con base en el Imperio. Vales mucho más que todo el Imperio.

Entonces, Ciena volteó a verlo, conmovida, muy a su pesar. Thane se veía mucho más guapo que como lo imaginaba en sus ensoñaciones. Su cabello se había oscurecido ligeramente, ahora era más rojo que rubio. Alguien que no lo hubiera visto desde que era niño sería incapaz de reconocerlo. Pero ella pensó que siempre lo conocería, por su andar, su manera de pilotar o su mirada. Había algo en sus ojos que nunca cambiaría.

—Veo que lo entiendes —susurró—, pero me hubiera gustado que respetaras mi decisión.

—Pero estás contenta de estar viva, ¿cierto? —Thane se acercó un poco más a la barrera y agregó con vacilación—: ¿Verdad que lo estás?

Por un momento, Ciena no pudo contestar. Finalmente logró decirle:

—Es demasiado pronto para decirlo.

Él parecía no tener una respuesta para eso. Y ella no lo culpaba.

En ocasiones realmente deseó haber muerto en lugar de soportar la vergüenza que estaba viviendo. Pero en otros momentos, Ciena se encontró a sí misma disfrutando de los pequeños placeres que hacían que valiera la pena seguir viviendo, los únicos que tenía a su alcance en esa celda. Entonces sentía que no había estado lista para morir, al menos no en aquel momento.

Y mirar a Thane era uno de esos pequeños placeres.

Ciena contestó:

—Es difícil. Todo para lo que trabajé en mi vida ha sido destruido. Todo por lo que luché es una mentira.

—No todo. Al final peleaste por mí. —Su sonrisa parecía ser una mueca—. Eso tiene que valer algo.

La garganta se le cerró al sentir las lágrimas que se rehusaba a derramar.

—Esa es la única parte que sigue valiendo la pena.

—Ciena…

—¿Sabes?, era la trampa perfecta —dijo, cerrando el puño con tanta fuerza que sintió cómo sus uñas se clavaban en la palma de su mano; al concentrarse en el dolor evitaría derrumbarse en pedazos—. Me consagré tanto al honor, que me convertí en una criminal de guerra.

—Hay muchos tipos de trampas. Estando allá arriba, por un segundo me convencí de que habíamos arreglado la galaxia entera, que la justicia y la verdad prevalecerían, etcétera, etcétera… Incluso comencé a creer en la Fuerza y en todas esas cosas. —Thane se rio al recordar su ingenuidad—. Así que me armé de valor y emprendí esa misión casi imposible de ir por ti, pero resulta que te salvé sólo para esto. Ahora estás atrapada aquí, donde ni siquiera podemos tocarnos…

—Detente. Por favor, detente. —Ciena escondió su rostro, y le pareció que él hacía lo mismo.

Por unos minutos permanecieron en silencio, tratando de calmarse. Ciena pensó que ya era suficiente con soportar su propio dolor, pero ahora también tendría que sufrir el de Thane. Era demasiado para cualquiera de los dos, y no tenían otra opción. Cuando uno estaba herido, el otro sangraba. Él era parte de ella: siempre lo sería.

Ella logró controlar su agitada respiración y recuperar la compostura. En cuanto volvió a mirar a Thane, se percató de que él también se había tranquilizado.

—Entonces, ¿te encuentras bien?, ¿te están tratando bien? —Miró alrededor de su pequeña celda, como si estuviera inspeccionándola.

Ella tenía que admitirlo:

—Sí. Me dan holonovelas y algunos juegos simples. Tengo derecho a siete horas a la semana de ejercicio al aire libre, bajo supervisión, claro. Los doctores me indicaron que no debo hacer actividades muy intensas hasta que esté completamente rehabilitada. —Colocó su mano sobre el abdomen, protegiéndolo inconscientemente.

Él hizo una mueca.

—Hubiera sido más cuidadoso contigo de haber sabido que tenías heridas tan graves.

—Sí, lo sé. —Aunque quizá eso hubiera significado la muerte de ambos, porque le habría costado más trabajo vencerla. Y, por extraño que pareciera, se sentía orgullosa de eso—. De cualquier manera, he dormido mucho. La celda no es muy grande, pero es lo suficientemente cómoda. He sido tratada de manera humanitaria por la Rebelión… por los oficiales de la Nueva República. —Se recogió un mechón de cabello que tenía en el rostro, cohibida por lo que estaba a punto de admitir—. Esperaba un interrogatorio con tortura. El Imperio me enseñó a pensar que ese era el procedimiento común. En lugar de eso, recibo tratamiento médico e información sobre mis derechos.

—¿Les has dicho algo por voluntad propia? —Y de inmediato Thane se apresuró a agregar—: No te estoy presionando. No estoy aquí como representante de la Nueva República, y nunca será así, ¿de acuerdo? No pienses que me enviaron para presionarte.

Ciena había tenido oscuros pensamientos acerca de esa posibilidad, por las noches, mientras descansaba en su celda. Pero ahora podía contestar honestamente:

—Te creo.

Claramente aliviado, Thane continuó:

—Sólo te preguntaba, porque… ya sabes, podrían ser benevolentes si lo haces.

Como si eso pudiera persuadirla.

—Mi juramento sigue vigente, Thane. Aunque admita que ahora veo a la Nueva República con otros ojos, eso no quiere decir que me convertiré en una traidora. O que vaya a aceptar su gobierno. Por lo que he escuchado, la guerra sigue, el caos ha regresado a la galaxia…

—Es el desorden natural que atraviesan los planetas al reorganizar sus gobiernos después de tantos años de… —Thane suspiró—. Olvidémoslo, ya los dos sabemos lo que dirá cada quien.

—De cualquier manera, no tiene caso —insistió ella—. No van a ser «benevolentes», no importa lo que les diga. Soy criminal de guerra, ¿recuerdas? La Nueva República me hará pagar por mi servicio al Imperio.

Tal vez eso era justo lo que se merecía.

Thane la observó por un largo rato; después, para sorpresa de Ciena, comenzó a sonreír y a negar con la cabeza.

—Vas a salir de aquí muy pronto, aun si no dices nada. Si dieras alguna información, estoy seguro de que ni siquiera serías enjuiciada.

—¿De qué hablas? —El defensor que se le había asignado le mostró la lista de cargos en su contra; el documento era tan extenso que había que desplazar varias veces el contenido de la pantalla para verlo completo, y describía con sumo detalle su

participación en las batallas de Hoth, Endor y Jakku. Ella no podía negar que era responsable de cada elemento de esa lista—. Los dos sabemos que soy culpable. La Nueva República querrá darme un castigo ejemplar. Necesitan comprobar que la ley y el orden prevalecen, precisamente porque es una nueva ley y un nuevo orden. Las líneas se han vuelto a trazar, y yo estoy en el lado equivocado. —Y, al fin, pudo confesar en voz alta su miedo más profundo—. Quizá pase el resto de mi vida en esta celda.

—Ya hemos tenido esta discusión antes —dijo Thane y se acercó más al campo de energía—. Mi fase idealista se acabó. Acabo de recordar cómo funciona en realidad este mundo. Y la verdad, Ciena, es que todo termina. Son demasiadas las personas que trabajaron para el Imperio, sería imposible encarcelarlas a todas. Y ese es el caso de, literalmente, cientos de miles de millones de personas, y eso sin contar a las tropas que han desaparecido con el resto de la flota imperial. ¿Crees que la Nueva República puede castigarlos a todos?

—Liberarán a los oficinistas y a los intendentes, no a una capitana de un Destructor Estelar.

Pero Thane no estaba tan seguro.

—Tienes habilidades útiles. Esa es una de las cosas que, tarde o temprano, buscará la Nueva República. Además, tienes amigos en puestos altos, o al menos yo los tengo, da igual, y estoy dispuesto a hablar con cada uno de ellos para que te ayuden.

—No necesito que pidas un trato especial en mi nombre —protestó.

—Qué mal —dijo él—, porque la baraja siempre está amañada, lo único que podemos hacer es acomodarla a nuestro favor.

Ciena recordó la primera vez que él había mencionado algo así. Estaban en una cantina en Valentia, sus destinos estaban a punto de dividirse como nunca antes, discutieron y suplicaron, hasta que finalmente se rindieron e hicieron el amor. Eso parecía pertenecer a otra vida, haber estado recostada a su lado, atrayéndolo hacia ella, pero al mismo tiempo parecía que había pasado el día anterior. Nunca olvidaría lo que había sentido por Thane ese día, y no quería perder esa sensación jamás.

—Así que aquí estamos una vez más —dijo ella, con una triste sonrisa—. Discutiendo sobre el orden y el caos.

—Quizá el destino se encargará de resolverlo. Si estás en lo correcto, bueno, pues sí, te quedan años difíciles por delante. Pero si yo estoy en lo correcto y la Nueva República escoge la libertad antes que la venganza, estarás fuera de aquí más pronto de lo que te imaginas. —A pesar del resplandor plateado del campo de energía, él pudo contemplar la ternura de sus ojos—. De cualquier manera, sabes que te estaré esperando, ¿cierto?

Ciena hubiera dado lo que fuera por abrazarlo; sin embargo, sólo dijo:

—No deberías.

—Tú lo harías si fuera yo el que estuviera en esa celda.

—Sí, lo haría.

Lentamente, ella alzó la mano y extendió su palma frente a la superficie del campo de energía. Thane hizo lo mismo. Eran un reflejo el uno del otro, casi tocándose pero siempre apartados.

«A un mes de la Batalla de Jakku, el Imperio no ha intentado ningún otro ataque a gran escala. Algunas fuentes reportan que todas las naves imperiales dentro del Núcleo y del Borde Interior permanecerán dentro de los límites, de acuerdo con el tratado». La mujer de las holonoticias sonrió y siguió hablando: «Algunos destacados miembros del Senado Provisional han especulado que la guerra entre la Nueva República y lo que queda del Imperio ha concluido, por lo que una rendición final es inminente. Sin embargo, en el discurso de hoy, la canciller le advirtió a todos los planetas que deben permanecer alertas, y que la flota de la Nueva República deberá permanecer en pie de guerra por cualquier evento que se pudiera presentar en el futuro inmediato. Para discutir acerca de las dos caras de este conflicto están aquí…».

Nash apagó la propaganda rebelde proveniente del sistema Hosnian. Ya sabía todo lo que tenía que saber, concretamente, que la autoproclamada Nueva República creía que había vencido al Imperio. Imbéciles.

«Dejemos que se duerman en sus laureles», pensó. «Dejemos que se sientan orgullosos de sí mismos. Dejemos que se confíen».

El comandante Nash Windrider abandonó su oficina privada y caminó hacia la bahía de acoplamiento principal de su nueva nave: el crucero de ataque *Garrote*. Todos sus subordinados se enderezaron al escuchar el sonido de sus botas sobre el suelo metálico; ninguno de ellos dejó de mirar hacia el trabajo que estaban realizandon, y mucho menos levantaron la vista hacia Nash. Bien. Ya había logrado restablecer la disciplina.

Para alguien que había pasado tantos años asignado a un Destructor Estelar, un puesto en un crucero de ataque parecería un descenso en la pirámide de poder, pero al Imperio le quedaban muy pocos Destructores Estelares. Él era comandante de vuelo en una nave estratégicamente importante, lo cual era un paso adelante para recibir su propia comandancia. Nash se sentía orgulloso de alistar el *Garrote* para la siguiente etapa de la guerra, el próximo ataque.

Aquel que los rebeldes no esperaban.

Caminó dando zancadas entre las largas filas de cazas TIE; todos estaban siendo reequipados con armas más poderosas de reciente diseño. Estos nuevos modelos serían capaces de penetrar los escudos de energía y los cascos de los cazas estelares con un solo disparo, lo que significaba que la única ventaja que los X-wing habían tenido ante los cazas TIE, su escudo, desaparecería. Con cambios de ese tipo podrían ganar la guerra.

Aunque era odioso pensar que Ved Foslo había inventado esas armas. Nash siempre asumió que su ascenso de rango se debía a las influencias de su padre, pero, al parecer, su antiguo compañero de habitación tenía más aptitudes, después de todo. Aunque, sin lugar

a dudas, la arrogancia que lo caracterizó cuando era adolescente ahora, de adulto, sería insoportable.

Nash suspiró al recordar que, de sus compañeros de habitación en la academia, Ved Foslo era el menos repudiable.

Pensar que Thane Kyrell había sobrevivido a la guerra y estaría por ahí festejando engreídamente la ventaja temporal de la Rebelión lo enfermaba. ¿Por qué Ciena había tenido que morir y él había permanecido con vida?

Pero uno no le podía pedir justicia al destino, uno debía aplicar castigo con sus propias manos. El Imperio se lo había enseñado.

—¿Señor? ¿Comandante Windrider? —El asistente de Nash lo perseguía como era su costumbre—. ¿Me permite preguntarle algo?

—Adelante, teniente Kyrell.

Dalven Kyrell se paró frente a él, con su datapad entre las manos, notoriamente nervioso. Él no tenía idea de la participación de su hermano en la Rebelión; Nash había decidido conservar esa información para sí mismo y tratar a este Kyrell como un caso aparte. Le parecía lo justo. Sin embargo, a juzgar por lo que había visto, Dalven era débil, adulador y sólo capaz de cumplir con las tareas básicas que se le asignaban. Afortunadamente, un asistente de comandante de vuelo no necesitaba más aptitudes.

—Le quería preguntar acerca de la lista de los oficiales que nominó para las menciones más altas.

¿Acaso Dalven le iba a preguntar por qué no figuraba en esa lista? Y si lo hacía, Nash se lo iba a dejar muy claro.

—¿Cuál es su pregunta?

—Usted nominó a la capitana Ciena Ree para la Distinguida Medalla de Honor Imperial, pero me parece que se refería a la Medalla de Honor, la más común y no a esa.

—Sé perfectamente lo que escribí, teniente Kyrell. —Nash disfrutaba referirse a él por su apellido, con un ligero aire de desprecio—. La Distinguida Medalla de Honor Imperial es la condecoración más alta que se le puede otorgar a alguien, y me parece que nadie se la merece más que ella, por haber permanecido a bordo de su nave aun cuando el autodestructor falló, y por estrellarla personalmente contra la superficie de un planeta con tal de evitar que cayera en manos enemigas, aunque eso le costara su propia vida. Por todo eso, la capitana Ciena Ree merece ser recordada.

—Sí, señor —dijo Dalven débilmente, pero insistió—. Yo sólo me refería a que… nominar a alguien a tal honor es algo muy grande, y otros podrían comentar que es un indicio de faccionalismo.

—Usualmente lo es. Sin embargo, en este caso, sé de buena fuente que un gran número de autoridades como capitanes, generales y almirantes también tienen pensado nominarla. Incluso Grand Moff Randd podría hacerlo. El Imperio podrá tener conflictos internos, pero en esto todos estamos de acuerdo: la capitana Ree murió siendo una heroína.

—Tiene razón —agregó Dalven rápidamente—. Qué manera tan terrible de morir.

—¿Terrible? Yo la llamaría gloriosa. A todos nos gustaría que siguiera con nosotros, pero eso no cambia el hecho de que no existe un mejor destino que morir por el Imperio. Espero tener un día el honor de hacerlo.

—Claro que sí, señor. Por supuesto, señor. —Y Dalven se escabulló.

Thane le había contado que Dalven se reía de Ciena cuando eran niños, burlándose de su pobreza y de sus costumbres arcaicas, como si Dalven, por ser de Jelucan, no fuera también un pueblerino de un lugar olvidado. En ocasiones, cuando Nash recordaba eso y se imaginaba a Dalven ridiculizando a una joven e indefensa Ciena, sentía ganas de enviarlo a alguna misión suicida.

Pero ya no podía dar por sentado que Thane siempre había dicho la verdad. Aparentemente, Thane Kyrell era un gran impostor.

Nash caminó hacia la gran entrada de la bahía de acoplamiento. Sintió el ligero cosquilleo del campo de energía que mantenía la presión atmosférica, una señal de que se estaba acercando demasiado a la orilla. De cualquier manera, permaneció ahí, el lugar con la mejor vista.

Dentro de la enorme masa gaseosa de la nebulosa de Queluhan, oculta dentro de las corrientes resplandecientes de gas ionizado que confundían los sensores enemigos, aguardaba la flota imperial. Mientras los comentaristas rebeldes predecían con confianza la desaparición del Imperio y su consecuente rendición, creyendo que se había dividido como consecuencia de las luchas de poder y ahora yacía indefenso, la flota había comenzado a reunir fuerzas y a volverse aún más fuerte que antes.

Según la opinión de Nash, habían tardado demasiado en congregarse nuevamente como un frente unido. Las luchas internas habían permitido que los rebeldes ganaran territorio que no habrían podido conseguir de otra manera. Sin embargo, ahora la flota imperial había restablecido una jerarquía de comando. Había desarrollado una estrategia a largo plazo. El viejo faccionalismo era asunto olvidado y, finalmente, se mantenían juntos, unidos una vez más.

Le gustaba pensar que Ciena Ree había tenido algo que ver con eso. Quizá eso sólo era un sentimiento personal, pero no quedaba la menor duda de que la desinteresada acción de ella los había inspirado a todos.

«Nos recordaste el verdadero significado de la disciplina», pensó Nash. «Nos recordaste que el precio de la victoria nunca es demasiado alto».

Ante él, a través del resplandor azul violáceo de la nebulosa, pudo ver al menos diez Destructores Estelares y aún más cruceros ligeros. Cada uno contenía innumerables cazas TIE, que serían pilotados por los nuevos conscriptos; el entrenamiento debía ser más rápido y severo en esos días, pero los pilotos progresaban notablemente. La flota imperial quizá no tenía el tamaño que alguna vez había alcanzado, pero Nash pensó que reaparecería más fuerte que nunca.

Y esa vez no se detendrían hasta que la Rebelión fuera exterminada definitivamente. Thane y los otros pagarían por haber obligado a Ciena a sacrificar su vida. Ellos pagarían por todo.

—Serás vengada… —susurró Nash— cuando el Imperio vuelva a ascender.

CLAUDIA GRAY, la exitosa autora de *The New York Times*, ha escrito innumerables *best-sellers* para jóvenes, incluyendo la trilogía de ciencia ficción «Firebird», que inicia con *Cien partes de ti*, así como la saga paranormal «Evernight».

Desde los siete años es fan de *Star Wars*, y ahora insiste en que un elemento determinante en su carrera fue haber transformado su clóset en un caza estelar X-wing cuando era niña.